UN LUGAR DONDE COMENZAR

Gema Martín



UN LUGAR DONDE COMENZAR

Gema Martín



Derechos de autor © 2024 Gema Martín

©Todos los derechos reservados.
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora. Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Epígrafe
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36

37
38
39
40
41
42
43
Agradecimientos
Libros de este autor

A ti, que me sostienes en tus manos y dedicas tu valioso tiempo para zambullirte en estas páginas

El amor no tiene cura, pero es la única cura para todos los males.

Leonard Cohen

1

Pasaban unos minutos de la tarde y los débiles rayos de sol incidían sobre el amplio y coqueto porche de madera blanca adornado con coloridas petunias. La luz bañaba con tonos avainillados toda la fachada de la casa principal del rancho y el aroma de las flores proporcionaba un ambiente veraniego al lugar.
Corría una brisa fresca, perfecta para reponerse de la ola de calor que estaban viviendo en un mes de junio atípico en Cloverdale, una bella ciudad del condado de Sonoma, California, situada en zona de viñedos y bosques.

Felicity salió de la casa vestida con unos pantalones de pierna ancha y un blusón amplio y vaporoso a juego que le daban un aspecto juvenil y moderno. Era una mujer muy enérgica y espiritual y a sus casi ochenta años conservaba una admirable jovialidad. La media melena blanca y ondulada caía sobre sus hombros todavía húmeda. Su rostro sin maquillaje mostraba una gran belleza natural y una vida marcada por el dolor y por la alegría.

Con movimientos armoniosos, portaba una bandeja con una jarra de limonada, varios vasos ya servidos y un plato con frutos secos. En el amplio porche de la casa la esperaban conversando su marido, Henry, y su nieto mayor, Jeremy.

A Henry se le iluminó la mirada cuando la vio aparecer y depositar la bandeja en la mesa auxiliar. Con una palmadita en el asiento, la invitó a sentarse a su lado en el balancín.

—Parece que todo vuelve a la calma —comentó Felicity mientras se acurrucaba bajo el brazo protector de Henry—. Por cierto —le dijo a su nieto—, tu niña se ha quedado dormida enseguida y tu adorable esposa ha caído agotada a su lado.

Jeremy sonrió de medio lado y se acomodó en la silla.

—Sí, este embarazo le está dando mucho sueño y mucha hambre, ¡ni que llevara gemelos!

—Pues si eso es lo que le pide el cuerpo, que descanse y coma lo que le apetezca. Está estupenda y tu futuro hijo también, así que a disfrutar del momento.

—¿Ya habéis decidido el nombre que le vais a poner? —interrumpió con cierto tono irónico su abuelo.

Jeremy levantó los ojos hacia su abuelo alzando las cejas y arrugando la nariz mientras se rascaba la nuca.

—Pues… no.

—¡Santo cielo! Como venga al mundo la criatura y no os hayáis decidido aún le pongo Job, en honor al santo de la paciencia —respondió Felicity con una mezcla de incredulidad y hartura.

—Ja, ja, ja, antes de que nazca lo decidiremos, os lo prometo.

—Me quedo más tranquila —dijo Felicity algo más conforme —. Por cierto, ¿cuál es el plan de vacaciones de este año? Acabáis de llegar y con lo de Samuel no hemos podido hablarlo. Me comentaste que Annie quería pasar algo más de tiempo con sus padres en Reno este verano…

—Sí, sabes que a ella le encanta venir al rancho y disfrutar con vosotros de la tranquilidad que tenemos aquí, pero por tiempo limitado, ya sabes que ella es más de ciudad que de campo. El caso es que con lo de Samuel, vamos a cambiar un poco el plan. Estaremos aquí un par de semanas, y yo me las arreglaré para echar una mano con los caballos y teletrabajar. Después, las llevaré a las dos a Reno para que se queden allí el mes de julio y parte de agosto con los padres de Annie. Yo estaré un par de días con ellos y volveré a Redding para incorporarme al trabajo. A mediados de agosto, pasaré a por las chicas y me las traeré para el rancho hasta el 24. Siento mucho no poder quedarme más tiempo aquí, de verdad.

—No te agobies, querido —dijo Felicity comprensiva—, nos apañaremos. Además, José es un trabajador excelente, no tendremos problemas para sacar adelante el trabajo más urgente.

—Sí, eso es verdad. Menos mal que los cursos de equitación acabaron la semana pasada.

—Cierto, aun así, José no podrá con todo y tampoco quiero estropear tus vacaciones —comentó Henry haciendo una mueca contenida de dolor al inclinarse a dejar su vaso vacío sobre la mesa —. Además, no podemos tener a esa endemoniada yegua encerrada en el establo todo el santo día, podría empeorar su comportamiento.

—No te preocupes, abuelo, mañana hablaré con Tom para que nos consiga un mozo y yo echaré una mano en lo que haga falta. Por cierto, abuela, ¿has conseguido hablar con Sam?

—No —contestó mientras sorbía un poco de su vaso de limonada—, pero he hablado con Liz. Me ha dicho que Samuel estaba en reanimación, que la operación ha sido un éxito y que tendrá que pasar 24 horas en observación. Según le ha dicho el médico, es posible que tenga que estar hospitalizado entre nueve y diez días y que después, deberá guardar reposo en casa e ir a rehabilitación. Vamos, que la cosa va para largo.

—¿Y ha dejado Sam que Liz pase la noche con él en el hospital? —preguntó Jeremy extrañado.

—Dudo que tu hermano esté en condiciones de echarla; miremos el lado bueno, así no estará por la noche solo, por si se le pasa por la cabeza levantarse y huir del hospital; ya sabéis cómo es —respondió la mujer con resignación mientras cogía un puño de frutos secos.

Jeremy y Henry se miraron con cierta reserva y ninguno de los dos quiso hacer más comentarios.

Un *border collie* negro con manchas blancas en el pecho salió de debajo de la mesa, se desperezó y se colocó al lado de Felicity. Le rozó la pierna con el hocico y se sentó a la espera de su

recompensa.

—Ah, no, no, pequeño glotón, ya sabes que de esto no te toca, que luego nos atufas a todos.

Emitió un casi imperceptible gemido lastimero. Sabía que ella cumpliría su palabra; aun así, se tumbó de nuevo a su lado, sin perder detalle a sus gestos, por si acaso bajaba la guardia.

—No entiendo lo que ha podido ocurrir —comentó Henry preocupado—. No hago más que darle vueltas… esa yegua nunca ha dado problemas. Es muy joven y tiene mucho carácter, pero tirarlo de esa forma al suelo… Suerte que en el arrebato no lo pisó también.

—Yo creo que se ha asustado con algo —dijo Jeremy entornando los ojos para hacer memoria—. Cuando oí gritar a Liz y vi a mi hermano tratando de controlar al animal, no sé, es como si hubiese entrado en pánico. En fin, habrá que tener cuidado con la yegua. Me ha dicho José que ha estado muy nerviosa todo el día, tras el accidente. Si sigue así, abuelo, creo que deberíamos llamar al veterinario para que nos dé su opinión.

—Quién sabe el trauma que tendrá esa criatura —dijo Henry—. Recordad cuando Samuel la trajo a casa: en la subasta nadie la quería por lo frágil y desorientada que parecía. Siempre ha sido muy paciente con ella; de hecho, ha logrado reeducarla. Jamás habría imaginado que pudiera ponerse como se ha puesto esta mañana —concluyó Henry apenado.

—Pues yo pienso que ha sido Liz, por lo chillona que es —dijo Felicity pensándolo en voz alta.

Jeremy hizo un esfuerzo por contener la risa.

—¡Felicity! —la regañó su esposo— ¡Cómo puedes creer eso!

—No sé, querido, sabes que tiene un carácter un tanto especial… y hay días que me da hasta mala vibración.

—Ya está: habló la mística… —contestó Henry poniendo los ojos en blanco— Seguro que te alegras de que hayan roto.

—Henry, sabes que nunca me ha gustado esa muchacha. Y sabes también que he respetado esa relación. Jamás me he metido por medio porque no me correspondía a mí romperla y sí, reconozco que me alegro mucho de que Samuel haya decidido ponerle fin.

—Pues si no se separa de él durante el tiempo que esté convaleciente, me da que esos dos vuelven —bromeó su nieto.

—A mí no me extrañaría nada. ¿Cuántas veces lo han dejado y después han vuelto? En fin, que sea lo que Dios quiera —sentenció Henry con resignación.

—Y lo que quiera Samuel, también —añadió Felicity cruzando los brazos sobre su pecho—. Está claro que no están hechos el uno para el otro. Samuel es un buen hombre y ella se aprovecha de eso. Solo espero que esta vez se mantenga firme en su decisión.

Henry levantó ambas manos en señal de rendición y la besó en la mejilla.

De nuevo, otro gesto de dolor le sobrecogió al anciano y no pasó desapercibido a su esposa.

—Cariño, creo que ya te toca cambiarte los parches, ¿quieres que te ayude?

—No, aún puedo yo solito, gracias… Salvo que te apetezca darme unas buenas friegas para que se me alivien las molestias, sabes que me encanta todo lo que haces con esas manos tan maravillosas que tienes.

—Anda, viejo picarón, ve subiendo que ahora voy yo.

Henry se despidió de los dos y se metió dentro de la casa.

—De mayor yo quiero ser como vosotros, abuela; ya me contarás cuál es vuestra fórmula secreta.

—No hay ninguna fórmula secreta, querido. La relación de pareja es un tira y afloja y sobre todo querer pasar el resto de tu vida con esa persona; si ese convencimiento es mutuo, será más fácil superar las dificultades o las tentaciones que se te presenten en la vida. También es vital encontrar vuestro momento como pareja para que la llama siga encendida —le lanzó una sonrisa picarona y bebió un poco de limonada para continuar con el último consejo—. Y otra cosa fundamental y que no puede faltar jamás en una pareja es la comunicación. Mi consejo es que no os calléis las cosas; eso sí, dialogad siempre con el corazón en una mano, la razón en la otra y el orgullo a buen recaudo en el bolsillo trasero del pantalón.

Jeremy se levantó impulsivamente a regalarle un entrañable abrazo.

—Eres la mejor abuela del mundo, ¿lo sabías?

Felicity puso los ojos en blanco y se dejó acunar en los brazos de su nieto.

—Eso es evidente, aunque ya te digo yo que esta mujer tira más que afloja —interrumpió con tono guasón el abuelo asomándose por la puerta.

—¿Pero tú no te habías ido? —le reprochó con ironía a su marido.

—No quería perderme lo mejor de la conversación —reconoció Henry sonriente y le guiñó un ojo a Jeremy con complicidad.

—Anda, anda, haz el favor de subir a ponerte esos chismes y recuerda meter los que deseches en una bolsa—.

—Y cerrarla bien antes de tirarla a la basura —terminó la frase con tono cansino—. Lo sé, cariño, lo sé. Venga, no entretengas al muchacho que querrá retirarse a descansar.

Cuando nieto y abuela se quedaron de nuevo a solas, Jeremy le confesó que temía la llegada del bebé. Con Rose lo pasaron muy mal hasta los dos años, que no había noche que no los despertara en varias ocasiones llorando.

—Y ya ves a Rose, es una maravilla de niña: duerme bien, come bien, es inteligente, y tiene una energía que parece inagotable. No te comas la cabeza con eso y disfruta del ahora, que el futuro ya llegará —Posó la mano con seguridad y cariño sobre el antebrazo de su nieto—. Cuando sea el momento, tú y Annie lo haréis fenomenal. Sois unos padres maravillosos.

—Gracias, abuela. Es que estoy tan estresado con el nuevo puesto que me agobio por nada. Crear un departamento no es fácil. Ahora me toca hacer de todo mientras formo a mi equipo, y no me puedo permitir las noches en vela.

—Lo ves, ya estás viviendo en el futuro, deja de preocuparte por lo que harás en unas semanas y ocúpate de disfrutar el regalo que te ofrece la vida: el presente. Piensa que tu hija cada vez es más independiente, que el embarazo está siendo muy bueno y que para cuando nazca tu hijo, ya tendrás más que organizado tu departamento.

—Tienes razón. Annie me dice que me ahogo en un vaso de agua.

—Pues bébetela.

—Ja, ja, ja, abuela, eres la mejor.

El *border collie* alzó las orejas, elevó el hocico para olfatear y soltó un gruñido sostenido hasta que salió disparado, ladrando hacia la persona que avanzaba por el camino de acceso al rancho desde la carretera. Jeremy se puso en pie y al distinguir la figura de una mujer joven en el camino, dio un brinco de su silla y saltó los cuatro escalones del porche para detener al perro.

—¡Rony! ¡Quieto! —vociferó temeroso de que el perro la atacara.

—¿Pero a quién se le ocurre plantarse así, sin ser invitado en una propiedad privada? —se dijo Felicity en voz alta sin apartar la mirada del camino.

—¡Condenado perro! ¿Por qué no me haces caso? ¡Ven aquí! —se quejó Jeremy haciendo un auténtico esfuerzo por correr aún más rápido.

El animal se detuvo en seco cuando llegó ante aquella mujer de 1,70 y vaqueros holgados que se había quedado inmóvil al verlo venir. Le dejó acercarse con cautela, tratando de no parecer una amenaza para él. Rony olfateó sus pantalones y después la chaqueta con curiosidad. Ella respiró profundo, tratando de calmar sus nervios y para su sorpresa, el perro se sentó y empezó a mover el rabo de un lado a otro. Recordó que solía llevar en el bolsillo snacks para el perro de su vecina y supuso que los habría olido.

Metió muy despacio la mano en el bolsillo de su chaqueta de cuero negro y palpó con alivio la bolsa. Le ofreció dos diminutas galletas y el perro las aceptó muy agradecido.

—Buen chico —dijo ella, observándolo divertida. Tenía muy claro que acababa de hacer un amigo.

Jeremy había bajado el ritmo cuando lo vio sentarse y se acercó despacio y jadeante.

—¿Y este es el perro guardián del rancho? —se preguntó con ironía antes de alcanzarla.

—Hola. Siento mucho presentarme así en su rancho —dijo al fin la joven— Mi nombre es Alice Roberts y he llegado hoy a Cloverdale y… y estoy buscando trabajo por la zona. ¿Necesitan a alguien aquí? ¿O sabe si algún vecino de la zona está buscando un peón para su finca?

Jeremy echó un paso atrás para guardar el equilibrio, incapaz de contestar por unos instantes.

—Oh, vaya, lo siento mucho, de verdad, no… no son horas ni formas de venir a buscar trabajo.

—No, tranquila, es que —titubeó por unos instantes —¿sabes algo de caballos o tienes experiencia con el trabajo de granja?

—No, señor. Pero me encantan los animales y tengo muchas ganas de trabajar… y aprendo rápido. Oh, buenas tardes, señora —carraspeó al ver a Felicity, que agarró el brazo a Jeremy para que se percatara de su presencia.

—Oh, yo… yo lo siento mucho, de verdad. Puedo regresar mañana a la hora que me digan, no quiero molestar.

—No es ninguna molestia, querida, precisamente estamos buscando a alguien que nos eche una mano hasta que mi otro nieto, que es el que dirige el rancho, salga del hospital.

Ya en el porche, Alice se sentó en la silla junto a Felicity y aceptó muy agradecida la limonada que le ofreció la mujer. Apenas había probado bocado en todo el día y tenía la garganta seca.

La improvisada entrevista se prolongó durante media hora larga. Felicity se ausentó un momento para prepararle un emparedado que la muchacha devoró contenidamente mientras Jeremy le explicaba el tipo de trabajo que tendría que hacer allí. A Alice le parecieron bien las condiciones y el sueldo. Se sintió aliviada por haber encontrado trabajo tan rápido, aunque tendría que pasar un período de prueba y la aprobación del nieto hospitalizado, pero le pagarían los días trabajados en caso de que la despidieran.

—¿Dónde te hospedas, querida?

—En un motel, no demasiado lejos de aquí. Será mejor que me vaya, está oscureciendo.

—Bien —asintió Felicity—. Mi nieto te acompañará hasta el coche.

—Oh, he venido a pie, señora —sonrió a Felicity con timidez.

—Entonces te acercará al motel. A estas horas apenas habrá tráfico y podría ser peligroso confiar en un desconocido que te lleve. No sé cómo se te ha ocurrido alargar tanto tu búsqueda de hoy, muchacha.

—Tiene toda la razón, señora. Lo cierto es que estaba haciendo autostop para regresar al motel y nadie paraba, di unos pasos más y vi la puerta abierta de este rancho, por eso entré. Pensé que sería una visita tan rápida como las otras.

◆◆◆

Felicity tardó un poco en retirarse de la ventana, recordando las facciones dulces de aquella misteriosa mujer y de esa extraña sensación que ya había sentido alguna vez, como si la conociera de toda la vida. Quizás había sido muy precipitado contratarla sin saber nada de ella o sin haberle pedido referencias; el caso es que necesitaban ayuda con urgencia y Alice parecía haber caído del cielo como si de una señal se tratara.

Henry arrimó su espalda cuando sintió a su esposa tumbarse a su lado. Ella le rodeó la cintura con el brazo.

—Me pregunto por qué nos habrá enviado el Universo a esta muchacha…

—Caray, Felicity, eres la mujer menos creyente que conozco —protestó Henry sin girarse.

—De eso nada, soy muy creyente y tengo mucha fe, más que tú; además, si todo es lo mismo, una fuerza todopoderosa y omnipresente que nadie alcanza a conocer ni a entender, y necesaria al mismo tiempo.

—Anda, no te pongas filosófica y ráscame un poquito la espalda.

—Viejo pícaro, ¡si ya te he dado unas cuantas friegas en el costado!

—Ya pero cuando me rascas me duermo antes que con tus ronquidos.

—Serás provocador, aquí el único que ronca eres tú —le propinó un leve empujón.

Metió la mano bajo la camiseta del pijama para rascarle como tanto le gustaba y enseguida lo escuchó roncar. Con mucho cuidado, dejó de rascarle, sacó la mano y le rodeó con el brazo por la cintura. Apoyó la frente sobre la espalda de Henry, cerró los ojos y aspiró su agradable aroma dulzón y amaderado. Con una gran sonrisa dio gracias a Dios por el regalo que le había brindado: haber disfrutado juntos otro día más.

2

Las partículas de polvo parecían bailar suspendidas alrededor del único rayo de luz que había logrado colarse por la ventana de la habitación del motel.
Alice tomó asiento en el butacón tapizado con un alegre estampado floral, a juego con las tupidas cortinas que enmarcaban una escueta ventana cubierta por un visillo beige. Con resignación, se calzó unas botas militares que había traído en su escaso equipaje. Apenas había dormido durante la noche y esperaba nerviosa a que vinieran del rancho a recogerla. Por un momento se arrepintió de haberle donado su viejo Ford a su vecina. Para trayectos cortos, el coche respondía bien. Enseguida recordó por qué se había deshecho de él: Para un viaje de tantos kilómetros, le habría supuesto un lastre y un elevado gasto extra.

Se levantó y caminó por la habitación de un lado a otro mientras se mordisqueaba las uñas y comprobaba la hora compulsivamente en su reloj.

Se preguntaba por qué sentía ese cosquilleo en la boca del estómago. Una sensación muy parecida a cuando empezó a trabajar en su primer y único empleo en Los Ángeles. De pronto, el corazón le dio un vuelco al recordar por qué lo había dejado todo para empezar desde cero y se preguntó si estaría cometiendo el mayor error de su vida.

Aunque la admiración por la naturaleza y la pasión por los caballos la habían acompañado desde niña, nunca había tenido la oportunidad de conocer un rancho tan de cerca. No le importaba que fuera un trabajo duro o que tuviera que mancharse las manos, lo necesitaba si quería dejar atrás el tipo de vida en el que se había visto inmersa durante los últimos años y, especialmente por lo ocurrido hacía unos meses. Estaba sobradamente cualificada como para optar a un empleo más cómodo, en una oficina, incluso como maestra en alguna escuela del lugar, pero lo último que quería era sentirse encerrada entre cuatro paredes. Más adelante, desde la distancia física y emocional, sería capaz de replantearse cómo quería vivir su vida. Aunque tenía algo ahorrado, necesitaba un empleo con el que mantenerse, para que no llegara el momento en que la falta de dinero pudiera suponer una distracción que le hiciera tomar una decisión precipitada.

El ruido vibrante y metálico del motor de un coche interrumpió sus cavilaciones. Abrió con cuidado las dos piezas de visillo y vio cómo se detenía en el aparcamiento del motel un viejo *pick up* rojo. Limpió rápidamente las lágrimas que empapaban sus mejillas y emborronaban su visión y observó con cautela. Dentro del coche distinguió al volante a un hombre de entre cuarenta a cincuenta años, de aspecto hispano, muy alto y de complexión fuerte. Rony se asomó por la ventanilla jadeante, con la lengua fuera, y Alice respiró algo más aliviada. Para no hacerlos esperar, se puso la cazadora sobre la camiseta de tirantes y colgó su mochila al hombro. Antes de cerrar la puerta, cogió una pequeña bolsa y salió apretando el paso.

Al poner el pie en el suelo del aparcamiento, Rony saltó por la ventana ignorando las órdenes

que le daba el hombre y corrió a su lado a saludarla. Alice se limitó a devolverle el saludo rascándole la cabeza y cuando el perro se sentó expectante a su lado, rasgó la bolsa y le dio un snack.

—El resto tendrás que ganártelo, amiguito. Vamos —le dijo mientras se dirigía al coche. El perro la siguió moviendo el rabo sin perderla de vista.

—¡Buenos días, Alice! Soy José, Jeremy me pidió que viniera a recogerte, ¿preparada para tu primer día de trabajo en el rancho?

—Sí, aunque un poco nerviosa, la verdad —Quiso ser sincera con él. Parecía un buen tipo. Abrió la puerta y con un gesto decidido de mano hizo que el perro subiera y se colocara en medio.

—Vaya, con que a ella sí la obedeces, ¿eh? —regañó en broma al perro y después dirigió sus bonitos ojos negros a Alice—. Está claro que con él no tendrás problemas.

—Es un buen perro, algo glotón pero buen perro —bromeó Alice mientras acariciaba a Rony en la cabeza.

—Amigo, me temo que te han calado enseguida, ¿eh? —José emitió una sonora carcajada que la contagió a ella también.

José tenía la piel bronceada, pelo negro y ondulado y labios carnosos bajo un tupido y oscuro y grueso bigote que destacaban su blanca y perfecta dentadura. Por el acento, dedujo que había emigrado de México, posiblemente muy joven.

—Bueno, señorita, espero que hayas descansado bien porque allá en el rancho tenemos mucho trabajo. Hace poco se marchó el mozo que nos ayudaba y ayer nuestro jefe tuvo un accidente con uno de los caballos. Me temo que tendremos que emplearnos a fondo para que no se nos acumule demasiado trabajo. Además, en breve Jeremy se irá a dejar a su mujer y a su hija con sus suegros, por lo que estaremos tú y yo solos al frente de todo la mayor parte del tiempo, hasta que Samuel, nuestro capataz, se recupere.

—Tranquilo, no me asusta el trabajo y aprendo rápido. No tendréis ningún problema conmigo.

—Eso espero; que no salgas huyendo cuando veas dónde te has metido —dijo José entre risas.

Alice se rio con él, aunque en el fondo empezaba a preguntarse qué demonios estaba haciendo con su vida. Ella jamás había sido tan impulsiva.

—¿De veras no sabes nada de caballos? —preguntó con curiosidad.

—Bueno —Tragó saliva—, sé que son grandes, que tienen cuatro patas… que comen hierba… ah, y que cagan como pelotitas o algo así.

—Ja, ja, ja, sí algo así. Me encanta, mujer con sentido del humor, es perfecto porque lo necesitarás —dijo meneando la cabeza divertido, sin apartar la vista de la carretera.

El incómodo silencio que reinó durante unos pocos minutos fue interrumpido por José cuando le preguntó por qué había elegido aquella localidad para buscar trabajo.

Alice no quería ser esquiva y levantar sospechas así que optó por darle una verdad a medias por respuesta.

—Llevaba una vida demasiado estresante en Los Ángeles y por el bien de mi salud mental —bromeó sin mentir—, decidí cambiar de aires y de trabajo. No sé, hacer algo totalmente distinto para desconectar, supongo. Bueno, y también porque esta zona me gusta. Viví cerca de aquí hace mucho tiempo.

José asintió sin apartar la vista de la carretera. No quería que la joven pensara que era un entrometido, ya se encargaría su Marieta de ahondar más en la vida de la nueva.

—Vaya, Los Ángeles. Nunca he estado allí. Dicen que viven muchos famosos, ¿has conocido a algún actor o actriz?

Rony se tumbó echo un ovillo y apoyó la cabeza sobre el muslo de Alice para que continuara acariciándole en el cuello.

—Me encontré con alguno, sí —dijo acordándose de uno en especial—. En una ocasión, estaba esperando en un paso de peatones y cuando se cerró al tráfico, se paró justo a mi lado una moto y ¿adivina quién la conducía?

—¿Quién? —preguntó intrigado.

—Brad Pitt.

—No, me digas. ¡Ay como se lo diga a Marieta!, mi esposa —aclaró—. Siente auténtica adoración por ese tío. ¿Y le pediste un autógrafo?

—Estuve a punto, pero cuando quise hacerlo, se me habían adelantado unas chicas, a las que atendió muy pacientemente, por cierto. A mí me dio vergüenza pedírselo y continué mi camino.

—Vaya. ¡Habérselo pedido, mujer! —dijo marcando su acento mexicano.

—Ja, ja, ja, tampoco es mi actor favorito.

—¿Y cuál es tu actor favorito?

—Bueno… —En ese momento, se dio cuenta de que en los últimos años apenas había tenido tiempo para sentarse frente al televisor a ver una película o el capítulo de alguna serie. José esperaba impaciente así que soltó el primero que se le ocurrió — Diego Luna.

—Oh, Dieguito es paisano mío. ¡Es muy bueno!

—¿Eres Mexicano?

—Sí, señora. Nací en un pueblo de Sonora pero me mudé con mi familia a Arizona cuando tenía

seis añitos.

—¿Y hablas español o se te ha olvidado?

—Sí, de hecho, mi esposa Marieta y yo lo hablamos entre nosotros para no olvidarlo. Me gustaría enseñárselo a mis hijos cuando sea padre, claro.

—Saber idiomas es enriquecedor —dijo ella mientras su mente divagaba por unos instantes hacia su pasado. A ella le resultó útil y le abrió la puerta para su antiguo trabajo.

—¿Tú sabes algún otro?

—Oh, sí, hablo tu idioma —contestó en castellano— entre otras cosas… porque soy medio española. También vine a vivir aquí cuando era muy pequeña, pero en casa siempre hablábamos en español.

—¡Ay cuando se entere mi esposa! Prepárate porque os haréis íntimas y eso quiere decir que te pondrá la cabeza así —Hizo un gesto abriendo las manos a ambos lados de su cabeza y volvió a ponerlas en el volante. Ambos se echaron a reír.

José se detuvo en la entrada del rancho y se bajó del *pick up* con sorprendente agilidad para su tamaño para abrir la valla de hierro que estaba sujeta por un pesado pasador. Alice se bajó para ayudarle y ahorrarle el trabajo de volver a bajar del coche para cerrarla. Cuando ella subió de nuevo al *pick up* rojo, dejaron atrás el bonito cartel de madera que les daba la bienvenida al Rancho Monty.

3

Felicity y Henry observaban desde la distancia cómo se desenvolvía la muchacha en su primer día, siempre atenta a lo que tanto Jeremy como José le explicaban. De vez en cuando, acariciaba a Rony en la cabeza o en el lomo y éste la seguía a todas partes.
José fue directo a los establos. Jeremy y Alice pasaron cerca del porche cuando Henry ojeaba un periódico y Felicity regaba las coloridas petunias.

Alice les deseó los buenos días a ambos y los dejó atrás mientras Jeremy le comentaba las labores más importantes que tendría que hacer hasta que su hermano regresara.

Se movía con elegancia al lado de su nieto. La joven había recogido su larga melena en un moño alto que dejaba al descubierto sus hombros bien definidos y su largo cuello. Por el top blanco de tirantes, asomaba un discreto tatuaje de cuatro golondrinas negras alzando el vuelo hacia la parte interior de su hombro izquierdo que no pasó inadvertido para Felicity.

—Umm —rompió el silencio sin dejar de lado sus cavilaciones —Le diré a Marieta que prepare la otra cabaña para que Alice se instale allí.

—¿No es un poco precipitado? —preguntó Henry aun sabiendo que su esposa ya había tomado una decisión y que nada la haría volverse atrás.

—Es un asunto puramente práctico: no podemos perder el tiempo llevándola y trayéndola al rancho para trabajar —mintió puesto que sabía que a ninguno de ellos les importaba hacerlo y tampoco afectaba al trabajo del rancho —. Además, no va a estar la muchacha pagando una habitación teniendo aquí una cabaña muerta de risa.

—¿Y qué opinará Samuel cuando se entere de que has contratado a esta mujer sin consultarlo antes con él? Estoy seguro de que le habría gustado participar en la elección del nuevo peón y conociéndolo…

—Bah, peor para él si se enfada. Lo he hecho porque la necesitamos y punto. Además, desde que el otro impresentable nos dejó tirados, tendríamos que haber contratado a alguien y esa chica… parece seria; no creo que desaparezca de un día para otro.

—Ya, bueno, ya sabes que no soy machista, pero ¿una mujer? No sé, está tan flaca que dudo que pueda levantar cuatro onzas de paja ella sola.

—¡Qué exagerado eres, caray!

—Solo digo que para ciertos trabajos hace falta fuerza y, no sé, parece tan frágil…

—Ya, como la enfermera que te atendió en el hospital cuando te ingresaron el año pasado. Acuérdate de lo pequeña que era a tu lado y con qué agilidad te levantaba y te daba la vuelta en la cama.

El anciano cruzó los brazos. Sabía que no podía rebatirla porque tenía razón.

◆◆◆

Jeremy le explicó que en el rancho se dedicaban principalmente a los caballos pero que también tenían gallinas y un pequeño huerto que les daba lo suficiente para cubrir las necesidades más básicas de la familia. El excedente lo donaban a un comedor social.

—Educamos caballos para las actividades que hacemos aquí, en el rancho. Durante el curso escolar, damos clases de equitación básica a varios colegios de la zona. En verano, aprovechando las vacaciones, bajamos su ritmo de trabajo y hacemos algunas excursiones programadas con los turistas y también continuamos con su educación, nunca hay que bajar la guardia.

—¿Y lleváis mucho tiempo dedicándoos a esto? Cuando vivía en Geyserville no recuerdo que hubiera algo así tan cerca.

—Oh, vaya, pero si Geyserville está aquí al lado. Pensé que eras de Los Ángeles.

—Bueno, me he mudado varias veces: De hecho, llegué a Geyserville desde España a los 16, dos años más tarde mis padres se mudaron a San Francisco y después me salió trabajo en Los Ángeles y allí viví hasta la semana pasada.

—Espera un momento, ¿eres española? Pero si no tienes acento —dijo sorprendido.

—Es que mi padre es de Chicago y mi madre de Madrid; y desde que tengo uso de razón, con mi padre hablo en inglés y con mi madre en español.

—Vaya, qué interesante, ya tendrás tiempo luego de hablarnos más de ti, seguro que tienes muchas anécdotas que contar, mujer de mundo —bromeó guiñándole el ojo.

—Bueno, que me despisto —prosiguió—, antes me has preguntado que si llevábamos mucho tiempo dedicándonos a esto, pues lo cierto es que no. Llevaremos unos cinco años y va muy bien, cada vez tenemos más alumnos. Pero todo esto es gracias a la idea que tuvo mi hermano de acercar el mundo del caballo a los niños. Desde entonces, el rancho remontó y mis abuelos no tuvieron que venderlo.

—Qué buena idea. Y, ¿cómo es que no hacéis campamentos con niños en verano?

—Este verano no, pero si todo va como lo ha planeado mi hermano, tendremos campamentos a partir del próximo año.

Alice estaba encantada con la idea de acercar el mundo del caballo a los niños. Si en el tiempo en el que ella estudió allí hubiese habido algo parecido, se habría apuntado sin dudarlo.

—Tenemos diez caballos, de los cuales, cuatro son ponis, aunque dentro de muy poco serán cinco —continuó Jeremy con la explicación mientras se dirigían al establo.

—En esta pista —dijo señalando un lugar de tierra vallado por troncos robustos de madera formando un círculo y un alto techo— damos clases a los principiantes y aquí es donde educamos a nuestros caballos también. Nosotros usamos un tipo de doma natural, nada que ver con la doma clásica que era más agresiva para el caballo.

—¿Y eso cómo funciona? ¿Sois como el encantador de perros, pero de caballos? —bromeó intrigada.

—Bueno, se trata de entender la naturaleza del caballo y hacer que nos haga caso porque él quiere hacerlo, no porque nos tenga miedo. Dicho así —carraspeó algo avergonzado— suena bastante raro y como de locos, pero te aseguro que José, o mi hermano cuando vuelva, te lo explicarán mucho mejor que yo y le encontrarás a ese método mucho sentido.

—No te preocupes, te entiendo y lo encuentro fascinante, seguro que el vínculo que se crea entre el caballo y los humanos es más fuerte así.

Como ocurría entre las personas: la lealtad por afinidad y respeto es más fuerte que la que nace fruto del miedo y de la desesperación.

—Ahora no hay ninguno en esta pista —continuó Jeremy— porque José los está sacando de sus cuadras para llevarlos a la otra mucho más grande. Allí pueden trotar, pastar y beber a sus anchas. Así podrá enseñarte a limpiar las cuadras. Espero que no seas escrupulosa…

—Para nada; podré con ello —Apretó el paso para no quedarse atrás y mantenerse a su altura.

Si ella hubiera sido escrupulosa no habría aguantado tantos años en su anterior trabajo para el que, aparte de tener estómago y sangre fría, había tenido que aprender a compartimentar su mente para mantenerse cuerda.

Alice sintió un cosquilleo de emoción en la boca del estómago y en ese momento volvió a preguntarse si no habría sido demasiado radical con su cambio de vida. Podría haberse tomado unas semanas de vacaciones como le recomendó su jefe y haber vivido su experiencia entre caballos de un modo más lúdico, pero abandonar su brillante carrera justo cuando iban a ascenderla… Empezaba a cuestionarse si estaría mal de la cabeza o simplemente traumatizada por todo lo que había vivido unos meses atrás.

El olor a heno, a madera y a estiércol de caballo se hizo más intenso cuando entró en aquel lugar alargado, de techos altos. Al principio se sintió desbordada viendo cuerdas y cabezadas colgadas en una de las paredes junto a la entrada, también había varias carretillas y otros utensilios de los que no sabía su nombre pero que reconoció de haber visto en alguna película del oeste o de granjeros. En el lado opuesto, había otra parte llena de sillas de montar. A medida que se adentraban, pudo escuchar los relinchos y los sonidos de los cascos al moverse dentro de sus respectivas cuadras. Los más curiosos se acercaban a la puerta para observar a la nueva presencia; otros, esperaban pacientes a que los sacaran a pasear.

Se pararon en el extremo abierto a la otra parte de la finca. El vallado rodeaba una extensa pradera. Allí, varios caballos bebían de un gran bebedero, otros paseaban despacio y se paraban a pastar y otros estaban tan quietos que tan solo movían sus hermosas y largas colas para espantar a las moscas.

Un gato de pelaje marrón oscuro, casi negro, de unos nueve meses, salió por debajo de uno de los portones y Rony se pegó más a la pierna de Alice para llamar su atención. A Alice se le fue la carcajada al girarse y ver al gato acercarse a saludar a Rony.

—¿Estoy viendo a un gato caminar como si fuera un caballo?

—Así es —contestó divertido—, te presento a nuestro pequeño Mustang.

—Vaya, veo que el perro y el gato se llevan bien. Nunca lo había visto antes, tan de cerca; quiero decir —Agachó y tendió su mano con naturalidad. El gato se acercó a olisquear sus dedos y después refregó el cuello en su mano—. Y los caballos, ¿no le tienen miedo? No sé, como los elefantes a los ratones.

—Ja, ja, ja, bueno, solo se asustan cuando el muy pícaro les salta encima pero ya lo conocen y saben que no es una amenaza; además, los gatos hacen muy buenas migas con los caballos. Ocurre lo mismo con las ovejas, de hecho, hace un par de años tuvimos una oveja que no se separaba de Ginger, uno de los más veteranos del rancho. Era muy gracioso verlos juntos, a donde iba Ginger a pastar, allá iba la oveja detrás a hacer lo mismo.

En ese momento, José salió de una de las caballerizas caminando con soltura junto a una preciosa yegua negra de figura esbelta y paso estilizado. Alice se quedó embobada admirando al animal cuando la yegua desvió la cabeza para mirarla. En el centro de la frente resaltaba una mancha blanca con una forma peculiar que le recordaba a una vela. Sin detenerse, José hizo un leve gesto con la mano que sostenía la cuerda para que la yegua no se distrajera y siguiera mirando al frente.

Alice sintió como un flechazo al verla.

—Qué preciosidad —dijo aún emocionada por lo que le había hecho sentir el animal con tan solo mirarla con sus enormes ojos negros.

—Esa es Candela, una potranca de tres años. Ten mucho cuidado con ella, es la que ha enviado a mi hermano al hospital y de milagro no lo mandó más lejos.

—Pero parece tan dócil…

—Pues ten mucho cuidado —le advirtió con un tono más serio—, mejor no te acerques a ella. Es muy importante que seas consciente de que los caballos son muy fuertes y si les sumas el peso que tienen, podrían aplastarte entre ellos o contra la pared sin darse cuenta.

A Alice no le entraba en la cabeza que aquella yegua hubiese podido herir a alguien. Tampoco había caído en que esas criaturas que parecían adorables pudieran lastimar o matar a una persona

sin querer. El caso es que por unos instantes, le había parecido conectar con el animal y no le había dado la impresión de que fuera un ser violento.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Mi hermano estaba enseñándole unos ejercicios nuevos cuando se le puso a dos patas y empezó a cocear. Solo había visto así a un caballo en los rodeos pero nunca a uno acostumbrado a llevar a alguien encima.

—Vaya, ¿y cómo está tu hermano?

—¿Sam? Es fuerte y testarudo como esa yegua. Se pondrá bien.

Se echó a reír al recordarle, pero volvió a ponerse serio.

—Se rompió el fémur cerca de la rodilla y la operación ha salido muy bien, también se lastimó el hombro de ese mismo lado al caer. Afortunadamente, en unos días lo tendremos de nuevo por aquí mandando e intentando desobedecer las recomendaciones del médico.

—Eso será buena señal.

—Sí, lo será para él pero te aseguro que no será bueno para nosotros porque nos tocará hacer de niñeras de un tío de casi dos metros de estatura.

Jeremy reanudó sus explicaciones y ella lo siguió con atención, tratando de memorizar todos los detalles posibles.

—Este de aquí es Pancho —dijo señalando a un caballo tordo, algo bajo para ser caballo—. Es un poni, de los grandes y es muy tranquilón. Es el padre de Brownie y Canela.

Los hermanos estaban cada uno en su sitio, eran más bajos que el padre, y sus nombres hacían alusión al color de su pelo.

—Solemos llevarlos a las ferias o a las fiestas de Cloverdale para que los más pequeños monten en ellos —Avanzó una cuadra más y continuó con la presentación—. Esta de aquí es Fresa, por lo dulce que es y por la mancha que tiene en la frente.

Alice se fijó en el parecido tan grande que tenía la mancha blanca con diminutos lunares que le daban aspecto de fresa, sobre un hermoso pelaje marrón oscuro.

—Como Candela —comentó Alice entusiasmada—, la mancha de su frente me ha recordado a una vela.

—Exacto —contestó Jeremy satisfecho con las dotes de observación de la muchacha.

José regresó frotándose las manos y se unió a ellos.

—Vaya, Fresa tiene el vientre enorme, ¿para cuándo lo tendrá? —preguntó Alice curioseando por encima del portón.

—Según el veterinario —dijo Jeremy—, dentro de un mes, aunque mi abuela está convencida de que nacerá antes… pero tranquila, que no tendrás que asistir el parto tú sola. El veterinario vive muy cerca. Como mucho te tocará tirar un poco del potrillo cuando empiece a asomar.

Jeremy y José estallaron con una sonora carcajada al ver la cara que puso Alice al imaginarse en el papel de matrona. Ella estaba acostumbrada a trabajar con hombres a los que les encantaba gastar bromas de ese estilo; incluso con temas mucho más desagradables. Les siguió el rollo y se lo tomó con sentido del humor, como hacía siempre.

—Si te parece, me quedo yo con Alice. Ve a disfrutar de tus merecidas vacaciones con tu mujer y tu hija, que de esto nos encargamos nosotros.

—Muchas gracias, José. Te debo una —le dijo mientras chocaban sus puños.

—Parecen buena gente —comentó Alice cuando Jeremy se fue.

—Lo son. A Marieta y a mí nos acogieron como si fuéramos de su familia. No he conocido patrones tan generosos y humildes como ellos. Ya lo verás. Si haces bien tu trabajo y eres respetuosa con la familia, no tendrás ningún problema.

—Muy bien, entonces pongámonos a trabajar. Dime, ¿por dónde empiezo?

—Chica lista, sí señor. Pues se me ocurre que puedo enseñarte a sacar a los ponis, después nos pondremos con las cuadras y cuando terminemos el trabajo por hoy, creo que podrás echarme una mano para meter a los caballos en sus cuadras.

—Suena bien.

—Sí, ¿verdad? —dijo en un tono simpático— Veremos si sigue sonándote tan bien en unas horas. Vamos.

Le resultaba fácil sentirse cómoda con José. Era un hombre de habla pausada, voz grave y risa contagiosa que tenía el don de enseñar con claridad cristalina cada una de las tareas que tendría que realizar.

Tras enseñarle a colocar la cabezada a Canela, fue Alice quien se la puso a su hermano Brownie. Al principio se le resistió un poco pero enseguida, siguiendo las instrucciones de José, logró ponérsela y el pony caminó con ella con suavidad.

La parte trasera del establo conducía a un gran vallado que se amoldaba al inmenso terreno, rodeando algunos árboles que quedaban fuera y dejando otros en su interior para ofrecerles sombra donde guarecerse en los días tan calurosos como ese.

Después de soltar a los ponis en aquel lugar, Alice contuvo las lágrimas ante tanta belleza. Se acercó hipnotizada a la valla de madera que le llegaba a la altura de los hombros, se puso de puntillas y apoyó sus manos sobre la madera, admirando con fascinación todo cuanto tenía delante. El cielo azul salpicado por algunas nubes algodonadas, las montañas cubiertas por

intensos tonos verdosos y aquellas criaturas que tanto le gustaban, tan cerca de ella que casi podía extender su mano y tocarlas. Por unos instantes se evadió y no logró descifrar lo que José le decía cuando la cara de un caballo de pelo suave y grandes ojos negros la sacó de su ensoñación. Levantó los ojos para observar al caballo con devoción e instintivamente alzó con suavidad su mano para acariciarle la frente. El animal movió lentamente la cabeza y apoyó la mejilla sobre su mano. Alice sintió cómo se escapaba alguna lágrima humedeciendo su rostro lentamente.

Jamás había sentido tantas emociones juntas al acariciar a un animal. La suavidad de su pelo y su calor la colmaron de una paz que se vio interrumpida con el tono sereno de advertencia de José.

—Ten cuidado con Candela, no sé si Jeremy te lo habrá dicho, pero no puedes fiarte de ella.

—Vaya, lo siento, no me había dado cuenta de que era ella, pensé que era otro caballo que venía a saludar —dijo Alice, limpiándose las lágrimas a escondidas.

La toma de contacto con la yegua había sido tan especial para ella, que esa extraña sensación de bienestar la acompañó durante todo el día.

◆◆◆

A media mañana, Alice se desenvolvía muy bien limpiando las cuadras y haciéndoles las camas a los caballos con la paja limpia. Había perdido la cuenta de la cantidad de viajes que había hecho con las dos carretillas, la de los excrementos y la de la paja limpia. La zona de compostaje estaba algo alejada y allí las moscas revoloteaban atraídas por el olor del estiércol y por el calor. Su compañero le había tenido que prestar uno de los varios sombreros que había en el establo para protegerla del sol.

José, al ver que era capaz de encargarse ella sola de la limpieza, se puso con el aseo de los caballos en la parte de fuera. Desde allí, podía asomarse o incluso acercarse para comprobar que todo estaba correcto.

Alice estuvo muy bien acompañada por Rony, tumbado cerca de ella en el pasillo de la cuadra, y por Mustang, que la observaba medio adormilado y ronroneando junto al perro.

Cuando estaba terminando de extender la paja sobre el suelo de la última cuadra, Mustang salió corriendo a refugiarse en algún lugar del establo. Rony se levantó, se desperezó y empezó a mover el rabo. Alice se asomó para ver quién venía y se encontró a las tres mujeres de la casa entrando en el establo. Traían una bandeja con una jarra de limonada fresca y un par de vasos. Alice sujetó el horquillo con el que había estado extendiendo la cama de paja con una mano y con el dorso de la otra se limpió el sudor de la frente.

Felicity hizo las presentaciones. Annie, una mujer menuda, de melena castaño claro y ojos azules, llevaba un vestido de premamá bajo el que se adivinaba su incipiente barriguita. Su hija Rose, de unos siete años, tenía una expresión viva y pizpireta, ojos también azules y pelo ondulado, algo despeinado. La niña le ofreció el vaso de limonada fresca que su madre le había servido.

—Muchas gracias, jovencita —dijo Alice con simpatía.

—La he hecho yo con ayuda de la abuela Feli—confesó la niña orgullosa.

Alice bebió un sorbo.

—Mmmm pues os ha quedado deliciosa.

La niña sonrió y se puso al lado de su madre.

—¿Qué tal se te está dando el primer día? ¿Estás muy cansada? —se interesó Felicity.

—Estoy molida, señora, pero muy agradecida.

—Creo que te daré una pomada para que te la des en las manos y otra para las agujetas, ya me lo agradecerás mañana —dijo Felicity con aire comprensivo porque sabía muy bien de lo que hablaba.

—Gracias, señora.

—Ay, por favor, no me llames así, que me pones aún más años encima.

Alice sonrío. Le encantaba aquella mujer tan jovial y decidida.

—Por cierto, como ayer fue todo tan rápido y esta mañana no me parecía bien interrumpir vuestro trabajo, quería decirte que el puesto también incluye la comida y el alojamiento en una de las cabañas que tenemos cerca de la casa. Después de la jornada le diré a José que te acerque al motel para que recojas tus cosas; puedes instalarte hoy mismo si así lo deseas. Y por supuesto, tenemos que hablar de tus días de libranza y de tus futuras vacaciones, pero entiende que hasta que no regrese mi nieto, tendremos que abusar de ti para sacar el trabajo adelante. Te prometo que te compensaremos por ello.

Alice sabía lo que era trabajar sin horario establecido y con disponibilidad a tiempo completo, sin importar que fuera día, noche o festivo.

El grito de Rose sobrecogió a Alice. José se había acercado a la niña por detrás para hacerle cosquillas en la cintura. Después, la pequeña se echó a reír y comenzó a perseguirlo para devolvérselas. Aunque era chistoso ver a aquel hombretón dando brincos para que la pequeña no lo atrapase, Alice se quedó paralizada, sintiendo cómo su corazón martilleaba acelerado contra su pecho. Trató de serenarse, pero aquel grito agudo de Rose, que se repetía en bucle en su mente, había abierto una herida que no terminaba de sanar.

4

Felicity y Jeremy caminaban por el pasillo del hospital. Al llegar a la puerta, encontraron a Samuel dormido. Tras la colorida revista de prensa rosa, asomaban unos finos dedos con largas y cuidadas uñas de un color rojo escarlata. Liz iba tan maquillada como de costumbre y llevaba suelta su media melena rizada rubio platino, siempre perfecta, como si estuviera esperando a que le hicieran las fotos para salir en la portada de alguna revista.
Al percatarse de su presencia, dejó la revista en la mesita auxiliar y se levantó a recibirlos. Tan dramática como siempre, les cotorreó la odisea de no poder pegar ojo en toda la noche en aquel incómodo sofá, y que no había podido ducharse en ese baño porque le daba repelús. Y así compuso su monólogo a base de "porque yo y yo y más yo".

Felicity aguantó la respiración para después espirar lentamente y evitar soltarle lo que le estaba pasando en esos instantes por la cabeza. Con intención de acelerar que aquella mujer se fuera y los dejara solos, le siguió la corriente.

—Ay, pobre, debes de estar hecha polvo. Vete a casa tranquila y tómate el tiempo que haga falta —"Como si no vuelves", pensó—. Nosotros nos quedamos con él. Muchas gracias por cuidar de Samuel por las noches.

Sin decir nada más, ni siquiera comentarles cómo había pasado la noche el accidentado, se fue y, automáticamente, Samuel abrió los ojos.

—Gracias a Dios que se ha ido. Ya no aguantaba más haciéndome el dormido. No puedo estar un solo día más aquí. Quiero irme a casa ya —exigió mientras apartaba con dificultad la sábana para salir de la cama.

—De eso nada —dijo su abuela, empujándole con delicadeza y volviéndolo a tapar—. Tienes que estar aquí todavía otra semana más, es mejor que no precipites las cosas. Anda, cálmate un poquito y cuéntanos qué tal te encuentras.

—Estoy bien, pero estaría mejor en casa. Necesito la paz que me brindan mis caballos y no esta mujer que solo está aquí para fastidiar y hacer el paripé porque las apariencias son lo único que le importa.

El gesto de alivio su abuela al escuchar sus palabras delataba la satisfacción que sentía al saber que Samuel no volvería con aquella muchacha.

—Además, José no puede hacerse cargo de todo, habrá que contratar a alguien. El rancho lleva ya demasiados días dependiendo solo de él.

Jeremy y su abuela se miraron. El uno quería decir algo y la otra que lo dejara estar.

—¿Qué pasa? —preguntó Samuel intuyendo que le estaban ocultando algo.

—Nada, todo está en orden, hermanito, no tienes de qué preocuparte.

—¿Abuela? —preguntó directamente a Felicity porque sabía que, si algo había ocurrido en su ausencia, ella tenía mucho que ver.

—¿Qué pasa? Jeremy te está diciendo la verdad, todo está en orden, así que relájate para que te recuperes pronto y puedas encargarte de todo como a ti te gusta.

—Sé que me estáis ocultando algo.

—¡Qué chorrada! —dijo su abuela quitando importancia al comentario con un movimiento de mano.

—A ver —Elevó la cabecera de la cama y se apoyó en la almohada para mantenerse incorporado —: Mi querido hermano mayor no tiene ni idea de caballos y no le veo recogiendo boñigas, Annie está embarazada y tampoco es de mancharse las manos, el abuelo y tú no estáis para trabajar tan duro y me imagino que no estaréis haciendo trabajar a Rose. Tampoco veo a Marieta y a José trabajando juntos porque acabarían los dos a escobazos. Por cómo te ha mirado mi hermano de reojo ahora mismo, creo que tú has contratado a alguien y no veo a mi hermano muy convencido de que me guste ese chico porque seguro que no es el tipo de peón que yo habría elegido ni de lejos.

—Ja, ¿ahora eres adivino? —se mofó Jeremy tratando de destensar la situación aun sabiendo que su hermano no andaba muy desencaminado.

—Pues en lo único que has acertado es en que hemos contratado a alguien y es de lo mejorcito que hay —intervino rápidamente su abuela—. Fue todo muy rápido, es joven, con muchas ganas de trabajar y de aprender y nos está ayudando mucho. Así que deja de comportarte como un crío irritante y quédate el tiempo que haga falta en el hospital. Alice lo está haciendo muy bien.

La abuela guardó silencio de golpe y Jeremy la miró sobresaltado; nada que ver con la mirada feroz que les lanzó Samuel a ambos.

◆◆◆

El doctor le entregó la documentación a Samuel con desacuerdo. Aunque desde el punto de vista legal no pudo negarle el alta, sí pudo prescribirle las sesiones de fisioterapia que tendría que realizar en su domicilio, asegurándole que si no seguía las sesiones ni las recomendaciones que le había adjuntado en una hoja, podría quedarse cojo para toda la vida.

Los tres abandonaron en silencio el hospital en la Chrysler Voyager negra de Jeremy. La tensión casi se podía palpar con los dedos en el amplio y cómodo habitáculo.

—¿Una chica? ¿En serio?

Todos guardaron silencio hasta que Samuel volvió a intervenir.

—Pero… ¿En qué estabas pensando, abuela?

—Qué pasa, es perfectamente válida. Es más, ¿quién te enseñó a limpiar las cuadras y a escuchar a los caballos? ¿O es que ya se te ha olvidado de que fui yo? Oh, mira tú por donde, te enseñó una mujer… y mucho más mayor y cascada que esa muchacha. Me parece muy injusto, jovencito, que seas tan prejuicioso. Espérate a conocerla y ver cómo trabaja; comprobarás por ti mismo que hemos tenido muy buen ojo con ella.

Felicity se cruzó de brazos en el asiento de atrás y perdió la mirada por la ventanilla, con la voz de Jeremy de fondo hablando por teléfono con su esposa.

5

Era imposible no encariñarse con cada uno de los habitantes del Rancho Monty. Llevaba poco más de una semana conviviendo con ellos en el trabajo y en el rato que paraban para almorzar. Felicity disfrutaba preparándoles la comida y viéndolos comer. Había sido la cocinera de un colegio infantil de Cloverdale y echaba de menos su trabajo cuando se jubiló. Eran como una gran familia y Alice no podía estar más agradecida por haber entrado en sus vidas.
Se llevaba a las mil maravillas con Marieta, la esposa de José. Le explicó a Alice que su esposo y ella vieron el anuncio de que necesitaban una pareja para atender las labores de un rancho y no lo dudaron. Viajaron desde Tucson hasta Cloverdale con lo puesto, en su viejo escarabajo azul cielo. El viaje fue digno de película independiente y le contó que se turnaban para conducir y rezarle a la Virgen para que su "escarabajito" los llevara hasta Cloverdale.

Marieta se dedicaba a la limpieza de la gran casona del rancho y a echarle una mano a Felicity con las comidas. También le contó que su marido ayudó a construir algunas cuadras y a hacer más grande la pista de arena, la de iniciación. Con el tiempo, Samuel le enseñó a montar a caballo y desde hacía un par de años, le ayudaba como guía en las rutas a caballo durante el verano. Le habló también de Samuel y le comentó que era un buen capataz, muy exigente con los trabajadores, pero también con él mismo y que si hacía las cosas como él le explicaba, no tendría problemas.

Alice le pidió a Marieta unas gasas y algo para desinfectar las heridas que llevaba en las palmas de las manos. No estaba acostumbrada a trabajar tantas horas con el horquillo limpiando las cuadras y le habían salido ampollas.

Esa tarde estaba tan agotada que le había dicho a Marieta que no contaran con ella para cenar.

—¿Y no vas a comer nada? —preguntó Marieta preocupada— Necesitas estar bien alimentada para que se te curen esas heridas. Déjame que se lo comente a la señora Felicity, no veo que mejoren; es más, yo creo que debería vértelas un médico.

—Bah, no son más que unas rozaduras. Me las curaré bien para que no se me infecten y el reposo también me ayudará a que sanen antes —dijo para dejarla más tranquila. No podía dejarlos tirados dos o tres días y mucho menos llamar la atención de Felicity, porque sabía que la obligaría a visitar al doctor y este le daría la baja.

—Está bien, toma —Metió a regañadientes todo lo que necesitaba en una pequeña bolsa y le incluyó también un par de manzanas y una hermosa naranja —. Y haz el favor de comerte la fruta por lo menos.

—Muchas gracias. Te prometo que me la comeré —Alice le regaló un abrazo cariñoso y Marieta

la correspondió en el gesto.

—Hola, Alice; hola, Marieta —interrumpió Rose el abrazo canturreando.

—Qué contenta estás —dijo Alice acercándose a la niña. Ésta llevaba una de las mangas de la camiseta enrollada hasta el hombro—. Guau, llevas un tatuaje nuevo, ¿eh?

—Sí, es una luna. Yo quería poner otro con estrellas al lado, pero no quiero que se me acaben tan pronto. Así que cuando se me vaya este, pues me pondré el otro.

—Buena idea —dijo Alice.

—Me gustan mucho tus golondrinas —dijo Rose señalando la espalda de Alice.

—Oh, muchas gracias —dijo con ternura.

—¿Eres marinera? —preguntó con inocencia.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó Alice divertida.

—Es que el abuelo Henry dice que los marineros se tatuaban una golondrina cada vez que volvían a casa.

—Oh, vaya, pues no tenía ni idea de eso, la verdad —contestó Alice con sinceridad, sin perder el tono cariñoso —. No, no soy marinera, pero escogí las golondrinas porque al verlas me gustaron mucho.

Era una buena respuesta para darle a una niña de su edad que no habría entendido que se las tatuó para ocultar una cicatriz de su vida pasada.

—¿Y mamá? —preguntó Marieta.

—Ah, está hablando con mi papá por teléfono y ¿a que no sabéis qué?

Alice y Marieta se miraron divertidas y contestaron al unísono:

—¿Qué?

—Que tío Samuel regresa hoy a casa. Ya no va a estar más en el hospital. ¿A que es una buena noticia?

—Vaya —Marieta dio un respingo—. Qué sorpresa tan buena. Entonces, mejor me voy para ventilar y darle una pasada a su habitación.

—Bueno —dijo Rose desdoblándose la manga de la camiseta con aire adulto—, he oído que va a dormir en el despacho porque no puede subir tantas escaleras. Tiene que ir en silla de ruedas.

—Oh, ya entiendo, entonces le arreglaré su despacho. Allí tiene un sofá que se hace cama. Muchas gracias por avisar, Rose.

Marieta se excusó para adaptarle el despacho a Samuel y la niña se fue detrás dando pequeños saltos, tarareando una canción.

Alice se olvidó de respirar por unos instantes, cuando la niña salió de la cocina. Sintió un gran peso sobre su pecho, apenas conseguía que llegara oxígeno a sus pulmones. Tenía que salir de allí para respirar aire fresco. Cogió la bolsa que Marieta le había preparado y apretó contra su pierna la otra mano para frenar el incómodo y temido temblor que tanto tiempo hacía que no padecía.

Se fue hacia su cabaña dando zancadas y deseando de corazón que nadie la viera así.

Afortunadamente, allí tenía todo lo necesario para vivir con comodidad: Un pequeño salón con un sofá de dos plazas tan amplio que podría hacer las veces de cama, una mesa de centro de pino natural y un mueble a juego donde podría colocar un pequeño televisor. A un lado había una cocina muy básica pero suficiente para ella sola; además, teniendo en cuenta el afán de Felicity por alimentarlos, apenas la usaba para prepararse el desayuno.

El cuarto de baño estaba entre la cocina y el dormitorio con una cama de matrimonio y un par de mesillas a sendos lados de la cama. Sobre el cabecero había un bonito paisaje enmarcado y a uno de los lados, una ventana con las cortinas lisas en color salmón a juego con la colcha.

Dejó la fruta sobre la encimera de la cocina y vació la bolsa en la estrecha balda que sobresalía un palmo sobre el lavabo. Se desvistió con cuidado, sacudió el polvo de sus vaqueros, los inspeccionó y los reservó para la mañana siguiente. Después lavó como pudo su camiseta y su ropa interior y la dejó tendida en el respaldo de la silla de su habitación. Abrió el grifo de la ducha y dejó que el agua caliente la arropara.

Cerró con fuerza los ojos para controlar el escozor y esperó bajo el chorro hasta que las heridas dejaron de molestar. Se limpió con mucho cuidado, usando las yemas de los dedos. Su mente le jugó la mala pasada de recordar por qué había decidido alejarse de lo que tanto la atormentaba. Como si el peso que portaba a sus espaldas la empujara hacia el suelo, se fue escurriendo por la pared hasta quedarse sentada en el plato de la ducha, rota de dolor, pero del que provenía de esas heridas tan profundas que no se ven y que, en algunas ocasiones, no llegan a sanar nunca.

Entre sollozos, maldijo su suerte por ir a parar a un lugar donde la más pequeña de la casa le recordaba tanto a aquella pobre niña a la que no salvó aun teniendo todo a su alcance para hacerlo.

6

Alice se levantó temprano desesperada por no haber conseguido conciliar el sueño desde la madrugada. Se curó las manos y se las vendó para proteger las heridas de roces e infecciones. Miró de reojo a las dos manzanas y se guardó una en el bolsillo de su sudadera sin mangas antes de salir a dar un paseo.
El silencio a esa hora se vio interrumpido por el canto del gallo y algún relincho de los caballos. Fue bordeando el establo hasta la pista grande. Trepó por la valla de madera y se sentó en el último listón. Hacía frío de madrugada y metió las manos en los bolsillos de su cazadora para entrar en calor. El temblor de su mano había desaparecido casi por completo.

En el horizonte, recortado por las montañas, comenzó a abrirse camino el sol cubriendo con su delicado manto dorado las copas de los frondosos árboles, los arbustos de la finca y el campo silvestre que tenía a sus pies.

Llenó sus pulmones con aquel aire tan puro y tranquilo y permaneció quieta durante unos minutos, sintiendo los agradables rayos de sol sobre su rostro.

De vuelta, atravesó el establo. Enseguida salió Mustang, perezoso y zalamero, reptando por debajo de la puerta de la cuadra de Candela. Se acercó a Alice maullando y se refregó en su pierna.

—Hola, pequeño —se agachó y le acarició en el cuello. Al escuchar su voz, Candela asomó su enorme cabeza y Alice se volvió hacia ella para acariciarle en la frente, como venía haciendo desde que la vio por primera vez.

—No me creo lo que dicen de ti —le susurró mientras la observaba sin dejar de acariciarla—. No veo maldad en esos enormes ojos tan bonitos que tienes, no es que entienda mucho de caballos, ¿sabes? Pero sí entiendo de injusticias y también de lo frustrante que es no poder volver atrás en el tiempo para cambiar el pasado.

Se quedó atrapada por unos instantes en un recuerdo que amargó su semblante. Meneó la cabeza para deshacerse de él y continuó hablándole a la que se había convertido en su yegua favorita.

—Pero tú no te preocupes que averiguaré qué es lo que te hizo reaccionar así. Se me da muy bien resolver misterios, así que estás de suerte.

La yegua empujó la mejilla sobre la palma de su mano. Alice dio un pequeño respingo de dolor por la herida que llevaba protegida con la venda. La yegua la observó como si sintiera su dolor y agachó la cabeza.

—Tranquila, tú no me has hecho daño, es que la herida está todavía muy reciente y me la he hecho yo solita por bruta.

Candela relinchó y la acarició en el hombro con su cálido y suave hocico. Alice sacó la manzana de su bolsillo, le dio un mordisco y después le ofreció el resto a la yegua, que la tomó de su mano con mucho cuidado.

—Nos vemos dentro de un rato, preciosa.

◆◆◆

José era un hombre paciente, de cadencia tranquila y harmoniosa al hablar. Era muy meticuloso con su trabajo y un buen maestro.

—Hoy vas a pasar más rato con los caballos, esta vez los llevarás tú sola de la cuerda al corral grande y después nos pondremos con la limpieza. El primer consejo que te doy es: Nervios fuera. Ellos son muy sensibles y si te sienten nerviosa o te ven como una amenaza, lo más seguro es que quieran huir de ti o no se dejen manipular y en el peor de los casos, si no encuentran escapatoria, lo más normal es que intenten morderte o golpearte.

Al llegar al establo fue directo a una de las cuadras.

—Empezaremos con Ginger, el más veterano. No tendrás problema con él. De hecho, solemos reservarlo para las personas que son más nerviosas o que tienen miedo a los caballos

—¿Y se dejará llevar por mí?

—Claro que sí. Con los ponis lo haces muy bien, verás que es igual con estos que son más grandes.

A ella le pareció un caballo hermoso y enorme, de pelaje marrón claro y ojos azul celeste que ya le llamaron la atención el primer día que lo vio. El animal asomó la cabeza para olerla y observarla. Con mucha naturalidad, el mozo le puso la cabezada y le enganchó una cuerda mientras pedía a su compañera que observara cómo lo hacía él. Sacó a Ginger y caminó unos pasos con él. Se detuvo y le ofreció la cuerda a Alice para que repitiera lo que había hecho él. Enseguida se hizo con el caballo y los dos avanzaron hasta llegar a la zona vallada para soltarlo.

—Es muy importante que las puertas estén bien cerradas. Y no me refiero solo a esta del vallado, sino a las de las cuadras también. Presta especial atención a eso porque podríamos tener un problema. Imagínate que se escapa uno y se va a la carretera, podría provocar un accidente.

Alice grabó a fuego todas y cada una de las recomendaciones de José en su memoria privilegiada. Cuando terminó de soltar al último caballo, fue a preguntarle si podía ayudar con algo más. Éste estaba limpiando a Pancho. Le explicó cómo debía asearle y ella siguió sus indicaciones con esmero. Alice no solo era rápida y eficiente, también era muy decidida. José estaba entusiasmado con la nueva incorporación porque estaba seguro de que a su jefe le gustaría su forma de trabajar. Hacía tiempo que buscaban a alguien así y hasta ese momento no habían

tenido mucha suerte con los mozos.

—Esto que te voy a enseñar ahora me encanta. Sería capaz de estar así durante horas. Tú mantén la calma —le recomendó José de camino al prado vallado tras limpiar y guardar las carretillas—. Ven, entremos con ellos, ahora están todos relajados y no habrá problema. No hagas movimientos bruscos y actúa con naturalidad junto a mí, con paso decidido. Ten muy presente siempre que aquí somos nosotros los que mandamos, no ellos.

Alice le siguió en silencio, atenta a lo que ocurría a su alrededor y se dio cuenta de que estaba cumpliendo un sueño que creía dormido desde su infancia.

—Esto es… es maravilloso. Oh, vaya —dijo Alice cuando escuchó los cascos a su espalda y miró con disimulo — ¿La que me sigue es…?

—Sí, es Candela. No pierdas la calma, eso es muy buena señal. Parece que le gustas —Le guiñó un ojo con complicidad—. Como se entere Sam se va a poner celoso, ja, ja, ja.

—¿Y eso por qué? —preguntó intrigada.

—Porque solo le sigue a él.

La yegua le empujó con delicadeza en el hombro y Alice dio un comedido respingo.

—Vaya, y le caes muy bien. Que sepas que con el jefe no se muestra tan juguetona.

A Alice le recorrió un cosquilleo por todo el cuerpo. Tenía sus reservas sobre querer conocer al tal Samuel. Por lo que decían todos de él, era muy exigente en el trabajo, pero buena persona. Lo que realmente le preocupaba a ella era que a su jefe no le gustara su forma de trabajar y que la despidiera.

—Si se te acerca demasiado —interrumpió José sus pensamientos con más recomendaciones—, puedes empujarla con suavidad con tu codo para que no invada tu espacio.

No hizo falta llegar a eso, la yegua la acompañó en todo momento, respetando la distancia. En ese momento, Rony corrió hacia ellos, se detuvo frente a la valla y reptó para pasar junto a Alice.

—Vaya, a ti te echaba yo de menos. Desde que ha vuelto tu amito me tienes abandonada.

Rony movía el rabo de un lado a otro muy acelerado, se sentó a sus pies y reclamó su recompensa. Esta vez le vino solo en forma de caricias en la cabeza, pero fue suficiente para dejarlo satisfecho.

7

Samuel salió de la casona haciendo rodar las ruedas con violencia. Él pretendía echar a correr con la primera sesión de fisioterapia en casa y cuando intentó ponerse en pie, pese a la advertencia del joven que había ido a trabajarle la pierna, el dolor fue tan intenso que le obligó a sentarse de nuevo. Después de la regañina de su abuela, presente durante la sesión, Samuel salió buscando la paz que le proporcionaban sus caballos, aunque solo pudiera verlos desde el otro lado de la valla.
Rony lo acompañó sin quitarle ojo en todo momento. Como si pudiera sentir su agitación, permaneció a su lado para que supiera que no estaba solo.

Atravesó el establo que estaba completamente vacío. Repasó cada una de las cuadras y todas estaban impecables, listas para ser ocupadas de nuevo. Las herramientas utilizadas para su limpieza estaban tan limpias y ordenadas que parecía el pasillo de una ferretería. Debía reconocer, aunque le costase, que la chica no lo estaba haciendo nada mal, tal y como le habían contado en casa.

—Eh, vamos, no te pongas así —le dijo jadeante su hermano cuando pudo alcanzarlo—. Joder, sí que eres rápido con este cacharro, ¿lleva motor de camión o algo así?

—¿Qué quieres? ¿Darme tú también la murga?

—No —Se apoyó en la pared con el brazo tratando de recuperar el aliento—. Lo único que quiero es estar con mi hermano. Solo te veo unos días en verano y en Navidad y me apetece estar contigo, eso es todo. Relájate que ya te dije que estaba todo controlado. La nueva aprende rápido y es muy trabajadora; además, es muy guapa e inteligente; de hecho, creo que esta sí es de tu tipo y no la tal Liz.

—¿Por qué no te vas un poquito a la mierda? —le dijo Samuel apretando los dientes.

—Ja, ja, ja, dicen que las verdades ofenden. Ya me darás la razón cuando trates con ella y lleve aquí más tiempo…

—Sí, habrá que verla cuando lleve más tiempo y se queme o quiera formar una familia; se largará y nos dejará tirados… —dijo tensando la mandíbula y apretando los dientes.

—¿Y crees que eso no le va a pasar a un tío? Te recuerdo que ya nos han salido rana unos cuantos, ¿o es que ya no te acuerdas de la que nos hizo el último?

—Venga ya, si vas a seguir por ahí, mejor lárgate. Prefiero estar solo.

—Está bien, está bien, cambiemos de tema. Había pensado que mientras las chicas están en el salón de belleza, tú y yo podíamos tomarnos algo en la cafetería de enfrente.

—¿Tú eres consciente de lo que estás diciendo? —le regañó con el ceño fruncido— ¿Qué vamos a hacer tres horas ahí metidos?

—Tienes razón —dijo pensativo—. Vale, haremos lo siguiente: dejo a las chicas en el salón de belleza y regreso a casa contigo. Como saldrán más o menos a la hora de la comida, tú y yo salimos a recogerlas y mientras acaban, nos tomamos algo en el restaurante que tienen al lado. ¿Qué te parece?

Samuel titubeó por unos instantes bajo la presión de la mirada penetrante de su hermano.

—Está bien. ¿Algo más? —dijo impaciente, para que se diera cuenta su hermano de que no quería compañía.

Estaba deseando poder observar a la chica nueva en acción, sin distracciones. Después, se presentaría formalmente para dejar claro quién mandaba allí. Confiaba plenamente en José, pero prefería seguir siendo él quien tuviera las riendas del rancho. Jeremy, en cambio, parecía que le habían dado cuerda y no sabía cómo cortar la conversación sin ofenderle. Le echaba mucho de menos, pero la incomodidad de la silla, las molestias de la intervención y el estado de ánimo por los suelos tras cortar con su novia solo le pedían estar solo.

—Ah, pues sí, ahora que me lo preguntas… Claro que hay algo más: Me encantaría salir a tomar una copa y escuchar buena música con mi hermanito.

—A ver, Jer, ¿tú te crees que estoy yo para copas y música ahora mismo? —le reprochó perdiendo la paciencia y haciendo un gesto con las manos para mostrarle que estaba sentado en una silla de ruedas.

—Bueno… cómo estás hoy hermanito. Seguro que no te aguantas ni tú, ja, ja, ja —enmudeció de golpe ante la mirada inquisitiva y fría de Samuel y cambió el tono a otro más serio y paciente—, eso no es para ahora, es para cuando regrese de Reno con Annie y Rose. Para agosto estarás más que recuperado; además, tocan los Musselman en el bar de copas, es una de esas bandas que sé que te gustará.

—No sé quiénes son —sentenció tajante pero menos tenso.

—Pues te sorprenderán, vienen de España y tocan música de la buena. También hacen versiones y les puedes pedir algún tema si te sientes nostálgico.

Jeremy le dio un leve empujón y Samuel esbozó un amago de sonrisa.

Físicamente, los dos hermanos apenas se parecían. Lo único que tenían idéntico era el color dorado de su pelo. Aun así, compartían cierto parecido en las facciones, como la cara ovalada y la barbilla adornada con un simpático hoyuelo. Jeremy tenía los ojos azules como su abuela y Samuel, de un color café oscuro, heredados de su padre. También compartían algunos gestos inconscientes como la forma de andar o la de acariciarse la barbilla con el índice y el pulgar

cuando analizaban alguna situación en profundidad. De complexión, en cambio, eran muy diferentes: el mayor era de hombros estrechos y unos veinte centímetros más bajo que su hermano; Samuel, en cambio, se acercaba a los dos metros de altura y era de espalda ancha y brazos fuertes.

De carácter habían sido muy parecidos: divertidos, activos y optimistas pero el año que Samuel cumplió los dieciocho, cuando más parecía sonreírle la vida, ocurrió el accidente que acabó con sus sueños y lo volvió tan reservado. Le vino bien que sus abuelos se hicieran cargo de él. Conocer a Ginger fue su mejor terapia y desde entonces encontró su forma de vida dedicada a los caballos.

—Venga, ¿qué me dices? ¿Te apuntas?

—Tiene buena pinta —dijo algo más animado, pero enseguida se vio en la silla y le dio un bajón —. Bueno, todavía queda mucho. Si no te importa, me gustaría ver cómo están mis caballos y ya de paso conocer a la nueva.

—Te gustará, ya lo verás. es muy lista, algo reservada a veces, pero muy observadora y la tía tiene una memoria… Es una pasada.

—Vale, vale, todo eso ya me lo has contado así que, si no te importa, me gustaría verlo por mí mismo.

—Está bien, pero déjame que te ayudo.

Samuel no quiso oponerse y los hermanos se pusieron en marcha. El perro dejó de jugar con el gato en una de las cuadras y se fue detrás de los hermanos.

José y Alice estaban caminando entre los caballos con tranquilidad. El peón le estaba dando indicaciones y de vez en cuando señalaba a su alrededor o hacía gestos con las manos para completar su explicación. Ella le escuchaba sin perder ningún detalle. Samuel se fijó en que pese a lo delgada que estaba, sus brazos se veían tonificados y fuertes.

—Pero si es un saco de huesos. No podrá aguantar el trabajo duro del rancho por mucho tiempo —se quejó, tratando de encontrarle el defecto a aquella hermosa mujer.

—Y eso que ha ganado algo de peso, ya sabes, gracias a la abuela. Tendrías que haberla visto cuando llegó, hasta tiene mejor color de cara. Además, es más fuerte de lo que parece, ya lo verás, hermanito —le dio una palmadita en la espalda.

Samuel no podía creer lo que decía su hermano, hasta que no lo viera con sus propios ojos. Entonces ocurrió algo que le llamó la atención. Candela se acercó al trote y al llegar a donde estaban los dos caminando, la yegua se adaptó al paso de Alice. La chica se giró con disimulo y José le hizo un comentario. La yegua le empujó con el hocico a la chica y se puso a su lado.

—Te lo dije, es buena, ¿eh? —le recochineó Jeremy al oído.

En ese momento, Rony salió corriendo de detrás de la silla para colarse por debajo del corral

grande y reunirse con Alice, que se agachó para decirle algo al perro y acariciarlo.

—Ya veremos —dijo Samuel apretando los dientes. Dio media vuelta y se fue empujando las ruedas de la silla a gran velocidad. Su hermano salió dando zancadas detrás de él.

Era el colmo que una desconocida se hubiera ganado la confianza y la admiración de su familia, de su yegua y de su perro en tan poco tiempo. O se tomaba la nueva situación de otra manera o lo pasaría muy mal. Decidió darse un respiro, despejarse y volver más tarde a presentarse como su capataz. Solo trabajando con ella más de cerca vería si merecía la pena el fichaje de su querida abuela Felicity.

8

La última persona a la que querían ver aparecer por allí se bajó de su reluciente Honda Accord plateado.
Liz se había enfundado un vestido de canalé azul que realzaba su cuerpo de modelo. Los zapatos beige con tacón de aguja le hacían unas piernas interminables, pero la obligaban a agudizar el equilibrio por el camino de grava que conducía hasta la casona para no terminar en el suelo patas arriba.

Felicity la saludó con la mano desde el porche donde estaban disfrutando de una grata conversación todos los miembros de la familia. Samuel chasqueó la lengua con fastidio cuando la vio acercarse y su abuela le hizo un gesto disimulado para que lo dejara estar.

—Será lo que sea, pero han sido muchos años de relación y la muchacha viene a preocuparse por ti, lo mínimo es invitarla a que nos acompañe un rato.

—Ya, pues a mí me cuesta creer que se preocupe por alguien más aparte de ella misma —protestó Samuel por lo bajo, sin apenas mover los labios.

Su abuela lo fulminó con la mirada. Aunque en el fondo estaba de acuerdo con su nieto, para ella la ley de la hospitalidad debía prevalecer sobre todas las cosas siempre que fuera posible.

—Liz, querida —dijo Felicity en voz alta—, únete a nosotros, por favor. Toma asiento. Enseguida te saco un refresco para ti también.

—Oh, muchas gracias, Felicity. Buenas tardes a todos —saludó subiendo los escalones que conducían al porche.

Rose, dejó de colorear un libro de mandalas y se le dibujó una gran sonrisa cuando la vio abrir el enorme bolso de piel a juego con los zapatos. Sacó un fino paquete y se lo ofreció a la niña.

—Toma Rose, esto es para ti.

La niña se acercó a ella muy contenta porque se imaginaba lo que era.

—Estas calcomonías son de delfines y Betty, la del ultramarinos, me ha dicho que están esperando unas muy bonitas de mariposas. Le he dicho que me reserve un paquete para ti —terminó Liz guiñándole un ojo a la niña.

—Muchas gracias, tía Liz —le dio un abrazo acompañado por un beso en la mejilla y cogió su regalo para observarlo con emoción y después desapareció canturreando.

—¿Qué tal estás? —preguntó al accidentado mientras tomaba asiento en la silla que le había ofrecido la matriarca de la familia Monty, entre ella y Jeremy.

—Me gustaría que la recuperación fuera más rápida pero no me puedo quejar… Como puedes ver, me paso el día sentado en mi trono de plata —dijo señalando su silla de ruedas.

Liz se echó a reír, siguiéndole la broma.

—Cómo eres, Sam. Me alegro de verte tan bien. Por cierto, me gustaría hablar un rato contigo… a solas.

En ese momento salió Rose dando brincos y luciendo en su fino y pecoso brazo su nuevo tatuaje de un delfín saltando en el aire.

—Oh, cariño —dijo Annie —, te queda precioso.

—Eso, mamá, anímala. Cuando el tatuaje sea de los que no se borran, ya veremos si te hace la misma gracia —le reprochó Jeremy en broma, pero con cierta preocupación.

Su mujer le dio un codazo y Jeremy se rio en silencio.

—Pues a Alice le queda muy bonito su tatuaje de golondrinas y me ha dicho que no es marinera, abuelo Henry. Dice que las lleva porque le gustan las golondrinas.

Liz se removió en el asiento tratando de disimular la cara de pocos amigos que inconscientemente se le había puesto por la inoportuna interrupción, sin prestar atención a lo que la niña decía.

—No hagas caso a tu padre —intervino Liz tratando de ponerse del lado de Rose y reconducir la conversación con Samuel—. Entonces, ¿podemos charlar un momento tú y yo?

—Claro, pero si no te importa, vamos a terminar primero el bizcocho que han preparado Rose y mi abuela y que está para chuparse los dedos —propuso Samuel con naturalidad.

Lo último que necesitaba oír eran sus súplicas. Llevaba mucho tiempo rondando por su cabeza aquella difícil decisión, pero una vez que la había tomado y la había ejecutado, no estaba dispuesto a echarse atrás.

Liz se conformó con la respuesta y no le quedó otra que quedarse sentada y esperar a que todos terminaran el bizcocho.

El resto de la conversación se volvió superficial y monotema en cuanto Liz tomó la palabra. Era de ese tipo de personas que hablan por los codos sin dejar meter baza a nadie. Esta vez les había relatado al detalle todos los chismes que se fraguaban en la peluquería de su madre, donde ella también trabajaba. Sus charlas siempre iban acompañadas con sus gestos dramáticos y poco naturales, aparentando eternamente algo que realmente no era.

Cuando Samuel ya no pudo más, en vez de dar un puñetazo sobre la mesa y mandarla callar, le

hizo un gran favor a su abuela y se limitó a agradecerle la visita de la manera más educada posible. Se excusó diciendo que estaba agotado, que necesitaba descansar, y se metió en la casa.

Liz se despidió de todos cuando Samuel se fue. Ella solo quería hablar con él a solas para tratar de arreglar su relación, para que le diera una oportunidad de ser mejor, de ser como él quisiera que fuera si era necesario, pero su familia formó un bloque impenetrable alrededor de él y no pudo conseguir lo que se había propuesto.

En cuanto el coche de Liz salió del rancho, Samuel se sintió aliviado, pero con una sensación amarga.

Habían sido muchos años saliendo juntos, desde el verano que acabó el instituto. Sentía cariño por ella; ese cariño que se siente cuando conoces a una persona de mucho tiempo. Al principio se encaprichó de ella por su belleza y por lo cariñosa que se mostró siempre con él en un momento de su vida en el que necesitaba que alguien le ayudara a olvidar.

Su mente le atormentaba recordándole que Liz no se separó de él después de que sus padres y él tuvieran el accidente. Estaba muy agradecido por haberla tenido a su lado, pero no la amaba y seguir con ella habría sido un acto egoísta por su parte. Ella se merecía a un hombre que supiera hacerla feliz.

9

Las sábanas estaban revueltas y enroscadas a sus pies. Alice se movía como si en su mente se librara una dura batalla. Giró la cabeza de un lado a otro, como si quisiera zafarse de algo o alguien y rodó a lo ancho de la cama hasta detenerse en el mismo borde. Se quedó petrificada, boca arriba, y de un grito se despertó bañada en sudor.
Se sentó sobre el colchón jadeando y temblando, desorientada. Poco a poco se fue relajando al reconocer su dormitorio. Se levantó, se refrescó la cara en el baño y bebió un poco de agua directamente del grifo. Regresó a la cama, pero la sensación de angustia al recordar el sueño que había tenido, le impidió seguir durmiendo.

Se vistió y salió a dar una vuelta por el rancho. Necesitaba moverse, salir de allí para espantar esos fantasmas que cargaba a sus espaldas y que la asaltaban en su momento más vulnerable.

Dejó atrás su cabaña y observó que la de Marieta y José tenía todas las luces apagadas. Faltaban unos minutos para las cinco de la mañana y todos dormían en el rancho. Todavía quedaba una hora para el amanecer y prefirió hacerle una visita a Candela. Con ella, todos sus malos recuerdos parecían esfumarse cuando la hablaba o la acariciaba. Dos gestos tan sencillos que le devolvían la paz interior, al menos durante unas horas.

En la puerta del establo escuchó a los caballos algo nerviosos. Por pura intuición se detuvo frente a la cuadra de Fresa. Se asomó para comprobar cómo estaba y se dio cuenta de que se comportaba de un modo extraño. Estaba más inquieta que de costumbre, no paraba de echarse al suelo y de levantarse emitiendo una especie de relincho suave. Fue entonces cuando al levantar la cola, Alice vio asomar la bolsa llena de líquido amniótico. Se acercó a la yegua para observarla mejor y pudo distinguir dos patas negras que empezaban a asomar.

Cogió el móvil y llamó a su compañero.

—José, ven rápido al establo, Fresa se ha puesto de parto.

—Vale, tranquila —dijo arrastrando las palabras todavía adormilado hasta que comprendió lo que Alice le acababa de decir —¿Qué? Espera, ¿cómo sabes que se ha puesto de parto?

—Porque las patas del potro le han empezado a asomar. Fresa no para de echarse en el suelo y levantarse, ¿es normal? No sé qué hacer, ¿llama al veterinario, por favor?

—Eso es normal, tranquila. Ya lo he visto otras veces. No te separes de ella, enseguida estoy contigo. Lo importante es que el potrillo vaya saliendo despacio.

En pocos minutos José estaba a su lado, pegado al teléfono hablando con el capataz para

informarle del parto mientras terminaba de acomodarse la camisa de cuadros dentro del pantalón.

—Me dice el jefe que llame a Brian, el veterinario.

José se dio cuenta de que las heridas de las manos de Alice todavía no habían cicatrizado del todo.

—Será mejor que nos pongamos los guantes, ¿te ves capaz de tirar de las patas?

—¿Qué? —preguntó alarmada.

—Es posible que tengamos que ayudarla a parir. ¿Brian? —interrumpió la conversación con Alice cuando el veterinario descolgó el teléfono—. Perdona que te llame a estas horas, pero Fresa se ha puesto de parto —José hablaba moviéndose de un lado a otro mientras Alice vigilaba a la parturienta—. Alice, me pregunta Brian que cuánto tiempo lleva desde que le han asomado las patas.

—Unos diez minutos, pero parece que le cuesta echarlo porque no veo que asomen más que antes —contestó algo acelerada.

José abrió la cuadra e invitó a Alice a que lo acompañara.

—Pongo el manos libres, Brian. Alice está aquí conmigo. Dice que las patas llevan asomando como diez minutos pero que no avanza. El caso es que Fresa empuja y empuja, pero nada.

—Bien, entonces hay que ayudarla —la voz grave y vibrante del veterinario llegó a todos los rincones de la cuadra —, ya estoy de camino, pero no hay que perder tiempo. ¿Podéis distinguir si son las patas delanteras o las traseras?

—No. Alice, ¿tú ves algo?

Ella se agachó, tratando de distinguir algo a parte de las patas y la bolsa llena de líquido.

—¡Son las delanteras, puedo ver su hocico! —dijo más animada.

—Bien, hay que sujetar con firmeza las patas y tirar de ellas hacia abajo. No os paséis ni de fuerza ni lo hagáis demasiado rápido porque podríais lastimarlos a los dos. Bien, necesito que imaginéis que Fresa está de pie. Hay que tirar hacia abajo con una inclinación de unos cuarenta y cinco grados. ¿Lo entendéis?

José palideció y Alice ocupó su lugar para alivio de su compañero.

—Sí —contestó Alice agarrando las patas— y está cediendo.

—Estupendo, Alice, lo estás haciendo muy bien, no olvides hacerlo despacio. ¿Cómo está la bolsa? Si no está rota hay que romperla para que el potro pueda respirar.

José se arrodilló al lado del lomo de Fresa para acariciarla mientras Alice rasgaba la placenta suave y viscosa hasta que el morro negro, humedecido por el líquido amniótico, quedó

descubierto.

—Venga Fresa, tú puedes, esto ya casi está hecho, dame un último empujón —la animó Alice con cariño, totalmente metida en su papel de matrona.

Una última contracción fue suficiente para que los cuartos traseros del potro resbalaran hasta salir por completo, envuelto en su totalidad en la bolsa.

—¡Ha salido, Brian, ha salido! —dijo José emocionado.

—Bien y ¿cómo están?

—¡Ella está exhausta y el potro no se mueve, respira, pero no se mueve! —contestó Alice alarmada.

—Vale, estará agotado también, aseguraos de que no tenga nada en la boca.

Alice manipuló con cuidado el interior de la boca del recién nacido y quitó el exceso de líquido amniótico.

—Se mueve, se está moviendo —dijo Alice con lágrimas en los ojos cuando Fresa se incorporó para lamer a su recién nacido que estiraba la cabeza intentando levantarse. El potrillo hizo un amago de ponerse en pie, pero parte de la bolsa estaba pegada a sus patas traseras y cayó de bruces. De repente, Fresa se levantó y del tirón el potro se separó por completo de la placenta.

—Justo a tiempo —dijo Brian, un hombre corpulento, vestido con una camiseta blanca holgada que resaltaba el color marrón dorado de su piel. Llevaba la cabeza rapada y una tupida y rizada barba blanca. Los observó con mirada inteligente y achispada por la emoción que le producía asistir a un parto con final feliz.

—Buen trabajo, chicos. —los felicitó mientras se hacía hueco entre Fresa y su potro. Dejó el maletín en el lecho de paja y se puso los guantes de látex—. Voy a echarle un vistazo a esta preciosa pareja.

El veterinario se quedó un rato asistiendo al pequeño y comprobando que tanto la madre como la cría estaban bien.

Alice no podía dejar de mirar. Había sido precioso y aun así no paraba de temblar y de llorar. José se acercó a ella y le regaló un abrazo reconfortante.

—Lo has hecho muy bien, novata, pero ni se te ocurra tocarme con esos guantes pringosos o me las tendré que ver con mi Marieta.

A Alice le entró la risa nerviosa y se dejó achuchar por su compañero.

El veterinario les avisó para que no se perdieran el momento en el que el potro conseguía ponerse en pie. Se acercó con torpeza hasta su madre, que lo lamía para terminar de limpiarlo y enseguida la criatura se puso a mamar.

—Bueno, Samuel —dijo Brian mirando detrás de Alice mientras se quitaba los guantes—: ya puedes invitar a esta pareja a una buena comilona. Se lo han ganado con creces.

Alice se dio la vuelta para no darle la espalda a su jefe. Tenía la vista emborronada por las lágrimas y solo distinguió a un hombre muy corpulento sentado en una silla de ruedas que la observaba de arriba abajo con frialdad.

—De no ser por la rapidez con la que me avisó José, no habríamos llegado a tiempo para salvar al pequeño.

—El mérito es de ella, que fue la que me avisó al ver el comportamiento extraño de Fresa —puntualizó José con una sonrisa que le iluminaba la cara.

—Y yo me pregunto qué hacía ella a las cinco de la mañana merodeando por los establos —soltó Samuel con desconfianza.

Brian y José se intercambiaron una mirada de confusión.

—Pues ahorrarte un buen disgusto, amigo —dijo Brian antes de que Alice le diera una contestación —, motivo suficiente para estar agradecido.

Samuel apretó los labios y no dijo nada más.

Alice se quitó los guantes con rudeza, sin poder borrar de su mente el comentario tan grosero que había hecho su capataz. Hizo una mueca de dolor al abrir y cerrar las manos.

—Ven, déjame ver eso —le dijo Brian al ver sus manos enrojecidas y ligeramente ensangrentadas.

—No es nada, se me han debido de abrir al tirar del potro.

—Insisto. Déjame echar un vistazo —Las observó detenidamente mientras los otros dos aguardaban en silencio—. Te daré una pomada con antibiótico para que te lo trates durante unos días porque en esta ya hay infección, pero primero hay que limpiar todo esto bien.

Samuel los observaba mientras el veterinario le desinfectaba y le curaba las ampollas abiertas.

Había sido un estúpido. Se había dejado llevar por la frustración de los últimos días, la ruptura, el accidente, que su abuela hubiera actuado a sus espaldas contratando a esa mujer débil e inexperta. Pero debía reconocer que en el poco tiempo que llevaba trabajando para ellos, las cuadras estaban mucho más limpias. Además, era admirable que, sin saber, y aun estando herida, le había salvado la vida a Fresa y a su cría. Afligido se dejó caer en el respaldo de su silla. Debía controlarse un poco más y tratar mejor a la nueva; al fin y al cabo, ella no era la causante de su humor de perros.

—Lleva ya unos días con esas ampollas y no ha parado de trabajar —comentó José ya que Alice era incapaz de hablar mientras el veterinario le hacía las curas. Ella aguantaba estoicamente

apretando los labios cada vez que éste le hacía daño—. Le dije que descansara un par de días, pero es terca como una mula.

—El trabajo tenía que salir a delante, no podía dejarte solo. ¡Ay! —tiró de su mano instintivamente al sentir el escozor.

—Perdona, ya queda poco —interrumpió Brian con un tono suave y tranquilizador— ¿Y cómo te las protegías?

—Con vendas —dio un respingo con su respuesta cuando Brian extendió la pomada en una de sus palmas.

—Pues voy a decirle a tu jefe que te de lo que queda de semana libre para que terminen de curar las heridas.

—Pero hay mucho trabajo, puedo ayudar. Lo haré con más cuidado…

—No pasa nada, nos apañaremos —sentenció Samuel algo más comedido—. Lo importante es que te recuperes pronto para que puedas seguir ayudándonos lo antes posible.

Cuando Brian terminó de curar la otra mano y de vendarla, se despidió de todos y José lo acompañó al coche prestando atención a las recomendaciones que le daba el veterinario para cuidar tanto a Fresa como a su potro.

—Espera. Me gustaría hablar un momento contigo —dijo Samuel acercándose a ella con la cabeza gacha—. Te debo una disculpa por haber sido tan tosco contigo. Como te puedes imaginar, no estoy pasando por un buen momento.

—No pasa nada, lo entiendo —respondió ella aún desbordada por tantas emociones, aunque aliviada por su disculpa.

Cuando sus miradas se cruzaron, ambos se quedaron observando el uno al otro con fascinación por unos instantes.

—Perdona, pero creo que —dijo Samuel algo confuso hasta que le vino algo a la mente— te conozco, tú eres, eres —seguía tratando de recordar. Se le iluminaron los ojos cuando su nombre se deslizó por su boca —¿Allie?

El corazón de Alice dio un vuelco cuando reconoció en aquel hombre tan atractivo que tenía delante, las facciones de la única persona que le llamaba así en el instituto.

—¿Sam? —preguntó con un hilo de voz— Pero, ¿cómo? ¿Qué? ¿Qué haces aquí?

—Bueno, vivo aquí —sonrió de medio lado tratando de contener la risa al verla tan confusa.

—Oh, vaya, perdona, es que... no sé, te hacía viviendo en Nueva York dedicándote al baloncesto. Recuerdo que en el instituto eras de los mejores.

—Bueno, digamos que la vida me llevó por otro camino. ¿Y qué me dices de ti? No te habías ido

con tus padres a San Francisco; no sé, pensé que estabas allí, triunfando como abogada-ejecutiva. Siempre fuiste, ¿cómo decía la profesora de Lengua? Ah, sí: la defensora de los pleitos pobres.

—Ja, ja, ja, es verdad. Lo cierto es que estudié derecho en San Francisco, pero me salió trabajo en Los Ángeles y me mudé allí.

—Vaya —dijo Samuel algo confuso mientras se rascaba la coronilla—, normalmente los ejecutivos que trabajan en la ciudad se vienen al campo de vacaciones, no a trabajar, ¿qué ha pasado?

—No sabría por dónde empezar; supongo que necesitaba cambiar la locura y el estrés de Los Ángeles por la tranquilidad y la calma que me da este lugar.

—Ya pero podías haber encontrado un trabajo mejor que este; en una oficina, por ejemplo. Si quieres, puedo echarte una mano para que encuentres algo que se adapte más a ti, a tus estudios…

—No estarás intentando deshacerte de mí tan pronto, ¿verdad?

—Ja, ja, ja, no. Es solo que...

—Lo sé y te lo agradezco, pero ahora mismo lo último que quiero es trabajar encerrada entre cuatro paredes. ¿Pero cuéntame? ¿Qué tal tus padres? No los he visto por aquí, me imagino que seguirán viviendo en Santa Rosa, ¿no?

Como si un nubarrón gris hubiese pasado por encima de él, oscureció su gesto y Alice supo que algo malo había pasado.

—No. Ellos… —Suspiró tratando de manejar el dolor que aún sentía al recordarlos— Tuvimos un accidente de tráfico y ellos… ellos no sobrevivieron.

—Vaya, cuánto lo siento —dijo con el corazón en un puño.

—De eso hace ya mucho y la mía también es una larga historia —dijo para evitar hablar de ello —. Quizás en algún otro momento podamos charlar tranquilamente y ponernos al día.

Una sensación de timidez como no recordaban haber tenido en años, los envolvió.

—Sí, claro. Creo que… creo que debería ir a darme una ducha, estoy hecha un asco —señaló sus ropas llenas de paja, manchadas por el líquido amniótico del parto y por el sudor.

—Será mejor que te lleves unos guantes —dijo señalando la caja cerca del botiquín de donde había tomado los que había usado para el parto—; te vendrán bien para que no se te mojen las vendas que te ha puesto Brian.

—Buena idea, gracias. Nos vemos en un par de horas, las cuadras no se limpian solas.

Alice echó a andar y Samuel la siguió en la silla.

—Espera. ¿No pretenderás trabajar así? Ya has oído a Brian.

—Ajá. Pero no puedo dejar solo a José y a Jeremy —se quedó pensativa y rio para sorpresa de Samuel— Jeremy, claro, tu hermano. El caso es que no lo recuerdo y tampoco es mucho más mayor que tú. ¿Estudió también en el instituto?

Ambos reanudaron la marcha y dejaron atrás los establos. Por el horizonte, los primeros rayos de sol bañaban todo alrededor.

—Oh, sí, solo coincidimos un año, lo que pasa es que allí actuaba como si no nos conociéramos. ¿Recuerdas esa pandilla de último curso en la que iban todos de negro?

—Ah sí, recuerdo una chica que llevaba un aro en la nariz y botas militares y a uno que llevaba una cresta de color azul.

—Ajá, pues ahí lo tienes.

—¿Qué? ¡Venga ya! ¿Ese tan macarra y chulito era tu hermano?

—Sip —respondió más relajado y divertido.

—No puede ser, ¿te estás quedando conmigo?

—Me temo que no. Es un milagro que todavía conserve tanto pelo, ni te imaginas lo que se echaba para que la cresta se mantuviera tan tiesa durante todo el día.

Alice no pudo aguantar más la risa y explotó con una sonora carcajada que la obligó a detenerse en mitad del camino.

—¿Qué? Es cierto —dijo Samuel divertido a la vez que fascinado al verla reír así. Estaba disfrutando como no lo había hecho en años. Por un momento, consiguió guardar sus preocupaciones y su malestar bajo llave.

—Eres malo, ¿por qué me lo has dicho? ¿Con qué cara le voy a mirar cuando le vea? Te recuerdo que hasta que has vuelto tú, él ha sido mi entrevistador y mi jefe.

—Ja, ja, ja. No te preocupes, lo superarás. Ahora no tiene nada que ver con su adolescencia, ya lo has comprobado. No solo ha conseguido amansar su rebelde cabellera, ahora trabaja con traje y corbata, pero la sangre tira y me da que Rose seguirá sus pasos.

—¿Rose? Pero si es una niña encantadora.

—Ya lo sé, mi hermano también es encantador. A él le dio por peinarse y vestir de aquella manera tan rara pero su hija no para de ponerse tatuajes de esos que se pegan a la piel con agua y cuando no los tiene, se los pinta ella misma con algún rotulador. Lo del pelo tiene remedio, pero quitarte un tatuaje de verdad… Por cierto, que sepas que mi sobrina se ha enamorado de tus golondrinas.

—Oh, vaya —dijo Alice sonrojada—. Espero que mis tatuajes no supongan un problema para la

familia. Lo siento mucho.

—Tranquila, todo lo contrario. Has conseguido que toda la familia reflexione acerca de ellos.

Alice abrió tanto los ojos y la boca que por unos instantes no fue consciente de que había dejado de respirar.

—Ay, Dios —respondió al fin mientras se mordía el labio—. ¿Y puedo preguntar si han llegado a alguna conclusión?

—Pues están en ello. Verás: mi abuelo pensaba que eras marinera hasta que Rose nos confesó que le habías dicho que te los pusiste porque te encantan esas aves, y mi abuela está convencida de que los elegiste porque eres un alma libre.

—Espera un momento, no lo estarás haciendo a propósito para que me muera de vergüenza cuando los vea y así no trabaje hoy, ¿verdad?

Los dos se echaron a reír frente a las escaleras de la gran casona.

—No, no es cierto, pero por favor, descansa hasta recuperarte. Necesitamos tu ayuda y para eso tienes que estar bien, ¿de acuerdo?

—Ya veremos. Anda, déjame que te ayude a entrar…

—Claro y terminar de abrirte más las heridas —le reprochó con gracia—. No te preocupes, entraré por la parte de atrás; por allí no hay escaleras.

—Perfecto, entonces, me voy a prepararme que en un rato empieza mi jornada.

—Sigues siendo tan cabezona como cuando eras una cría, ¿verdad?

—Me temo que sí.

Samuel puso los ojos en blanco y meneó divertido la cabeza de un lado a otro dándola por imposible.

Alice salió a paso ligero en dirección a su cabaña sabiendo que él la seguía con la mirada.

10

Alice sacó a Hopi de su cuadra, un hermoso pura sangre marrón rojizo con las patas negras. Había competido en varias carreras, pero lo jubilaron con cinco años tras sufrir una tendinitis equina. Brian le comentó que el dueño iba a subastarlo y Samuel, al escuchar la mala vida que había tenido el animal, lo compró sin pensárselo. Sin duda había ido a parar al paraíso, pensó Alice caminando al paso a su lado.
Cómo podía sentirse tan bien con aquellas criaturas. Aún no se lo había dicho a sus padres. Desde que se mudaron a España dos años atrás, ya no hablaban por teléfono con tanta frecuencia, aunque sí se escribían mensajes a menudo. Además, Alice no era muy dada a entrar en detalles sobre su vida personal, y mucho menos sobre la profesional. De hecho, pensaban que pasaba largas jornadas laborales detrás de un ordenador en un amplio y pulcro despacho. Por supuesto que sabían que consiguió entrar en la Administración para el control de drogas, pero omitió el detalle de que la habían seleccionado como agente de campo de la DEA y que donde menos tiempo pasaba era en la oficina. De haberlo compartido con sus padres, se la habrían llevado con ellos y la habrían encerrado en casa bajo siete llaves —o lo más probable es que su madre la hubiera martirizado a diario para que abandonara ese trabajo—. Lo que ellos no comprenderían nunca era la satisfacción que sentía cuando resolvía algún caso o desmantelaba alguna red de narcotráfico. Saber que así estaba salvando vidas la llenaba, y eran esos momentos los que le daban fuerzas para aguantar un trabajo tan duro y tan necesario para la sociedad. Aunque no todo era tan maravilloso, ni siempre había un final feliz. Como el de aquella niña que vio morir a su padre sin imaginar lo que le aguardaría a ella después. Desde entonces Alice ya no fue la misma. Algo se rompió en su interior.

Rony le rozó con el hocico para saludarla, moviendo el rabo con rapidez. Instintivamente, miró a su alrededor y su corazón le dio un vuelco cuando vio a Samuel avanzando lentamente en su silla de ruedas. Alice se quedó observándolo sin poder apartar la mirada de él. Qué sensación tan extraña le produjo pensar en lo caprichosa que era a veces la vida.

—Te harás daño y luego Brian me echará la bronca a mí, ¿lo sabías? —la regañó sin enfadarse, pero preocupado.

Alice permaneció parada hasta que Samuel llegó a su lado.

—Tus caballos no tiran nada, ¿lo ves? Es más, yo creo que irían solitos sin cuerdas ni ataduras.

—Bueno, pues yo que tú, no haría experimentos —dijo removiéndose en la silla, esta vez incómodo por si se le ocurría hacer la prueba.

—Tranquilo, soy muy obediente.

—Ya, ya veo. Bueno, antes de que se me olvide, vengo a decirte que tengo trabajo para ti, pero solo si puedes… conducir con las manos así, claro.

—Si funciona bien la dirección asistida… sin problema.

—Bien, entonces te encargarás de llevar a mis abuelos al hospital de Cloverdale. Mi abuelo tiene revisión y os llevará toda la mañana.

—Vaya, a eso se le llama quitar a una persona del medio, sutilmente —bromeó Alice ladeando la cabeza divertida.

—Digamos que así contribuyo a que te cures antes —aclaró disimulando una sonrisa—. Por cierto, tenéis que salir en media hora.

—De acuerdo, jefe —Alice acompañó sus palabras con un saludo militar sin esconder una pícara sonrisa.

Samuel sonrió satisfecho y se fue en busca de José y de su hermano que le esperaban fuera del establo, junto al almacén de heno. Esta vez a Jeremy no le quedaría otra que ayudarle a limpiar las cuadras.

Era una sensación extraña pero familiar al mismo tiempo. Nunca fueron más allá de ser buenos compañeros de curso. Es cierto que Alice se sintió un poco deslumbrada por el apuesto capitán de baloncesto cuando puso el pie en el instituto de Santa Rosa por primera vez, pero enseguida se dio cuenta de que no era su tipo. Le caía bien, había sido muy amable con ella desde que llegó; de hecho, fue él el encargado de guiarla los primeros días para que no se perdiera, ya que había clases que se daban en edificios distintos.

Al principio, Samuel le propuso que entrara en el equipo de animadoras, que se llevaba muy bien con la capitana, una tal Elizabeth Gilmour, pero Alice puso como excusa su timidez y él no insistió más.

Alice meneó la cabeza tratando de centrarse en el presente. Soltó a Hopi junto a los demás caballos y se fue apretando el paso hacia su cabaña para quitarse el polvo y el sudor.

◆◆◆

Felicity discutía con su marido cuando un tímido carraspeo les interrumpió.

—Ah, hola, Alice —la saludó Felicity tan sonriente como siempre —. Adelante.

—Puedo esperar fuera si no es buen momento.

—Bah, es que me fastidia que me traten como a una niña, ¿sabes? Mi marido no me deja llevarlo al hospital porque según él, no sé conducir.

—Es que conduce como una loca —protestó Henry guiñándole un ojo a Alice cuando su mujer terminaba de revisar unos papeles.

—Eso fue una vez —Apartó la vista de lo que estaba haciendo y levantó el índice a modo de advertencia—. Te recuerdo que no parabas de quejarte porque te estabas muriendo de dolor y conducir con alguien así a tu lado, créeme, no es para tomárselo con calma. Pero está claro que con este hombre es como aquel que accidentalmente mató a un pobre perro y desde entonces lo llamaron el mata-perros. Pues, según él, yo soy la loca del volante.

—Anda, vámonos. A ver si ahora vamos a llegar tarde por tu culpa —Henry se dirigió hacia la puerta y sin que Felicity lo viera movió la mano indicando cómo se iba a enfadar su mujer mientras se reía.

—Un día de estos te retuerzo el pescuezo, Henry Jonnathan Monty: pero si me has pedido que te guarde la documentación que necesitas para la consulta y he tenido que buscarla por toda la casa porque no recordabas dónde la habías metido.

Henry se giró, dio dos pasos hacia su mujer con serenidad, la agarró por la cintura y le susurró al oído:

—Te pones muy *sexy* cuando te enfadas —le dijo ronroneando y le regaló un beso casto en la mejilla.

—Eres un provocador —respondió en el mismo tono de su marido, siguiéndole el juego.

—Y tú el sol que alumbra mi vida.

—Anda, tira, pelota, si no quieres que te chamusque con un rayo.

Alice sintió envidia por aquella pareja mientras los observaba. Tantos años juntos y llevándose tan bien. Ahora entendía que en ese tiempo no todo fueron alegrías ni bromas. Habían conseguido vencer las adversidades juntos. Sobrevivir a su hija y a su yerno debió de ser muy duro, al igual que la enfermedad de Henry, que llevaba de manera admirable, con esa energía que parecía no apagarse nunca y ese sentido del humor tan característico de él que tanto le recordaba al Samuel que conoció en el instituto.

En una ocasión, Marieta le había comentado que padecía un tipo de enfermedad rara que le hacía sufrir un dolor insoportable en los huesos y que, para calmarlo, tenía que llevar unos parches. No había cura hasta la fecha para su enfermedad, pero tanto Henry como Felicity confiaban en los avances de la medicina moderna.

Henry se sentó de copiloto y Felicity detrás, en el asiento de en medio.

—¿Estás segura de que puedes conducir así, querida? —dijo Felicity al ver las manos vendadas de Alice— ¿Qué tal tus manos?

—Oh, sí, puedo conducir sin problema. Con la pomada que me ha dado Brian he notado mucha mejoría.

—Me alegro, querida. Por cierto, Samuel nos contó que ya os conocíais. ¡La de vueltas que da la

vida, ¿verdad?!

—Sí, estudiamos juntos en el mismo instituto y coincidimos en algunas asignaturas comunes. Y también coincidí con Jeremy, aunque con él no llegué a hablar nunca. Esta mañana nos hemos reído mucho hablando de su enorme cresta.

—Menos mal que aquello le duró poco, ¿verdad, cariño?

—Así, es. En cuanto empezó a buscar universidad —comentó Henry—. Siempre ha sido un buen chico, pero su apariencia echaba un poco atrás a los que no lo conocían. Por cierto, dice Samuel que estudiaste derecho en San Francisco, ¿cómo es que te ha dado por buscar trabajo como peón en un rancho? Podrías conseguir un trabajo más cómodo y no tan sacrificado como este—

—Henry —le regañó Felicity— la muchacha tendrá sus motivos, cosa que no nos incumbe a nosotros. Que sea ella la que nos lo cuente porque quiera compartirlo no porque se sienta comprometida a responderte. No le hagas caso —le frotó con cariño el hombro a Alice—. Has demostrado ser buena persona y para nosotros es más que suficiente.

—Lo siento mucho, Alice. No me malinterpretes. Solo sentía curiosidad por el cambio tan radical… ¡Ay! —se quejó al sentir la rodilla de Felicity en el respaldo de su asiento.

—Bueno, querida, no sabes lo agradecidos que te estamos por haber actuado con decisión y rapidez en el parto de Fresa. Si no llegas a estar tú habríamos tenido que lamentar la pérdida del potrillo o de los dos.

También estaba inmensamente agradecida porque desde que su nieto había visto a Alice había vuelto a recuperar el buen humor de antes del accidente de coche. ¿Sería cierto ese pálpito que sintió al conocerla? Tenía la sensación de que era buena persona, aunque dejar atrás una vida hecha, con una formación tan demandada, era extraño e inquietante. Empezó a especular sobre qué le habría podido llevar a poner distancia de por medio y cambiar totalmente de sector. Quizás una mala experiencia con un cliente que la acosaba o quizás había huido de un maltratador. Fuera lo que fuere ella estaba dispuesta a ayudarla.

Respiró hondo y rezó para que su decisión de refugiarse en un rancho no trajera malas consecuencias para ellos.

11

La sala de espera era amplia y luminosa. Una hilera de ventanas ofrecía unas bonitas vistas a la parte de atrás. Un gran jardín lleno de árboles y bancos de piedra blanca salpicados al borde de un sinuoso camino daban un aspecto idílico a aquel lugar.
Una de las puertas de la sala se abrió y apareció un hombre con bata blanca y pelo canoso de aspecto más joven que Henry. Tras sus gafas de montura dorada se apreciaba su mirada inteligente.

—Dr. Adams —saludó Henry con mucho ánimo.

—¡Sr. Monty! —exclamó con una amplia sonrisa— ¿Cómo está mi paciente favorito?

Los dos se dieron un efusivo abrazo. Tras las presentaciones, el doctor invitó a pasar a la consulta al matrimonio y Alice se quedó fuera esperando.

La consulta fue tan breve que apenas le dio tiempo a ojear la revista que había tomado de la mesa que tenía a un lado y se levantó al verlos salir por la puerta. Henry y el doctor se metieron en el ascensor para personal y Felicity se acercó a Alice con una gran sonrisa.

—Muy bien, querida, ahora solo toca esperar a que le hagan unas pruebas a Henry. Yo me quedaré aquí. Te doy toda la mañana libre pero no para que regreses al rancho a trabajar —le dijo Felicity alzando el dedo índice a modo de advertencia.

—De acuerdo —Sonrió Alice avergonzada por haberle leído el pensamiento—. Puedo quedarme aquí a esperar también.

—De eso nada. Pero se me ocurre que si quieres podemos ir a ver alguna tienda —miró su reloj de pulsera—. No tardarán en abrir y a mí me gustaría ver algún vestido para el verano. ¿Te apetece el plan?

Lo cierto es que necesitaba comprarse ropa. En su escueto equipaje había metido lo justo, y por muy elásticos que fueran todos sus vaqueros, empezaban a apretarle en la cintura.

—Me parece bien, de hecho, no me vendría nada mal comprarme algo de ropa. ¿Hay alguna tienda cerca donde pueda encontrar lo básico?

Desde que llegó había ganado algo de peso y se encontraba mucho más enérgica y animada, quizás por el tipo de trabajo y también por la comida variada y sabrosa que preparaba la matriarca del rancho. Cuando trabajaba en Los Ángeles nunca comía a la misma hora, a veces se saltaba el almuerzo o la cena o se iba a la cama con un trozo de pizza recalentado o un vaso de

leche con cereales.

—Sí, claro —contestó acariciándose la barbilla como había visto hacer a sus nietos—, tienes varias, aunque en la calle principal hay una que está muy bien… Si quieres vamos a esa. Conozco a la dueña y sé que nos hará buen precio.

Cuando llegaron, la tienda de ropa todavía estaba cerrada. En la calle empezaba a hacer demasiado calor a esas horas de la mañana como para dar un paseo.

—Vamos, te invito a desayunar —le dijo Felicity sin darle opción a negarse mientras avanzaba con ligereza hacia la cafetería “Silver Mountain” que estaba entre la tienda de ropa y un taller de coches.

—¡Hola, Tom! —saludó Felicity al hombre alto y desgarbado que regentaba la barra. Al reconocerla, salió a saludarla con un beso sonoro.

—¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal Henry?

—Muy bien. Ahora está con su médico. Le van a hacer unas pruebas para ver si pueden ponerle un nuevo tratamiento que está teniendo muy buenos resultados.

—Seguro que está perfecto para ese tratamiento. Es un tipo muy duro.

—Sí, lo sé, es un luchador nato. Por cierto, ¿qué tal está Margot? ¿No abre hoy la tienda?

—Me dijo esta mañana que intentaría pasarse esta tarde un rato. Ahora está con los gemelos que se han puesto malos; bueno, ya sabes, un resfriado y como tenían décimas no han podido ir al colegio y como los papás no pueden faltar a su trabajo pues le ha tocado a la abuela. Pero ella encantada, ¿eh?

—Seguro, con lo niñera que es y el gusto que da consentir a los nietos a escondidas de sus padres.

—Ajá, qué razón tienes —dijo sonriente y con un brillo especial en los ojos.

—Me alegro de que estéis todos bien y espero que se recupere pronto esa pareja. Deben de estar preciosos.

—Sí un par de terremotos preciosos, ja, ja, ja.

Sonó la campanilla de la puerta indicando que entraba un nuevo cliente. Tom le saludó con la mano.

—Ahora os traigo la carta.

—No hace falta, Tom, tráenos un par de desayunos especiales de la casa.

Alice observó cómo aquel hombre daba la orden en cocina y atendía al caballero trajeado que había entrado.

—Margot es la esposa de Tom —le aclaró a Alice— y parece que no va a abrir la tienda hoy para nosotras así que podemos relajarnos e ir después a otra, hay un par no muy lejos de aquí que te gustarán.

—Me parece muy bien, pero, Felicity, de verdad, yo me conformo con un café.

—De eso nada. Le has salvado la vida a mis dos ponis, qué menos que invitarte a uno de los mejores desayunos que se hacen en todo el Estado de California. Además, quiero asegurarme de que estás contenta y de que te gusta el trabajo que haces. Debe de ser muy duro empezar de cero.

—Oh, sí que lo es, pero si te sirve de consuelo te diré que estoy encantada y muy agradecida.

Alice sabía que Felicity no era tan directa como Henry y que estaba intentando llevar la conversación de forma sigilosa hacia donde a ella le interesaba, como era lógico: saber más de ella y especialmente el porqué de tan radical cambio. Gracias a su experiencia en interrogatorios desvió rápidamente la conversación.

—No es fácil confiar en un extraño que se presenta en tu propiedad casi al anochecer —continuó Alice.

—Bah —Hizo un gesto con su mano para quitar importancia—. Salta a la vista que eres una buena chica; además, no eres una extraña, Samuel y tú ya os conocíais. Cuando nos lo contó me dije: “el mundo es un pañuelo”.

—Sí, fuimos compañeros de instituto durante tres cursos. Lo cierto es que tampoco llegamos a ser grandes amigos, aunque sí buenos compañeros. Él estaba siempre practicando deporte y rodeado de animadoras y yo, con lo tímida que era, apenas salía y me pasaba los ratos libres estudiando. Aun así, volviendo al día en que me presenté de aquella manera en vuestro hogar, todavía no sabía que me encontraría allí a Samuel.

—En cualquier caso, querida, pasaste la prueba de Rony: si hubiese visto una amenaza en ti, no sé si te lo habríamos podido quitar de encima. Con los extraños tiene muy malas pulgas; de hecho, cuando salió corriendo a por ti pensamos que iba a atacarte. Pobre Jeremy, creí que se caería sofocado al suelo cuando salió detrás del perro.

—Madre mía, qué vergüenza, de verdad que no sé en qué estaba pensando, vi la puerta abierta y entré…

—Nada de qué avergonzarse, querida. Fuiste la respuesta a nuestras plegarias —Le dio unas palmaditas en el antebrazo.

Vibró el teléfono de Felicity sobre la mesa y contestó.

—Dime, Jeremy… sí, sí estamos las dos donde Tom… Pues ya sabes, por lo menos un par de horas más —Felicity puso los ojos en blanco y después sonrió a Alice mientras meneaba la cabeza.

Alice no quiso averiguar de qué hablaban nieto y abuela, era una conversación privada y no le incumbía.

Instintivamente, Alice se había situado en el asiento de la pared y desde allí tenía la visión periférica ideal para observar a todos los que estaban dentro del restaurante, a los que entraban o salían e incluso a los que caminaban por la calle. Hizo un esfuerzo por recordarse que no estaba trabajando y que podía relajarse. Se acomodó en el banco mullido color rojo y se dedicó a observar a su alrededor mientras Felicity hablaba con su nieto.

A esa hora de la mañana, la luz del sol penetraba por los grandes ventanales de la cafetería y se mezclaba con el incesante tintineo de tazas, el olor a café y los aromas ahumados y avainillados procedentes de la cocina.

—Disculpa, querida, era Jeremy. Está preocupado porque se marcha hoy —Guardó el móvil en el bolso y prosiguió con su explicación—. Va a pasar el fin de semana en casa de los padres de Annie. A ellas las dejará allí porque el lunes tiene que trabajar y no volveremos a verlos hasta agosto. Así que está hecho polvo porque no puede quedarse a ayudar en el rancho. Pero ya le he dicho que no se preocupe que, si hace falta contratar a alguien más, pues se contrata y listo.

—No será necesario contratar a nadie, mañana estaré bien para reincorporarme. He notado mucha mejoría con la pomada y el reposo.

—Ay, querida. No sabes lo que me recuerdas a mí. El trabajo puede ser terapéutico e incluso sanador. Verás, fui cocinera en la escuela de Cloverdale durante muchos años y cuando me jubilé me sentí perdida durante un tiempo, acostumbrada a trabajar siempre fuera de casa. El rancho demandaba mucho trabajo también, pero los números empezaban a no encajar y nos daba mucha pena tener que despedir a José y Marieta. De pronto, ocurrió una gran desgracia en mi familia que me hizo cuestionarme mi fe y mis creencias: perdí a mi única hija y a su encantador marido en un accidente de tráfico en el que solo sobrevivió Samuel —Hizo una pausa para contener las lágrimas y Alice, por instinto, le agarró las manos con ternura.

—Se truncaron dos vidas maravillosas y desvió la de mi nieto pequeño. Le habían concedido una beca deportiva para estudiar en la universidad de Nueva York, pero en el accidente se dañó la rodilla y así no podía seguir jugando al baloncesto a ese nivel. Tampoco podíamos permitirnos pagar sus estudios en aquella universidad. El caso es que se vino a vivir con nosotros y al cabo de un tiempo, como si fuera, ¿sabes esa ave que resurge de sus cenizas?

—Sí, el ave Fénix —contestó Alice en un susurro, ahogada por la pena que sentía al ponerse en su piel.

—Exacto. Pues resurgió con tanta fuerza que tiró de nosotros también para no hundirnos en la tristeza de la pérdida ni en la desesperación de tener que vender el rancho. No sé de dónde sacó la idea de los caballos, pero gracias a ellos salimos todos adelante.

A Alice le recorrió un escalofrío al pensar en lo mal que lo habían pasado y se llenó de esperanza al ver que, si ellos habían conseguido superarlo todo, ella también podría lograrlo.

Alice vio a Tom acercarse con el suculento desayuno en una gran bandeja.

El delicioso olor de los huevos revueltos con beicon, chorizo, frijoles y pan tostado, zumo de naranja y café pareció despertar de golpe el estómago de Alice que rugió reclamando su parte.

No volvieron a hablar más sobre sus vidas gracias a Tom, que se sentó unos minutos con ellas y desvió el tema de la conversación.

De nuevo sonó el teléfono de Felicity para poner fin a su estancia en Cloverdale. Henry le había dicho a su esposa que habían terminado antes de lo esperado y que tenía muy buenas noticias.

12

El aroma balsámico del aceite de romero invadía la habitación provisional de Samuel que yacía sobre una camilla en ropa interior. Volvió a sentir las manos de Paul resbalando por el hombro izquierdo hasta detenerse en el omóplato. Allí sintió como si sus dedos se hubiesen convertido en una aguja de punto y Samuel dio un respingo.
—Lo siento, Samuel, pero tengo que trabajar bien esta zona, estás totalmente agarrotado.

—Ya eso mismo me has dicho del cuello y de la pierna y cada vez que te pones a "trabajar zonas" parece que lo haces como si me odiaras.

—Ja, ja, ja, es que tal y como lo llevas es normal que te duela. Da gracias que los gemelos los tienes bien, te puedo asegurar que ahí te dolería mucho más. Anda no seas quejica que estás muy bien para lo que te podías haber hecho.

—Ya, pues a mí me gustaría que esto se curase más rápido.

—¿Más rápido? Pero si no doy crédito de cómo estás respondiendo a la terapia, llevas muy poco tiempo y estoy muy contento con los avances —Agarró el brazo, se lo dobló con suavidad, lo puso sobre la espalda y empujó hacia arriba—. ¿Recuerdas hasta dónde podía subírtelo los primeros días? Mira hasta dónde llega ahora. Has recuperado mucha movilidad.

—Eso está muy bien pero donde yo quiero recuperar la movilidad es en la pierna.

—Pues me temo que debes tener paciencia, aunque te insisto en que estás muy bien, y si practicas los ejercicios que te he mandado y no haces el bruto, estarás recuperado antes de lo que crees. Y con no hacer el bruto también me refiero a no abusar de las muletas que te he traído hoy.

Samuel no se quedó muy conforme con las palabras del fisio, aunque reconocía que tenía razón en todo lo que le decía.

—¡Hecho! Ya puedes vestirte.

Paul se lavó las manos con gel hidroalcohólico, recogió todo el material que había traído para el masaje y plegó la camilla que quedó como un gran maletín negro. Se colgó al hombro la mochila y cogió la camilla por el asa.

—Nos vemos la semana que viene. Recuerda: no dejes de hacer los ejercicios y, sobre todo, por Dios, no te hagas el valiente porque eso podría hacerte volver a empezar.

A solas, sentado en la cama, Samuel sacudió los vaqueros y se los puso con dificultad. No quería

que nadie tuviera que ayudarle, estaba convencido de que tenía que apañárselas él solo. Después del esfuerzo y de maldecir en voz alta palpó con la mano sobre la cama para coger la camiseta.

—¿Buscas esto? —dijo Liz junto al escritorio alzando con gracia la camiseta blanca de Samuel.

Él la observó desde la distancia sin reparar demasiado en que llevaba el vestido rosa de tirantes ceñido al tronco y holgado hasta la mitad del muslo que tanto le favorecía.

—Oh, sí, gracias. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella se acercó a él con andar lento y sensual.

—He venido a ver qué tal estabas.

—Pues ya ves, no hay mucho cambio desde la última vez que nos vimos.

Samuel se dio cuenta de lo brusco que había sido y rectificó:

—Perdona, te agradezco que hayas venido a interesarte por mí, es que no llevo muy bien estar así.

—Lo sé, te conozco muy bien —Avanzó dos pasos más hasta situarse frente a él—. Vaya, ¿qué bien huele? ¿Romero?

—Supongo —contestó apático—. ¿Me devuelves la camiseta, por favor?

—Ah, ah, antes tendrás que darme un beso.

—Liz, por favor —dijo Samuel incómodo, no quería herirla más de la cuenta.

Ella se agachó y le besó en los labios a la vez que se sentaba con cuidado a horcajadas sobre él, sin apoyar el peso sobre las piernas de Samuel.

—Para, por favor —Le sujetó la cara con ambas manos para mirarla fijamente a los ojos. Ella ignoró la advertencia y forzó el segundo beso—. He dicho que pares —gruñó y la apartó con su mano, con toda la delicadeza con la que fue capaz.

Liz se levantó enseguida y se quedó tiesa, confusa.

—Por favor, Liz, no lo hagas más difícil. Creo que fui bastante claro el otro día.

—¿Qué pasa? Que tienes una querida, ¿verdad? —susurró con voz temblorosa.

—¡Joder, no! —dijo con repulsa— No soy de ese tipo de hombres.

—Entonces… no lo entiendo. ¿Ya no te gusta mi cuerpo? ¿Mi pelo? —Desconcertada y desesperada, cruzó sus delgados y tonificados brazos sobre su tronco— Puedo cambiarlo… si no te gusta. Pídeme lo que quieras.

—¿Qué? ¡No, por Dios! Ya te lo dije el otro día, no puedo seguir contigo porque lo nuestro se acabó hace mucho tiempo y lo sabes.

Liz empezó a hacer pucheros y él la agarró de la mano para alentarla.

—Te mereces a un hombre que te quiera y que sepa hacerte feliz.

—Pero yo te quiero a ti —rompió a llorar y se alejó de él con desprecio.

—Eh, nena —se levantó de la cama con dificultad, agarró la muleta y se acercó a ella cojeando.

—No. No me toques. Me estás diciendo que para ti no significo nada de la noche a la mañana. Seguro que hay otra. Después de todo lo que he hecho por ti. Siempre he estado a tu lado: en los buenos y en los malos momentos, ¿y es así como me lo agradeces? ¿Dejándome tirada porque te has aburrido de mí? ¿O porque la otra te lo hace mejor?

—Liz, me estás acusando de cosas que no son ciertas y lo sabes. Estoy siendo sincero contigo y conmigo. Tú deberías hacer lo mismo porque así te darías cuenta de que hace tiempo que lo nuestro no funciona —Apretó la mandíbula tratando de contener la rabia que iba creciendo en su interior ante la impotencia de no ser capaz de hacerla entender que su relación estaba acabada.

—¡Eres un cretino y un desagradecido, digas lo que digas me estás dejando tirada como si hubiese dejado de servirte!

—¡Joder, Liz! Te estoy dejando libre para que rehagas tu vida con alguien que te ame y te de lo que necesitas.

La muchacha se echó a llorar de nuevo y Samuel la acogió contra su pecho con un brazo mientras apoyaba su peso sobre la incómoda muleta.

—Ahora lo ves así, pero créeme, es lo mejor para los dos. Yo no puedo hacerte feliz y te mereces ser feliz.

—Eso lo decidiré yo: quién me hace feliz o no.

—Liz, lo siento mucho, de verdad. Siento mucho herirte, pero es mejor que lo dejemos aquí. Antes de que nos hagamos más daño. Los dos nos merecemos ser felices.

Liz se separó dándole un empujón que casi lo tiró al suelo. Samuel gimió de dolor.

—¡Eres un cretino egoísta! —gritó enseñando los dientes, hiperventilando— ¡Siempre, siempre he estado a tu lado! ¡He sacrificado mi vida por ti!

—¡Y yo nunca te lo he pedido! —las palabras salieron de su boca envenenadas.

Liz palideció y se quedó petrificada gesticulando con sus labios finos y severos sin conseguir articular palabra. Su rostro fue cambiando de blanco marfil a granate. Giró sobre sus tacones y dio unos pasos antes de detenerse en la puerta y volverse hacia él.

—¿Sabes qué? —dijo después de coger aire— Que te perdono porque te quiero con toda mi alma. Espero que cuando te recuperes pienses con más lucidez y te des cuenta de tu error. Me has destrozado el corazón, Samuel Newman; aun así, te perdono y te esperaré porque sé que volverás como has hecho otras veces.

Zanjó la conversación con un portazo, dejándolo a solas, abatido y exhausto hasta para contener las lágrimas.

Liz entró hecha una furia en su coche plateado, maniobró con prisa levantando gran cantidad de polvo a su alrededor y pisó el acelerador a fondo para salir huyendo del rancho.

Alice vio que de la nube de polvo salía como una bala un coche que de no ser por su pericia y experiencia conduciendo en condiciones extremas, les habría hecho volcar.

—¡Benditos tus reflejos, muchacha! —exclamó Henry agarrado al asidero de su puerta.

Alice se puso en alerta temiendo que hubieran hecho daño a Samuel o a los otros dos trabajadores del rancho.

—¿Alguien conoce a la mujer que conducía ese coche? —preguntó Alice mientras aparcaba el *pick up* cerca de la casa.

—Sí. Tranquila, no pasa nada —contestó Felicity recobrando el aliento.

—¿Pero qué moscardón le habrá picado a esa mujer para salir así? ¡Casi nos mata! —reprochó Henry todavía afectado por el susto.

—Pues imagínate… Me da que nuestro nieto ha vuelto a ponerle las cosas claras y a ella no le ha sentado nada bien —Felicity miró a Alice e intentó disculparse—. Oh, cuánto lo siento, querida, es que Liz—

—No te preocupes —interrumpió Alice con tono comprensivo—, no tienes que darme explicaciones, pero me quedaría más tranquila si me aseguro de que Samuel está bien.

—Claro, querida, adelántate tú, ahora vamos nosotros.

Alice vio a José y a Marieta que estaban trabajando en el establo y entró en la casa a toda prisa mientras Henry y Felicity bajaban del coche.

Llamó a la puerta y al no recibir respuesta entró sin esperar a ser invitada. Al entrar en la habitación se encontró a Samuel intentando sentarse en la silla de ruedas. Alice corrió a echarle una mano.

—¿Está todo bien, Sam? ¿Te ha hecho algo esa loca que ha salido a toda prisa de aquí?

—Tranquila, estoy bien —Se acomodó en la silla y emitió un profundo suspiro. Sus ojos enrojecidos delataban que había estado llorando—. Siento que te hayas cruzado con mi ex hecha una furia —terminó su respuesta con una medio sonrisa irónica.

—Oh, vaya, lo siento, yo, yo no sabía que —Alice se mordió el labio al comprender que había metido la pata, no tenía que haberla llamado de esa manera, pero el mero pensamiento de que aquella mujer le podría haber hecho algo malo a Samuel, la había sacado inexplicablemente de sus casillas.

—No te preocupes, ya se calmará cuando llegue a su casa —Sus labios se curvaron para regalarle una sonrisa desganada que se borró al instante—. Espera, no te habrá hecho daño, ¿verdad?

—¡Samuel! —gritó Felicity irrumpiendo en el cuarto con paso ligero— ¿Estás bien? Esa mujer cada día está peor. La muy loca casi nos hace tener un accidente, si no llega a ser por Alice, habría ocurrido una desgracia++. ¡Conducía como una camicace!

—¿Qué? —dijo Samuel con una mezcla de preocupación y enfado.

—Como lo oyes. Iba tan enfadada que yo creo que ni nos ha visto. ¡Esa mujer es un peligro al volante! —sentenció Felicity.

Alice no sabía cómo salir de allí, aquella situación le resultaba incómoda y se sentía como una intrusa que no debía estar presente.

—Lo importante es que estamos todos bien. Si no os importa me iré a aparcar el coche y a decirles a José y a Marieta que ya estamos por aquí.

Alice salió de la casa temblando y con la respiración acelerada. Aparcó el coche en la cochera, junto a un gran *pick up* gris oscuro. Tardó un rato en salir del coche, cuando la mano dejó de temblar.

13

El agua tibia de la ducha caía sobre el rostro de Alice arrastrando el polvo y las tensiones que había ido acumulando durante el día. No se quitaba de la cabeza a la mujer rubio platino, con grandes gafas de sol oscuras y labios rojos que agarraba el volante con ambas manos con rabia.
Se aclaró los restos de jabón del pelo y dejó que el agua masajeara unos segundos su cuero cabelludo. No entendía por qué le había afectado tanto el hecho de pensar que podían haber hecho daño a Samuel. Quizás, desde lo que le ocurrió en Los Ángeles se había vuelto más vulnerable.

El móvil sonó en el salón y decidió no salir apresuradamente para contestar. Cerró el grifo, se enroscó en la gran toalla de algodón y salió a ver quién le había llamado, cuando reconoció el número se quedó un rato observando el teléfono, tratando de decidir si devolvía la llamada o lo dejaba para otro momento. Después de pensárselo por un rato, puso el móvil en silencio, lo dejó sobre la mesa del salón y se metió a su dormitorio a ponerse cómoda: unas mallas negras y un top de tirantes verde menta.

Fue a la nevera y se sirvió un vaso de agua bien fría. Después se dejó caer en el sofá, puso los pies sobre la mesa de centro, se colocó los auriculares y seleccionó una lista de canciones lentas.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su ensoñación y su cuerpo se puso a temblar sin control. Respiró varias veces hondo y despacio hasta que se fue espabilando.

—Alice, soy yo, Marieta —le dijo al otro lado de la puerta en español con su dulce acento mexicano.

Alice asomó la cabeza por la puerta.

—Marieta, ¿está todo bien? —contestó en el mismo idioma.

—Sí, todo bien, es que hace muy buena noche y José y yo queríamos invitarte a una cervecita, nomás. ¿Te apuntas? Di que sí, por favor.

Marieta juntó las palmas en actitud de oración para arrancarle una sonrisa.

Alice sonrió y aceptó encantada la invitación.

—Está bien, dame un segundo que voy a por una chaqueta.

Deseaba distraerse y tenía ganas de pasar un rato agradable con ellos. Desde que llegó al rancho habían congeniado muy bien. José era un excelente compañero y Marieta una gran persona. Los

dos eran de carácter afable, divertido y muy respetuosos con los demás.

La cabaña estaba a unos diez metros de la suya y el camino estaba alumbrado por balizas solares de un metro de altura.

Las cabañas eran sencillas y acogedoras con paredes de madera en color natural y tejado inclinado pintado de verde. Tenían un alargado porche con una barandilla también de madera en la parte delantera de la casa. En el centro, cinco escalones rústicos conducían al porche y a la puerta principal, acompañada de dos ventanas a cada lado. Dentro, la distribución de las estancias era similar a la cabaña de Alice, solo que dispuesta de forma contraria, como vista en un espejo.

Cuando las dos llegaron inmersas en una animada charla, José salió a recibirlas obsequiándolas con un botellín de cerveza bien fría.

Marieta y Alice tomaron asiento y José puso sobre la mesa una fuente con guacamole y nachos.

—Vas a probar el mejor guacamole de toda tu vida —bromeó José mientras tomaba asiento al lado de su mujer.

—A mí no me mires —dijo Marieta enarcando las cejas—, lo hizo mi amorcito, que es un excelente cocinero.

—Oh, vaya pues habrá que probarlo, ¿no? —dijo Alice y sin pensárselo dos veces, hundió un nacho en el delicioso preparado, se lo llevó a la boca y lo degustó con los ojos cerrados a la vez que se le escapaba un gemido.

—Está riquísimo. Efectivamente, el mejor que he probado en toda mi vida. Nunca había visto un guacamole preparado así, se ven los trocitos de aguacate y tomate y… y umm, me encanta.

—Y también prepara unos tacos deliciosos, ¿verdad, amor?

—Bueno, bueno tampoco es para tanto, se va a pensar nuestra invitada que lo mío es la cocina. No te creas, solo estos dos platos, nomás, ja, ja, ja. Y eso que es Marieta la que me lo deja todo preparado y cortadito para que yo haga el resto, así que el mérito no es solo mío.

José la rodeó con su brazo bronceado y fuerte y le regaló a su esposa un beso cariñoso en la sien.

—Pues deberíais ampliar la carta, seguro que todo lo que hagáis es un éxito —sentenció Alice antes de morder otro nacho rebosante de guacamole.

Según avanzaba la noche, la temperatura se volvía más fresca y daban ganas de quedarse allí hasta altas horas de la madrugada. La pareja recordó viejos tiempos, de cuando llegaron a Estados Unidos siendo unos críos y de lo generosos que habían sido los Monty cuando llegaron al rancho por primera vez. Alice les habló de sus padres y de cuando se mudó a Geyserville desde España. También charlaron sobre las vueltas que daba la vida y que no esperaba volver a ver a Samuel y mucho menos en un rancho.

Marieta le habló de Felicity y de Henry, de lo bien que se llevaban y de que ella les encendía todos los días una velita a sus santos para que los conservara a ambos con vida durante muchos años.

—Están muy contentos —les confesó Alice—. El médico les ha dicho que es apto para un nuevo tratamiento que ha salido para su enfermedad.

—Pobre Sr. Henry. Tiene unos dolores tan horribles que ni la morfina le calma. Fíjate que ahora lleva unos parches que le duran bastante y se queja menos. Eso sí, me insistió que, aunque los viera en la basura, que no se me ocurriera tocarlos sin guantes y que si lo hacía por accidente que me lavara corriendo las manos porque eran peligrosos. Pero, ¿eso cómo puede ser? ¿Incluso usados pueden hacer tanto daño?

Alice conocía los parches de los que hablaba Marieta.

—Son unos parches impregnados con una sustancia más potente y efectiva que la morfina.

—¿Y qué llevan entonces?

—Fentanilo.

Al pronunciar el nombre Marieta dio un respingo y se santiguó mientras que José casi escupió el trago que acababa de darle a su botellín.

—¿Fentanilo? Pero esa es la droga que dicen en las noticias que está matando a tanta gente aquí, en los Estados Unidos. El otro día pusieron unas imágenes de un barrio de Philadelphia, y se me pusieron los pelos de punta: deja a los que lo consumen como zombies. Pero, no entiendo, el fentanilo es ilegal, ¿no?

—El que está en la calle es ilegal y muy peligroso porque lo mezclan con otras sustancias sin controlar la cantidad de fentanilo, que es lo que la hace mortal. Pero existe un uso terapéutico del fentanilo que es seguro porque la dosis es muy precisa y mucho más baja. Aun así, a los pacientes que tienen que usarlo les dan instrucciones muy claras para que no sufran una sobredosis; es más, les enseñan a detectar los síntomas y cómo actuar.

—Vaya, sí que estás enterada de todo eso —pensó en voz alta Marieta.

Por unos instantes, Alice temió haber hablado más de la cuenta.

—Bueno, qué te voy a contar, he vivido en Los Ángeles y se de algunos barrios afectados, aunque nada que ver con ese barrio de Philadelphia del que habla José, incluso en San Francisco, donde también ha llegado. Es una pena ver a esa gente así, jóvenes en su mayoría, y saber que no van a conseguir salir porque si el efecto es potente, la adicción es aún mayor, sin hablar de las secuelas…

Alice vio la cara de preocupación de sus amigos y cambió el rumbo de la conversación.

—Pero hablemos de cosas más alegres: brindemos por el señor Henry y porque el nuevo

tratamiento le vaya muy bien.

Los tres alzaron sus cervezas, las chocaron y bebieron.

—Pues sí y hablando de todo un poco, ¿qué pasó con Liz? Me ha dicho Felicity que casi os saca del camino con el coche.

—Creo que había discutido con Samuel y salió muy enfadada.

—Qué poco me gusta esa mujer. Nos mira siempre por encima del hombro, como si fuera una gran señora de esas que salen en las telenovelas, ¿verdad, amor? En cambio, con los señores y con Rose es la mar de agradable.

—Si os soy sincero, no sé cómo Samuel la ha aguantado tanto tiempo. Bueno, me imagino que tú la conocerás porque llevaban juntos desde el instituto.

—¿De verdad? No recuerdo que tuviera novia entonces —pensó Alice en voz alta y entornó los ojos para recordar hasta que le vino a la mente la capitana de animadoras. Era una chica de larga melena rubia, ojos claros y con un cuerpo muy bonito que andaba loquita detrás de Samuel, como la mayoría de las chicas del instituto, y que era tan estúpida y superficial como un par de animadoras muy amigas suyas. Alice sacudió la cabeza para espantar los recuerdos que tenía de ella y de sus amigas.

—Según me dijo doña Felicity —comentó Marieta tratando de encontrar una explicación—, empezaron a salir después del accidente de coche que ocurrió en verano, poco antes del comienzo del siguiente curso.

—Vaya, Felicity me contó lo del accidente ayer —dijo Alice muy apenada—. No tenía ni idea. Debió de ser muy duro para todos.

—Sí, al parecer Sam se lesionó y como no podía seguir jugando al baloncesto, pues se quedó sin beca y no pudo estudiar en la Universidad en la que estaba admitido —dijo José.

—Lo sé y es una lástima que no pudiera cumplir su sueño —dijo Alice, sincera.

—Lo pasaron todos realmente mal. Nosotros llevábamos trabajando aquí apenas dos años y fue muy duro. Tuvieron que vender la casa de los padres y él se vino a vivir al rancho. Su hermano continuó estudiando en la universidad, en Phoenix. Con lo que sacaron de la casa y con lo del seguro pudieron pagarle los estudios a Jeremy y guardar una parte para cuando Samuel asentara la cabeza y pudiera retomar sus estudios.

—¿Asentar la cabeza? ¿Samuel? —preguntó Alice extrañada.

El Samuel que ella recordaba era formal, algo juerguista, pero con las ideas muy claras. Quería estudiar gestión de empresas en la Universidad de Nueva York y lo estaba dando todo en el deporte para ganar la beca porque sabía que sus padres no se lo podían permitir.

—Sí. Cambió mucho tras el accidente. El primer año fue un infierno para los Monty —continuó

José— porque a la pena tan grande que tenían se sumó que los abuelos eran incapaces de reconducir a Samuel, casi lo habían perdido a él también. Se volvió rebelde, protestón, no colaboraba en casa y siempre estaba encerrado en su cuarto o con Liz —José dio un sorbo a su botellín —. Hasta que un día, a saber qué le dirían sus abuelos que cambió de actitud. Así, sin más.

—Es cierto, fue como si madurase de golpe —continuó Marieta—. Se puso a trabajar en el rancho, le concedieron plaza en la universidad a distancia y trabajó y estudió mucho. Después sus abuelos tuvieron problemas con el rancho. Gracias a Samuel que se le ocurrió lo de los caballos, no tuvieron que venderlo y tampoco que despedirnos a nosotros.

—Vaya, es admirable —dijo Alice tratando de contener la emoción al ver lo que había conseguido Samuel.

—Sí y cuando lo de los caballos empezó a funcionar, Liz se pasaba las horas aquí metida. Se creía la dueña y señora de todo esto —dijo Marieta—, hasta quiso hacer cambios, pero ni los abuelos ni los nietos se lo permitieron. Afortunadamente, la madre de Liz la convenció para que estudiara para poder ayudarla en la peluquería. Claro que, a veces, es peor el remedio que la enfermedad, porque empezó a insinuar a las clientas que Samuel le pediría matrimonio pronto. En un lugar tan pequeño donde todo el mundo se conoce, soltar ese tipo de comentarios en un salón de belleza…

—Venga, ya, Marieta —le interrumpió su marido incrédulo—, cómo iba a decir eso por ahí, si no era cierto.

—Que sí, amor, que me lo dijo Abi, la que limpia la peluquería de la madre de Liz. Un día coincidimos en el supermercado y me lo contó. El caso es que la pobre Abi no se dio cuenta de que tenía a doña Felicity allí mismito, trás de ella.

—Uy, esto promete: cotilleo del bueno —canturreó José con gracia—, ja, ja, ja, esto se merece otra ronda.

José alargó el brazo y sacó tres botellines del cubo metálico lleno de hielo.

A las dos les entró la risa y acogieron la cerveza con agrado.

—Madre mía, esta ya es la última por mi parte que mañana tenemos que trabajar —dijo Alice entre risas.

—Mañana es sábado y tú todavía no puedes trabajar, por lo menos hasta el lunes —dijo Marieta algo achispada por los tragos—. Nos lo ha repetido unas cuantas veces Samuel, después del tirón de orejas que le metió el dr. Brian.

—Ja, ja, ja —rio con fuerza José—. Bueno y que le ha gustado mucho cómo trabajas y que le salvaras a los dos ponis también ha tenido que ver para darse cuenta de que no te puede perder.

—Ya veo. Y lo de emborracharme para que mañana la resaca no me deje despegarme de la cama ha sido idea vuestra para no contradecir al jefe, ¿no?

Los tres se rieron a carcajadas durante un buen rato. Cuando se terminaron la última ronda de cervezas, Alice se despidió y regresó por el sendero iluminado hasta su cabaña. Atrás dejó las risas y los piropos que se dedicaban la pareja e imaginó con cierta envidia que tendrían una noche apasionada entre las sábanas.

Al entrar en la cabaña vio el móvil sobre la mesa del salón. Tenía varias llamadas perdidas del mismo número y un mensaje de texto: “Necesito hablar contigo, llámame”.

14

El juego de luces que incidía sobre el campo infinito de margaritas era realmente precioso. El cielo despejado y el cantar de los gorriones le daban un aspecto idílico a su alrededor. Detuvo sus pasos erráticos cuando escuchó la risa fresca de una niña. Se giró y siguió el tierno sonido hasta localizar a la pequeña.
Se quedó observándola escondida tras un seto. La niña tenía una brillante melena negra que le llegaba hasta la cintura, sus ojos negros rasgados, nariz chata y tez de marfil revelaba su origen oriental. El vestido largo y blanco se abombaba cada vez que daba vueltas sobre ella misma con los brazos extendidos y la cabeza echada hacia atrás, recibiendo en su diminuto y tierno rostro los rayos de sol. Era la viva imagen de la inocencia y de la felicidad.

Después, se detuvo exhausta y divertida, y siguió el sendero de margaritas blancas que llevaba hacia el embarcadero. De paso, se iba deteniendo para seleccionar las más hermosas y arrancarlas para formar un tupido ramo.

Una mariposa apareció entre las flores y la niña quedó tan atraída por su belleza que se puso a seguirla.

Las nubes grises comenzaron a cubrir el cielo que se tornó amenazante. La temperatura descendió tan rápido que a Alice se le puso el bello de punta y se le encogió el estómago al intuir que la niña estaba en peligro. Quiso advertirla. No salía sonido alguno de su boca. Desesperada, intentó salir de su escondite, pero las ramas del arbusto se le habían enganchado en la ropa. Cuando pudo desprenderse de todo, la niña estaba en el borde del embarcadero mostrándole el ramo de margaritas a la mariposa que revoloteaba a su alrededor y que se adentraba en el lago.

Alice salió corriendo hacia ella para advertirla con impotencia, porque su voz seguía sin salir de su garganta y porque sus piernas se habían vuelto tan pesadas que era como tratar de correr con las piernas hundidas en el barro. Cuando llegó hasta la niña, ésta cayó al lago como si una fuerza invisible la hubiese arrastrado. Alice alcanzó el borde como pudo, se arrodilló en el suelo de madera y vio a la niña alzar su mano pidiendo ayuda mientras se hundía. Alice alargó la suya; apenas sus dedos se rozaron cuando el agua negra del lago terminó de engullirla.

Alice quiso tirarse a rescatarla pese a que algo superior a ella se lo impedía. Abrió la boca y gritó con todas sus fuerzas. Un dolor punzante recorrió sus cuerdas vocales hasta que despertó bañada en sudor sobre su cama. Cerró de nuevo los ojos. Quiso echar marcha atrás en el sueño hasta el momento previo a que la niña cayera al agua. Tan solo consiguió reabrir viejas heridas y echarse a llorar preguntándose cuándo lograría superar aquella pérdida.

15

Como si sus músculos estuvieran hechos de otra pasta, Samuel se iba recuperando con la rapidez de un deportista de élite. Aun así, había actividades que no podía llevar a cabo como montar a caballo. Sí podía trabajar con ellos en tierra, pero sin hacer excesos pues enseguida se resentía de la pierna operada. En cuanto a las excursiones a caballo, aunque José le había sustituido en las visitas guiadas que tenían concertadas, se vio obligado a no aceptar más en lo que quedaba de mes para dar prioridad al mantenimiento del rancho y de los caballos.
Avanzaba el mes de julio y Alice sentía como si aquel trabajo lo hubiese hecho toda su vida. Las jornadas eran muy parecidas salvo el día que recibían el pienso o tocaba la visita del veterinario, por ejemplo. Por la mañana hacían el trabajo más pesado de limpieza de cuadras y aseo de caballos, mientras que, por las tardes, los dejaban disfrutar del campo hasta que uno a uno los iba llevando de nuevo a sus cuadras. Pero había un momento a medio día realmente especial, sobre todo para Alice: el de la comida. El hecho de compartir la mesa para alimentarse les unía cada vez más, como si fueran una familia. Felicity siempre comía con Alice, José y Marieta. Henry solía hacerlo una hora antes para encajar mejor el horario de su medicación y después se retiraba a descansar. A él lo veían varias veces a lo largo del día porque le gustaba acercarse al campo grande para ver a los caballos correr casi en libertad.

Samuel, en cambio, tras repartir las tareas a primera hora y echar una mano con los caballos, desaparecía en su despacho y prefería comer allí para no distraerse demasiado. Se acercaba el comienzo de curso y debía dejarlo todo muy organizado.

Los ojos se le cerraban en contra de su voluntad. Demasiado tiempo sin dormir bien y la medicación para su pierna empezaban a pasarle factura. Se dejó caer sobre el mullido respaldo de la silla y cerró los ojos. En seguida comenzó a cabecear.

Unos tímidos golpes en la puerta captaron su aturdida atención. Carraspeó, se inclinó sobre su escritorio y cogió el bolígrafo.

—Adelante —dijo con voz serena mientras fingía anotar algo en el cuaderno.

—Hola —dijo Alice—. Tu abuela me ha pedido que te traiga esto —Dejó la bandeja con un vaso lleno de café helado—. Ha pensado que te vendría bien. Ah, y también me ha pedido que te diga que ella y Henry se van con Marieta a Cloverdale y que estarán fuera un par de horas.

—Gracias, Alice. Mmmm —Tomó el vaso y bebió un sorbo —. Mi abuela me ha leído la mente. Gracias.

Alice miró a su alrededor extrañada, la cama había vuelto a esconderse dentro del sofá.

—Ya no hay cama —pensó en voz alta.

—No. Prefiero dormir en mi cuarto, aunque tarde una eternidad en subir las escaleras.

—Vaya, ¿y qué opina de eso tu médico? —preguntó ella con los brazos en jarra haciendo uso de su sentido del humor.

—El médico no tiene ni idea y el fisio me ha dicho que ejercite la pierna así que… —Samuel se encogió de hombros.

—Así que —continuó ella la frase— ejercitas la pierna subiendo y bajando escaleras.

—Exacto —sonrió.

Hubo silencio eterno entre ambos y Alice se sintió incómoda. Era una situación rara para ella. Lo había conocido cuando era una adolescente y cada vez que habían coincidido en el instituto, se llevaban tan bien que parecían amigos de toda la vida. Ahora, en cambio, habían pasado muchos años. Ya no eran unos críos, la vida les había cambiado hasta convertirlos en dos desconocidos, aunque de vez en cuando asomara esa familiaridad entrañable entre ellos.

Decidió que una retirada a tiempo sería lo mejor.

—En fin, yo ya me voy. No quiero entretenerte. Estás muy liado.

Hizo el amago de salir del despacho, pero Samuel le pidió que se quedara un momento y que tomara asiento al otro lado del escritorio.

—Verás es que estoy pensando en ampliar los servicios que ofrecemos en el rancho; ya sabes, con los caballos —dijo con cierta reserva, tanteando su atención. Liz solía cruzarse de brazos a la defensiva, mirarse las uñas o, en la mayoría de los casos, bostezar con descaro.

—Eso está muy bien. Y, ¿qué tienes pensado hacer? —comentó Alice con actitud abierta, midiendo sus palabras y provocando cierto regocijo en él al sentirse escuchado.

—Bueno, me gustaría, ofrecer campamentos de verano para el curso que viene.

—Qué bien y, ¿solo a niños o también a adultos?

—A niños, claro —frunció el entrecejo extrañado y se quedó pensativo durante unos segundos —. La verdad es que no se me había ocurrido pensar en que pudiera interesarles a los adultos también.

Alice había estado buscando información sobre el efecto sanador de los caballos en personas con dificultades o con algún trauma. Ella había empezado a experimentarlo al trabajar con ellos y especialmente cuando estaba con Candela.

—Tengo entendido que los caballos pueden ayudar a manejar el estrés de algunas personas. De hecho, existen programas para veteranos de guerra con estrés postraumático con muy buenos resultados. A muchos les ha ayudado a superar sus traumas.

—Eso es cierto, te lo digo por propia experiencia. Claro, no había caído en ello. Podríamos ayudar a gente que lo esté pasando mal. Pero yo no tengo ni idea de por dónde empezar.

—Bueno… creo que lo más difícil de conseguir, ya lo tienes: el lugar y los caballos. Además, tienes varios que podrían ser perfectos para terapia… así que, creo que lo único que necesitas es al terapeuta que dirija la sesión.

—Eso es —dijo entusiasmado—. Podría hablarlo con mi doctor. Seguro que conoce a alguien.

—Sí, ese campo es muy amplio. Mira —dijo una entusiasmada Alice mientras sacaba su móvil del bolsillo trasero del pantalón—, no solo niños y adultos con problemas. Encontré este vídeo el otro día donde llevaban caballos a una residencia de ancianos. Me emocioné solo de ver las caras de felicidad de los abuelos.

Alice bordeó el escritorio, apoyó el móvil y le dio a reproducir. A Samuel se le iluminaba la cara al observar el vídeo. Cuando terminó la miró a los ojos y sonrió.

—Eres genial, Alice. Es muy buena idea. Mi abuela conoce a la directora de la residencia de Cloverdale. Me encantaría poder ayudarles, sin cobrarles, por supuesto. Sería cuestión de ponerse de acuerdo con el personal sanitario de la residencia y organizar esas visitas de la mano de algún psicólogo o psiquiatra. En cuanto a lo de la terapia, buscaré terapeutas para que me hablen de su trabajo y sus precios.

—Podrías contratar tú al terapeuta o quizás… —titubeó Alice unos segundos— quizás podrías alquilarle los caballos al terapeuta para que venga aquí con sus pacientes. ¿Sabes a qué me refiero? Hay gabinetes de psicólogos y psiquiatras que tienen consulta propia y otros que pasan consulta en gabinetes que alquilan sus salas para las terapias.

—Vaya, no tenía ni idea de eso —Alzó de nuevo la mirada hacia Alice, esta vez, sus ojos color café reflejaban el entusiasmo que había comenzado a crecer en su interior.

—Pues ahora ya lo sabes. Lógicamente todo esto te lo tienes que tomar con calma y hacer un plan de negocio a varios años vista.

—Me dejas impresionado, ¿por qué no apareciste antes en mi vida?

—En fin —carraspeó—, te recuerdo que ya aparecí antes en tu vida.

—Es cierto, y no olvidaré que me ayudaste a aprobar literatura con un trabajo que hiciste prácticamente tú.

—Es verdad, sobre literatura contemporánea —dijo Alice mordiéndose el labio—. Qué tiempos aquellos, ¿verdad? Tú tan popular y yo más perdida que una vaca en un garaje.

—Ja, ja, ja.

Alice se sobresaltó al escuchar la melodía de su móvil. Reconoció el número.

—Lo siento mucho, tengo que cogerlo y, ya de paso —bromeó mientras caminaba hacia la puerta—, me iré a trabajar o José vendrá a tirarme de las orejas.

La sonrisa que le dedicó a su jefe se borró al cerrar la puerta tras ella y decidirse al fin a contestar.

—¿En una granja, Alice? ¿En serio? —dijo una voz grave y familiar. A ella se le encogió el estómago —¿Creías que no te iba a encontrar?

—Sabes que si no hubiese querido que me localizaras, no lo habrías hecho, ¿verdad?

—Lo sé, aunque te advierto que tengo muchos recursos.

—De eso no me cabe duda —imitó el tono irónico de su interlocutor —. Escucha, Will, perdóname, pero ahora no puedo hablar —O más bien, no quería hablar; no estaba preparada para uno de sus sermones paternales.

—De acuerdo, Al. Sin presionar. Te llamaré en un par de días y como no me contestes, te juro por lo que más quiero que me presento en ese jodido rancho en helicóptero, que por lo que estoy viendo ahora mismo, hay espacio suficiente para aterrizar sin problema.

—Sin presionar, ¿no? —dijo con tono irónico— Tú siempre tan tú.

—Exacto.

—Está bien, procuraré llevar el móvil encima las 24 horas.

—Eh —cambió el tono a más serio pero calmado.

—Lo sé. No hace falta que lo digas. Hablamos en unos días. Te lo prometo.

Guardó el móvil en el bolsillo y la mano comenzó a temblar.

16

A pesar de que las pesadillas ya no eran tan frecuentes, seguía despertándose de madrugada envuelta en un incómodo sudor frío, tratando de aguantar un rato más en la cama hasta que desistía.
Aprendió a aprovechar su desvelo para ir a admirar el hermoso amanecer, sentada sobre la valla de madera, como acostumbraba desde que empezó a trabajar allí. Era una forma de recargar su energía. Después, pasaba a saludar a su querida compañera, Candela. Solía quedarse un rato charlando con ella mientras compartían una manzana. Alice le daba un par de bocados y el resto se lo comía Candela. A Mustang, el pequeño gato negro, le daba igual la fruta, pero ronroneaba al escuchar la voz de Alice conversando con la yegua.

La llamada de Will supuso para ella un pequeño paso hacia atrás en esa especie de proceso de sanación que estaba experimentando en aquel lugar. Desde que habló con él cuando salía del despacho de Samuel, los recuerdos que creía haber conseguido arrinconar en su mente la asaltaban cuando menos lo esperaba.

No estaba preparada para decirle a Will que lo había dejado todo para intentar recomponerse. Que, aunque le fascinaba su trabajo, desde lo que le ocurrió a esa criatura y a su padre, sentía que una parte de ella se había roto. ¿Por qué no tuvo el valor suficiente para enfrentarse a su superior? ¿Por qué no derribó a aquel monstruo cuando lo tenía a tiro? Apenas había pasado medio año desde aquel instante y cada vez que cerraba los ojos veía el terror en la mirada de la niña al presenciar cómo aquel hombre ejecutaba sin piedad a su padre. No podía quitarse la imagen de la pequeña temblando y sollozando indefensa, aun teniendo a dos agentes especiales escondidos y armados a pocos metros.

Lo peor vino después. ¿Cómo podían llamarlos héroes por haber puesto en jaque a una importante red de narcotráfico que distribuía fentanilo por todo el Estado de California cuando habían sido cómplices de dos muertes terribles? La muerte de un compañero infiltrado que suplicaba en vano a su verdugo para que no le hiciera daño a su hija.

El que era su superior por aquel lo tenía claro: salvar a dos o salvar cientos, quizás miles de vidas. La orden era clara y tuvo que acatarla en contra de su voluntad; en contra de sus principios.

Lo que habría dado por dar marcha atrás y apretar el gatillo a tiempo. La niña habría regresado sana y salva a casa con su padre y no le habría deparado el terrible futuro al que fue sometida durante días hasta que falleció. La carga que Alice llevaba en su conciencia era demasiado pesada para una persona sola y demasiado dolorosa para compartirla con alguien.

Alice sabía que, si Will hubiese estado al frente en esa operación, le habría dado la razón y

habrían buscado la alternativa para salvarlos sin poner en peligro la operación de tantos años.

—Alice —la voz vibrante y cálida de José la arrancó de sus oscuros pensamientos—, ¿está todo bien?

A Alice le cogió totalmente por sorpresa.

—Un par de cepillados más a Browne y tendremos que llamarle espejito o algo así —bromeó José.

Alice había perdido la noción del tiempo. Por unos instantes no supo qué contestar hasta que al darse cuenta del significado de las palabras de su compañero se echó a reír.

—Ah, sí, está todo bien —mintió e improvisó con una de sus verdades a medias—, es que estoy… estoy en uno de esos días, ya sabes.

José enseguida cayó y levantó ambas manos como gesto en son de paz.

—Oh, vale, entiendo, lo mejor será no llevarte mucho la contraria y establecer una distancia de seguridad.

Ambos se rieron ante la ocurrencia de José.

—No seas bobo, me tomaré algo para calmar la molestia y estaré como nueva en unos minutos.

—Bueno, está bien, es que creí que lo que funciona con Marieta funciona con todas las mujeres. Ella también sigue trabajando, aunque le duela, pero se le pone un genio de mil demonios. Te lo digo para que lo tengas en cuenta. Anda, ya me encargo yo de este. Tómate el tiempo que necesites.

—Gracias, no tardaré mucho, te lo prometo. Por cierto, tendré en cuenta tus sabios consejos.

Alice le guiñó un ojo, divertida. Al darse la vuelta, la pena volvió a cubrir su dulce sonrisa. Apretó el paso hasta llegar a su cabaña.

17

Llevaba un buen rato haciéndose el remolón en la cama acunado por las voces de sus abuelos que llegaban a sus oídos en forma de un agradable susurro. De vez en cuando, la monotonía de ese sonido se rompía con alguna carcajada de su abuelo y la consiguiente regañina en voz baja de su abuela, probablemente para no despertarlo.
Se tumbó de costado, observando cómo la cortina de tela fina se abombaba por la brisa todavía fresca de la mañana. Al otro lado, un grupo de pájaros graznaban a su paso anunciando el nuevo día.

Samuel los siguió con la mirada hasta que desaparecieron por el marco de la ventana. Cerró los ojos y su atención se posó en el tatuaje que había visto en la espalda de Alice. Qué sensación tan extraña. La Alice del presente le parecía otra persona distinta. Ya no era la muchacha insegura y delgada, con brackets plateados que marcaban su sonrisa tímida y esquiva; ya no hablaba con voz temblorosa ni se ponía colorada cada vez que alguien le dirigía la palabra. Tampoco caminaba con la cabeza gacha ni evitaba el contacto visual. A Samuel le daba la impresión de que había madurado de golpe, quizás por la vida que había llevado en Los Ángeles o simplemente por el hecho de que habían pasado casi veinte años desde la última vez que se habían visto. Sin duda, esa imagen casi infantil que guardaba en su memoria tenía que chocar con la Alice convertida en una bella mujer.

Aun así, en el instituto parecía una chica totalmente transparente, quizás eso era lo que más le gustaba de ella que, siendo tan tímida, era sincera, que no mentía nunca, que no hacía las cosas para aparentar como el resto de los amigos o como Liz, por ejemplo. En cambio, ahora, aunque parecía seguir siendo igual de buena persona que antes, esa transparencia se había vuelto opaca e impenetrable. Estaba claro que algo ocultaba. Nadie da un giro tan rotundo a su vida de la noche a la mañana si no es por un motivo de peso.

Samuel acomodó la espalda sobre el colchón, agitado por la idea de que Alice estuviera huyendo de algo o de alguien y hubiera encontrado el lugar idóneo para esconderse en el rancho.

—¿En qué lío te has metido, Allie? —se preguntó en voz alta.

Al fin y al cabo, no dejaba de ser una total desconocida. La gente cambia. La siguiente pregunta que le rondaba la cabeza era si sería de fiar.

—Qué tontería, pues claro que lo es —se reprendió mientras se incorporaba en la cama—. Le ha salvado la vida a Fresa y a su potrillo.

Samuel tenía razón. Alice podría haber pasado de líos y no haber hecho nada, podría haber vuelto a su cabaña y que lo descubriera otro, pero no lo hizo. Dio la cara y tomó el control.

De nuevo, el graznido de los pájaros le llevó al tatuaje de Alice, como si allí debiera de encontrar algunas respuestas. Su corazón dio un vuelco al imaginársela en peligro y sintió el irrefrenable deseo de protegerla.

El tintineo de la vajilla y el tono meloso de Marieta interrumpió la conversación de sus abuelos. Samuel meneó la cabeza para desprenderse de esos pensamientos, alargó la mano para alcanzar las muletas y se dirigió a darse una ducha rápida antes de bajar a desayunar. Era un día importante y debía acudir a su cita concentrado para no olvidar ningún detalle en la propuesta que le iba a hacer a su doctor y a sus colegas.

—Buenos días, Samuel —lo saludó Henry con una gran sonrisa—. Llegas justo a tiempo, antes de que la golosa de tu abuela termine con esta torre de tortitas que nos ha preparado Marieta.

—¿Será posible? Samuel, querido, no hagas caso al viejo de tu abuelo.

—Oye, que yo no soy tan viejo —protestó Henry.

—Ni yo tan golosa, así que estamos en paz.

Henry sacudió la mano como si la diera por perdida y se metió un trozo de tortita que saboreó cerrando los ojos.

Samuel se sentó entre los dos y dejó apoyadas las muletas en la pared que tenía a su espalda. Se sirvió el desayuno mientras los observaba divertido.

—Veo que te has puesto guapo, ¿has quedado con alguien especial? —preguntó Henry con una pícara sonrisa.

Felicity levantó la cabeza con sorpresa para escuchar con atención a su nieto.

—He quedado con el doctor Mayo —aclaró y dio un sorbo al café.

—Vaya —dijo Felicity, algo confusa—, ¿no tenías la revisión con él la semana que viene? ¿Va todo bien?

—Sí, abuela, tranquila; de hecho, estoy mejor que nunca si te soy sincero —dijo Samuel a la vez que posaba su mano grande y cálida sobre la de ella para calmarla—. He quedado con él porque Alice me dio una idea muy buena para ofrecer más servicios en el rancho. Me dijo que por qué no ofrecíamos a nuestros caballos más dóciles como ayuda en terapia para gente con problemas.

—Vaya —dijo Henry dejándose caer sobre el respaldo—, esa muchacha es un tesoro. Creo que esta vez tu intuición dio en el clavo con ella —Le guiñó el ojo a su esposa.

Felicity le sonrió con sorna, entrecerrando los ojos. Enseguida cambió el gesto por el de entusiasmo al dirigirse a su nieto.

—Es una idea fantástica, querido.

—Por eso he quedado con mi doctor. Ayer hablé con él y dice que tiene colegas que podrían estar interesados. De hecho, hoy va a presentarme a algunos de ellos y pasarme el contacto de otros.

—¿Y sería viable? Quiero decir, dar ese tipo de servicios —se interesó Henry.

—Eso es lo que quiero averiguar. He estado informándome y en otros ranchos lo hacen y han ayudado a niños con autismo o con síndrome de Down, pero también a veteranos de guerra. El abanico es muy amplio.

Samuel se metió un trozo de tortita y la devoró con ansia.

—Por cierto, abuela —dijo mientras se retiraba un trozo de nata del labio con la servilleta—, también me enseñó Alice un vídeo de una residencia de ancianos a los que cada cierto tiempo, les llevan los caballos para que los acaricien y hablen con ellos. Me he estado informando y al parecer funciona muy bien, ya que les ayuda a nivel cognitivo y emocional. Me preguntaba si—

—Claro que sí —le interrumpió emocionada, leyéndole el pensamiento—, ahora mismo hablo con mi amiga Margaret, la directora de la residencia de Cloverdale —hizo una pausa brusca y titubeó antes de hacerle una pregunta—. Y en caso de que fuera posible hacer esto que tú dices en la residencia, sería de forma altruista, ¿verdad?

—Por supuesto, abuela. No les cobraríamos nada. Sabes que siempre que está en mi mano, me gusta ayudar.

—Entonces, cuenta con ello —Sorbió de su taza de té y la dejó sobre el plato con impaciencia—. Por cierto, no pensarás conducir hasta el hospital.

Samuel se acarició la barbilla con los dedos.

—Ya me lo temía. Ni se te ocurra conducir así, en tu estado, por muy capaz que te veas. Dile a Alice que te lleve ella.

—Pero aquí hay mucho trabajo.

—¿A qué hora has quedado?

—Me han hecho un hueco a las doce y media.

—Bah, para esa hora el trabajo duro ya se habrá hecho —interrumpió Henry a favor de su esposa —. José puede ocuparse del resto sin problemas.

—¿Lo ves? Hasta tu abuelo me da la razón. Será mejor que te acerque ella y si se os echa la hora encima podéis comer fuera. Es más —dijo acordándose de algo—, ¿podrías llevar a Alice a comprarse algo de ropa? La última vez que estuvimos allí la tienda de mi amiga estaba cerrada...

Sam casi se atragantó con un trozo de tortita y la miró enarcando las cejas.

—Ya está, decidido: después de la visita os dejo la tarde libre a los dos. Creo que os vendrá bien

a ambos desconectar un poco, pero no te olvides de lo de la tienda, creo que le corría prisa y a la pobre no le hemos dado casi tiempo para descansar desde que la contratamos.

Felicity dio por finalizada la conversación y se levantó para llevar su taza y su plato a la cocina.

Samuel se revolvió en su asiento, tratando de encajar de la mejor manera posible el recado que le había propuesto su abuela. Se sentía muy a gusto estando con Alice, pero ir de tiendas… eso ya no le gustaba tanto.

18

La reunión con el doctor Mayo y sus colegas había sido todo un éxito. En cuanto llegara a casa, tendría que valorar también la posibilidad de contratar a alguien más para repartir mejor el trabajo de campo y así liberar un poco a Alice para que le echara una mano con los temas legales. No le entraba en la cabeza que una mujer tan inteligente y trabajadora como ella hubiese terminado buscando trabajo de peón en un rancho. Ese planteamiento le conducía siempre a la sospecha de que Alice quería borrar sus huellas, como si no quisiera ser encontrada. ¿Qué otra explicación tendría si no? Con su formación y sus años de experiencia no tendría problemas para encontrar un puesto en algún bufete de abogados.
—Estás muy callado. ¿Va todo bien? —preguntó Alice algo confusa, antes de poner en marcha el *pick up* gris de Samuel.

—Sí, perdona, es que estaba dándole vueltas… —improvisó una excusa— Mi abuela me ha pedido encarecidamente que te lleve de compras, al parecer necesitabas ropa y la última vez que estuvisteis por aquí no pudiste comprar. Y no tengo ni idea de dónde llevarte.

—Ah, bueno, no pasa nada, ya vendré en otro momento. No me corre prisa.

—Bueno… Eso no es lo que me ha dicho mi abuela.

—Vale, necesito ropa, pero puede esperar; además, no quiero tenerte esperando mientras me voy de compras. Me imagino que querrás llegar a casa y estirar un poco las piernas.

Samuel movió la cabeza de un lado a otro chasqueando la lengua y enarcando las cejas.

—Está claro que no conoces a mi abuela. Será mejor que vayamos y compremos, aunque sea la primera camiseta que veamos, porque si nos ve aparecer sin nada estoy acabado, que lo sepas —bromeó alzando ambas manos.

—Está bien —le siguió la broma—, compremos una camiseta cualquiera para contentar a tu abuela y ya vendré otro día a mirarme algo.

Muy cerca de la tienda de la amiga de Felicity había otras dos más grandes y con mayor variedad.

Al abrir la puerta sonó un “ding-dong” que anunciaba la entrada o salida de clientes. En la caja había una mujer con el pelo muy corto y canoso, entrada en años y bastante gruesa. Saludó con amabilidad a los recién llegados y las otras dos mujeres que charlaban con ella se giraron para ver quién había llegado. Una de ellas era bajita y regordeta, rubia y con gafas; la otra tenía el pelo castaño y lacio y las canas empezaban a blanquear las raíces de su alargada cabeza. Era la

que más maquillada iba de todas. Un fuerte olor a perfume meloso y floral se entremezclaba con el aroma a ropa nueva. La melodía que sonaba de fondo era bastante animada, como si invitara a sus clientes a mirar lo justo y terminar pronto. Las mujeres disimulaban con descaro sin quitarle ojo a la pareja. Alice echó un vistazo a su alrededor y decidió inspeccionar la sección de vaqueros primero. Tras ella iba Samuel haciendo un ruido metálico y amortiguado con sus muletas cada vez que daba un paso.

De vez en cuando, Alice se giraba para valorar la expresión en Samuel, sin buscar consentimiento ni opinión, simplemente para saber si estaba bien o si se encontraba incómodo. Él siempre la recibía con una paciente sonrisa.

Siguió mirando los vaqueros colgados hasta que vio uno que le llamó la atención: tocó su tela, descolgó la percha donde estaba colgado y la alzó para ver si el modelo y la talla podían encajar en su cuerpo.

—Creo que compraré este y nos vamos.

—Pruébatelo y mírate más cosas, lo que necesites. No tenemos prisa. De verdad.

—Me da cosa por ti —se mordió el labio con remordimiento.

—Tranquila, estoy bien, esta es otra forma de estirar las piernas —le dijo y le guiñó el ojo.

Alice cogió varias prendas más: dos vaqueros, un par de tops y un bonito vestido veraniego semi entallado color burdeos con diminutas flores en color crema muy favorecedor.

—No tardo nada, te lo prometo —le dijo mordiéndose el labio de nuevo. Sin esperar a que él pudiera decirle nada, se encaminó hacia el único probador de la tienda y desapareció tras la gruesa y pesada cortina de terciopelo negro.

Las tres mujeres seguían apalancadas en la caja con la dueña. Ésta dobló una falda marrón recta y la metió en una bolsa. La mujer rubia y con gafas pagó su compra y las tres siguieron hablando muy amigablemente, como si no tuvieran prisa por salir de allí.

Samuel miró hacia el probador y se quedó observando unos instantes la cortina que había empezado a moverse. Por un momento se la imaginó quitándose la ropa.

“Pero qué estoy haciendo” se preguntó en silencio y antes de dar rienda suelta a su imaginación, respiró hondo y sacó el móvil para distraerse leyendo las noticias.

De las noticias más destacadas de la actualidad pasó a las de deporte y de ahí, mirando el reloj de la pantalla del móvil y resoplando, abrió un juego al azar de los que tenía instalados.

—Ps, ps, Sam —chistó Alice desde el probador.

Samuel levantó la mirada y la vio asomada detrás de la cortina, mirando a su alrededor.

—¿Puedes venir a ayudarme un momento, por favor?

Samuel guardó el móvil y se acercó al probador intrigado.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, es que —De repente se puso colorada —. Se me ha atascado la cremallera y no puedo quitarme el vestido.

Samuel se echó a reír y ella lo reprendió con gestos y susurros e instintivamente lo metió dentro para que nadie los viera.

—No seas capullo —le advirtió sin levantar el tono.

—Oye, un poquito más de respeto que soy tu capataz —bromeó.

Alice seguía con las mejillas tan encendidas que le ardían hasta las orejas y le dio tanta rabia ese comentario que le dio un empujón en el pecho que casi le hace perder el equilibrio. En un reflejo ella lo abrazó para que no se cayera al suelo.

—Perdona —le dijo sin dejar de abrazarlo y con la cara pegada a su pecho.

—Vaya, con lo de respeto me refería a que no me llamaras capullo, pero puedo ver lo arrepentida que estás. Te perdono.

Ella lo soltó de golpe y se puso aún más colorada.

—A que te tiro de verdad.

—A que no te ayudo y te quedas toda la vida con ese vestido puesto —Se alejó de ella unos centímetros para verla mejor—. Por cierto, te queda muy bien.

Alice logró contener el enfado y la carcajada a la vez. Estiró el vestido, alzó la cabeza y se dio la vuelta para que la ayudara a bajar la cremallera.

A Samuel se le escapó una risita.

—No te rías —le regañó en voz baja.

—No me río —mintió descaradamente, conteniendo la carcajada.

—Te estoy viendo por el espejo. Anda quítame este maldito vestido.

—Deja de quejarte y no te muevas tanto, a ver si te voy a pellizcar con la cremallera.

Los labios de Samuel cambiaron la línea curva y relajada por una fina y apretada de concentración. Le costaba mantener el equilibrio, sujetar las muletas y tratar de no hacerla daño a la vez. Dejó las muletas a un lado y se apoyó en la pared del probador. Alice comprendió el gesto y dio un paso atrás para acercarse a él. Samuel humedeció los labios al agarrar el pasador de la interminable cremallera del vestido que recorría toda su espalda y, tras un par de intentos

fallidos, logró soltar el hilo que se había enganchado y ésta cedió. La deslizó lentamente, con mucho cuidado para no pellizcar su hermosa y apetecible piel. Su corazón latía tan fuerte que por un momento temió que ella pudiera oírlo. Hizo un esfuerzo por controlar su respiración y sus mejillas le ardieron. Al llegar al final del recorrido, una parte del encaje rosa palo de su tanga quedó al descubierto. Una presión casi dolorosa en su entrepierna le puso en su sitio y le detuvo a tiempo de imaginar cómo sería verla sin ese vestido y hacerla suya en ese pequeño habitáculo. Se contuvo con gran esfuerzo, agarró sus muletas y desapareció al otro lado de la tupida cortina, avergonzado.

Alice se quedó inmóvil durante unos segundos para reponerse del cosquilleo que todavía encendía su cuerpo.

Se vistió despacio, dando tiempo para volver a la calma. Salió del probador esquivando la mirada de Samuel. Metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros y palideció. Volvió al probador sobresaltada por si se le había caído allí su cartera, entonces recordó que con las prisas se la había dejado en la cabaña.

—Mierda —susurró cerca de Samuel sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó confuso.

—Que no puedo llevármelo, vámonos, siento mucho haberte hecho perder el tiempo.

Alice estaba decidida a ir colocando las prendas en su sitio.

—Espera, ¿por qué dices eso? ¿No llevas suficiente dinero? Eso no es problema, yo puedo—

—Se me ha olvidado la cartera en el rancho —le interrumpió nerviosa y avergonzada.

Samuel se relajó y le cogió la ropa antes de que dejara nada en la tienda.

—Llevo dinero, no te preocupes, ya me lo darás luego.

—Qué vergüenza, en qué estaría pensando.

—Venga, que llevamos demasiado tiempo de compras; me está saliendo sarpullido y todo —bromeó para que no estuviera tan tensa.

Alice meneó la cabeza y puso los ojos en blanco dándolo por imposible y los dos se dirigieron a la caja a pagar.

19

Samuel se fijó de nuevo en la carretera, se incorporó en su asiento y le indicó por dónde debía continuar. Alice apartó unos instantes la mirada de la carretera y le dedicó una tímida sonrisa.
Él reclinó un poco más el respaldo y se acomodó de nuevo en su asiento. Quedaban unos veinte minutos de viaje y le resultaron perfectos para dar una cabezada. Hacía tiempo que no era capaz de dormir toda la noche de un tirón y las molestias nocturnas de su pierna herida no le facilitaban la labor.

Mecido por el acogedor vaivén del coche, se fue dejando llevar por el sopor que antecede al sueño. Su mente empezó a hacer un repaso silencioso de todo lo que le había acontecido en ese día: Cuando le dijo a Alice que debía acompañarlo en su reunión con los colegas de su doctor y esa cara que puso que le hizo tanta gracia; cuando se fue a su cabaña para refrescarse y salió con esa bonita blusa blanca que se ceñía con discreción a sus curvas y realzaba su figura; o cuando se reunieron con los doctores y comprobó que ambos formaban un buen equipo… Y así, se fue relajando hasta que saboreó el recuerdo de los dos solos en aquel estrecho lugar tras la pesada cortina de terciopelo negro.

Alice aparcó en la explanada de tierra que constituía el aparcamiento. Por unos instantes, recorrió su perfil totalmente relajado y reparó en sus ojos cerrados y en sus tupidas pestañas, en su nariz respingona y en sus labios perfilados por el incipiente vello que rodeaba su boca y su barbilla.
Tragó saliva y se sorprendió a sí misma humedeciéndose los labios. Una cálida sensación eléctrica recorrió todo su cuerpo. Respiró hondo y sacudió la cabeza, tratando de volver en sí. Carraspeó y le empujó con suavidad en el brazo para anunciarle que ya habían llegado al sitio.

El tentador aroma a carne y especias les recibió cuando salieron del coche. Ella se adelantó para abrirle la puerta. Una bocanada de aire fresco, mezclado con los olores y el sonido procedente del interior los devolvió a ambos al presente. El tintineo de la campanilla suspendida sobre la puerta había llamado la atención de algunos de los comensales que, en un acto casi automático, se habían girado a observar quién había llegado y que, tras la comprobación, habían vuelto a concentrarse en sus conversaciones y en su comida. Sonaba de fondo una melodía de música folk que se perdía entre la variedad de voces conversando y el sonido de los cubiertos chocando con la loza de los platos.

Alice sostuvo la pesada puerta hasta que Samuel entró ayudándose con las muletas. Un camarero les indicó desde la barra que tomaran asiento en una mesa situada en un rincón acogedor, lleno de fotos antiguas adornadas con marcos diferentes.

Primero se acomodó Samuel con cierta dificultad y dejó apoyadas las muletas sobre la parte libre del banco de madera. Antes de sentarse, a Alice le vibró el móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

—Necesito ir al baño un momento —disimuló y se excusó sin darle más explicaciones.

—Claro, ¿qué quieres beber? —Samuel hizo una breve pausa y justificó su pregunta— Por si viene el camarero mientras.

—Una cerveza, estará bien. Gracias.

A paso ligero, se encerró en el aseo y contestó a la llamada.

—Ya tenía un pie en el helicóptero —bromeó Will al otro lado de la línea.

—Te creo, por eso he contestado lo más rápido que he podido.

—Bueno, dejémonos de rollos y vayamos al grano: ¿cómo estás, nena?

—Mejor.

—¿Y cuándo piensas regresar? Porque te echo mucho de menos, lo sabes, ¿verdad? Además, esto no es lo mismo sin ti.

Alice se sentó sobre la tapa del inodoro, cruzó las piernas y apoyó el codo sobre el muslo para sujetarse la frente.

—Will —Respiró despacio por la nariz—. No es buen momento para hablar de eso.

—Cariño, me temo que nunca va a ser buen momento, pero cuanto antes tomes una decisión, mejor. Todavía guardo tu placa y tu arma en mi cajón.

Reinó el silencio hasta que Will intentó reconducir la conversación.

—Vale, dime solo si estás bien o si he de preocuparme.

—Te he dicho la verdad. Estoy mejor. Es más, sé que te va a parecer una locura, pero —dudó por un momento antes de continuar con su confesión—… nunca me había sentido tan bien como ahora.

—Eso son muy buenas noticias, Al. Entonces, ¿volverás pronto?

—No, espera. Quiero decir que estoy bien estando aquí y haciendo lo que hago.

—Nena, creo que no estás pensando con claridad. Tu sitio está aquí, no rodeada de boñigas en un rancho. Joder, no…, no puedes tirar por la borda tantos años de trabajo ante una dificultad. Te ha costado mucho llegar hasta donde has llegado como para mandarlo todo a la mierda.

El tono había pasado de amistoso a paternal y sabía que se tornaría más incómodo y que hasta subiría de volumen si no cortaba a tiempo.

—Will. No es una dificultad cualquiera y lo sabes. Oye, tengo que colgar. Hablemos en otro

momento, ¿de acuerdo?

El sonoro suspiro que emitió Will le llegó a ella al alma, pero debía mantenerse firme.

—De acuerdo —le dio la razón. La conocía demasiado bien y sabía que de haber seguido insistiendo, Alice se habría vuelto a cerrar—. Hablaremos en otro momento, pero por favor, prométeme que pensarás con cabeza qué quieres hacer con tu vida. Eres muy valiosa y creo que podrías aportar mucho a esta organización. Sabes que eres como la hija que nunca tuve y sabes también que puedes confiar en mí.

—Lo sé, Will —La barbilla le temblaba tratando de reprimir el llanto—. Gracias. Hablamos. Adiós.

Alice tardó unos segundos en reponerse. Cuando salió del baño, se encontró a Samuel hablando con el camarero muy amigablemente.

—Alice, ¿te acuerdas de Rick? —preguntó un Samuel más despierto y desenfadado.

Ella se quedó observando las facciones del hombre regordete y simpático que tenía delante, tratando de recordar quién podía ser hasta que hizo un gesto con sus manos que le delató.

Rick Hamilton era el típico guaperas, bajito y simpático que tenía una especie de TOC cuando se ponía nervioso: se peinaba con ambas manos a la vez, en dos pasadas en las que hundía sus dedos regordetes en su hermosa cabellera castaña a la altura de las sienes y continuaba hasta detrás de las orejas. Estaba bastante cambiado y ya no llevaba esa especie de tupé que tanto gustaba a muchas chicas. Había madurado mucho, aunque seguía siendo un puro nervio como cuando tenía dieciséis años.

—Claro, que me acuerdo. Madre mía, Rick, cuánto tiempo. ¿Qué tal estás?

—Pues ya ves, aquí estoy, continuando con el negocio familiar y criando a un equipo entero de fútbol —Alice hizo una mueca al verse perdida en la conversación—. Tengo siete críos y mi mujer está empeñada en intentarlo una vez más, a ver si llega por fin la niña.

—Bueno, tampoco te quejes, que ella tiene que parirlos y tú solo disfrutar poniendo la semillita —interrumpió Samuel con ironía.

—Que cabrón, cómo se nota que no sabes lo que es ser padre: ¿a quién te crees que le toca cuidarlos, llevarlos a las extraescolares y hasta salir vestido de árbol en la función del colegio? —repitió su gesto: ambas manos peinando su pelo de dos pasadas.

Los tres se echaron a reír. Alice no daba crédito. En el instituto pasaba la mayor parte del tiempo picando de flor en flor y jamás habría creído que fuera tan hogareño y niñero.

—Bah, pero estoy encantado, ¿eh? Mira que me gusta mi trabajo, pues estoy deseando que llegue mi hora para marcharme a estar con mis chicos.

—Cuánto me alegro, ¿y qué tal Sally? —preguntó Samuel.

—Sally es mi mujer —le aclaró a Alice—. Pues de maravilla, al final la contrataron en el colegio que tenemos al lado de casa y pudo inscribir a los peques allí. Así que, de los siete, cinco van a ese colegio con ella y los otros dos más pequeños los cuidan mis suegros durante el curso hasta que paso a recogerlos cuando acabo mi turno. Es que son muy pequeños: uno tiene dos años y medio y el otro once meses —le aclaró a una Alice cada vez más sorprendida—. Y ahora con las vacaciones escolares, pues te puedes imaginar: una locura, Sally está a todas horas con los siete. Así, cuando llego a casa de trabajar, sale de casa disparada como pollo sin cabeza, ja, ja, ja. Yo la entiendo, así que me encargo de quitárselos todo lo que puedo por la tarde, para que pueda desconectar un poco.

—Guau, me tienes impresionada. Me alegro mucho por ti y por tu familia.

—¿Y qué es de tu vida? —se interesó Rick por ella— ¿Qué haces por aquí? ¿Estás casada, tienes críos?

—Uff —Retorció sus manos y esquivó la mirada —. Pues… ni casada ni críos, de momento. Mi vida es más bien normalita, nada fuera de lo común.

—Venga, seguro que no es cierto, cuéntame tu historia.

—Lo cierto es que… que es una historia muy larga —por una vez en mucho tiempo se sintió bloqueada.

—Y me temo que hoy vamos muy raspados de tiempo como para contarla. Lo siento mucho, Rick —le echó una mano Samuel al verla incómoda—. Ey, me ha encantado verte. A ver si quedamos con más tiempo y charlamos tranquilamente.

—Claro y espero que vengas tú también, me ha encantado mucho verte, Alice —Rick se despidió y desapareció con la libreta y el bolígrafo en la mano.

—Vaya, no hemos pedido —dijo Alice divertida y aliviada al mismo tiempo.

—Tranquila, ya lo he hecho yo antes de que llegaras. Aquí preparan las mejores costillas..

—De todo el Estado de California —se apresuró a terminar la frase.

Samuel sonrió incrédulo por haberle adivinado lo que iba a decir.

—¿Cómo lo has sabido?

—Eres igualito a tu abuela. No hace mucho, tuve una experiencia similar con ella y he de reconocer que tenía razón: fue el mejor desayuno que he tomado en mucho tiempo.

Una joven vestida con una camiseta negra y unos vaqueros ajustados se acercó a su mesa para dejarles un par de botellines de cerveza y un cuenco con cacahuetes.

Alice bebió de su botellín mientras él la observaba con el suyo en la mano. Detuvo la mirada cálida sobre sus labios jugosos cuando apartó la botella y la dejó de nuevo sobre la mesa. Samuel

dio un gran trago a su botellín y miró hacia otro lado.

De repente a Alice se le escapó una risita nerviosa y bebió otro trago.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Samuel intrigado.

Alice frotó sus manos sobre sus vaqueros buscando la respuesta adecuada. No estaba segura de si debía decírselo. Al final se dejó llevar por esa confianza tan familiar que tenía con él aun siendo todavía extraños el uno para el otro.

—Creo que hoy te has equivocado de acompañante. Con José habrías tardado menos en regresar al rancho y no te habría salido tan caro.

—Ja, ja, ja. ¿Qué dices? ¿Y perderme la cara que has puesto cuando me has llamado para que te ayudara? Me has puesto esos ojitos que suele poner Rony cuando te mira desde abajo suplicando.

—Qué fuerte —se pegó en el respaldo de su asiento y puso los brazos en jarra sin enfadarse —. Pues que conste en acta que yo no tengo la culpa de que se me haya atascado esa dichosa cremallera cuando trataba de quitármelo. Te juro que no he pasado más vergüenza en toda mi vida —Alice se tapó la cara con las manos.

—Ja, ja, ja.

—No te rías así de mí. Lo peor ha sido tener que soportar las miraditas maliciosas de la dependienta y de las otras dos mujeres que estaban conversando con ella, ¿cómo es posible que estuvieran todavía ahí? ¿Esas mujeres no tienen vida o qué?

Samuel la observaba relajado y divertido, riéndose con sus ocurrencias.

—Y para colmo de males se me olvida la cartera. No sé, ha sido todo tan raro, yo no soy así, de verdad. Insisto en que con José habría sido todo muy diferente.

Alice se ruborizó y ahogó una risa nerviosa con otro sorbo de cerveza.

—Tienes toda la razón —dijo Samuel intentando ponerse serio mientras observaba y acariciaba la etiqueta del botellín frío y húmedo —, aunque creo que verle la espalda peluda a José con ese vestido puesto en un probador tan estrecho, habría sido muy raro; yo diría que hasta traumático.

—Eres malo, ¿lo sabías? —bromeó y ambos se fundieron en una contenida carcajada.

Alice dio un suspiro y se dejó caer sobre el respaldo de su banco.

—En serio, cuando lleguemos al rancho te pago la ropa y, por supuesto, te pagaré también la mitad de la comida. No me gusta deberle dinero a nadie.

—Vaya, mujer de armas tomar. Lo de la ropa, vale; lo de la comida… déjame que te invite, por favor.

Ella entornó los ojos como si se lo estuviera pensando.

—Bueno, pero que no se convierta en una costumbre.

—¡Hecho! —Samuel se frotó las manos, agarró su botellín y le propuso un brindis —Que no se convierta en una costumbre acompañar a esta mujer a comprarse ropa porque es una ruina.

—Eres…

—Malo, lo sé —le guiñó el ojo sintiéndose victorioso porque la camarera había llegado con la deliciosa y humeante comanda justo a tiempo para que Alice no pudiera reprocharle nada.

20

El broche final de la sabrosa y abundante comida lo puso el postre especial de la casa. Alice se comió el pastel de manzana y él las dos bolas de helado de vainilla que lo acompañaban.
—No sé si pedirme una infusión para digerir semejante comilona o si pedirme un tanque de café bien cargado. Gracias por la comida, ha sido todo un detalle por tu parte.

—Me alegro de que la hayas disfrutado. Por cierto, a mediados de agosto regresará mi hermano con su familia. Estarán hasta el penúltimo fin de semana y me gustaría invitaros ese viernes a tomar algo por la noche. Sería en un bar de copas que a Jeremy y a mí nos encanta porque ponen buena música y suelen tocar bandas en vivo. Sería una forma de agradeceros el trabajo que habéis hecho cuando yo estaba en el hospital, y especialmente a ti y a José por haber conseguido que el parto de Fresa saliera bien. Marieta y Annie también vendrían. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas?

Por unos instantes, Alice se sintió algo abrumada. Todo estaba yendo demasiado deprisa. La idea de trabajar en un rancho era para relacionarse lo mínimo, en busca de una soledad que creía necesitar para poner sus pensamientos en orden. Desde que había puesto el pie en el rancho Monty, todos la habían acogido como un miembro más de la familia y lo que no le pasaba por la cabeza es que encontraría allí a Samuel, el chico del que había estado enamorada en secreto en sus años más vulnerables. Cuántas veces se había reprendido por imaginarle besando sus labios o por haber sentido ese cosquilleo cada vez que se sentaban juntos en clase. Cuántas veces había revivido en su alborotada cabeza de adolescente que Samuel le pedía ir al baile de promoción, algo que estaba claramente fuera de su alcance. Ella era muy tímida y los brackets la acomplejaban mucho. Él, en cambio, era el más popular de su curso, siempre rodeado de amigos y de chicas a las que se les caía la baba cada vez que él las miraba.

Samuel la observaba expectante. Por un momento, se sintió hasta estúpido por mostrarse nervioso e inseguro, como si le estuviera pidiendo una cita o algo así.

Alice se recompuso y forzó una sonrisa.

—Claro —carraspeó—. Cuenta conmigo.

Samuel respiró aliviado. Como si su cuerpo actuase de forma autónoma, sus ojos marrones se oscurecieron y se entornaron con picardía.

—¿Me lo prometes?

Alice levantó su mano para enfatizar sus palabras:

—Te lo prometo.

—Genial entonces. Y ahora, lo mejor será que levantemos el campamento antes de que pasen preguntándonos qué queremos cenar.

◆◆◆

Samuel pidió dos cafés dobles para llevar. Se habían demorado demasiado en la comida y ella no se sentía cómoda sabiendo que José estaba en el rancho, cargando con todo el trabajo.

En cierto modo, a ambos les entristecía que llegara el final de ese momento casi mágico que habían vivido compartiendo viejos recuerdos y comprobando que, después de tanto tiempo, aún conservaban esa especie de complicidad que siempre había anidado en ellos.

Se despidieron de Rick en el aparcamiento, coincidiendo con el fin de su turno y Alice se alegró de haberlo visto tan contento con su vida.

—Vamos —dijo Samuel con impaciencia mientras miraba al cielo—, no tenemos mucho tiempo.

El cielo había empezado a encapotarse.

—¿Para qué? —preguntó intrigada.

—Ya lo verás. He pedido el café cargadito para que no te duermas al volante. Yo te iré indicando el camino.

Alice se subió al coche disimulando su incomodidad. Confiaba en él, pero necesitaba saber a qué atenerse. Tener la sensación de control le daba la confianza y la seguridad que necesitaba en todo momento.

Aunque no lo mirara directamente, pudo percibir durante el viaje cómo fluctuaba su estado de ánimo de ansioso, a ilusionado y de ahí a preocupado. Ella decidió seguirle la corriente sin bajar la guardia en ningún momento. No entendía muy bien a qué venía el cambio de planes ni el secretismo que se traía entre manos.

Tomó el desvío por un camino de tierra y enseguida la carretera secundaria desapareció de su retrovisor. Parecía como si la vegetación la hubiese engullido de repente. Los árboles eran robustos y sus copas se elevaban varios metros de altura sobre ellos. Los arbustos formaban un frondoso muro en distintas tonalidades de verde a ambos lados del camino.

Samuel se incorporó y observó con minuciosidad a su alrededor hasta que le pidió que aparcara a un lado del camino, en una zona llana y sin tanta vegetación.

Al salir del vehículo, Alice notó el frescor húmedo posándose en sus brazos y se le erizó el bello.

Ambos bajaron con mucho cuidado por el estrecho sendero, que se abría paso entre la espesura de los arbustos y que conducía hacia una gran explanada de arena blanca y cantos rodados grises de diferentes tamaños, que se esparcían hasta llegar a la orilla de un recodo del río.

Samuel la observaba manteniendo una distancia prudente, analizando cada uno de sus gestos, intrigado y temeroso a la vez.

—Esto es precioso, Sam —dijo admirando las montañas que parecían emerger del frondoso bosque de pinos y secuoyas situado en la otra orilla.

—¿En serio? ¿Te gusta? —preguntó inseguro.

—Pues claro, ¿a quién en su sano juicio no le gustaría algo así?

Samuel sonrió más relajado y dio un par de pasos hacia ella con cierta dificultad para apoyar de manera estable las muletas.

—En otras circunstancias te pediría que diésemos un paseo por la orilla. Creo que te traeré de nuevo cuando ya pueda caminar. Ver solo esta parte no le hace justicia al resto de lugar, te lo aseguro. Es más, te prometo que la próxima vez vendremos a caballo.

—¿A caballo? ¿Yo? Ja. Me temo que eso va a ser imposible.

—¿No me digas que no sabes montar a caballo? —preguntó con incredulidad.

—Pues no, además —titubeó por unos instantes—… me da miedo montar a caballo. Ala, ya lo he dicho, ya puedes reírte de mí o llevarte las manos a la cabeza.

—Jamás me reiría de tus miedos —dijo con el talante serio. Se acercó a ella dándole vueltas a algo en su cabeza. Midió las palabras y se lo soltó tratando de destensar el momento mientras observaba sus grandes ojos color miel—. ¿Me estás diciendo que te pasas todo el día rodeada de caballos, incluso de cháchara con la complicada de Candela, y que te da miedo montarlos?

—Pues sí, me da miedo. ¿Y si al caballo no le gusta que le monte y me tira?

—Ja, ja, ja.

—Oye —le llamó la atención y le propinó un suave codazo—. Me has dicho que jamás te reirías de mis miedos.

—Y no lo hago. Me río de tus razonamientos tan infantiles. Venga, no te enfades.

Alice se apartó de él, cogió una piedra pequeña, acarició su superficie plana y suave con el pulgar y después la lanzó para que fuera rebotando al ras del agua. Tras el cuarto bote, el río la engulló en sus aguas cristalinas.

—Mis caballos están acostumbrados a llevar gente encima —dijo con voz cálida, a escasos centímetros detrás de ella— y a ti te adoran, jamás te harían algo así. Además, yo puedo enseñarte a montar. De hecho, no es la primera vez que alguien contrata una de nuestras excursiones y no ha montado nunca a caballo. Una cosa es ir de paseo sobre su lomo y otra muy distinta es galopar o saltar, eso sí requiere de aprendizaje y práctica.

Alice cogió otra piedra y repitió el gesto, esta vez, la piedra se hundió más lejos. Meneó la cabeza y se volvió hacia él.

—Ya, pero, ¿y si me hace alguno lo que te hizo a ti Candela? —Alice se quedó mirándole a los ojos inquisitivamente.

Samuel desvió la mirada y negó con la cabeza.

—Lo de Candela fue raro —Volvió a encontrarse con los grandes ojos de Alice que lo aguardaban expectantes—. Es una buena yegua, no sé, fue como si hubiese entrado en pánico de repente —Miró hacia abajo y dio varios golpecitos en la grava con la muleta —… Y los gritos de Liz, mi ex, no ayudaron a calmarla; todo lo contrario, Candela estaba fuera de sí, no era capaz de prestarme atención y es de las más obedientes.

Alice pudo percibir la angustia de Samuel cuando revivía mentalmente la caída.

Volvió a mirarla, esta vez más animado, e intentó reconducir la conversación.

—Aun así, en cuanto mi pierna me lo permita, volveré a montarla y a los demás también. Pero no desviemos el tema. Estoy pensando en Ginger para ti. Es el más dócil y paciente de todos, pero si lo prefieres, puedo enseñarte con Pancho. Seguro que arrastrando los pies mientras lo montas te da más seguridad.

—Ja, ja, ¡qué gracioso! —dijo arrugando la nariz y entre cerrando los ojos.

Samuel levantó ambas manos en señal de paz.

—En serio, déjame que te enseñe un día, no te arrepentirás.

—De acuerdo, algún día de estos.

Una suave corriente de aire comenzó a jugar con su larga melena, alzándola y moviéndola de un lado a otro. Alice apartó los mechones molestos y los colocó detrás de las orejas. Otra corriente más fuerte volvió a despeinarla. Sacó una goma negra del bolsillo del vaquero y se recogió el pelo en un improvisado moño que dejaba despejada su cara ovalada y parte de su largo cuello.

El viento se convirtió en una brisa fresca y húmeda. No tardarían en descargar las nubes grises que tenían casi encima.

Estaba claro que Samuel quería decirle algo más. Respiró hondo y le lanzó la pregunta que se estaba haciendo desde que habían salido del restaurante.

—Bueno, ¿y cuándo me vas a contar para qué me has traído aquí?

La línea curva que trazaban los labios de Samuel desapareció de repente.

21

Samuel emitió una especie de soplido y se apalancó en las muletas. Apretó los labios y la observó con cuidado.
El hombre lo estaba pasando realmente mal para contarle algo. Alice trató de echarle una mano haciendo uso de su sentido del humor. Solía ayudar a que la otra persona se relajara un poco y se abriera ante ella.

—No me habrás traído hasta aquí para fumar María. Sabes que fumar en público es ilegal, ¿verdad?

—Bueno —miró a su alrededor—, no creo que hacerlo aquí pueda considerarse hacerlo en público; además, en mi caso, podría alegar que es por temas terapéuticos.

Alice rio satisfecha, su amigo estaba empezando a relajarse.

—Tranquila, sabes que no fumo y mucho menos eso.

—Ya. Puedo hacerme una idea de por qué.

Samuel recordó la única vez que le dio un par de caladas a un cigarro de marihuana y puso cara de repulsa.

—Sí quizás venga de ahí el asco que les tengo, no puedo soportar ni siquiera su olor. Aquello fue una chiquillada.

—Más bien una estupidez que pudo salirte muy cara. ¿A quién se le ocurre coger una cajetilla del suelo y fumarse los porros que había escondidos dentro?

—Tienes razón, fui un idiota; pero, ¿cómo iba a saber yo que me iba a dar esa especie de bajón de tensión?

—No sé si fue bajón de tensión o principio de sobredosis. Cuando te vi, estabas tan pálido y mareado que pensé que ibas a perder el conocimiento.

—Es cierto. Qué mal lo pasé. Recuerdo que cogiste la cajetilla y la pisoteaste en el suelo. Me dejaste alucinado cuando los echaste a todos de allí. Nunca te había visto enfadada y aquella noche, joder, me diste miedo y todo, ja, ja, ja, por eso se me pasó el mareo tan rápido.

—Sí, sí, tú ríete.

—Por cierto, ¿qué hacías tú allí? Me dijiste que no vendrías, que no querías meterte en líos.

—Digamos que tuve una especie de premonición y me presenté allí a salvarte el trasero para poder decir "Te lo dije", no sabes lo bien que sienta —Samuel se rio a carcajadas—. Afortunadamente, solo debió de darte una bajada de tensión, si hubiese sido otra cosa, dudo que hubiera podido hacer algo por ti, salvo llamar a emergencias y cruzar los dedos para que llegaran a tiempo, supongo.

Aunque el cielo había empezado a cubrirse, cada vez que las nubes dejaban brillar al sol, el calor se volvía demasiado intenso. Caminaron lentamente en busca de una sombra.

—Verás —Su tono se volvió sereno y serio—. Suelo venir aquí porque me ayuda a pensar y a recargar energías. Cuando murieron mis padres yo no lo encajé demasiado bien, ¿sabes? Tuve mi etapa cabrona y me temo que mis abuelos se llevaron la peor parte —Samuel dio unos pasos hacia una roca, al cobijo de una ancha y fresca sombra junto a la orilla —. En otras circunstancias, te ofrecería el asiento, pero —se excusó ante Alice y ésta le hizo un gesto con la mano para que tomara asiento—. Como te decía, les hice la vida imposible a mis abuelos. Mi hermano estaba estudiando en Phoenix y yo estaba amargado por la pérdida de mis padres y porque todos mis sueños se habían ido al garete. Además, había empezado a salir con Liz… y solo quería estar con ella. Reconozco que no era una manera sana de evadirme de la realidad; digamos que me dejé llevar. El caso es que un día, mi abuelo consiguió traerme aquí, a regañadientes por mi parte, claro. Mientras esperábamos a que los peces picaran, me dio el sermón de mi vida. Me habló de su sufrimiento, de lo difícil que era aceptar que ya no volvería a verlos más. "La muerte de tus padres no tiene remedio —me dijo— pero tú sí. No puedo soportar verte así, muerto en vida, abandonándote, sin rumbo". En ese momento, entendí que dependía de mí dejarme arrastrar por mi desgracia o luchar para retomar la vida que aún me quedaba por vivir, sabiendo que no estaba solo, que tenía a mi familia para brindarme el apoyo que necesitara.

Alice se sentó sobre sus talones, afligida, poniéndose en su piel.

—Lo siento mucho, Sam —dijo compadeciéndose de él y posando la mano sobre la rodilla de Samuel.

Lo decía de verdad, con el corazón en un puño. Lamentaba no haber estado cerca para ayudarlo. Por aquel entonces, ella no era tan parlanchina como él, pero sabía escuchar, sabía ponerse en sus zapatos y solía dar buenos consejos.

—Has tenido una vida dura y es admirable cómo conseguiste salir adelante. Fíjate todo lo que has conseguido y lo que te queda por conseguir.

Samuel sonrió como el que lo hace por compromiso cuando por dentro le corroe la pena. Tras una breve pausa, continuó:

—Sí —Respiró hondo a la vez que perdía la mirada en la lejanía, admirando todo a su alrededor —. Puede que te parezca una estupidez, pero… este lugar me ayudó mucho. Cuando estoy muy agobiado por algo o tengo alguna decisión importante que tomar, vengo aquí y toda esa especie como de ruido mental desaparece. No hago nada, me siento en la orilla y dejo que todo fluya, ya sabes, como si fuera el agua del río y de repente: "pam", me llega la respuesta o la inspiración que necesito y regreso a casa como nuevo.

A ella le hizo gracia imaginárselo meditando en la orilla, no le pegaba nada.

Las nubes habían cubierto el cielo por completo, empezó a levantarse un aire fresco y el olor a tierra húmeda se esparció por toda la explanada.

Samuel aún no había terminado. Quería decir algo más. Alice se lo notó en la cara y se puso en guardia como si estuviese a punto de prepararle una encerrona.

—Sé que antes, en el restaurante, has ido al baño a contestar una llamada —dijo al fin.

Alice se tensó y apretó la mandíbula—. Te he notado nerviosa cuando has salido del baño, ¿está todo bien? ¿Hay… hay alguien que… que quiere hacerte daño?

Alice se levantó de golpe.

—Tranquila, no quiero meterme en tu vida, no soy quién para hacerlo. Solo quiero que sepas que si necesitas ayuda, que puedes contar conmigo.

—Y te lo agradezco, pero no necesito tu ayuda porque mi vida está bien. No sé a qué viene todo esto. Estoy perfectamente —dijo a la defensiva—. Creo que te has hecho una idea equivocada de mí.

Samuel se levantó con ayuda de sus muletas y se acercó a ella.

—Dudo que estés tan bien —dijo sin levantar la voz, pero con tono severo— cuando dejas una vida hecha en un sitio para venirte a esconder a otro lugar totalmente diferente.

—Ja, esto es el colmo, ¿a esconderme, dices? —Rio con sarcasmo y puso los brazos en jarra—. Vine aquí porque quería tener una vida más tranquila y punto. ¿Tanto te cuesta creerlo? ¿Y qué me dices de ti? Podías haberte ido a otro sitio a trabajar y decidiste quedarte en el rancho. ¿Acaso yo no puedo hacer lo mismo? Me equivoqué de profesión y de lugar. No era lo mío. Eso es todo.

Sam se acercó un poco más a ella.

Para él era obvio que huía de alguien, no podía quitarse eso de la cabeza. Había llegado pidiendo trabajo prácticamente con lo puesto, sin coche, sin apenas equipaje y con tan poca ropa que había tenido que comprarla en el pueblo. Sabía que le ocultaba algo.

Ella se apartó de él. De pronto palideció, su respiración se volvió más acelerada y se cruzó de brazos.

Samuel sintió una punzada en el pecho al verla tan distante. A él le gustaba su cercanía, la calidez de su sonrisa, su humor inteligente, su sensibilidad. Recapacitó y quiso reparar su error. Había elegido mal el momento y las palabras. No quería que en un arrebato por haberse sentido descubierta saliera huyendo lejos, donde él no pudiera protegerla.

—Perdóname. No te enfades conmigo, ¿vale? Solo estoy tratando de decirte que, si tienes algún problema, puedes contar conmigo. Puedes contar con mi apoyo y con mi protección si hiciera

falta.

No pudo frenarse a tiempo y sus pensamientos salieron en forma de palabras por una boca que debía haberse quedado cerrada.

—No sé qué idea te habrás hecho de mí, pero te repito que te estás equivocando conmigo. Ya te lo he dicho. No hay nada más. Y ahora, si no te importa, deberíamos regresar al rancho. Se hace tarde y nos pillará la tormenta.

Alice se giró y emprendió el camino de vuelta pisando con rabia por haberle hablado así a su amigo. Un amigo que se preocupaba por ella y que había hecho el esfuerzo de compartir su dolor. Las lágrimas lo emborronaron todo. Un sonido metálico seguido de un golpe seco la sacó de su lucha interior. Miró atrás y vio a Samuel sentado en el suelo maldiciendo a la vez que lanzaba con fuerza una de las muletas. Salió corriendo a socorrerlo e hincó las rodillas a su lado. Por suerte, el resbalón había tenido lugar fuera de la zona de cantos rodados y había caído sobre una parte cubierta de hierba.

—¿Estás bien? ¿Cómo está tu pierna? ¿Está sangrando? —Palpó con cuidado la pierna operada, sobre la tela del vaquero.

—La pierna está bien —respondió controlando su enfado—. No puedo decir lo mismo de mi trasero y mucho menos de mi orgullo.

Samuel se percató de que Alice había estado llorando y llevó su mano hacia su mejilla. Antes de rozarla siquiera, Alice se levantó bruscamente, enjugó sus lágrimas y le ofreció sus manos para levantarlo del suelo. Él se agarró a ellas con decisión y juntos lograron que se pusiera en pie.

—Vámonos, está empezando a chispear. Ve tú delante, por si acaso.

—Vaya, no te fías del torpe de tu amigo.

—Lo digo porque con la lluvia el camino puede volverse más resbaladizo todavía —dijo cuando recuperó las muletas y se las ofreció.

Samuel las cogió y ella se apartó para que él liderara la marcha de vuelta al coche. Se agarró con tanta fuerza en la empuñadura que los nudillos blanquearon. Apretó la mandíbula, quería decirle tantas cosas y tenía tanto miedo a la vez de herirla que no le quedó más remedio que callar.

Samuel se apoyó sobre el lateral del coche y colocó las muletas a un lado mientras ella abría la puerta del copiloto. Él le agarró de la mano y la atrajo a escasos centímetros de su pecho.

Alice desvió la mirada, se ponía nerviosa cuando lo tenía tan cerca. Era como si esa parte de ella que lo adoró años atrás en silencio hubiera revivido con más fuerza.

Él la tomó por la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos.

—Siento mucho lo que ha pasado antes, perdóname —le suplicó con voz profunda y serena.

Alice lo estudiaba con mirada lastimera. No debió haberse comportado como una adolescente ante alguien que solo estaba intentando ayudarla.

—Yo también siento mucho haberte hablado así —le dijo con un hilo de voz, con los ojos llenos de lágrimas a punto de rebosar—. Es que no estoy preparada, me duele tanto…

Samuel la atrajo contra su cuerpo, la rodeó con sus brazos largos y fuertes y besó su cabello recogido y humedecido por la lluvia. Alice se acopló a su atlético y cálido cuerpo y apoyó la mejilla en su pecho. El corazón de Samuel latía con tanta fuerza y tan rápido como el suyo.

—Lo sé, nena, lo sé —la voz reverberó en su pecho y a Alice le produjo un agradable cosquilleo en la oreja. Para su sorpresa, aquel abrazo consiguió esfumar su enfado y por un momento, en mucho tiempo, se sintió a salvo incluso de sus propios fantasmas.

El olor a tierra y vegetación húmeda afloró con fuerza a su alrededor. Alice sintió la lluvia pesada humedeciendo su espalda. Se separó unos centímetros, alzó la barbilla para decirle que debían irse. Las gotas de lluvia se estrellaban y resbalaban sobre su suave y ovalado rostro. Un dulce escalofrío recorrió su cuerpo al ver cómo a Samuel se le oscurecían esos ojos que no podían dejar de mirarla.

Antes de caer en la tentación de saborear los labios carnosos y sensuales que tenía delante, deshizo el abrazo.

—Creo que deberíamos cobijarnos dentro y regresar ya, si no, mañana tú y yo estaremos en cama con un buen resfriado y José cargando con todo el trabajo.

—Claro —carraspeó y en sus labios se dibujó una tímida sonrisa—, vamos.

El camino de vuelta lo hicieron en silencio.

Samuel sabía que se había precipitado, que tenía que haberse dado cuenta de que era pronto para que ella confiara en él. Aunque se conocían desde hacía mucho tiempo, en la actualidad no eran más que unos completos extraños el uno para el otro. Lo que más le dolía era no poder ayudarla a sobrellevar lo que fuera que cargara a sus espaldas y que tanto daño la había hecho. Estaba claro que no estaba preparada para compartir con él su historia.

A mitad de camino, descargó sobre ellos un fuerte aguacero que obligó a Alice a ir más despacio y a agudizar los sentidos para no salirse de la carretera. No se le pasaba por la cabeza parar en la cuneta hasta que dejara de llover. Solo quería llegar al rancho y refugiarse en su cabaña.

22

Las tres mujeres del rancho salieron temprano camino del comedor social para llevar los excedentes de su producción doméstica: huevos, tomates, pimientos, pepinos y manzanas.
Por fortuna, Alice no tuvo que hablar con Samuel. Felicity le había dicho a su nieto que la necesitaba y que no contara con ella en todo el día. Sabía que lo que su abuela decía era sagrado para él y que no habría puesto ninguna pega, lo que no tenía tan claro era si todo seguiría igual que antes entre ellos. No entendía por qué se había puesto así con él. Es posible que se sintiera acorralada, aunque seguramente lo que más temía era compartir con él aquel episodio tan doloroso de su vida y que se sintiera defraudado o lo que era peor para ella, que la compadeciera.

Alice detuvo el viejo *pick up* rojo en la parte de atrás del comedor, siguiendo las instrucciones de Felicity. En la puerta les esperaba Madelaine, la encargada del comedor que se giró e hizo señas a un par de muchachos, que no llegarían a los veinte, para que las echaran una mano. Uno de ellos cogió un carro de supermercado y los dos se pusieron a descargar con la confianza de haberlo hecho más veces.

—Vamos a saludar a mi amiga —dijo Felicity que sin esperarlas a ellas se adelantó con paso ligero a fundirse en un tambaleante y escandaloso abrazo.

Madelaine era una mujer robusta, cercana a los setenta, con el pelo gris rizado y muy corto que contrastaba con el color cobre de su piel. Sus ojos eran negro azabache y transmitían una alegría contagiosa cuando se reía, mostrando una perfecta dentadura que contrastaba con el rojo carmín de sus gruesos labios.

Madelaine se acercó a besar a Marieta y a preguntarle por José. Después se fijó en Alice y Felicity hizo la presentación.

—Ella es Alice.

Sin dar más detalles de quién era, la mujer se acercó a ella y dijo:

—El ángel del que me hablaste —La mujer le dio dos besos y le agarró de las manos—. Están muy agradecidos de que te dejaras caer por el rancho. Más oportuna no pudiste ser, corazón. Me alegro mucho. Felicity: ¿Vais bien de tiempo?

Alice se sintió alagada y sus mejillas se sonrojaron.

—Sí, no tenemos prisa —dijo con la seguridad que la caracterizaba—. Puedes contar con nosotras para lo que necesites.

—Perfecto entonces porque aquí nos vendría muy bien vuestra ayuda. Paula está de baja y Belinda tiene médico y no regresa hasta dentro de una hora así que, si no es abusar demasiado de vuestra generosidad, me podríais echar una mano.

Hasta pidiendo un favor, su energía era tan contagiosa que daban ganas de ayudar en lo que fuera.

Al entrar pasaron por un almacén que conducía una gran cocina. Allí había varias mujeres y algunos hombres trabajando juntos. Cada uno hacía una cosa: unos preparaban las verduras, otros la carne y otros iban controlando los enormes pucheros. Pasados los fogones había una gran apertura que daba al comedor. Desde allí se podía ver a más voluntarios preparando las dos hileras de mesas que serían ocupadas después por todos aquellos que no podían permitirse comprar la comida o simplemente hacérsela.

—Dinos qué necesitas y lo haremos encantadas —dijo Felicity.

—Muy bien, necesito que te encargues de supervisar los pucheros hasta que llegue Belinda, que no tardará —le dijo Madelaine y después se dirigió a Marieta y a Felicity—. Y vosotras dos, podéis ayudar a Tom con la comida a domicilio.

—¿Lleváis comida a domicilio? —preguntó Alice algo confusa. Para ella, pedir a domicilio era encargar pizzas, italiano u oriental y pagando.

—Sí, corazón. Hay personas, especialmente ancianos, que no pueden venir a comer aquí porque viven lejos y no pueden conducir. De hecho, fue idea de Felicity, y gracias a su ocurrencia, podemos ayudar a más gente y nos aseguramos de que los abuelos están bien, de que comen equilibrado y también de que no se sientan tan solos. En una ocasión, acudimos a un domicilio. A la señora se le había roto la cadera justo cuando se levantó de la cama para ir al baño. La pobre pasó todo ese tiempo en el suelo. Como no abría la puerta, llamamos a la policía que se presentó enseguida. Entraron, llamaron a la ambulancia y la llevaron al hospital. No quiero ni pensar qué habría ocurrido si nadie se da cuenta de que se había caído. Fue en pleno invierno y cuando la atendieron la pobre presentaba síntomas de hipotermia.

Era admirable como en aquel pueblo se ayudaban los unos a los otros. Nada que ver con Los Ángeles, Alice se llevaba muy bien con su vecina de apartamento porque era una mujer muy abierta y agradable. También conocía de vista al del piso de abajo de haber coincidido al subir las escaleras, pero al resto no los conocía aun viviendo en el mismo edificio.

En cuanto Tom les explicó lo que tenían que hacer, Marieta y Alice se pusieron a llenar herméticos: una se encargaba de los de la comida y la otra los de la cena. Tom era algo más bajo que Alice y de complexión fuerte con un abultado vientre que asomaba por encima de la cinturilla de su pantalón. El pelo lo llevaba muy corto y su barba era abundante y negra. Hablaba muy rápido y siempre buscaba la manera de hacerlas reír. Casi sin darse cuenta, la pila de herméticos vacíos había desaparecido.

Felicity y su amiga charlaban animadamente con una chica de larga melena pelirroja que acababa de llegar. Era muy joven y tenía una cara muy bonita llena de pecas y unos ojos color verde esmeralda. De vez en cuando, se acariciaba la incipiente barriga y las dos mujeres la observaban

con entusiasmo.

Alice y Marieta se acercaron para preguntar si podían ayudar con algo más y Madelaine hizo las presentaciones. La muchacha había ido a una revisión y estaba muy contenta porque su bebé estaba bien. Les agradeció a ambas que la cubrieran con los platos preparados y después se encargó de vigilar los pucheros.

Alice quedó encantada con toda aquella gente que se había ofrecido voluntaria para alimentar a todas aquellas personas del pueblo que no tenían recursos. Era un hermoso acto de generosidad que iba más allá de preparar y de servir comida. Lo hacían con esmero y cariño y conseguían que esas personas se sintieran acompañadas, escuchadas y atendidas.

Alice estaba cada vez más convencida de que los Monty eran una de las familias más generosas que había conocido nunca. En ese momento, sintió un enorme remordimiento por haberse comportado con Samuel de aquel modo en el río. Él solo le estaba ofreciendo su ayuda incondicional y ella le respondió levantando un muro infranqueable. Le resultó más fácil enfadarse con él para evitar el tema que abrirse y enfrentarse a sus propios fantasmas.

De vuelta al rancho permaneció sumida en sus pensamientos. Era una sensación rara la que tenía con Samuel. Era como si hubiesen sufrido y despertado a la vez de un coma durante veinte años, se recordaban como eran antes pero no se daban cuenta de que, en tanto tiempo, la vida continúa y la gente cambia. Ese choque con la realidad del presente era el que los descolocaba, el que les hacía tratarse con la misma confianza que tenían antes, como si se conocieran de toda la vida, pero sin terminar de reconocerse del todo.

Cuando llegaron al rancho, Alice se fue a ayudar con los caballos, escoltada por su inseparable *border collie.* Samuel se había encerrado en su despacho poco antes de que ella llegara y adivinó sin equivocarse que, como de costumbre, no comería con el resto.

Por la tarde tampoco lo vio y por primera vez, echó de menos su compañía. Estuvo a punto de presentarse en su despacho para saber si estaba todo bien entre ellos, pero no se atrevió.

Cuando llegó a su cabaña, vio que había algo sobre la mesa del porche: una pequeña piedra gris con unas palabras escritas: “Levántame con cuidado y atrápala antes de que salga volando”.

—Pero qué demonios —Reconoció al instante la bonita letra de Samuel, se mordió el labio intrigada y levantó la piedra muy despacio. Cuando vio lo que había debajo, se echó a reír— ¿En serio, Sami? ¿Una pajarita?

Dejó la piedra a un lado sobre la mesa y cogió la pajarita. Tiró de su pico y de su cola a la vez y las alas se movieron de arriba abajo. Entonces, se dio cuenta de que había algo escrito en un lateral: “Lo siento mucho, de verdad. ¿Amigos?”

Samuel llevaba algo más de una hora dando vueltas entre las sábanas sin poder conciliar el sueño. Pensó que había sido una estupidez por su parte dejarle la pajarita en su porche, ni que tuviera dieciséis años. Tendría que haber ido a quitarla de allí antes de que Alice regresara. ¿Qué pensaría de él? Él ya no era así, había madurado. No entendía qué le pasaba cuando estaba con ella. Rony se movió y emitió un somnoliento gruñido. Abrió los ojos y levantó la cabeza en

dirección a la ventana que permanecía abierta detrás de la cortina. El perro comenzó a lloriquear. Samuel se incorporó y le acarició el lomo para calmarlo.

—¿Qué pasa, Rony? Tranquilo, esta noche no habrá tormenta como la de ayer.

El pobre lo pasaba muy mal cuando había tormenta. Solía moverse inquieto de un lado para otro buscando a todos los habitantes de la casa, como si necesitara verlos a todos juntos y en buen estado de salud. Pero esta vez, Rony solo lloriqueaba mirando hacia la ventana, con las orejas en guardia, sin dejar de mover la cola.

—No me digas que has visto un fantasma —le susurró algo mosqueado, sin apartar la mirada de la ventana. En ese momento, algo chocó con la cortina y cayó al suelo. Rony y Samuel saltaron a la vez de la cama para ver qué había sido.

Samuel apartó la tela a un lado y se encontró la pajarita en el suelo atada a una piedra más pequeña que la que él había utilizado para que la pajarita no se volara. Tragó saliva para suavizar su garganta reseca. La volteó y leyó la respuesta: “Siempre”.

Corrió con energía la cortina y se asomó con la esperanza de verla, pero Alice ya se había ido. Se metió en la cama, leyó de nuevo lo que ella había puesto y en sus labios se dibujó una gran sonrisa que le acompañó hasta sumirse en un sueño reparador.

23

El calor y la mezcla de aromas a permanente, laca y cabello recalentado formaban una amalgama familiar que solo sorprendía a los recién llegados al local. De vez en cuando, se adivinaba un hilo musical de fondo, engullido por el sonoro secador y las voces de las mujeres que, pese a la incomodidad del ruido, conversaban animadamente sobre temas banales, o simplemente hacían el repaso de los más jugosos cotilleos acontecidos en su comunidad.
Liz cobró a la señora que había atendido y la acompañó hasta la puerta. Regresó junto a su madre que enroscaba en el cepillo con habilidad el cabello rubio de su cliente hacia arriba y lo calentaba con ayuda del secador. La coqueta mujer, de unos setenta, hablaba de sus nietos con una luz especial en sus alegres ojos azules. Liz se apoyó en la mesa estrecha, de cara a la señora que su madre estaba terminando de peinar. Ésta le ofreció su móvil para que viera unas fotos. Liz lo cogió en sus manos y empezó a deslizar el índice hacia un lado de la pantalla para avanzar de foto en foto. Puso sus dedos en forma de pinza para ampliar una de ellas con curiosidad.

—Oh, son una preciosidad y qué grandes están. Mira, mamá —Mostró la foto en la que aparecía un niño asomándose a la cuna de su hermano más pequeño que con una sonrisa picarona le ofrecía su chupete.

—Están preciosos, cómo me chiflan los niños —dijo la madre de Liz mirando la foto con devoción. Un soplo de tristeza cruzó sus rasgados ojos verdes de gata. Liz sabía que significaba aquel gesto involuntario y disimuló yéndose a abrir la puerta a la cliente que llegaba en el momento más oportuno.

—Ah, pues ya los traeré algún día por aquí para que puedas achucharlos —dijo Mila orgullosa.

—Hola, Julia, ¿cómo estás? —dijo Liz con su simpatía habitual en la peluquería de su madre—. Ven, acompáñame, puedes dejar el bolso aquí, junto al de Mila —Señaló al perchero negro solo ocupado por el bolso de la señora que estaba atendiendo su madre.

—¿Qué tal va todo? Os veo muy bien a todas, especialmente a ti, Mila, te queda muy bien ese peinado.

—Gracias, Julia —dijo mientras guardaba el móvil en el bolsillo de su vestido estampado—. Por cierto, ¿qué tal tu cuello?

—Mucho mejor. Resulta que la hija de Kate es masajista y tiene unas manos milagrosas. ¿Os podéis creer que ya no me duele? Eso sí, después de cada sesión acabo agotada, como si hubiese corrido un maratón —concluyó con un divertido tono dramático.

Las mujeres se echaron a reír.

—Es cierto, acabo como con agujetas, pero después siento una ligereza que hasta puedo girar la cabeza a un lado y a otro sin problema.

—Pues a mí me vendría fenomenal —dijo la madre de Liz—. Llevo una temporada con un dolor en la parte baja de la espalda…

—Es que pasas demasiadas horas de pie, mujer —dijo Mila—. Deberías ir pensando en bajar el ritmo.

—Eso le digo yo —protestó Liz sin apartarse de Julia—, pero no hay manera, yo creo que no se fía de mí —bromeó.

—Hija, sabes muy bien que no es eso. Es que he trabajado en esto toda mi vida y si dejo de trabajar, ¿en qué ocupo las horas del día?

—Uff —dijo Mila—, pues déjame que te diga yo cómo deberías ocupar esas horas: lo primero, cuidarte más y después, buscarte un buen novio que te alegre los días; eso sí, luego cada uno en su casa a dormir que solo te faltaba dejar de trabajar para dedicarte a cuidar de un hombre.

—Eres una picarona, Mila —dijo Julia con mirada morbosa— y qué razón tienes, yo cada vez aguanto menos los ronquidos de mi marido. Le quiero con locura, pero no me deja dormir así que la mayoría de las noches termino yéndome a dormir al cuarto de invitados.

—¿Lo de siempre, Julia o quieres algo diferente? —interrumpió con dulzura una conversación que empezaba a incomodarla. No entendía la frivolidad de esas mujeres. Ella se moría por estar a todas horas con Samuel.

—No, cariño, lo de siempre.

Liz la sentó en la silla libre y le protegió la ropa con la capa. Le desenredó la media melena lacia con mucho cuidado de no darle más tirones que los necesarios. Las raíces blancas asomaban como unos dos dedos entre el cabello castaño y le daban un aspecto descuidado.

—Ahora vuelvo, bonita —dijo Liz con su habitual desparpajo—. Voy a prepararte el tinte.

La mujer le dedicó una amplia sonrisa a través del espejo y la siguió con la mirada hasta que la joven peluquera desapareció por un largo pasillo que daba a la parte de atrás de la peluquería.

Liz harta de aguantar a aquellas señoras, de tener que ser siempre amable y servicial con ellas. Estaba cansada de amasar cabello, de cortarlo, de teñirlo y de escuchar sus conversaciones absurdas sobre achaques de la edad y jugosos cotilleos. Le daba la sensación de que esas mujeres no tenían otra cosa que hacer en sus aburridas y deprimentes vidas que reparar en lo que otros hacían o dejaban de hacer. No entendía cómo a su madre le gustaba tanto su trabajo ni cómo había conseguido convencerla a ella para que siguiera sus pasos. A Liz se le habían dado siempre mal los estudios, no por falta de capacidad sino porque no le gustaban. Prefería ir siempre a la última moda y arreglarse mucho siguiendo las revistas en las que se gastaba un buen pellizco de su sueldo.

Cuando su padre se largó de casa para no volver jamás, su madre se vio desbordada tratando de salir adelante. Llegó a tener tres trabajos para llegar a fin de mes y para que a su hija no le faltara de nada. Tras mucho esfuerzo y amor propio consiguió trabajo a jornada completa en un salón de belleza. La mujer que lo regentaba se jubiló y le dio una importante indemnización. Gracias a ese dinero, montó su propio negocio: una pequeña y acogedora peluquería que funcionaba muy bien. Por eso, al ver que su hija no quería seguir estudiando y como le gustaba tanto la moda y el mundo de la belleza, logró convencerla para que estudiara peluquería e hiciera cursos de maquillaje y de manicura. Como aquello no se le daba nada mal, se alegró de poder contratar a su propia hija en la peluquería y asegurarle un futuro estable.

Liz, en cambio, tenía otros planes: Sabía que Samuel volvería de nuevo a sus brazos, como había hecho antes, solo que esta vez lo convencería para casarse con ella. Después, esperaría a que su madre se jubilase y le traspasase el negocio para venderlo y vivir de lo que le dieran por él. Total, con Samuel no le faltaría nada y no podría echarle en cara que se gastara ese dinero en ella porque sería suyo.

El cuartito del fondo era una habitación estrecha cuyas paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de cajas y de botes de productos de belleza y para el tratamiento del cabello, así como toallas perfectamente enrolladas y colocadas. A un lado, tenían la lavadora y la secadora apiladas junto a una pequeña ventana abierta que daba a un callejón y bajo esta, había una encimera sobre la que preparaba la mezcla del tinte que iba a aplicar a Julia.

Allí la música llegaba más nítida y el sonido del secador y las voces conversando pasaban a formar un segundo plano más difuso.

Tomó dos botes para realizar la mezcla en un bol. Ojeó la pantalla de su móvil con la esperanza de ver alguna llamada perdida o algún mensaje de Samuel. Decepcionada lo dejó de nuevo sobre la encimera, con la pantalla hacia abajo. No entendía por qué no quería seguir con ella. Su relación no había sido perfecta nunca. Discutían bastante, lo dejaban y siempre volvían. Ya no sabía qué hacer para que se diera cuenta de su error, había sido paciente y dulce al cuidarlo en el hospital y después, cuando fue a verlo a su casa y la rechazó…

Se limpió las lágrimas y volvió a lo que estaba haciendo. Mezcló todo bien con la espátula, cuando la mezcla estuvo en su punto, metió la brocha y fue a la puerta que había dejado entreabierta.

Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que el ruido del secador había cesado. En un primer momento, pensó que su madre había acabado de peinar a Mila hasta que un pequeño detalle le hizo sospechar que algo pasaba. Las voces se habían convertido en susurros. Liz se arrimó al marco de la puerta y consiguió distinguir las palabras sueltas necesarias para que la hicieran salir del cuarto con sigilo para escuchar mejor lo que decían.

—Sí, una joven muy guapa —decía Julia—. Y parecían llevarse de maravilla, como esas parejas que se conocen de toda la vida. No sé Eli, pero yo intentaría quitarle al muchacho de los Monty de la cabeza.

—A lo mejor se encontraron por casualidad en la tienda —La madre de Liz trató de hallar una

explicación a lo que le estaba contando Julia. Conocía muy bien a Samuel, no era un mujeriego.

—Qué va, hija, entraron juntos y hasta se metió en el probador con ella. Está claro que algo tiene con esa chica porque fue él quien le pagó la ropa.

—Cielo santo, seguro que tiene una explicación —Eli seguía aferrada a la idea de que lo que le contaba su amiga era un malentendido.

Mila se removió en su silla queriendo decir algo.

—Julia tiene razón, cariño. Creo que Liz debería pasar página. No quería decir nada, pero mi yerno me contó que se había encontrado a Samuel en el restaurante y que iba acompañado por una tal Alice, que al parecer habían sido compañeros de clase cuando iban al Instituto. Y por la descripción que ha dado Julia de la chica, creo que es la misma. Rick me dijo que estuvieron bromeando durante la comida y muy sonrientes, aunque en ningún momento los vio besándose o acariciándose. En fin, quizás se encontraron por casualidad y quedaron para comer.

—¿Y qué me dices de lo de la tienda? —insistió Julia entornando los ojos— ¿Qué hombre acompaña a una mujer de compras y encima le paga la ropa? Bueno, ¿y lo del probador? Está claro que entre ellos hay algo más que un encuentro casual.

La madre de Liz se llevó la mano a la boca y se dio suaves golpecitos sobre el labio con el dedo índice. En sus ojos asomaba el brillo de la preocupación.

—Shh, vale —dijo la peluquera—, será mejor que dejemos el tema para otro momento. Liz no puede enterarse de todo esto si no…

—Si no, ¿qué? —Las cogió a las tres por sorpresa.

—Liz, cariño —Su madre quiso calmarla antes de que tuviera un ataque de histeria, se arrimó a ella, puso el cuenco del tinte en la mesa y la abrazó.

Liz se dejó envolver en los brazos de su madre y estalló en un escandaloso lloro. Las otras dos mujeres acudieron a arroparla también.

—Oh, cielo, no te pongas así. No saquemos conclusiones precipitadas —dijo Mila—, seguro que hay una explicación. Rick me dijo que le pareció más una comida entre viejos amigos que entre una pareja.

—¿Y lo de la ropa? Él jamás me ha acompañado a mí a comprar ropa —protestó Liz entre sollozos.

Las otras tres mujeres se miraron entre sí, tenían la firme sospecha de que Samuel salía con aquella mujer.

Liz sabía que su relación con Samuel no había funcionado bien casi desde el principio. Eran muy diferentes, a ella le gustaba ir siempre muy arreglada, salir a cenar o a bailar y a él todo lo contrario. Ella quería casarse y él se conformaba solo con vivir juntos. Ella se moría por lucir un

espléndido vestido de novia y por ser la envidia de todas las mujeres de Cloverdale; al final, tuvo que conformarse con irse a vivir con él en un pequeño apartamento, pero la convivencia duró poco. Se dieron un tiempo y reanudaron su relación gracias a la insistencia de ella.

—Liz, cariño, no sabes cuánto lo siento —interrumpió Julia al verla algo más calmada—. Yo no quería que te enteraras de este modo.

—Julia —susurró la madre de Liz con los dientes apretados y le hizo un gesto con la cabeza para que no siguiera por ahí la conversación.

—Creo que lo mejor será que venga otro día —dijo la mujer realmente arrepentida por no haber tenido más cuidado.

Liz se secó las lágrimas con un pañuelo que le había ofrecido Mila, se levantó de la silla y se estiró la estola.

—No, no puedo dejarte tirada así; además, como dice mi madre, no hay mejor medicina que el trabajo —dijo enjugándose las lágrimas—. Vamos, te teñiré el pelo y te cortaré las puntas, como siempre.

◆◆◆

Hacía un rato que el hilo musical había dejado de sonar y habían dado la vuelta al cartel de cerrado. Liz barría los restos de cabello esparcidos sobre el suelo blanco y brillante mientras su madre hacía el recuento de la caja y archivaba las facturas en su carpeta correspondiente.

Liz no lograba quitarse de la cabeza que Samuel estuviera saliendo con otra. ¿Cómo podía hacerle eso después de tanto tiempo juntos?

Se preguntó desde cuándo salían y llegó a la conclusión de que por eso se había puesto tan firme el día que rompió con ella, el día del accidente.

“Maldita yegua”, se dijo, “tendría que haberte golpeado en la cabeza y haberte dejado seca en vez de en el lomo cuando estabas sola en la cuadra. Casi mata a mi Samuel.”

A Liz se le hizo un nudo insoportable en el estómago al pensar que se podían haber visto él y su amante en el hospital en los escasos momentos en los que ella abandonaba la habitación.

En su cabeza seguía dando vueltas ese nombre que no lograba relacionar con ninguna cara que ella conociera del instituto.

Vació el recogedor en la bolsa de basura y salió al callejón de atrás a tirarla al contenedor. Sacó el móvil y marcó el número de su mejor amiga.

—Eh, Amanda. ¿Qué tal? Oye, una cosa así, sin importancia.

—¿Sin importancia? ¿Viniendo de ti? —preguntó con incredulidad su amiga.

—Sí, es una chorrada, de verdad. ¿Te acuerdas de una tal Alice del insti?

—¿Y esa nostalgia a qué viene?

—No sé, es que una de mis clientas hablaba de que su yerno se había encontrado a una tal Alice que iba al instituto, de nuestra edad, y no caigo quién puede ser.

—¿Alice?, ni idea —hizo una pausa y continuó con entusiasmo—. Ostras, ya sé: "la mosquita muerta". Sí, sí, es esa, se llamaba Alice, ¿te acuerdas de ella? Iba a la clase de Samuel.

—Mierda —se dijo en un susurro casi imperceptible para su amiga.

—¿Qué? No te oigo.

—Que es verdad, no había caído —disimuló Liz.

—¿Y qué te han dicho de ella? Seguro que no acabó bien, ese tipo de tías tan reservadas—

—Bueno, nena —la interrumpió algo molesta—, ya hablaremos. Ahora tengo que terminar de limpiar la pelu.

—¿No tenéis una chica que os la limpia?

—Sí pero hoy libra y me toca a mí.

—Qué asco, no sé cómo aguantas ese trabajo, tú te mereces algo mejor, reina.

—Sí, ya pero es lo que hay —dijo sin quitarse de la mente a la tal Alice.

24

Nunca había disfrutado tanto viendo nacer un nuevo día. Hacía tiempo que la espiaba en silencio. Él tampoco dormía demasiado bien y terminaba dándose por vencido poco antes del amanecer. Fue en uno de sus paseos matinales, aún con muletas, cuando la vio sentada sobre la valla, encorvada hasta que los primeros rayos de sol se abrieron paso en el horizonte y recortaron su hermosa figura dejándola a contraluz. Era en ese momento cuando ella se erguía para recibir la suave calidez del sol irradiando sobre su cuerpo. Se quedaba fascinado observándola desde la distancia.
Esa mañana, se había armado de valor para invadir aquel momento tan íntimo para ella.

Caminó controlando la presión de su pisada, no quería que se girara todavía y tampoco quería asustarla, lo tenía controlado, a escasos metros carraspearía y la saludaría. Gracias a que ya no tenía que valerse de las muletas, cogió una pequeña manta y un termo con café manchado con unas gotas de leche, como a ella le gustaba.

Después de lo ocurrido en el río y pese a que le siguiera el juego con la pajarita, habían estado trabajando juntos como si no hubiese ocurrido nada, pero siempre estaban acompañados por alguien.

Casi sin darse cuenta, ya estaban entrando en agosto, él estaba muy recuperado de la caída, el rancho iba fenomenal pero cada día que pasaba, la echaba de menos. Añoraba estar con ella, hablar con ella, reír con ella y probar esos labios tan apetecibles... Sabía que ella sentía algo parecido, lo supo cuando estuvo a punto de besarlo el día del río.

De pronto, es como si en todos estos años hubiese permanecido aletargado, hasta el momento en el que la acompañó a comprar ropa y la ayudó a desatascar la cremallera. Sentirla tan cerca y ver cómo la piel de su espalda se erizaba con su tacto le hizo sentir vivo por primera vez en mucho tiempo. Desde aquel día, deseaba complacerla, hacerla feliz y protegerla. Desde entonces, lo acompañaba ese cosquilleo en el estómago cada vez que la veía.

—Sami, cuando quieras, puedes acercarte a ver el espectáculo tan maravilloso que nos ofrece la naturaleza en el jardín de tu casa. Y si no es mucho pedir, te agradeceré un sorbito de tu café.

Alice se giró y vio a Samuel con la boca abierta, con un termo en una mano y una manta en la otra.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí y que era yo?

—Bueno, he oído hace un rato a alguien arrastrando una pierna tratando de no hacer ruido al caminar y…

Samuel le dio un suave empujón con el brazo.

—Venga ya, yo no arrastro la pierna al caminar. En todo caso, puede que cojee un poco.

Ella se echó a reír.

—Vale, vale, no te he oído acercarte, ha sido el viento.

—Sí, claro, que te ha soplado al oído que venía con un café humeante, ¿no? —dijo divertido.

—No exactamente, pero gracias a que venía en mi dirección, me ha traído el inconfundible aroma del café. Siempre vas con tu termo a todas partes. Lo de la manta… eso reconozco que no me lo esperaba.

Samuel se sentó a su lado teniendo mucho cuidado de no hacer un giro imprudente con la pierna operada. Le ofreció el termo y le puso la manta sobre los hombros.

—Ah, que la manta es para mí —dijo sorprendida.

—Pues claro, ha bajado mucho la temperatura y no quiero que mi mejor trabajadora se resfríe y cause baja.

—Gracias, muy atento por tu parte.

Alice dio un sorbo al delicioso líquido caliente que recorrió su garganta haciéndola entrar en calor casi al instante.

—Mmm, gracias —le devolvió el termo y él también bebió de él.

—Vives en un lugar privilegiado; es imposible no enamorarse de todo esto.

—¿Lo dices en serio o porque quieres que te dé más café?

Alice se echó a reír y él se llenó de vida.

—Un poco de las dos cosas —alargó la mano y le quitó el termo.

—Ya, un poco de las dos cosas —repitió sus palabras divertido.

Alice dio otro sorbo, se quitó la manta y se la devolvió a su dueño.

Samuel no entendió el gesto y pensó que se había enfadado con él, aunque la cara de Alice estaba relajada y hasta en sus labios continuaba esa sonrisa que tanto le gustaba.

—Ya ha salido el sol, la próxima vez, tendrás que venir un poquito antes; además, tengo que irme —se excusó con la cabeza ladeada y arrugando la nariz.

—¿A dónde? No hay prisa.

—Bueno, eso de que no hay prisa, que yo sepa los caballos no entienden de fines de semana ni de fiestas, además, no puedo perderme mi cita favorita del día antes de empezar la jornada.

—Vaya, ¿y puedo saber de qué se trata?

Alice le observó mientras decidía si compartir su pequeño secreto con él o no.

—Vale, sígueme y hazme el favor de no regañarme.

—¿Por qué iba a regañarte?

—Porque a lo mejor no te gusta lo que hago todas las mañanas después de ver el amanecer.

Él sabía que después de abandonar la valla siempre se dirigía al establo. Nunca llegó a acercarse tanto, se imaginaba que iría a ver al potrillo de Fresa.

Los dos se encaminaron hacia el establo. Mustang salió de la cuadra de Candela encorvando el lomo y después estirándose mientras al bostezar se veían sus diminutos y afilados colmillos blancos. Se acercó a Alice y se refregó en su pierna a la vez que maullaba y la guiaba hacia donde Candela los esperaba ya asomada.

—Hola Candela, espero que no te importe que traiga un acompañante hoy.

Samuel no salía de su asombro al ver lo conectadas que estaban Alice y su yegua.

Candela estaba relajada y contenta cuando los dos entraron dentro a acompañarla. Alice le pidió a Samuel que la imitara en el gesto y los dos se acuclillaron junto a la pared. Allí el suelo estaba bastante limpio ya que Candela solía hacer sus necesidades en la esquina opuesta.

Alice sacó una bolsa de plástico del bolsillo de su cazadora. Candela la observaba con la cabeza agachada. Alice se sentó ignorando el gesto de negación de Samuel. Ella, sin perder la calma, le agarró con suavidad del brazo y le invitó a que hiciera lo mismo. Entonces Candela dobló sus largas patas y se recostó frente a ellos. Mustang se subió en el regazo de Alice observando lo que había en la bolsa. Alice había partido en varios trozos un par de manzanas y había incluido un trocito de jamón envuelto en un papel para el gato, que se puso a disfrutar de su desayuno con las mismas ganas que la yegua.

—Esto, esto es alucinante —susurró Samuel, incrédulo por lo que estaba presenciando.

—Toma —Le dio un trozo de manzana—. Puedes comértela o compartirla con ella.

Samuel se la dio a Candela y esta la cogió de su palma, haciéndole cosquillas con el morro.

—Ayer —dijo Alice mientras le daba otro trozo a Candela—, se tumbó más cerca y apoyó su cabeza en mis piernas. Te juro que lloré de la emoción. Es increíble, ¿cómo pueden darte tanto estas criaturas con tan poco?

—No es por regañarte, pero sabes lo que me hizo esta yegua, ¿verdad?

—Lo sé y cuanto más tiempo paso con ella, más convencida estoy de que algo la asustó —Alice le había dado muchas vueltas a aquel accidente, conocía a Candela y había algo que no le encajaba sobre su comportamiento—. ¿Es posible que le picara algún bicho? No sé, ¿una avispa, un tábano, quizás?

—La verdad es que no había pensado en eso. Todo fue tan rápido. Recuerdo que la saqué de aquí algo enfadado porque había discutido con Liz; de hecho, acababa de cortar con ella. Quizás al sentirme alterado, pudo ponerse nerviosa, pero todo iba bien hasta que me monté en ella y oí gritar a mi ex diciendo un montón de barbaridades.

—A lo mejor se puso nerviosa con los gritos y por eso se comportó así.

—No lo sé, pero ten cuidado con ella especialmente, por si volviera a sufrir esa especie de ataque que tuvo conmigo.

—Lo sé y te puedo asegurar que no bajo la guardia con ninguno de ellos.

Candela se había acomodado mientras los escuchaba y posó la cabeza en la pierna de Samuel. Este no pudo evitar acariciarla durante un largo rato hasta que no les quedó más remedio que ponerse en pie. Cada vez amanecía un poco más tarde y seguían empezando la jornada a la misma hora, por lo que el tiempo a solas con él se iba recortando sutilmente y a Alice le resultaba cada vez más difícil despedirse de Samuel, se sentía tan bien a su lado que su compañía empezaba a resultarle adictiva.

—Por cierto, “amigo” —dijo ella intentando alargar un poco más la conversación—, me alegro de que todavía te acuerdes de cómo se hacen esas pajaritas.

—Eso es porque fuiste una buena maestra. Aunque no te lo creas, conservo en mi privilegiada memoria muchos recuerdos de ti de esa época.

—Oh, ¿y qué es lo que recuerdas de mí de esa época? —preguntó con curiosidad.

Samuel dio dos pasos para acercarse más a ella.

—Recuerdo que cuando te ponías muy nerviosa, te mordisqueabas las uñas.

Alice escondió las manos instintivamente detrás de ella.

—Sí, “amiga”, es cierto —Levantó una ceja y en sus labios se asomó una sonrisa picarona. Dejó el termo y la manta a sus pies y rodeó a Alice con sus brazos, tomó sus manos y las colocó delante de nuevo—. De hecho, seguro que todavía sigues haciéndolo. Veamos —Las alzó y las observó con aire divertido—. Sí, ¿lo ves? Esta te la has mordido hace muy poco.

Alice retiró la mano, había empezado a sentir un agradable y cálido cosquilleo entre sus muslos y no quería que se expandiera como la pólvora por todo su cuerpo. Dio un paso atrás, tratando de traer a la calma su acelerada respiración.

—No. Eso no es cierto —mintió descaradamente—. Es que se me partió la uña y como no tenía una lima a mano pues digamos que usé los dientes para arreglarla un poco.

—Ya, claro, esa es otra cosa que recuerdo de ti, que tenías salidas para todo y que cuando mentías te ponías tan colorada como lo estás ahora. En fin, cuando recuerde algo más no te diré nada, pero habrá señales.

Alice se dio por vencida y se echó a reír.

—¿Cómo es posible que conozcas mis gestos y mis manías mejor que yo? —La pregunta se le escapó sin reparar en lo que iba a significar su respuesta. Entonces el corazón le dio un vuelco.

Samuel la atrajo contra su cuerpo por la cintura.

—¿De verdad, todavía no lo sabes? —ronroneó a escasos centímetros de sus labios y los cubrió con los suyos antes de que ella le diera una respuesta.

25

Ver amanecer junto a Samuel, arropados por una fina manta sobre los hombros y acompañados por un gran termo de café con leche se había convertido en una grata costumbre en los últimos días. Después pasaban un rato con Candela y con Mustang y luego, apartados en la intimidad que les daba el cuarto de herramientas, comenzaban su despedida comiéndose a besos. Antes de que comenzara la jornada laboral, cada uno partía en una dirección opuesta para desayunar y arreglarse para el trabajo.
Los dos se sentían joviales, ilusionados y llenos de una inmensa alegría. Cada vez que se cruzaban trabajando, los dos disimulaban como si no hubiera nada entre ellos, aunque en momentos en los que nadie los veía, se dedicaban una mirada especial o provocadora y cuando coincidían a solas en algún lugar, les faltaba tiempo para abrazarse y saborear sus labios.

◆◆◆

Felicity charlaba con Marieta en la cocina mientras ésta sacaba la ropa limpia y húmeda de la lavadora. La matriarca de la familia estaba sentada a la mesa con un montón de judías verdes recién lavadas a un lado y una cacerola al otro. Iba quitando las partes que no valían y el resto las partía en trozos de medio dedo de longitud y los iba echando a la cacerola.

Marieta saludó a Samuel cuando ésta salió al patio trasero a tender la ropa que llevaba apilada en una cesta de mimbre.

Samuel se agachó para besar en la frente a su abuela y se sirvió una gran taza de café solo.

—Me encanta verte de tan buen humor. ¿Alguna novedad en tu vida que tenga la culpa de tan agradable cambio? —preguntó Felicity con cierto tono de sospecha.

—Supongo que será porque la pierna ya no me molesta tanto y empiezo a sentirme útil de nuevo.

—Ya, ¿y no tendrán algo que ver esos paseos que te das por la mañana tan temprano? —preguntó con picardía.

—Es posible —dijo Samuel siendo lo más ambiguo—. Dicen que caminar y el aire de campo son muy buenos para la salud.

—Claro, claro. Me imagino que Alice también está ayudando mucho a ese cambio…

Samuel casi se atraganta al darle un trago a su café. Estaba convencido de que su abuela sabía algo y no quería darle el gusto de admitir que, en realidad, Alice era la causante de su buen humor.

—Desde luego, abuela —Le dio la razón y enseguida vio una forma de llevársela a su terreno y que dejara de centrarse en Alice. Lo último que quería era hablarle a su abuela de que volvía a sentirse como un chiquillo de quince años que se enamora de su compañera de clase.

—He de reconocer que tuviste muy buen ojo con ella —le dijo mientras daba otro sorbo a su café —. Es una excelente trabajadora, espero que ese chico nuevo, Jacob, salga igual de bien.

—Seguro que sí, me consta que es un buen muchacho y nos vendrá muy bien. El comienzo de curso se acerca y tienes muchos proyectos y pocas manos.

—Lo sé, abuela, y contrataremos a otro mozo más adelante —dio un último sorbo y metió la taza en el lavaplatos—. El chico está a punto de llegar y no quiero hacerle esperar.

—Claro, ve —Le agarró de la mano antes de que se fuera—. Me alegro de corazón de que estés más contento. Ah —añadió antes de que su nieto desapareciera por la puerta— y no dejes esos paseos al aire libre, te están viniendo de maravilla.

◆◆◆

Jacob era un muchacho un poco más alto que Alice, delgado, de pelo anaranjado y nariz pecosa. Un joven tímido, pero muy espabilado y dispuesto. Aprendía rápido y tenía la energía de un chico de veinticuatro años con muchas ganas de trabajar. Estaba acostumbrado al trabajo de campo y tenía experiencia cuidando ganado y montando a caballo. Era un chico del pueblo, nieto de una conocida de Felicity, que se había quedado sin trabajo al fallecer el dueño de la finca donde había estado trabajando desde que dejó el instituto.

Encajó enseguida con José y con Alice, como una de esas piezas menudas y esenciales para que funcione bien un engranaje.

Alice y los chicos pasaron gran parte de la mañana con la limpieza de cuadras y de los caballos. Samuel se dedicó a trabajar con algunos de los caballos, especialmente con Candela y con el benjamín del rancho al que ya le había encontrado un nombre más adecuado: “Rayo” pues era rápido y muy potente para ser tan pequeño.

Alice tenía que hacer un auténtico esfuerzo para no quedarse embobada mirando cómo actuaba Samuel con los caballos: primero se acercaba a ellos, los acariciaba en el cuello y en el lomo y les susurraba unas palabras. Después los cogía por la cuerda y sin necesidad de tirar de ella, el caballo le seguía con tal suavidad y compenetración que parecía que bailaban en la pista de aprendizaje.

Cada vez que Alice y Samuel se cruzaban o se rozaban sin querer, se les aceleraba el pulso y se sonrojaban.

Alice empezaba a preocuparse por no ser capaz de contener delante de los demás ese deseo que crecía en lo más profundo de su intimidad cada vez que lo veía o pensaba en él.

A Samuel le pasaba algo parecido y se había sorprendido a sí mismo, en más de una ocasión,

imaginándose cómo la agarraba del brazo y la arrastraba hacia una cuadra para hacerla suya a escondidas.

26

Desde que Felicity recibió la llamada de su nieto mayor, el único tema de conversación en el rancho Monty giraba en torno al regreso de Jeremy y su familia. Debido al trabajo de Jeremy, había tenido que ir a la oficina más días de los que esperaba y tan solo podrían pasar en Cloverdale cinco días. Las vacaciones de verano llegaban a su fin porque Rose comenzaba el colegio y Jeremy tenía que regresar al trabajo. Annie trabajaba como copywriter para varias páginas web y para una empresa de decoración importante en Redding. Aunque una o dos veces por semana, debía acudir a la oficina de esa empresa, el resto del trabajo podía hacerlo desde casa. Una de las grandes ventajas de poder trabajar desde la distancia era la flexibilidad horaria, que le permitía tener tiempo para cuidar de su familia, aunque la principal desventaja eran los ladrones del tiempo, siempre al acecho para distraerla. Para evitarlo, contaba con una buena planificación, pero lo más difícil para ella había sido aprender a poner límites en su entorno para poder terminar sus encargos a tiempo.
Henry había vuelto a sus andadas gracias a la mejoría que encontraba con la nueva dosis de los parches y por el nuevo tratamiento y se distraía sintiéndose útil cuidando de las gallinas y de su huerto.

Felicity, en cambio, se pasaba el día detrás de él, recordándole que se pusiera protección solar, o regañándole por subirse a la escalera para recoger manzanas. En los momentos en los que su marido descansaba, ella aprovechaba para organizar la fiesta que quería hacer para despedir el verano. A esa celebración estaban todos invitados: familia y trabajadores, incluido Jacob, el nuevo mozo, y también el doctor Brian, que había llegado esa misma mañana a hacer una visita rutinaria para comprobar la salud de los caballos y para ponerlos al día con sus vacunas. Estaba muy contento por cómo se estaba criando Rayo, el potrillo de Fresa. Rony y Mustang también pasaron por sus cuidados y recibieron su pinchazo correspondiente. A Mustang le pilló desprevenido; en cambio, Rony, en cuanto lo vio acercarse con la jeringuilla en la mano, agachó las orejas y la cabeza para lanzarle su irresistible mirada lastimera. Al ver que no lo conseguía, empezó a esconder el rabo entre las patas sin dejar de moverlo y se echó al suelo de medio lado. En cuanto el doctor le puso la vacuna y recibió su premio, el perro corrió contento a esconderse detrás de Samuel para saborear su recompensa.

27

Liz conducía concentrada al volante. Su madre la conocía mejor que nadie y había tenido una charla con ella cuando la vio tan decidida a ir al rancho a recuperar lo que ella consideraba suyo. Por primera vez, había seguido las recomendaciones de su madre y había dejado un tiempo para calmarse y pensar. Quería recuperar a Samuel a toda costa, pero debía ser más lista que otras veces y no dejarse llevar por la ira.

Un desliz lo puede tener cualquiera —se dijo a sí misma— y más en una relación de tantos años con tantos altibajos.

Aunque el hecho de que ese desliz o supuesto desliz como le había insistido su madre, lo había tenido con una antigua conocida del instituto. Ella misma le quitó importancia al recordar que se trataba de esa tal Alice a la que sus amigas del grupo de animadoras y ella llamaban “la mosquita muerta” porque era una chica muy parada. Apenas hablaba con un par de compañeras y con Samuel y le costaba hacer presentaciones delante de toda la clase porque se ponía colorada y se trababa. Nunca la consideró peligrosa porque sabía que no era el tipo de Samuel, además llevaba esos horrorosos brackets que la hacían poco atractiva, sin hablar de la ropa que llevaba, siempre en vaqueros y esas camisas tan holgadas.

Muy desesperado tendría que estar Samuel para liarse con alguien así. Dudaba que hubiese cambiado tanto en todo este tiempo. Se la imaginaba como la típica solterona que trabaja de sol a sol detrás de un aburrido mostrador de la administración.

También cabía la posibilidad de que solo se hubiesen encontrado por casualidad y que hubiesen aprovechado para ponerse al día mientras comían. Lo de la tienda era algo que no le entraba en la cabeza y era lo que la hacía sospechar de que había algo más. Un hombre y una mujer dentro de un probador… juntos…

Apretó el volante y respiró con fuerza por la nariz.

—Cálmate porque enfadada solo conseguirás alejarlo más de ti —se dijo en voz alta—Tienes que hacer el esfuerzo de ganártelos a todos y ponerlos de tu parte para que te ayuden a volver con él.

Encendió el intermitente, esperó a que pasara el coche que venía por el carril contrario y giró a la izquierda para tomar el camino de acceso al rancho.

—Cariño, creo que tenemos visita —dijo Henry cuando reconoció el coche de Liz avanzando despacio por el camino. Dejó el libro que estaba leyendo encima de la mesa, se quitó las gafas de pasta negra que usaba para leer y las dejó al lado.

Felicity salió sonriente hasta que vio bajar del coche a una Liz demasiado simpática. Para esta ocasión vestía unos pantalones vaqueros blancos de pierna ancha que le quedaban muy por encima de la rodilla y dejaban al aire sus bonitas piernas largas y torneadas. Arriba llevaba una blusa blanca con rayas azul marino muy escotada y entallada metida por el pantalón. Un cinturón ancho color camel hacía juego con las sandalias planas anudadas con un fino cordón de cuero. Su melena rubia ondulada, unos bonitos pendientes dorados de aro y un maquillaje muy natural le daban un aire dulce, e incluso inocente.

—Seamos más educados que ella —le recordó su marido al notarla tan tensa—. Hay que reconocer que la pobre se ha esmerado mucho con su apariencia hoy.

—Ja, aunque la mona se vista de seda… —su marido le tiró discretamente de la blusa como toque de atención para reprenderla.

—Buenas tardes, espero no llegar en mal momento —dijo Liz al pie de la escalera—. He venido porque os debo una disculpa a todos por mi comportamiento del otro día.

—¿Solo una? —susurró Felicity con sarcasmo, sin mover apenas los labios de forma que solo su marido se enteró de que había dicho algo.

Felicity se armó de paciencia y le ofreció una de sus mejores sonrisas:

—Adelante, Liz, siéntate un rato con nosotros. ¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias —dijo mientras tomaba asiento —, solo quería pediros disculpas por salir tan rápido de aquí aquel día. Es que Samuel y yo habíamos discutido y estaba tan dolida que no fui consciente de lo que hice en ese momento. Lo siento de corazón. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero… yo… no sé la de veces que habré cogido el teléfono para llamaros y he sido incapaz de hacerlo. Al final he decidido que lo mejor era venir y pediros disculpas en persona.

Henry miró a Felicity y le dio, a escondidas, una suave palmada en el muslo para asegurarse de que no iba a cometer la imprudencia de echar a la muchacha a gritos de su propiedad.

—Tranquila, son cosas que pasan. Ha sido muy considerado de tu parte, Liz —Tomó Henry la iniciativa para que su mujer tuviera tiempo para serenarse y evitar así que le diera una mala contestación a la muchacha.

—Aceptamos tus disculpas, querida —dijo Felicity controlando su impulso de darle la bofetada que se merecía—. Espero que la próxima vez recapacites antes de actuar así, afortunadamente no pasó nada, pero pudiste provocar un serio accidente.

—Lo sé y lo siento de corazón —dijo Liz muy arrepentida. Las lágrimas brillaban en sus ojos de gata—. No volverá a pasar, lo prometo.

—Bien —dijo Felicity aparentemente conforme y cambió de tema—. Por cierto, ¿qué tal tu madre? Hace mucho que no la veo.

Liz se enjugó las lágrimas y secó a toquecitos con los dedos las que habían caído por sus mejillas con cuidado de no estropear el maquillaje.

—Muy bien, tan liada como siempre pero feliz con su trabajo. Afortunadamente, la peluquería va muy bien.

Felicity no era de esas mujeres que van a la peluquería todas las semanas, ni si quiera una vez al mes, salvo en ocasiones especiales como cuando fue con su nuera y su nieta al salón de belleza de Santa Rosa a principios de verano. No necesitaba ir a cortarse el pelo porque lo hacía ella misma en casa. Las pocas veces que acudía a la peluquería lo hacía para visitar a la madre de Liz, porque le caía muy bien y la consideraba una buena persona; y, ya que iba, aprovechaba para comprarle el champú y la mascarilla especiales para cabellos blancos que utilizaba para tener el pelo brillante y sedoso.

—Me alegro mucho. A ver si un día de estos me dejo caer por allí y le hago una visita.

—Claro, cuando quieras. Por cierto, ¿qué tal está Samuel?

—Muy recuperado, ¿verdad, Henry?

—Así es, de hecho, ya está trabajando con los caballos de nuevo.

—Esa es una muy buena noticia. Me encantaría verle un rato y disculparme también con él.

A Felicity le invadió la culpa al ver a Liz tan arrepentida. Había algo en ella que nunca había terminado de gustarle pese a que solía ser educada y cariñosa. Sabía que tenía un pronto muy desagradable y que era muy temperamental, pero no era eso lo que le creaba ese rechazo. Quizás era porque desde que murieron los padres de Samuel y éste empezó a salir con ella, nunca volvió a ser el chico optimista y divertido que era antes del accidente. Quizás la había estado culpando injustamente por ver así de apagado a su nieto. Pero no, en el fondo sabía que era algo inestable y caprichosa y su nieto necesitaba una compañera más madura y afín a él que supiera llevarlo y hacerle feliz.

Henry siempre le decía que la causa de ese cambio había sido perder a sus padres de aquella manera tan traumática y no Liz. En Felicity esas dudas habían empezado a crecer al ver que Samuel volvía a ser ese chico alegre y divertido desde que se reencontró con Alice.

—Sí, por supuesto, ve —la animó Felicity—. Está pasado el establo.

Henry esperó a que Liz no los escuchara:

—¿A qué ha venido ese cambio de actitud? —preguntó gratamente sorprendido.

—A que en el fondo me da pena. Creo que no ha sabido encajar bien la ruptura. Ten en cuenta que su padre las dejó a ella y a su madre solas, con una mano atrás y otra adelante. Seguramente la ruptura con Samuel, la haya desestabilizado un poco. Ser abandonado desde pequeño debe de traumatizar a cualquiera.

—¿Entonces estás a favor de que los dos se reconcilien? —preguntó algo confuso.

—No. Eso no. No estoy a favor de que Samuel y ella vuelvan porque a la vista está que ninguno de los dos es feliz estando juntos, pero sí me gustaría facilitarle las cosas para que termine aceptando la ruptura como el fin de una etapa y no un abandono. Ojalá, pasado el duelo, sigan siendo buenos amigos. Yo le tengo un gran cariño, aunque no te lo parezca, han sido muchos años tratándola como una más de la familia.

28

Liz caminó bordeando el establo con la esperanza de poder hablar con él a solas. Sería breve e intentaría ser dulce y amable, sin presionarlo. Por supuesto, no le sacaría el tema de que le habían visto en el pueblo con la tal Alice. Estaba dispuesta a perdonar y a olvidar ese desliz. Era obvio que la mosquita muerta no tenía nada que hacer a su lado. Por eso se había esmerado en conseguir un aspecto más desenfadado y natural; hasta había cambiado el color rojo fuego de sus uñas por una delicada manicura francesa.
Al rebasar los establos vio a Samuel muy recuperado dando instrucciones a una empleada que estaba dentro del vallado con un caballo y cinco ponis, al lado de José y otro chico más joven.

—Lleva a Ginger a la pista, en un rato me reúno con él —le dijo a Alice y después se dirigió a los otros dos—. Y vosotros id guardando al resto y acabamos por hoy.

Jacob se quedó boquiabierto al observar a la rubia que se acercaba hacia ellos. Samuel se giró divertido al ver la expresión del muchacho y se le borró de golpe la sonrisa al averiguar quién había causado esa reacción en el chico.

—Hola a todos —saludó Liz con simpatía y los demás le devolvieron el saludo a excepción de Samuel.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con voz calmada y severa.

—He venido a ver qué tal estabas y me alegro de verte tan estupendo y tan bien acompañado.

Ojeó a los chicos y después detuvo su mirada en la chica a la que reconoció enseguida cuando la miró a los ojos. Se llevó una doble sorpresa al encontrarla allí y al verla tan cambiada. Llevaba unos vaqueros ajustados y un top negro de tirantes que se ceñían a las sensuales curvas de su cuerpo. Tuvo que recordarse a sí misma que no podía dar señales de enfado o celos si no quería perder a Samuel.

—¿Nos conocemos? —Disimuló con astucia—. Tu cara me resulta muy familiar.

—Ella es Alice, te sonará porque fuimos juntos al instituto —aclaró Samuel de mala gana.

—Ah, es cierto, Alice. Hola, soy Liz. Iba a otra clase y era la capitana del equipo de las animadoras…

—Sí, claro, ahora te recuerdo, tú también me resultabas conocida. Te veo muy bien.

—Gracias. ¿Y qué haces tú aquí? —preguntó casi apretando los dientes.

—Trabaja para nosotros. Mi abuela la contrató cuando yo estaba en el hospital —dijo tajante.

Liz pensó que era la excusa más penosa y desesperada que había oído en su vida.

—Qué casualidad, ¿verdad? —se dirigió a Alice fingiendo sorpresa.

—Sí, desde luego —Alice fue prudente y escueta al responder.

Había percibido la tensión entre Samuel y su ex. Recordaba muy bien cómo eran ella y su grupo de amigas en el instituto. Se sentían las reinas del lugar y se creían con el derecho de pasar por encima de todo el mundo. A juzgar por lo que estaba viendo, Liz no había cambiado mucho. Alice era experta en perfiles y a la legua saltaba que se sentía insegura y que seguía siendo tan manipuladora como lo era en el pasado. Aún tenía grabada la imagen de una Liz totalmente descontrolada al volante que estuvo a punto de hacerlos volcar.

—Liz, si no te importa, tenemos mucho trabajo —El tono seco y tajante de Samuel la trajo de vuelta al presente.

—Ya me imagino, cariño, pero espera, es que hace mucho que no nos vemos —le dijo en tono simpático, le ignoró y siguió preguntando a Alice— ¿Y a qué te dedicas aquí en el rancho exactamente?

—Pues principalmente a mantener limpias las cuadras y a cuidar de los caballos.

—Vaya, jamás te habría imaginado de campesina o algo así, qué pena, con lo estudiosa que eras, ¿no?

Alice se tensó, le había molestado que dijera semejante estupidez. Vio que Samuel no lo estaba pasando bien y trató de quitarle importancia.

—Sí, ¿verdad? Yo tampoco me habría imaginado trabajando aquí, pero la vida da muchas vueltas y dejar mi estresante trabajo de Los Ángeles y cambiarlo por esto, te aseguro que es lo mejor que he podido hacer.

Liz la miró de abajo arriba y sonrió.

—Lo que tú digas.

Alice era muy astuta y sabía que estaba intentando sacarla de sus casillas. Para evitar que aquella “inocente” visita prendiera una mecha difícil de apagar, decidió desaparecer para que Samuel y ella hablaran de lo que tuvieran que hablar.

—Me he alegrado mucho de verte, Liz. Nos vemos en otra ocasión.

Alice atravesó el establo con paso decidido junto a Ginger y lo soltó en la pista de aprendizaje. Se quedó dentro acariciando al caballo hasta volver a la calma.

Samuel se obligó a no seguirla con la mirada. Carraspeó y midió de nuevo sus palabras:

—Gracias por tu visita y siento no poder atenderte más tiempo, sabes que tenemos mucho trabajo. En breve llega mi hermano y su familia y me gustaría tener todo acabado para dedicarme a ellos.

Liz entendió que, si seguía un minuto más allí, no sería capaz de controlar una ira que poco a poco le iba quemando las entrañas y su plan era demostrar que podía ser comprensiva y paciente con él.

—Claro, lo que tú digas. Hablaremos en otro momento, cuando estés menos liado.

Le regaló un beso casto en la mejilla y se despidió de los otros dos.

Atajó por el establo. Estando allí vio a la yegua que había tirado a Samuel, nerviosa y relinchando ante su presencia y la maldijo con rabia. Entonces se le ocurrió una brillante idea para que Samuel volviera a sus brazos.

29

Felicity bajó los escalones del porche y dejó sentado en la mecedora a Henry que había reanudado la lectura. No podía ver lo que ocurría al otro lado de las cuadras. La visita de Liz se estaba alargando más de la cuenta y se encaminó hacia allí para llevarse a la muchacha antes de que encendiera a su nieto y la echara del rancho de mala manera.
Escuchó unos gritos pidiendo auxilio del interior del establo. Entonces, todo ocurrió muy deprisa.

De la oscuridad emergió una Candela totalmente desbocada en dirección a Felicity.

Alice saltó la valla de madera con gran agilidad y corrió tan veloz como pudo hasta situarse entre la mujer y la enloquecida yegua que frenó en seco y se puso a dos patas.

Los demás ignoraron los gritos de Liz y fueron a detener a Candela.

Alice habló con tono firme y dulce a la yegua. Al reconocerla volvió a posar las patas sobre la arena, pero seguía muy inquieta, moviéndose de un lado a otro como si no supiera que dirección tomar.

—¡Esa maldita bestia, casi me mata! —gritó Liz haciéndose la víctima para acaparar toda la atención.

Al oír sus gritos Candela entró en pánico y, de nuevo, se puso a dos patas frente a Alice, que permanecía frente a ella haciendo de escudo de Felicity, sin perder la calma.

—Vamos, Candela, tranquila, shhh. Mírame. Estamos tú y yo, ¿vale? Estamos solas, no hagas caso de eso que tanto te asusta, me tienes a mí. No te hará daño, confía en mí.

Alice se mostró lo más relajada posible y continuó hablando a la yegua.

—Lo ves, soy yo, tu amiga.

Candela observaba a Alice, como hipnotizada por el tono sereno de su voz. Poco a poco se fue calmando y dejó que Alice se acercara un poco más.

—¡Esto es el colmo! ¿Pero quién se cree esta que es, la encantadora de caballos? ¡Pegadle un tiro de una vez a ese animal antes de que mate a alguien, está loco! —gritó Liz.

A Candela se le abrieron tanto los ojos que parecía que se le fueran a salir, relinchó y bufó y después se puso a patear y a cocear.

—Samuel, por favor —dijo Alice sin alzar la voz más de la cuenta y sin dejar de prestar atención a la yegua—, llévate a Liz, sus gritos la ponen más nerviosa.

—Liz, maldita sea —le increpó Samuel sin alzar demasiado la voz—, cállate de una vez. José, por favor, llévatela de aquí y que no abra la boca; amordázala si hace falta —ordenó tajante a media voz.

Alice consiguió la plena atención de Candela, susurrándole como solía hacer en su cuadra por las mañanas. Sacó de su bolsillo varios trozos de zanahoria y se los mostró. El animal relinchó con menos energía. Ya no se movía de un lado a otro, solo tenía ojos y oídos para Alice.

—Te gusta, ¿eh? —le preguntó con cariño, después, le pidió a Felicity que se alejara despacio.

—Sé que te gusta. Venga, acércate. Tranquila. Buena chica —Candela se acercó ya más tranquila y Alice le dio un trozo de zanahoria. Miró a Samuel, que se acercaba a ellas con una cuerda y Alice le hizo una señal con la mano para que lo hiciera con más calma al ver a Samuel pálido con los ojos desencajados.

—Despacio, Samuel, despacio, puedo hacerlo yo —Alice dio un paso hacia la yegua, cogió la cuerda preparada con un nudo corredizo que Samuel le ofrecía y con sumo cuidado la pasó por el hocico hasta colocarla en su largo y estilizado cuello.

—Buena chica, te la has ganado.

Le dio otro trozo de zanahoria y la invitó a caminar a su lado hasta la pista, para dejarla con Ginger.

—Muy bien, Candela, lo estás haciendo muy bien.

Candela acarició a Alice con el morro.

—Ya sé que te pone nerviosa esa voz —susurró—. Si te soy sincera, a mí también. Quédate un ratito aquí con Ginger, el aire y su compañía te sentarán bien.

Alice besó su hocico y salió de la pista decidida a tirarle de los pelos a esa mujer. Cómo podía decir esas barbaridades cuando era ella la que había puesto de los nervios a la yegua.

Felicity corrió hacia ella y la envolvió en sus brazos. Gracias a eso pudo contenerse y demostrar ser mejor persona que Liz.

—Cielo santo, chiquilla, ha podido matarte, ¿cómo has hecho semejante locura? —Los ojos de Felicity brillaban, aún impresionada por lo que había ocurrido.

—Confiaba en que Candela entraría en razón. Estaba asustada, eso es todo.

—Aun así, ¿y si no llegas a controlarla? Podía haberte aplastado —la reprendió con cariño.

—¿Estás bien, Felicity? —preguntó Henry alarmado y visiblemente sofocado al reunirse con todos— Dice Liz que se habían dejado la cuadra de Candela abierta y que había salido a atacarla.

—Es cierto —dijo Liz muy afectada detrás de Henry—. Cuando pasé por allí la puerta estaba abierta y ese animal salió directo a por mí, menos mal que me puse a gritar y se fue corriendo. Ha sido horrible. Podría haberme matado. No tengo nada en contra de ti, Alice, pero está claro que este trabajo no es lo tuyo. Vamos, no sé, sabiendo que ese animal no está bien, deberías tener más cuidado con esas cosas. Samuel creo que esta mujer no debería trabajar aquí si no es capaz de mantener un mínimo de seguridad en el trabajo.

—¿Qué? —fue la única palabra que logró articular Alice, que no salía de su asombro. Acababa de arriesgar su vida para salvar a Felicity, había conseguido controlar la situación y hacer que Candela volviera a la calma. Y allí estaba esa mujer culpándola por algo que no había hecho, y tratando de desprestigiar su esfuerzo y su buen trabajo en el rancho. A Liz la conocían, a ella no. Por un momento vio peligrar su nueva vida en un lugar que creía estar hecho a su medida para empezar de cero.

—¡Liz! —la voz de Samuel sonó autoritaria y tajante— Haz el favor de callarte y de no culpar a Alice.

—Oh, vaya, así que la defiendes. Te recuerdo que esta mujer casi mata a tu abuela con su imprudencia.

—Que yo sepa, esta mujer ha arriesgado su vida para salvar a mi abuela con su valentía. Además, ¿cómo sabes que fue ella y no otra persona?

Liz se sintió arrinconada.

—Ja, esto es el colmo —Se cruzó de brazos—. No pensarás que he hecho yo semejante locura.

—Alice no ha podido dejar esa puerta abierta —salió José en su defensa—, porque yo me he encargado de Candela hoy. Y no entiendo cómo ha podido pasar porque en eso soy muy estricto y cuidadoso, ya me conoces, Samuel, son muchos años trabajando juntos. Así que, si has de despedirme por un error tan grave, adelante, me lo merezco. Siento muchísimo lo que ha pasado aquí, lo siento en el alma, doña Felicity. No entiendo cómo ha podido pasar. Si le llega hacer daño Candela por mi culpa no me lo perdonaría en la vida.

Felicity posó su mano alargada y pecosa sobre su moreno y fuerte antebrazo.

—José, no te martirices por eso. Aquí no se va a despedir a nadie —sentenció Felicity—. Y tampoco permitiré que cometas la estupidez de renunciar a tu trabajo. Ha sido un accidente que, gracias a Dios, ha quedado en una anécdota y no en una desgracia.

El sonido de unos neumáticos friccionando contra la tierra interrumpió la conversación.

Jeremy aparcó cerca de ellos y salió del coche muy animado.

—Vaya, vaya, pero qué hacéis aquí todos reunidos, ¿la fiesta no era este sábado, abuela?

—Jeremy, querido —dijo Felicity saliendo a su encuentro para abrazarlo.

Annie también salió a saludar y aprovechó para estirar las piernas. Su vientre se veía mucho más abultado que hacía dos meses. Abrió la puerta de atrás para despertar a Rose que se había quedado profundamente dormida en la última parte del viaje.

Alice dio un paso hacia atrás al ver a la niña con la cabeza ladeada y los ojos cerrados. De pronto, sintió que le faltaba el aire hasta que Rose los abrió. Cuando se dio cuenta de dónde estaba, estiró los brazos para desperezarse y bostezó con una especie de aullido ahogado. Cuando vio que Samuel estaba de pie, salió del coche de un salto y corrió hacia él.

—¡Tío Samuel! ¡Ya estás curado! —abrió los brazos y éste la alzó y después la abrazó en el aire.

Cuando la dejó de nuevo en el suelo, saludó a Alice y después fue a abrazar a Liz.

—Tía Liz, ¿conseguiste las calcamonías esas?

—No, corazón, pero me pasaré mañana por la tienda para ver si las tienen.

—Genial, así me las podrás traer el sábado para la superfiesta de despedida que va a hacer la abuela en su casa. Vendrás, ¿verdad?

Rose quería mucho a Liz, la había visto siempre como parte de la familia. Era muy simpática con ella y siempre le traía algún regalo.

Liz no supo que decir, después de lo ocurrido dudaba mucho que fuera invitada a la fiesta de despedida que hacían en verano cuando Jeremy y su familia venía de vacaciones al rancho.

—No sé, si podré, Rose —Liz le dedicó una mirada nerviosa a Felicity.

—Abuela, di que sí porfa, para que pueda venir.

A Liz no le gustaban mucho los niños, pero siempre se había portado muy bien con Rose, que era una niña muy fácil de contentar. Solía traerle el tipo de cosas que gustan a las niñas de su edad; de ese modo, se pasaba un buen rato entretenida y no les molestaba demasiado.

—Sí, querida, claro que puede venir un ratito a verte si no está muy liada —Felicity lo dijo con la esperanza de que se diera por aludida y prefiriera poner la excusa de estar muy ocupada y no aparecer por allí.

—Así es, Rose, si puedo me paso un ratito para estar contigo, ¿vale?

—¡Síii, bien!

Liz se despidió y desapareció en su Honda Accord plateado. Los abuelos y los recién llegados se fueron a casa. José y Jacob terminaron su trabajo y Samuel se despidió de ellos.

Alice permaneció unos minutos observando a Candela ya más relajada, en su cuadra, tratando de averiguar qué había podido alterarla tanto. Unas pisadas la sacaron de golpe de sus pensamientos. Samuel se acercó a ella con talante serio. La agarró del brazo con suavidad y la

apartó hacia el cuarto de herramientas del establo.

Ella se sobresaltó al sentir su agradable tacto presionando su piel.

—Te estaré eternamente agradecido por salvarle la vida a mi abuela, pero lo que has hecho ha sido una locura. Por un momento pensé… que te iba a patear. ¿En qué estabas pensando, Alice? Podía haberte matado.

—Pero no lo ha hecho —Se encaró a él—. Confío en Candela.

De hecho, confiaba más en esa yegua que en Liz. Su intuición le decía que la caída de Samuel y el incidente de esa tarde con Candela tenían mucho que ver con esa mujer. No se atrevía a compartirlo con Samuel; al fin y al cabo, Liz había sido su pareja durante muchos años. No tenía pruebas y no podía culparla abiertamente, quizás había sido casualidad que en los dos únicos momentos en los que Candela había perdido los nervios estuviera ella presente. Tampoco creía que una voz desencadenara tal estado de histeria en una criatura, a no ser que esa persona la hubiese maltratado antes o la hubiese hecho mucho daño. Solo así, explicaría que la yegua hubiese entrado en pánico al reconocer su presencia o su voz.

Samuel la estrechó entre sus brazos en un arrebato y ella se dejó arropar sin resistencia. Era precisamente ahí, amoldada a su cuerpo en el único lugar donde se sentía segura.

—Estás helada —Alzó su barbilla para verla mejor—. Y pálida. Ve a descansar y si necesitas cualquier cosa, no sé una cerveza, otro abrazo… solo tienes que decírmelo.

—Gracias, Sam. Creo que hoy me saltaré la comida, me apetece descansar y despejarme un poco.

Se separó de él, muy a pesar suyo, y se fue hacia su cabaña, cabizbaja, intentando disimular el temblor en ambas manos.

30

Dio un respingo con el pitido del microondas. Sacó el vaso de leche con ayuda de un paño para no quemarse los dedos —lo había puesto más tiempo del necesario y por poco no había rebosado.
Terminó de llenar el vaso hasta el borde con leche fría para templarlo. Al levantar el vaso tuvo que dejarlo de nuevo sobre la encimera. Aunque el temblor en las manos era más leve que antes, aún podía derramar la leche y se agachó para sorber el exceso.

Le costaba quitarse la imagen de Rose dormida en la parte de atrás del coche familiar. Al verla inmóvil y con los ojos cerrados, su mente le había jugado una mala pasada y, por unos instantes, revivió el momento en el que encontraron el cadáver de aquella pobre niña a la que no pudo salvar.

El caso es que Rose y la pequeña Ju Di no se parecían físicamente: Rose tenía el pelo castaño claro y ondulado, piel rosada y ojos azules. Ju Di, en cambio, tenía el pelo negro, liso y largo, piel marfil y ojos negros rasgados. ¿Por qué cada vez que veía a la sobrina de Samuel, le venía a la mente aquella otra niña? Quizás porque tendrían una edad parecida, entre seis y siete años.

Se tomó un par de grajeas de Valeriana con la leche caliente y se acomodó en el sofá.

Cómo era posible que fuera hicieran 33º C y ella estuviera congelada y tiritando. Había tenido que ponerse una camisa sobre el top de tirantes. Se sentía sobrepasada por todo y de golpe le asaltaron sus miedos, los recuerdos y las dudas. Se envolvió en la manta que tenía en el sofá y entre sollozos se quedó dormida.

Vibró su teléfono y se sobresaltó. Sonaba como si golpearan con los nudillos sobre la mesa de madera. Alice respondió a la llamada aturdida.

—Hola Will, dime —contestó algo desorientada en el sofá de su apartamento de Los Ángeles.

—Tienes que venir al parque japonés.

No le hizo falta saber más, se puso la cazadora de cuero, cogió su placa y su arma y salió dando un portazo.

Con el corazón en un puño y sabiendo a lo que se iba a enfrentar, se fue abriendo paso entre los de la científica que habían terminado de analizar y de tomar muestras en la escena.

—Un jardinero la ha encontrado en el agua —la voz de Will, el jefe de su departamento, le sonó metálica y difusa.

Alice dejó de escucharlo al ver el pequeño cuerpo sin vida de Ju Di. Se acercó con cuidado. Se acuclilló y se tomó unos segundos para armarse de valor. Bajo la manta de aluminio apareció su rostro infantil de rasgos orientales. Su hermoso pelo negro se había convertido en una áspera y húmeda maraña oscura. La piel de seda color marfil parecía hinchada, sin brillo y con un color grisáceo. Sus labios eran una fina línea oscura y arrugada.

El forense había tenido la generosidad de cerrarle los ojos para que pareciera que descansaba en paz. No tuvo valor para alzar un poco más la manta y descubrir su desnudez.

—No sé quién hizo esta salvajada, pero lo atraparemos —dijo indignado un agente con los ojos llorosos—. Alguien capaz de hacer algo así debería estar muerto.

A Alice le temblaba la barbilla y las lágrimas se agolpaban en sus ojos a punto de rebosar. Sabía quién lo había hecho. Ella misma vio cómo la metía en aquel gigantesco y frío maletero. Su dedo estaba en el gatillo en ese momento y a esa distancia no le habría costado ningún esfuerzo volarle los sesos, pero no pudo hacerlo.

Alice miró por última vez a aquella criatura que no tendría que estar allí tendida. Ya había visto suficiente. Al cubrir su angelical rostro, la pequeña mano de la niña la agarró con fuerza para impedírselo. Alice no entendía qué estaba pasando y se le heló hasta la sangre cuando Ju Di abrió los ojos para mirarla fijamente.

Alice se quedó paralizada, apenas llegaba el aire a sus pulmones y su cuerpo era incapaz de reaccionar y apartarse del cadáver que la agarraba con fuerza sobrehumana.

—Lo siento, lo siento mucho pero no pude salvarte —Alice se disculpó entre lágrimas y sollozos.

—Sí puedes —La voz de la niña sonaba distorsionada, como si la hubiesen editado para una película de terror.

—¿Cómo?

—¡Hazlo! Tienes que hacerlo.

—No te entiendo, dime cómo puedo ayudarte, haré lo que sea —sus palabras eran dolorosos gemidos ahogados.

La niña incorporó su cabeza y en tono amenazante le dijo:

—¡Abre los ojos!

Alice se estremeció y sintió como si una fuerza sobrenatural la agarrara por los hombros y la zarandeara con suavidad.

—Alice, despierta —la voz de la niña ya no sonaba tan autoritaria ni tan distorsionada. Ni siquiera parecía la de una niña.

—Ali, mírame. Soy yo.

Abrió los ojos aturdida y enfocó la mirada. No sabía dónde estaba ni que estaba sucediendo.

—¿Sam? —preguntó confusa al reconocerlo, la cabeza le daba vueltas.

—Sí, soy yo. Estabas teniendo una pesadilla. He llamado a la puerta y no me abrías y cuando te he oído, he entrado. Creí que alguien te estaba haciendo daño.

Todo su cuerpo temblaba, todavía con un pie en el sueño y con el otro en la realidad.

Samuel se sentó a su lado y la arropó bien con la manta que había caído al suelo.

—Me he pasado un rato para ver qué tal estabas. Cuando te fuiste antes me dejaste un poco preocupado.

—Estoy bien, gracias —contestó todavía aturdida y con el amargo sabor que le había dejado la pesadilla.

—Sí, estás de maravilla, ya lo veo, pálida y tiritando —bromeó y ella le devolvió una frágil sonrisa.

—Ven aquí —le pasó el brazo por encima del hombro y ella apoyó la cabeza en su pecho.

Estando a su lado, sintiendo el calor de su cuerpo y escuchando los latidos de su corazón era muy fácil volver a la calma.

Samuel se movió un poco.

—¿Qué haces? —protestó Alice desganada.

—Seguro que esto te anima —rasgó el plástico del paquete que había sacado de su bolsillo y le ofreció un largo regaliz rojo.

Esta vez, a Alice se le dibujó una gran sonrisa en los labios.

—De fresa —dijo sorprendida.

—Sip —contestó Samuel y le dio un mordisco al que tenía en la mano—. Tus favoritos; por lo menos, tus favoritos de hace unos años.

Alice se mordió el labio y le miró de reojo.

—Así que… no diré nada, pero habrá señales, ¿no? —dijo imitando la forma de hablar de Samuel y los dos se echaron a reír.

Alice le dio un mordisco a su regaliz y puso los ojos en blanco seguido de un gemido.

—Me encanta la cara que pones cuando comes regalices de fresa.

—¿Qué cara? Oye, no te metas conmigo —protestó en broma.

—Por cierto, mi abuela te manda eso de allí de su parte —señaló hacia la cocina. Sobre la encimera había dejado una bolsa de plástico—. No sabe qué hacer para agradecerte lo que has hecho esta tarde y, bueno, creo que también quiere asegurarse de que comes algo. Ya sabes cómo es.

—¿Y la botella de vino? —dijo a lo único que sobresalía de la bolsa.

—Bueno, esa la he puesto yo. He pensado que podíamos cenar juntos y así me aseguro yo también de que comes y que no lo haces sola.

—Pero no tengo copas —comentó con fastidio—. Espera, tengo este vaso —dijo señalando al que tenía delante con un poco de leche todavía— y otro en el armario.

—No te preocupes, podemos compartir la botella. Sé que no eres escrupulosa porque compartimos termo de café por las mañanas.

—Cierto, pero con la botella no podemos brindar y recuerdo que tú eras muy dado a hacerlo

—¿Ah, sí? ¿Y cómo sabes tú eso de mí?

—Bueno… en el instituto era como una especie de manía tuya, lo hacías con las latas de refresco constantemente —aclaró divertida.

—Entonces, brindaremos con vasos.

Alice hizo el amago de levantarse, pero él se lo impidió.

—De eso nada, señorita, yo me encargo de todo. Pienso tratarte como una reina esta noche.

—Vaya, me siento muy alagada, gracias.

—Descansa, te lo has ganado —le regaló un beso casto en la frente y se levantó para organizarlo todo.

Samuel lavó el vaso de Alice y preparó en un momento la mesa de centro con la apetitosa comida que Felicity había preparado.

Los dos se sentaron en el suelo para estar al nivel de la mesa y usaron la parte baja del sofá como respaldo.

—Mmm, esto está delicioso, qué bien cocina tu abuela —dijo disfrutando el bocado de pastel de carne.

—Pues que sepas que cuando algo te gusta mucho, bizqueas —La observó con picardía y se llevó un trozo de pastel a la boca.

—Ni de coña. Yo no hago eso, graciosillo —Arrugó la nariz y le sacó la lengua a modo de burla, como si fuera una niña.

—Oh, sí, sí que lo haces. El otro día en el restaurante lo hiciste varias veces, especialmente con el postre.

Alice alzó ambas manos a modo de rendición. Era cierto que hacía esas cosas de forma inconsciente cuando estaba relajada y a gusto. Apoyó la espalda en el sofá, alzó el vaso y y Samuel la imitó para brindar. Los dos bebieron un trago de vino sin decir nada, solo por el mero hecho de chocar sus vasos.

—Qué fuerte lo de Rick —recordó Alice divertida—. Jamás lo habría imaginado con pareja estable y un ejército de niños.

—Ya te digo. ¿Y te acuerdas de Terminator?

—Ostras, sí, ¿qué fue de él?

—Es chef en un restaurante muy famoso en Nueva Orleans.

—Ja, ja, ja. No te creo.

—Pues sí, y es muy bueno, por cierto.

—Pensé que se enrolaría en el ejército, recuerdo que era un emocionado de las armas y de las pelis de guerra.

—Y lo hizo. Participó en misiones de paz en Oriente Medio. En la última, resultó herido en una de esas misiones y uno de sus compañeros murió en sus brazos. Mientras se recuperaba en un hospital de campaña tomó una decisión y redirigió su vida. Por lo visto, le gustaba mucho cocinar, así que hizo unos cursos y le va muy bien.

—Vaya. Me alegro —dijo Alice bebiendo de su vaso otro sorbo de vino para no enfrentarse a la mirada de Samuel. Por un momento sintió la esperanza de que algún día superaría su trauma.

—Sí, la vida nos va poniendo en nuestro sitio, ¿no crees?

—Supongo —Alice empezaba a sentirse incómoda con la conversación. Samuel era muy listo y sin duda trataría de tantear ese tema del que ella no estaba todavía preparada para compartir con él. Dejó los platos en el fregadero, se giró hacia la isla y cogió la botella con decisión— ¿Te sirvo más vino?

Samuel notó cómo el cuerpo de Alice se había tensado. Intuía que aún no estaba preparada para hablar de lo que le hacía tanto daño y no quería que la magia que les envolvía en aquel momento se desvaneciera.

—Eso no se pregunta, cariño —Acercó su vaso y tras ser servido lo alzó hacia el suyo—. “Por los regalices de fresa”

Alice se echó a reír por su ocurrencia y le acompañó en el brindis.

—Y ya que estamos hablando de antiguos compañeros y de nuestros días de instituto… —dijo Samuel con una mueca de intriga— siempre me he preguntado por qué no fuiste al baile de promoción.

Alice respiró hondo.

—¿La verdad? Es que me daba mucha vergüenza ir sola al baile. Mis dos amigas consiguieron pareja en el último momento, ¿te lo puedes creer? Y pasaba de estar toda la noche sentada en una triste silla, humillada porque nadie me invitara a bailar.

Samuel dio un paso hacia ella y rodeó su cintura.

—Yo te habría sacado a bailar —dijo con sinceridad.

—Ja, dudo mucho que el equipo de animadoras te hubiese dejado. Además, tú ya tenías a Liz como pareja de baile…

Miró hacia abajo y sonrió avergonzado.

—Sí, es cierto. No sé cómo me convenció para que la acompañara al baile. Si he de confesarte algo, fue el peor baile de mi vida, porque estuve solo todo el rato.

—No. ¿Tú? ¿Solo toda la noche? Lo dices para consolarme. ¡Pero si eras el capitán del equipo y el más popular del instituto!, seguro que más de una se acercó para que la invitaras a bailar —dijo incrédula.

—Pues ya ves, ninguna se atrevió a bailar conmigo, después de un par de intentos, desistí.

Alice no daba crédito, seguro que no se atrevieron a bailar con él por miedo a Liz y a su pandilla.

—Y entonces, ¿Liz por qué no bailó contigo? —preguntó intrigada.

Samuel se frotó la frente, abochornado por el recuerdo.

—Ella es una bailarina desastrosa, no le gusta nada la música y se pasó toda la fiesta con su grupito de amigas por ahí desaparecida.

—Pues vaya dos tontos que estábamos hechos.

—Ya te digo. Pero no te preocupes, mañana tendremos la oportunidad de echarnos unos bailes para recuperar los que no nos dimos en su día.

—¿Mañana? —Alice recordó que habían quedado todos para salir por la noche— ¿Lo dices por el bar ese donde tocan en directo?

—No me digas que no vas a ir —dijo Samuel al borde de la decepción.

—No. Quiero decir: sí, claro que iré, es que con todo lo que ha ocurrido hoy se me había pasado por completo. Por cierto, ¿qué va a pasar con Candela? —preguntó preocupada.

—No lo sé, no he querido pensar en ello, pero tendré que tomar una decisión, aunque me cueste el disgusto de mi vida.

Alice sintió tanta rabia en su interior que no pudo más y se sinceró con él.

—Espero que no te enfades conmigo por lo que te voy a decir, pero creo que Liz tiene algo que ver con el comportamiento inestable de Candela.

—¿Qué quieres decir? —tensó la mandíbula.

— Es como si entrara en pánico cada vez que la ve o la escucha.

—¿Qué? —se apartó de ella y comenzó a moverse de un lado a otro.

—Verás, cuando te tiró del caballo, me dijiste que Candela se puso a dos patas cuando escuchó los gritos de Liz y hoy, cuando Candela ha salido desbocada, quizás ha sido al reconocerla y por eso ha huido. Además, volvió a ponerse muy nerviosa al oír su voz, por eso te pedí que te la llevaras de allí.

—¿Quieres decir que Liz la pone tan nerviosa? Eso… eso no tiene lógica.

Alice estaba completamente convencida de dos cosas: una, que Liz le había hecho daño a Candela en algún momento y por eso la yegua le tenía miedo y dos, que José no se había dejado la puerta abierta. No eran más que meras suposiciones y sin pruebas jamás podría demostrarle a Samuel que la que representaba un verdadero peligro era Liz y no Candela.

Samuel amplió sus paseos erráticos por el salón.

—Sam, lo que quiero decir es que Candela pierde los nervios con la voz de Liz —No se atrevió a acusarla directamente e intentó suavizar su argumento—. Es posible que tuviera una mala experiencia con alguna mujer que la gritara o la maltratara antes de que tú la trajeras al rancho. No estoy acusando a Liz porque no tengo pruebas de que ella la haya maltratado pero lo que está claro es que la yegua se pone muy nerviosa al oírla.

—Pues entonces tenemos un problema, no podemos tener un caballo que pierda los nervios cada vez que hable una mujer con un tono de voz parecido al de Liz.

Samuel tenía razón, pero seguro que había algún modo de ayudar a Candela.

Alice se acercó a Samuel por detrás y apoyó la mano en su brazo.

—Solo te pido que no tomes una decisión tan dolorosa de forma precipitada y en caliente. Habla con Brian, seguro que hay alguna manera de ayudar a Candela a superar sus miedos. Sami, sabes que es una buena yegua; es más, desde que empecé a trabajar aquí solo la he visto perder el control esta tarde. Estaba asustada y estoy convencida de que podemos ayudarla a superar su

miedo. Seguro que hay profesionales que pueden ayudarla.

Alice le acarició el brazo para alentarlo.

—Vaya, parece que te lo tomas como algo personal.

Esta vez fue ella la que se tensó y se apartó de Samuel.

—Llegué rota a este rancho y Candela me ha ayudado mucho. No me preguntes cómo porque ni yo misma lo sé. Nunca había sentido esa conexión con un animal. Supongo que siento que se lo debo.

Samuel la estrechó entre sus brazos y la besó en el pelo.

—Está bien, haré todo lo que esté a mi alcance por ayudarla.

En un arrebato, Alice le rodeó por el cuello y le propinó un beso cálido y prolongado en los labios. Samuel la rodeó con sus brazos y alargó el contacto con sus labios carnosos y suaves. La alzó por las caderas y la sentó sobre la encimera de la isla sin dejar de besarla. Ella le quitó la camiseta y dejó su ancho y musculado pecho desnudo. Samuel deslizó sus manos por el cuello hasta meterlas bajo la camisa mientras acariciaba sus hombros. La camisa calló sobre la encimera. Alice tenía las mejillas sonrojadas y desde hacía un rato había dejado de tener frío. Estaba tan acalorada que se quitó con impaciencia el top de tirantes. Samuel la observó casi con devoción, sentada sobre la encimera. Sus pechos generosos, ocultos bajo el sujetador de encaje negro, subían y bajaban al ritmo de su excitación. La mano grande y cálida de Samuel se posó sobre uno de ellos y sus dedos se colaron bajo el encaje para jugar con su pezón que se endureció aún más bajo su tacto.

Una melodía acompañada de una fuerte vibración les hizo detenerse, desconcertados.

—Te están llamando —la voz de Alice era un susurro entrecortado.

—Da igual —dijo Samuel y volvió a besarla en los labios.

De nuevo la misma melodía y la vibración interrumpió el idílico momento.

—Contesta —dijo con los labios hinchados y muy excitada—, puede ser importante.

Tras un gesto de fastidio, le regaló un beso fuerte y breve en la boca y respondió a la llamada.

—Dime, Jer —respondió con los dientes apretados.

—Tío Samuel, soy yo.

—Ah, hola Rose —dijo con un tono más amable—. Dime.

—Que cuándo vas a venir a contarnos historias de miedo. El abuelo ha encendido la hoguera hace un rato y mi Mamá dice que se va a hacer tarde y que tengo que dormir, pero todavía no has venido y me prometiste que lo harías.

Alice se mordió el labio al verlo tan *sexy* desnudo de cintura para arriba y siendo tan dulce y paciente con su pequeña sobrina. Samuel arrugó la nariz y le dirigió una mirada a Alice de desesperación.

—Ve con ella —le susurró al oído— una promesa es una promesa.

Samuel apoyó su frente sobre la de Alice.

—Anda, es verdad. En cinco minutos estoy ahí.

Samuel colgó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Alice palpó sobre la encimera buscando su top, tratando de disimular la decepción de no poder continuar lo que habían empezado. Él la abrazó y la besó en los labios.

—Lo siento mucho, de verdad —dijo ronroneando—. Se me había olvidado por completo.

—Será mejor que reserves los cinco minutos que te quedan para que se te vaya bajando eso —Alice le señaló divertida a su abultada entrepierna.

—Oh, mierda —maldijo mientras se ahuecaba el pantalón para aliviar la presión—. Lo siento mucho, de verdad.

—No pasa nada. Tienes que ir.

—Ven conmigo.

—No, sé, es raro, ¿qué voy a hacer yo en una reunión familiar tan íntima?

—Ven, se alegrarán de ver a la heroína que ha salvado a la matriarca de la familia.

Alice se lo pensó por un momento.

—Otra vez será. Prefiero reservarme para mañana: trabajar y después salir de copas, sin haber descansado bien antes… como que no.

La mirada que le dedicó Samuel la hizo estremecer.

—Cierto, mañana va a ser un día muy intenso. Está bien, te dejo que descanses todo lo que necesites.

—Sami… ¿qué te traes entre manos?

—¿Yo? Nada.

—Ya, miedo me da ese “nada”.

Samuel la rodeó por la cintura y la atrajo hacia él. Los dos se fundieron en un breve y sensual beso.

—Tú descansa —le ordenó con dulzura Samuel— ¿Nos vemos al amanecer?

—Siempre —Alice le retuvo por las caderas para regalarle un último beso.

31

—Creo que no es buena idea, podemos dejarlo para otro momento, de verdad —dijo Alice intentando convencer a Samuel.
—Venga, no seas miedosa, es Ginger, y te adora.

El caballo esperaba tranquilo amarrado a la valla de madera junto a Hopi, ambos preparados con la montura puesta.

—Ya pero tenemos que trabajar, podemos dejarlo para cuando libre. Anda, vete tú con Rose, que yo me quedo trabajando, ¿vale? Además, no llevo la vestimenta adecuada.

Samuel se acercó a ella y le agarró de las manos. El calor que emanaba de las manos de Samuel la reconfortó.

—Alice, esos pantalones cortos son ideales para dar un paseo, sobre todo porque a la vuelta hará mucho más calor que ahora. Mírame a mí, llevo bermudas y zapatillas, como tú. Te aseguro que no hay problema. En cuanto al otro tema, José y Jacob se ocuparán del trabajo y mi hermano también va ayudar, lo hablé con él anoche y está de acuerdo.

A Alice se le acababa su repertorio de excusas para retrasar el momento.

—Es que no quiero hacerle daño a Ginger.

El caballo reconoció su nombre y se giró para mirarla y después volvió a mirar al frente.

—Le harás más daño a Ginger si le rechazas y no subes en él —El caballo volvió a dirigirles la mirada—. ¿Ves cómo te mira? Te lo está suplicando.

Alice miró a Ginger que la observaba con sus enormes ojos azules de largas y tupidas pestañas. En el fondo, ella se moría de ganas, es lo que siempre había soñado desde que era una niña.

Samuel la agarró con suavidad por los hombros y la obligó a mirarle a los ojos.

—Alice, confía en mí, llevo haciendo esto muchos años. Han venido turistas que no habían visto nunca un caballo y han hecho la excursión entera sin bajarse de él, incluso gente con movilidad reducida o con otras discapacidades han disfrutado como nunca montados en su lomo. Inténtalo. Yo voy a estar siempre a tu lado. Si has sido capaz de calmar a un caballo desbocado, esto está chupado para ti.

Samuel le dio unas nociones básicas sobre cómo manejar el caballo, lo que debía hacer, lo que no. Ella escuchó con mucha atención a todo lo que le iba explicando y poco a poco fue ganando

seguridad.

Alice puso el pie en el estribo y con agilidad pasó la otra pierna sobre el lomo y se sentó en la montura de piel. Desde allí, se sintió poderosa y afortunada. Ginger estaba tranquilo y giraba las orejas cada vez que ella le susurraba algún piropo.

—Bueno, ya has conseguido que me suba, ¿y ahora que tengo que hacer para bajar?

Samuel se echó a reír.

—Eres de lo que no hay. Confía en mí, no te pasará nada —Se giró al escuchar los cascos que se acercaban por detrás—. Mira a mi sobrina, si fuera peligroso no la llevaría con nosotros.

—Hola, Alice —saludó emocionada—. No tengas miedo, tío Samuel es el mejor profesor del mundo.

José le entregó las riendas a la niña cuando colocó a Pancho junto a los otros.

Samuel soltó a Hopi y se subió en él.

—Ya la has oído.

—Eh, espera un momento, ¿qué haces? No me dejes sola, has dicho que ibas a estar todo el rato a mi lado.

—Y no me voy a separar de ti. Yo iré delante y vosotras dos me seguiréis.

Tal y como Samuel le había asegurado, Ginger echó a andar detrás de él y Alice no tardó en adaptar su movimiento al del caballo. Según iban avanzando, su corazón volvió a latir a un ritmo normal. Dieron un par de vueltas por el rancho. A lo lejos, en el porche de la casa, Felicity alzó la mano para saludarles y Alice no se atrevió a soltar las riendas para responder al saludo. Se limitó a hacer un gesto con la cabeza.

Samuel se desvió y salieron por el portón del rancho. A escasos metros, pegados al mismo arcén, tomaron un estrecho sendero por el que a duras penas podría pasar un todo terreno sin rozar con los matojos y matorrales que crecían en los laterales del camino.

A medida que se iban alejando de la carretera, los árboles eran más altos y frondosos y a los lados, los matorrales habían dado paso a los helechos y otro tipo de hierba baja. Pasados unos minutos, la hilera de árboles se convirtió en un pequeño bosque y tras otros minutos más montando en silencio, el bosque dio paso a un precioso prado. Samuel se detuvo y Alice hizo lo mismo a su lado. Ginger estiró el cuello hacia abajo y se puso a pastar. Hopi, no tardó en imitar a su viejo amigo.

—Si seguimos por aquel sendero de allí —dijo señalando hacia la derecha— llegaremos al río. Hay una pequeña parte con algo de cuesta, ¿recuerdas lo que te dije de cómo tienes que colocar tu cuerpo cuando vayas cuesta abajo?

—Sí, claro —dijo Alice con prudencia.

—Rose, ¿qué tal vas, nena? —preguntó Samuel.

—Muy bien —contestó emocionada—. Ahora viene lo divertido.

—Perfecto. Entonces, sigamos.

Esa “pequeña parte con algo de cuesta” resultó ser una pendiente bastante prolongada y algo más empinada de lo que había imaginado Alice. Inclinó levemente su tronco hacia atrás para contrarrestar el peso, adaptó el movimiento de sus caderas al del caballo, y disfrutó de esa sensación tan especial de estar conectada a Ginger. Pasado ese tramo, el sendero se fue ensanchando hasta llegar al río que ya conocía.

Aunque la temperatura a esa hora de la mañana era agradable, se adivinaba que el día sería caluroso.

Samuel se bajó de su caballo y se quedó embobado admirándola. Estaba radiante y hermosa, con su pelo suelto y las mejillas sonrojadas.

—¿Qué? —protestó Alice con gracia.

—Mírate, pareces toda una amazona —dijo Samuel sonriente.

—Oh, sí, seguro —Alice le siguió la corriente y al bajar del caballo, se le enganchó el pie en el estribo y se tambaleó. Sam la cogió a tiempo de que perdiera el equilibrio y cayera al suelo.

—Una amazona un poco torpe —dijo en un hilo de voz algo abochornada mientras se deslizaba entre sus brazos hasta poner los pies en el suelo.

—Una amazona valiente y preciosa —le susurró al oído.

Rose se desmontó de Pancho y corrió a unirse al abrazo.

—¿Puedo meterme ya en el río? —Les miró desde su altura con ojos suplicantes y una irresistible sonrisa que mostraba varios huecos de sus dientes de leche caídos.

Samuel puso los ojos en blanco, no se le había pasado por la cabeza que fueran a bañarse. La idea, desde que se les había unido su sobrina, era dar una vuelta por el río, seleccionar algunas piedras para que ella pudiera pintarlas por la tarde y regresar al rancho.

—Es que nosotros no hemos traído bañador —protestó con pereza su tío, sabiendo que la excusa no serviría de nada.

—Pero yo sí— Se levantó la camiseta y mostró un bañador verde menta con unas mariposas moradas pintadas con purpurina.

Samuel no sabía qué hacer, no podía dejar que su sobrina de siete años se metiera sola en el río.

Alice se divertía contemplando cómo la niña era capaz de convencer a su tío.

—Alice, por favor, por favor, por favor —le suplicó empleando de nuevo su mirada y su sonrisa.

—Bueno, a lo mejor podemos meternos un ratito contigo, pero tendremos que salir todos pronto del agua para que nos dé tiempo a secarnos, ¿de acuerdo?

Rose no tardó ni una fracción de segundo en quedarse en bañador y meter los pies en el agua. Alice se descalzó y se metió dando saltos hasta llegar donde estaba la niña y las dos se pusieron a provocar a Samuel salpicándole con agua. Él se descalzó y se metió al agua corriendo a por ellas. Las dos se pusieron a gritar cuando él las levantó en el aire a la vez y las tiró al agua.

32

Samuel aguardaba apoyado sobre el capó reluciente de la Chrysler Voyager de su hermano. Habían decidido ir en su coche porque era el único de siete plazas, donde cabían las tres parejas. Parecía un modelo con su cazadora vaquera, la camiseta negra de Metallica y unos vaqueros azules que favorecían sus largas y fuertes piernas. Estaba abstraído mirando algo en la pantalla de su móvil y devorando un alargado y estrecho regaliz rojo cuando Alice carraspeó para captar su atención.

Samuel levantó la mirada y se quedó boquiabierto al contemplarla. Llevaba un top de tirantes morado que dejaba ver parte de su tatuaje de golondrinas y unos vaqueros que le hacían unas piernas infinitas y bien definidas, favorecidas por las sandalias de tacón que estilizaban más aún su esbelta figura.

—Guau. Estás muy guapa. No sé si voy a ser capaz de quitarte los ojos de encima esta noche —le dijo saboreándola con la mirada.

Ella se apoyó en el coche, a su lado y le robó un beso tan breve como furtivo.

—¿Quieres uno? —Samuel le ofreció un regaliz.

Alice se mordió el labio y se lo quitó de la mano.

—Me vuelves loco —le dijo deleitándose al ver cómo ponía los ojos en blanco para saborear la golosina.

—Cuidado —advirtió Alice en un susurro—, alguien se acerca.

—¿Pero esto qué es? ¿A qué vienen esas caras? Qué pasa, aquí, ¡que nos vamos de parranda! Ándele, acá llegaron los animadores —dijo José agarrando a Marieta por la cintura y levantando ambos el brazo que les quedaba libre se pusieron a menear las caderas de un lado a otro al mismo compás. Los dos vestían conjuntados: él cazadora vaquera azul, camiseta blanca y vaqueros negros y ella también cazadora, camiseta blanca de tirantes y en vez de pantalón, falda vaquera negra con botín de tacón de aguja.

Los últimos en aparecer fueron Jeremy y Annie. Por lo visto, Rose les había montado el espectáculo justo en el momento en el que iban a salir porque ella también quería ir. Gracias a la buena mano de Felicity, la había convencido para hacer una fiesta de pijamas, con película y palomitas.

Después de darle vueltas a cómo irían sentados en el coche de Jeremy se pusieron de acuerdo

para que el matrimonio ocupara los asientos delanteros. Annie tenía que ir en el asiento del copiloto porque detrás se mareaba mucho. Samuel y José ocuparon la fila de en medio y Alice y Marieta, se acomodaron detrás del todo.

Los chicos empezaron a hablar de baloncesto y las chicas, excepto Annie, debido a su posición dentro del vehículo, charlaron animadamente sobre cómo hacían algunas celebrities para llevar el ritmo de vida que llevaban.

Al llegar al bar, Marieta agarró de la mano a Alice y tiró de ella hasta conseguir alcanzar la única mesa que estaba libre. Después le hizo señas a Annie para que se sentara con ellas.

A Alice le sorprendió conocer a la auténtica Annie: una mujer de apariencia seria que resultó ser el alma del grupo junto con Marieta y que no paró de bailar cada vez que tenía ocasión. Pese a su avanzado estado, se movía con agilidad y gracia en la pista enfundada en un vestido premamá azul marino. Marieta también era muy marchosa y siempre estaba contando chistes y haciéndolos reír con sus ocurrencias, pero lo que más le agradaba a Alice era verlos bailar a Marieta y José al compás de la música, tan compenetrados.

La actuación de un grupo procedente de España llamado Musselman les hizo disfrutar de la buena música en directo. Tocaron su propio repertorio y también algunas peticiones. Durante la actuación, permanecieron sentados a la mesa, saboreando sus cervezas y dejándose llevar por el sonido envolvente de las guitarras y de la voz melodiosa de su cantante.

Después del concierto, volvió a sonar la música variada del bar y la pista de baile se llenó de gente.

Samuel acompañó a su hermano y a José fuera para que pudieran fumar y charlar con tranquilidad. El aire era más fresco que el del interior. A esas alturas de agosto, los días eran cálidos y por las noches bajaban considerablemente las temperaturas como para que llevar una chaqueta no estorbase.

Alice se dirigió a la barra y pidió dos botellines de cerveza y una botella de agua. El tipo que tenía a su lado le dijo algo que ella prefirió ignorar. Pagó a la camarera, cogió las tres botellas y dejó atrás al pesado que estaba intentando ligar con ella. Annie y Marieta seguían bailando cerca de la mesa sin descuidar sus pertenencias. Alice llegó a ellas con las bebidas y tras hacer el reparto, se puso a bailar ella también. Se lo estaban pasando en grande, dejándose llevar por el compás de la música folk hasta que Marieta fue al baño. Cuando regresaba de nuevo a bailar con ellas, el borracho que quiso seducir a Alice, la tomó con ella y al verla más bajita y manejable, la agarró por la cintura en contra de su voluntad.

—Mira: ¡Marieta lo está pasando fatal!, ¿de qué va ese tío? —dijo Annie asustada.

Alice se giró y tras valorar la situación decidió ir a encararse con el borracho. Annie salió corriendo del local para alertar a sus acompañantes.

Alice se acercó para tratar de poner fin a esa situación de la forma más pacífica posible. Al darle un par de golpecitos en el brazo, el hombre se giró y la miró con talante chulesco por encima del hombro, sin soltar a una Marieta cada vez más asustada. Era un hombre alto y corpulento, de

frente ancha y barba frondosa. A juzgar por el olor que despedía su aliento, iba bastante cargado de copas. Alice insistió en que dejara en paz a su amiga de la forma más razonable posible. En respuesta, el hombre posó una de sus manos en el trasero de Marieta y la apretó hacia su cuerpo sudoroso.

En cuestión de segundos, José y Samuel irrumpieron en el bar dispuestos a echar a ese tío a patadas y puñetazos.

Los que estaban en la pista de baile, se habían apartado. Algunos no sabían si intervenir o pedir ayuda, otros, estaban bloqueados, confusos ante lo que estaba ocurriendo.

Alice le ordenó que soltara a su amiga inmediatamente y él, bastante cabreado, empujó a Marieta a un lado. Ésta salió corriendo a refugiarse en los brazos de su marido. Mientras Samuel se dirigía a la pista para ayudar a Alice, sorteando a los espectadores, aquel hombre estiró un brazo para agredir a Alice. Ella lo agarró con fuerza por la muñeca, hincó su cadera sobre el regazo de su agresor y dobló el tronco con tal rapidez y fuerza, que, con la inercia del movimiento, lo lanzó por el aire y lo hizo caer al suelo pegajoso de madera. Sin soltar el brazo del hombre, lo inmovilizó mientras ella le advertía algo al oído y él asentía temblando. Ella se levantó y el borracho salió disparado del bar.

Todos los que habían sido testigos, se quedaron boquiabiertos y tras unos segundos de incertidumbre celebraron su hazaña con silbidos y aplausos.

Samuel se había quedado paralizado al verla derribar a un tipo mucho más corpulento y fuerte que ella con semejante habilidad y rapidez, y sin apenas esfuerzo.

—¿Nos vas a contar dónde has aprendido a hacer algo así? —preguntó Jeremy fascinado a la vez que divertido— ¿Eres de la CIA o algo así?

Alice se rio, bebió un trago y dejó el botellín en la mesa. Todos la observaban con gran expectación.

—No —hizo otra pausa y dijo muy seria y serena—, de la CIA, no.

Todos se rieron con la respuesta menos Samuel, que permanecía perplejo observándola, tratando de encontrar una explicación a lo que acababa de presenciar.

Alice se dio cuenta de que Samuel le estaba dando vueltas a algo y por unos instantes temió que la interrogara delante de todos. El percance había salido bien, estaba disfrutando de la compañía, de la música y de la bebida y no quería acabar mal la noche. Marieta se lo puso fácil para poder salir airosa.

—Venga, Alice, ¿cuéntanos dónde aprendiste a hacer eso?

—En realidad, tomé varias clases de defensa personal —dijo sin mentir, tan solo omitiendo parte de la verdad—. Salía muy tarde de trabajar y me hacía sentir más segura saber que podría defenderme en caso de emergencia.

—Joder, pues sí que te enseñaron bien. Parecías la mismísima superwoman. Hasta yo me siento ahora más seguro a tu lado —dijo José entre risas arrimándole el hombro—. Venga, que no decaiga la noche, todos a bailar a la pista.

Alice y Samuel se quedaron a solas, sentados frente a sus botellines casi vacíos.

Ella sintió un cosquilleo en el estómago al mirarle de soslayo. Dio un último trago, se puso en pie y le ofreció su mano.

—Creo que tú y yo nos debemos un baile; ya sabes, por los viejos tiempos.

Samuel tomó su pequeña y delicada mano y la siguió hasta la pista. La balada terminó y comenzó a sonar “Cry to me”, una versión más moderna de Seal.

—No sé si es buena idea, bailar esto juntos.

—¿Por qué?

—Porque no estoy recuperado del todo.

—Ya, pues te voy a decir una cosa: si puedes montar a caballo puedes bailar esto perfectamente.

—De acuerdo, siempre que no te emociones con la canción y me zarandees como a un muñeco de trapo porque eso es lo que me ha parecido ese tío en tus brazos hace un rato —La rodeó con cuidado por la cintura y ella se echó a reír.

—Tranquilo, creo que sabré controlarme —le susurró al oído divertida.

La timidez se esfumó cuando sus cuerpos se acoplaron y se dejaron llevar por el ritmo sensual de la canción.

33

Alice los llevó a todos de vuelta al rancho. Después del percance con el borracho, se pasó a la cerveza sin alcohol por eso era la que más lúcida del grupo, incluida Annie, que aunque no bebió ni una gota de alcohol por el embarazo, se iba durmiendo por los rincones. Aparcó cerca de la casa y el grupo comenzó a bajar del coche entre risas y comentarios, se lo habían pasado muy bien todos juntos y ya estaban haciendo planes para una próxima salida conjunta en Navidad. Alice se percató de un bulto que yacía en el porche, junto a la escalera, iluminado por los faros del coche. Era un cuerpo envuelto en tela blanca y el pelo caía despeinado sobre los brazos que hacían de almohada. Alice se quedó paralizada por unos instantes. Aunque logró contener las lágrimas, el temblor en la mano no pasó inadvertido para Samuel.
—Oh, no, cielo. No me lo puedo creer —dijo Jeremy casi arrastrando las palabras—. Mira dónde se ha quedado dormida nuestra hija.

Annie subió las escaleras y se sentó a su lado.

—Rose, cariño, ¿qué haces aquí? Vas a coger frío —le susurró Annie mientras le colocaba el pelo despeinado detrás de la oreja.

La niña se espabiló un poco.

—Estaba esperando a que vinierais y llevo manta, mira, para no resfriarme —contestó medio adormilada.

Alice se sintió aliviada al ver que Rose se encontraba bien y de pronto, quiso desaparecer y refugiarse en su cabaña. Les dijo a todos que estaba agotada y que se iba a dejar el coche bien aparcado.

Al llegar a su cabaña, Alice se hizo un ovillo en el sofá y se echó a llorar. Todavía estaba afectada por la pesadilla que había tenido el día anterior y ver a Rose allí tendida le había avivado más ese recuerdo que no sabía cómo borrar de su mente. No podía dejar de dar vueltas a ese maldito sueño y lo que Ju Di le había dicho con aquella mirada tan terrorífica y esa voz fantasmal que todavía le ponía el vello de punta. Ver a Rose así hizo que se le parara el corazón. Por un momento llegó a pensar que había llegado tarde. Pero tarde, ¿por qué?

Unos golpes secos la trajeron de vuelta a la realidad.

—Alice, abre la puerta por favor —dijo Samuel al otro lado—. Sé que estás despierta.

Al cabo de unos segundos abrió la puerta y regresó al sofá a acurrucarse bajo la manta.

—Eh, nena. ¿Qué pasa? —preguntó angustiado y se sentó a su lado.

Le apartó despacio la manta y la sorprendió llorando desconsoladamente. La sentó en su regazo y le secó las lágrimas con los pulgares.

—¿Qué ocurre? —insistió con un tono más cariñoso y sincero— Sabes que puedes contar conmigo.

Alice levantó la mirada emborronada por las lágrimas, la barbilla le temblaba y escondió la cara en su pecho a la vez que lo abrazaba con fuerza. Samuel acarició su cabello con delicadeza hasta que la respiración entrecortada de Alice por los sollozos se fue calmando.

—Lo sé —consiguió decir aún muy congestionada— pero me duele mucho… y no puedo.

Samuel aguardó paciente a su lado, abrazándola y acariciándola con cariño hasta que más calmada, le relató que era una agente especial de la brigada antidrogas de la DEA en Los Ángeles y por qué había dejado su vida allí para comenzar de cero.

—Era una operación muy complicada, Llevábamos detrás de esa organización dos años, con un agente infiltrado que se había ganado la total confianza del capo. Era la red que se encargaba de distribuir fentanilo por toda California y tenía su base en Los Ángeles —Suspiró y se secó la nariz con el pañuelo—. Mi jefe de entonces solo buscaba cerrar casos de gran repercusión mediática para ser elegido agente del año y seguir creciendo en su carrera. El caso es que presionó demasiado al equipo y al compañero infiltrado —Alice hizo una pausa para tomar aliento y secarse las lágrimas que le resbalaban por las mejillas—. El agente Darío tenía una hija adoptada. Cuando quedó al descubierto, el capo dio la orden para secuestrarla y así torturar al que le había traicionado —Apretó los labios y prosiguió—. Estaba almorzando con Will cuando vi en la televisión del bar la foto de una niña de seis años. Las noticias decían que acababan de llevársela a la fuerza del colegio. Will y yo la reconocimos enseguida: era Ju Di, la hija de nuestro compañero infiltrado. Lo puse en conocimiento de mi jefe y le comenté que Darío nos había comentado en más de una ocasión que su hija llevaba siempre encima un reloj con localizador. Gracias a eso dimos con su ubicación. Uno de los matones de la organización la sacó de un coche a la fuerza y la metió en el club que regentaba el capo. Mi jefe y yo fuimos los únicos en llegar al lugar. Yo me fui a la parte de atrás y mi jefe se quedó escondido vigilando la puerta principal. Para mi sorpresa, salió el capo empujando a mi compañero y a su hija y avisé a mi jefe para que viniera a ayudar. Le dije que lo tenía a tiro y me ordenó que no hiciera nada hasta que él llegara y valorara la situación.

El capo abrazó a la niña por detrás y le mordisqueó la oreja, provocando al padre que se arrodilló pidiendo que no la hiciera daño, que la dejara marchar. El muy cabrón le dijo lo que le iba a hacer a su hija por haberle traicionado —Se echó a llorar y paró de nuevo. Respiró hondo y continuó—. No te imaginas lo que le dijo, ni siquiera soy capaz de—

—No lo hagas, tranquila —le pidió Samuel tan congestionado como ella, conteniendo las lágrimas.

—Fue todo tan rápido. En ese momento llegó mi jefe, cuando el capo alzó la pistola y disparó en la cabeza a Darío. La niña empezó a gritar y él le tapó la boca con la mano y la niña se

desvaneció en sus brazos. Le insistí en que seguía teniéndolo a tiro y lo que hizo fue quitarme el arma y echarme la bronca: “Hoy es la entrega” me dijo “y si le matas no sabremos dónde la harán después de la cagada de Darío”. El matón la echó al maletero como si fuera una bolsa vieja sin ningún valor. Corrimos hacia nuestro coche y le seguimos. Mi jefe montó el dispositivo de camino, dando instrucciones a todo el equipo. Los teníamos acorralados, pero hasta que no se hizo la entrega, no pudimos actuar. Estuvimos fuera vigilando cerca de dos horas. Para Los Ángeles nos convertimos en héroes por poner fin con éxito a esa red de narcotráfico y por apresar a su capo.

Alice se quedó con la mirada triste y perdida mientras repasaba en su mente los detalles de aquel recuerdo tan doloroso.

—Recuerdo esa noticia en la que un agente resultó muerto. Pero no hablaron de que encontraran ninguna niña.

—La niña iba en el maletero del coche que entró en el almacén y al día siguiente apareció flotando en el lago de un parque. Por eso lo dejé, no podía ver a mi jefe sintiéndose un héroe y recibir el premio como agente del año sabiendo que había mandado dejar el cadáver de la niña en otro sitio para que la prensa no relacionara su muerte con la operación. Es cierto que gracias a esa operación evitamos muchas muertes después, pero ni mi compañero ni su hija se merecían eso. Pude salvarlos… a los dos.

—Dios mío, ¿esa era la niña del parque japonés?

—Sí. El forense me dijo que murió por un infarto, al parecer sufría una cardiopatía congénita. Quiero creer que la niña murió cuando se desmayó y que no sufrió más, pero…

Hizo otra pausa para limpiarse las lágrimas. Samuel se levantó para llevarle un vaso de agua. Después de un par de sorbos, Alice se acomodó de nuevo en los brazos de Samuel.

—Hace un par de meses ascendieron a mi jefe y lo mandaron a otro Estado. Will ocupó su puesto y yo estaba tan rota que me presenté en su despacho y le entregué mi placa y mi arma reglamentaria.

A Alice le ardían los ojos y los cerró buscando un poco de alivio. Samuel se secó las lágrimas que habían empezado a rebosar. No daba crédito a lo que acababa de escuchar; desde el principio había estado convencido de que había algún ex obsesionado con hacerla daño. Nada que ver con la realidad. Todo empezaba a tener sentido: que se mostrara tan esquiva al hablar de su vida, el enfado en el río, la forma en que había sido capaz de reducir a aquel borracho en el bar ella sola...

—Cuando vi por primera vez a Candela… —Cogió el pañuelo que Samuel le ofreció y se sonó la nariz con fuerza— Fue como un flechazo, sentí una paz… se me acercó y la acaricié y la conexión fue mutua. Cuando estoy con los caballos sacan lo mejor de mí y me ayudan olvidar; es como si tuvieran ese don, ¿sabes? Ellos no te juzgan, pero saben perfectamente cómo eres, adivinan lo que llevas dentro y lo respetan y te aceptan sin más —Volvió a limpiarse con el pañuelo y guardó silencio esperando a que el incómodo hipo que le provocaba el llanto cesase de nuevo—. Al ver a Rose así hace un rato, me ha abierto esa herida que no termina de cicatrizar.

Samuel la abrazó con más fuerza, deseaba liberarla de aquella pesada carga, ella no se merecía ese sufrimiento.

—Siento mucho lo que te pasó, Allie, lo siento en el alma. Eh, mírame y escúchame —Alzó su barbilla para que no pudiera esquivarle con la mirada—: No podías hacer otra cosa. Es el cretino de tu jefe el que debería estar sufriendo y no tú. Aun así, salvaste muchas vidas al coger a esos criminales.

—Lo sé, pero lo tenía a tiro, ¡maldita sea! Debí apretar el gatillo, ya habríamos encontrado el modo de desarticular esa dichosa red. Si Will hubiese estado al mando en esa misión, todo habría sido muy diferente. Confía en mí como nadie lo ha hecho en el cuerpo y habría hecho lo que fuera por apoyarme. Estoy segura de que me habría dejado actuar con libertad.

A Samuel se le encogió el corazón cuando ella mencionó ese nombre y por un momento sintió celos de aquel hombre.

—Parece que teníais una relación muy especial; quiero decir: Will y tú.

—Sí —dijo Alice sonriendo con cariño—. Son muchos años juntos, desde el día en que entré en la academia para prepararme como agente. De hecho, fue él quien me llamó cuando estábamos en el restaurante. Me pidió que volviera.

Samuel palideció de golpe.

—Que volvieras…—titubeó— ¿Con él?

Alice le miró extrañada y al ver la expresión de Samuel se apresuró a aclarárselo:

—No, no, con él no; quería que volviese al trabajo, a su equipo.

—Ah, pero no estáis juntos ni nada de eso...

—Claro que no —Se incorporó y le miró a los ojos—. Él es como un padre para mí. Fue mi instructor en la academia. Cuando le presenté mi dimisión, hizo caso omiso y en vez de eso presentó una excedencia por asuntos personales. Por eso me llamó, para decirme de alguna manera que me está dando tiempo.

—Y tú, ¿qué quieres hacer?

Se quedó pensativa un rato, con la mirada perdida en la manta.

—La verdad es que no lo sé. Estoy feliz aquí, contigo, en el rancho, con los caballos…

—¿Pero? —se adelantó Samuel al escuchar el tono descendente en sus palabras.

—Pero echo de menos ayudar al que lo necesita y contribuir a que este mundo sea un poco más seguro.

Samuel sostuvo la cara de Alice con ambas manos admirando el tesoro que tenía en frente. Sus cálidos ojos marrones recorrían los de ella que se habían tornado algo más verdosos de lo habitual después del llanto. Acarició sus mejillas con los pulgares y después sus labios. Se acercó hasta tenerla a escasos centímetros. Podía saborear la calidez de su aliento sobre su boca. Ella se acercó un poco más y ambos se fundieron en un prolongado beso. Se detuvieron por unos instantes para recobrar el aliento. Alice se levantó del sofá, le agarró de la mano y lo invitó a que la acompañara a su dormitorio. Por el camino, mientras se saboreaban y se acariciaban, fueron despojándose de toda la ropa.

34

Esa mañana fue el amanecer el que acudió a admirar la belleza de sus cuerpos desnudos entre las sábanas.
Alice yacía acurrucada junto a Samuel, arropada por su brazo y una pierna. Un rayo de sol se posó en su mejilla proporcionándole una agradable sensación de calidez hasta que poco a poco fue recobrando la conciencia. Alargó la mano y palpó sobre la mesilla hasta dar con su móvil. Encendió la pantalla, abrió un ojo y dio un respingo.

—Samuel —susurró—, son casi las siete y media.

Samuel abrió los ojos, vio la bonita cabellera de Alice acariciando su pecho y hundió la nariz en su sedoso pelo. Cuando Samuel fue consciente de que la espalda desnuda de Alice descansaba pegada a su tronco, sintió el irrefrenable deseo de amarla otra vez.

—Deberíamos estar ya en las cuadras trabajando —insistió.

Samuel la aferró entre sus brazos y la besó en el cuello. Después recorrió su perfil con los dedos. Su piel era suave y cálida bajo la yema de sus dedos hasta llegar al tatuaje de las golondrinas. Se detuvo por unos instantes y volvió a acariciar la piel rugosa que se escondía bajo el tatuaje. Alice se dio cuenta y suspiró.

—Me tatué las golondrinas para esconder una cicatriz.

Samuel se detuvo, dobló el brazo y apoyó la cabeza en la mano.

—¿Qué pasó? —preguntó con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Fue en una redada. Un tipo me asaltó por detrás, me revolví para hacerme con él y me clavó una navaja… pero le pude poner las esposas y detenerlo.

Samuel posó sus labios sobre la cicatriz para sembrarla de besos.

A Alice se le curvaron los labios.

—Vaya, si vas a besar así de bien todas mis cicatrices… te enseño la que tengo en el otro costado.

Samuel alzó la cabeza sorprendido.

—¿Tienes más?

—Sí, bueno, solo una más. La herida no fue tan aparatosa como la de las golondrinas, pero si no me hubiese apartado a tiempo, la bala me habría atravesado el pecho.

Alice se giró hacia él, levantó el brazo y le enseñó otro original tatuaje: una línea horizontal alargada de tinta negra imitaba los latidos, como en un electrocardiograma, y bajo ésta había dibujado un corazón.

Samuel palpó la cicatriz con la yema de su dedo índice, bajo la línea de los latidos.

—Pasó rozando y tuvieron que dar unos cuantos puntos. El cirujano no era muy diestro cosiendo, pero el tipo que me hizo el tatuaje es todo un artista —dijo tratando de destensar un poco la cara de pánico que había puesto Samuel.

—Y… ¿no lleváis chaleco?

—Sí, pero no cubre todo el cuerpo.

—El hombro lo entiendo, pero este otro…—acarició de nuevo la cicatriz del costado.

—En este otro no lo llevaba porque estaba fuera de servicio. Fue en una gasolinera; cuando estaba en la cola para pagar entró un tío con una pistola. Estaba demasiado colocado y nervioso como para intentar negociar con él, pero el que tenía al lado no pensó lo mismo y trató de convencerle para que se largara. El atracador se encabritó y le disparó.

—Y tú te pusiste delante, como hiciste con mi abuela. Seguro —dijo algo molesto.

—Pues no, listillo, solo lo empujé para apartarle de la trayectoria de la bala y los dos caímos al suelo. Por suerte, el atracador se asustó y huyó.

Samuel la estrechó con fuerza contra su cuerpo.

—Y aun así, lo echas de menos.

Alice acomodó la cabeza sobre el brazo de Samuel.

—No echo de menos en absoluto ponerme en peligro. Solo ayudar a la gente y hacer que haya un delincuente menos por las calles. Además, aquí soy feliz, en Los Ángeles, no lo era.

—¿Y no has pensado en trabajar para la comisaría de Cloverdale? Conozco al jefe de policía. Es un buen tipo y de vez en cuando hay vacantes.

Alice le silenció poniendo el dedo índice sobre sus labios.

—No hablemos ahora de eso y aprovechemos estos minutitos que nos quedan para seguir siendo felices —dijo Alice mientras acariciaba la mejilla de Samuel suplicante.

Éste la volteó y se tumbó sobre ella, devorando su boca sin perder la sonrisa.

◆◆◆

No se imaginaba que iba a ser tan difícil separarse de Alice. Salió dando zancadas de la cabaña, cruzando los dedos para no encontrarse con nadie. Por el camino se consoló con saber que estarían trabajando juntos, y que en la barbacoa podría estar a su lado, aunque lo que realmente quería era estar más tiempo a solas con ella. Entró en la cocina y se encontró a sus abuelos charlando mientras desayunaban.

—Buenos días, Samuel —dijo su abuela mientras dejaba la taza de té sobre el plato—, parece que el paseo matutino se ha alargado un poco hoy.

—No exactamente, es que hoy me he levantado más tarde —se excusó mientras se llenaba la taza con café.

—Ya, me imagino —le dio la razón y disfrutando con la situación se le dibujó una mueca divertida en los labios.

Henry los miraba como si se hubiese perdido algo.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —le preguntó a su esposa cuando Samuel se fue de la cocina.

—Nada.

—Felicity, te conozco. ¿Qué pasa por esa cabecita tuya?

—Está bien —le agarró de la mano y le susurró al oído—. Creo que Samuel y Alice han pasado la noche juntos.

—¿Qué? ¿Y por qué crees eso?

Felicity se apartó de su marido para dedicarle esa mirada de ¿en serio?

—Acaba de aparecer con la misma ropa con la que salió anoche de copas. No ha venido a dormir aquí esta noche, así que habrá pasado la noche en otro sitio.

—¿Y por qué crees que ha pasado la noche con ella?

—A ver querido, cuando todos se fueron a dormir, yo lo vi encaminarse hacia las cabañas.

—Lo mismo continuaron la fiesta con José y Marieta —le rebatió Henry, tratando de encontrar una explicación más lógica.

—Sí, claro, sería la fiesta de los grillos porque eso era lo único que se oía anoche.

Henry se dio por vencido y se alegró por su nieto. Debía reconocer que desde que esa muchacha puso el pie en el rancho les había cambiado la vida a todos, especialmente la de su nieto que, después de tantos años, volvía a ser el Samuel de antes del desgraciado accidente en coche.

35

Rose iba dando saltitos de un lado a otro del jardín, con un vestido blanco de tirantes con mucho vuelo. De vez en cuando, giraba para ver cómo se abombaba el vestido y después se agachaba frente a alguna flor que le había llamado la atención. Annie la observó por unos instantes ilusionada, acariciándose la incipiente barriga y después conectó el móvil al altavoz portátil para ambientar con música variada la barbacoa. El humo y el olor a carne a la parrilla se propagaba por el jardín de la parte de atrás de la casa de los Monty y se entremezclaba con las voces de los asistentes.
Brian, el veterinario, llegó acompañado por su esposa, Yanet. Una hermosa mujer de origen cubano con una ondulada melena castaño oscuro, piel canela y ojos negros. Sus movimientos eran suaves y elegantes y su trato dulce y cercano. Ella había hecho una deliciosa tarta de zanahoria y su marido la llevaba en una bandeja. Felicity le hizo hueco en la mesa para que la dejara allí y las dos mujeres se saludaron con un gran abrazo.

Los hermanos eran los encargados de cocinar la carne mientras Henry les daba instrucciones acerca de la intensidad del fuego.

Los siguientes en aparecer fueron José y Marieta. Ellos llevaban una fuente enorme de guacamole y varios cuencos a rebosar de nachos. Los colocaron en la mesa alargada y después se fueron hacia donde estaban los hermanos.

—Señor Henry, ¿qué tal amaneció hoy? —preguntó Marieta, siempre atenta por el bienestar de todos.

—Listo para darme unos cuantos bailoteos —dijo estirándose y con una mirada llena de orgullo —, espero que me hagas el honor de bailar por lo menos un par conmigo.

—Claro, estaré atenta —contestó dibujando una tierna sonrisa.

—Como veo que ya ha venido mi relevo y que estaréis bien acompañados, me voy a saludar al resto.

Aunque su andar era ágil, cada vez caminaba un poco más encorvado. Se acercó a Felicity y le pellizcó con cariño en la nuca. Ella se encogió por las cosquillas y antes de que le diera tiempo a regañarle, Henry le regaló un beso en la mejilla. Ella solo pudo poner los ojos en blanco con gracia y continuar con la conversación ante la mirada entrañable que el veterinario y su esposa les dedicaban.

Samuel revisó la hora en su reloj tres veces consecutivas. Alzó la cabeza y oteó a su alrededor. No sabía por qué Alice se retrasaba tanto. Cogió el móvil con decisión. Empezaba a

impacientarse y a temer que se hubiera encerrado con llave en la cabaña. Alzó la mirada y se olvidó de respirar cuando vio a Alice saliendo por la puerta de la cocina al jardín. Llevaba puesto un vestido veraniego con escote en pico, manga corta y semientallado que se ceñía ligeramente en la cintura y se abría formando una vaporosa caída que realzaba su bonita figura. Él ya conocía ese vestido burdeos con florecillas claras, aunque en el probador no pudo apreciar lo bien que le sentaba.

Ella se movía con gracia entre los asistentes que se habían vuelto para recibirla con afecto y entusiasmo. Llevaba un plato grande en cada mano. Al dejarlos repartidos en la mesa, todos se acercaron a saludarla. Ella les explicó que las tortillas de patatas eran un plato típico de España y que acababa de hacerlas para la ocasión.

—Se te está cayendo la baba, hermanito —le advirtió Jeremy propinándole un suave codazo.

Samuel se puso tieso.

—Es que esta carne está deliciosa —disimuló dándole la vuelta a las hamburguesas que estaba cocinando.

—Sí, claro, la carne —Le guiñó un ojo y se llevó el botellín de cerveza a la boca.

A Samuel no le quedó más remedio que echarse a reír.

—Ya te vale, hermanito, ¿cuándo lo vais a compartir con el resto?

—¿El qué?

—No te hagas el tonto, que Alice y tú estáis juntos.

—No sé de qué hablas —dijo mostrándose esquivo y bebiendo de su botellín.

—Venga, tío, cuando has visto a Alice se te ha puesto la misma cara de pasmado que se me puso a mí cuando vi a Annie acercándose al altar para darme el sí quiero.

—Shh —le mandó callar con un codazo—, yo no he hecho eso.

—Tú mismo —alzó ambas manos como si le diera la razón sin creerle en absoluto.

Ella le miró con disimulo y le regaló una tímida sonrisa. Samuel cedió las pinzas a su hermano y se dirigió hacia donde estaba la mujer que le había hecho sentir mariposas en el estómago después de tanto tiempo. Necesitaba estar a su lado, escuchar su voz y sentir su tacto. Volvió a mirar al frente, pero Alice ya no estaba junto a la mesa. Disimuló eligiendo algo que llevarse en la boca.

—Yo probaría la tortilla, dicen que me ha salido muy rica —comentó Alice disimuladamente, manteniendo una distancia prudencial, a la vez que ella mojaba un nacho en el guacamole que habían preparado José y Marieta.

Samuel se giró y la veneró con la mirada por unos instantes, después alargó el brazo, pinchó un

trozo de tortilla y se lo llevó a la boca. Unas migajas se le quedaron pegadas en la comisura del labio. Alice se humedeció los labios al encontrarlo tan atractivo, con esa camiseta blanca que se ajustaba a su torso musculado y que contrastaba con su piel bronceada.

—Me da la sensación de que me estás mirando como si fuera comida —le susurró entre divertido y excitado.

—Es que se te ha quedado un trocito de tortilla en el labio y de repente, me ha entrado hambre… de ti. Estás muy guapo.

Samuel se relamió el trocito de tortilla y sofocó el calor dando un trago a su botellín.

—Y tú estás preciosa siempre, pero con ese vestido —dijo ronroneando—… Me encantaría hacerte esta noche todo lo que se me pasó por la cabeza mientras bajaba esa cremallera en el probador.

Alice se tapó la boca con la mano para ahogar un gritito nervioso. Un cosquilleo cálido que había nacido en su vientre se propagó a la velocidad de la luz para teñir sus mejillas. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los observaba, y resopló para combatir el calor que había invadido todo su cuerpo.

—Mirad, mirad qué bien huelen —La mano de Rose apareció de la nada entre ellos. Llevaba un destartalado ramo de flores y de hierbas aromáticas que había ido recolectando por el jardín.

Los dos se agacharon a la vez a olerlo sin dejar de mirarse el uno a la otra.

—Es verdad, y son muy bonitas. ¿Qué vas a hacer con ellas, las ponemos en un florero? —preguntó su tío.

—No porque con estas voy a hacer un perfume —contestó con decisión.

—Pues yo voy a querer un frasco de ese perfume tan rico —dijo Alice metiéndose en el juego— ¿Y cómo lo vas a llamar?

—Agua de flores nº 3.

—Es un nombre muy original y con mucho estilo. Lo buscaré en las perfumerías cuando esté preparado.

—No hace falta que vayas a comprarlo, yo te regalaré un frasco.

Rose se giró tan contenta como siempre y se fue dando saltitos para perderse entre los invitados, a los que les iba ofreciendo el ramo para que lo olieran.

En ese momento, llegó Jacob y se acercó con timidez a Felicity.

—Buenos días y perdón por llegar tan tarde. Mi abuela ha insistido en que trajera esto. Son unas empanadillas.

El joven retiró el papel de aluminio y tanto Henry como ella se quedaron asombrados.

—Huelen de maravilla, seguro que son una delicia —dijo Felicity ayudándole a hacer hueco en la mesa—. Muchas gracias, querido. Ya me encargaré de darle las gracias a tu abuela personalmente. Anda, sírvete algo fresco y disfruta de la comida.

El muchacho hizo lo que Felicity le había sugerido y se fue dando zancadas hacia donde estaban los más jóvenes. Alice, Marieta y Annie habían hecho un grupo a un lado de la barbacoa, al otro estaban Jeremy y José. Samuel, había vuelto a ocupar su puesto de cocinero. En cuanto vio llegar a Jacob le pidió que le dejara su plato, le puso una hamburguesa y los dos se pusieron a charlar.

Felicity le sirvió un poco de ponche a Henry.

—Te veo muy contento, ¿qué te ha dicho Brian? —le preguntó con curiosidad.

—Que no tiremos la toalla con Candela, que tiene un colega experto en tratar caballos con algún trauma. Le he estado contando lo que me dijo Samuel, que había notado que se alteraba cuando escuchaba a Liz y Brian me ha dado esperanzas.

En ese momento, como si un nubarrón negro se hubiese colado en sus pensamientos, a Felicity se le torció el gesto.

—¿Qué pasa, Felicity?

—Nada, nada.

—Cariño, después de tantos años te conozco como la palma de mi mano. Sé que algo pasa por esa cabecita tuya, ¿qué he dicho que no te ha gustado?

—En realidad me alegro mucho por lo que te ha dicho el veterinario…

—¿Pero? Porque cuando terminas la frase con ese tono, siempre hay un pero.

—Está bien —dijo meneando la cabeza y cruzando los brazos sobre su cintura con aire infantil —, es que, al mencionar a Liz, me he acordado de ella. Espero que haya entrado en razón y no ponga un pie aquí porque nos fastidiaría el buen ambiente que tenemos.

Para Felicity, esa barbacoa era muy importante porque ayudaba a que todos los habitantes del rancho hicieran piña, como una familia.

Henry frotó su espalda con cariño, la agarró por la cintura y le regaló un breve achuchón.

—No te preocupes por eso, después de lo del otro día, dudo que se atreva a volver en un tiempo.

El Honda Accord plateado esperaba el momento para girar a la izquierda e introducirse en el rancho Monty. Había mucho tráfico en el otro carril y los coches pasaban a gran velocidad a esa hora. El sonido del intermitente y la gran cola que estaba formando a su espalda no ayudaban a calmar su agitada cabeza.

—Maldita sea, seguro que esa mosquita muerta está acaparando la mirada de todos —se dijo en voz alta.

Liz se imaginó a Alice agarrada a Samuel, acariciándolo y recibiendo la bendición de todos como pareja. Le hervía la sangre y solo tenía ganas de cogerla del pelo y arrastrarla hacia afuera del rancho.

El sonido de las bocinas la sacaron de su discusión interna. Dos coches la adelantaron haciéndole gestos de enfado. Liz quitó el intermitente y prosiguió su marcha. Ya buscaría un momento en el que Alice no estuviera delante de toda la familia.

36

Alice terminó de limpiar a Hopi. Metió el cepillo en el cubo, desenganchó la cuerda y lo llevó al prado vallado. Era un caballo muy noble y paciente cuando ella lo cepillaba, y un puro nervio cuando lo soltaba en el prado tras su aseo. Corría con mucha potencia y después aminoraba la marcha hasta juntarse de nuevo con el resto de la manada para pastar.
Entró en la cuadra vacía del caballo y se puso a separar la paja sucia de la limpia con el horquillo. Sintió un agradable cosquilleo en el estómago al reconocer por el rabillo del ojo a Samuel. Se acercó a ella con mirada pícara, le retiró un mechón de pelo y lo colocó detrás de la oreja, enganchando en él una pequeña margarita.

—Para —le ordenó sin un ápice de autoridad y un brillo en sus ojos color miel que delataba que se moría por besarlo y hacerlo suyo.

Samuel le rodeó la cintura y la atrajo hacia él.

—Que pare qué —preguntó con tono divertido mientras apoyaba la otra mano sobre su mejilla y acariciaba con su pulgar los labios suaves y sensuales de Alice.

Samuel la hizo avanzar hasta topar con la pared.

—De hacer estas tonterías de adolescente para conquistarme o… —dijo con un hilo de voz.

—¿O qué? —Su tono se volvió ronco y desafiante. Posó las manos sobre la pared de madera a ambos lados de la cabeza de Alice.

—O correrás el riesgo de que me enamore perdidamente de ti —reconoció con la voz entrecortada.

Samuel acercó los labios a los de Alice, provocándola, sin llegar a rozarla y se estremeció al notar el calor y el peso de su enorme cuerpo apoyado en ella.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo —Le humedeció los labios con la lengua y después atrapó su labio inferior con los dientes y tiró de él con suavidad.

Alice metió las manos debajo de la camiseta blanca de Samuel, acarició su ancha espalda que se arqueaba cuando apretaba la pelvis contra su vientre y fue bajando lentamente. Samuel gimió al sentir el tacto de Alice bajo la ropa interior masajeando sus nalgas y atrayéndolo aún más hacia ella.

La alzó en sus brazos fuertes y torneados y Alice se aferró a su cintura con las piernas. Samuel se

sentó sobre el montículo de paja que había dejado Alice a un lado y ella quedó sentada a horcajadas sobre su regazo. Samuel le acarició uno de sus generosos pechos, enganchó sus dedos en el top y en el sujetador y tiró hacia abajo hasta dejar su pecho al descubierto. Samuel lo cubrió con su ardiente boca y acarició con su lengua húmeda el pezón que se endureció al instante. Alice echó la cabeza hacia atrás y reprimió un gemido.

—Te deseo tanto —ronroneó Samuel al verla tan excitada.

—Y yo a ti…

Los dos dibujaron una gran sonrisa dejando al descubierto sus bonitas dentaduras que casi chocaron al volver a besarse.

—¡Samuel! —la voz de Felicity les hizo parar en seco— ¿Estás por aquí? ¡Samuel!

Cada vez se oía más cerca. Alice se cubrió el pecho y se tapó la cara con las manos.

—¡Mierda! —susurró Samuel— Sal y dile que no me has visto.

—¿Qué? —le dijo manteniendo el mismo tono que Samuel y con los ojos como platos—No —dijo con rotundidad. Se levantó y se pegó a la pared—. Sal tú, que yo me muero de vergüenza. ¡Ay, como nos pille tu abuela!

A Samuel se le escapó una risilla nerviosa, se levantó, se sacudió los vaqueros y se encaminó a la puerta de la cuadra antes de que su abuela los viera a los dos juntos ocultando lo evidente.

—Espera —dijo Alice mientras cogía el horquillo—, toma, que parezca que estabas trabajando aquí.

Salió aparentando calma de la cuadra de Hopi portando el horquillo.

—Estoy aquí —dijo haciendo barrera con la puerta para que su abuela no se asomara. Alice se pegó contra la pared y rezó todo lo que sabía para que no les descubriera.

—No me digas que estabas limpiando la cuadra, mira cómo te has puesto —le sacudió la camiseta y los restos de paja cayeron al suelo—. Deja que lo haga Jacob.

—Me gusta ayudar, ya lo sabes, abuela.

—Ya —dijo dándole la razón y al levantar la mirada y observar el gesto relajado de su nieto sonrió—. Vaya, me encanta verte ese brillo de entusiasmo en los ojos, no sabía que te hiciera tanta ilusión limpiar las cuadras.

Samuel le regaló una mueca en la que se adivinaba una risita contenida y desvió la mirada. Felicity era muy lista y no sabía hasta qué punto había ambigüedad en sus palabras.

—¿Qué querías, abuela?

—Oh, cierto. Dos cosas: el abuelo y yo nos vamos con Jeremy y las chicas al centro comercial y

comeremos por allí, ¿necesitas que te traiga algo del supermercado?

—No, tengo todo lo que necesito, gracias.

—Bien y lo otro es simplemente recordarte que esta noche tenemos la cena en familia, así que procura calcular el tiempo para estar duchado y decente para la cena.

A Samuel se le curvaron los labios.

—Por supuesto, abuela, no me olvido.

—Por cierto, me gustaría que Alice asistiera también a la cena de esta noche

Samuel arqueó las cejas.

—¿Y eso? —preguntó intrigado.

—Samuel, querido, a ella le debo la vida y le estoy inmensamente agradecida por haber sido tan valiente y generosa —le confesó mientras acariciaba con cariño el brazo de su nieto—. Y también… porque me gusta el efecto que produce su presencia en todos nosotros, especialmente en ti —Samuel abrió la boca para rebatir eso último, pero ella no le dio opción—. Así que, ¿me harás el favor de decírselo y de convencerla para que asista a la cena?

A Samuel se le llenó el pecho de orgullo al oír a su abuela hablar de la mujer a la que amaba con toda su alma.

—Claro. Así lo haré.

Felicity se alejó contenta a paso ligero poniendo en movimiento la larga falda de gasa que le llegaba hasta los tobillos, como si se deslizase sin tocar el suelo. Jacob entró en los establos a paso ligero, saludó a Felicity y corrió hacia donde estaba Samuel.

—Jefe, acaba de llegar el camión para descargar el pienso.

—Gracias, Jacob, avisa a José y dame un segundo que ya voy para allá.

El mozo asintió y se fue por donde había venido dando zancadas.

Samuel se metió de nuevo en la cuadra, agarró a Alice por la cintura y saboreó su boca una vez más. Ella se derritió en sus brazos.

—Espérame en el cuarto de herramientas dentro de diez minutos, que tú y yo no hemos terminado —le ordenó Samuel con tono meloso y desapareció.

A Alice le sacudió una corriente intensa por todo el cuerpo, excitada por la expectación. Recuperó el horquillo y se apresuró a terminar la cuadra de Hopi.

Samuel entró en el cuarto de herramientas y cerró la puerta tras él. Alice lo esperaba sin nada que cubriera su cuerpo desnudo, salvo la pequeña margarita que todavía adornaba su pelo.

37

Alice salió del baño envuelta en una toalla. Respiró hondo y sopló el aire despacio, formando un diminuto círculo con sus labios. Frente a ella, sobre la cama, reposaban varias partes de arriba y un par de pantalones vaqueros: uno negro y otro azul oscuro. Estiró el cuello y se apoyó el primer top sobre el pecho, giró su tronco a izquierda y derecha sin quitar ojo a lo que veía en el espejo, arrugó la nariz y lo desechó a un lado. Repitió lo mismo con el resto y según los fue descartando, le iba aumentando la desesperación porque se acercaba la hora y no sabía si debía vestir demasiado formal o de un modo más casual. Tampoco tenía mucho dónde elegir y al final optó por los vaqueros azul oscuro y el top negro estampado con un grupo de flores violetas y cuello holter que estilizaba más aún su bonita figura. Se dejó la larga melena suelta y se puso unos finos pendientes plateados que colgaban con gracia unos cinco centímetros del lóbulo. Cogió el postre que había preparado y salió hacia su cita con la familia Monty.
La temperatura a esa hora de la noche era agradable. Las diminutas luciérnagas aparecían y desaparecían en la oscuridad como si bailasen al ritmo de la hipnótica melodía de los grillos.

Subió las escaleras que conducían al porche de la casa familiar y se detuvo frente a la puerta, llevó el dedo hasta el timbre y lo encogió antes de llamar. Le asaltó una duda: y si no les gustaba el pastel, de haber podido, habría ido a la tienda a por una botella de vino o habría comprado pasteles en una pastelería.

—Llama que no da calambre —dijo Jeremy con voz serena y una mueca divertida en su boca.

Estaba sentado en el balancín, fumando un cigarro. Alice dio un respingo y se llevó la mano que tenía libre al pecho.

—Me has asustado, no sabía que estabas ahí.

—Sí, es que a Annie le molesta mucho el olor del tabaco, dice que le da náuseas y dentro de la casa mis abuelos tienen prohibido fumar, así que...

—… es lo que toca, ¿no? —terminó ella la frase y después, cambió de tema—. Annie está estupenda, ¿para cuándo nacerá vuestro bebé?

—Para mediados de octubre —dijo mientras soltaba el humo de la calada que acababa de dar.

—Vaya, estáis casi en la recta final.

—Ya te digo —Sacudió la ceniza en el cenicero y se frotó la palma que sostenía el cigarrillo.

—¿Estás nervioso?

—Sí, bastante, la verdad. Estoy hasta arriba en el trabajo y creo que no podré pasar todo el tiempo que me gustaría con ellos, ya sabes, echándole una mano a Annie.

—Me da la sensación de que Annie es una mujer fuerte e independiente, seguro que es capaz de apañárselas.

—Eso espero —Dio una última calada, apagó la colilla sobre el cenicero y se levantó del balancín—… Vamos antes de que salga mi abuela a buscarnos y me eche un sermón de los suyos por entretenerte. Por cierto, no sé qué es lo que llevas ahí, pero huele de maravilla.

—Pastel de arándanos, no sabía qué traer, me daba cosa presentarme con las manos vacías.

—Es todo un detalle por tu parte. Seguro que está delicioso.

Al entrar por la puerta les recibió un exquisito olor a carne asada, especias y a puré de manzana. Rose y Rony fueron corriendo a saludarla: la niña con los brazos abiertos para abrazarla y el perro, para acariciarla con el hocico en la pierna a la espera de su merecida caricia en la cabeza.

—¡Hola, Alice! —la saludó canturreando y tiró de ella con impaciencia—. Estamos todos en el salón, menos la abuela, que está en la cocina. Ven.

Rose llevaba una bonita camiseta blanca de tirantes anudada a la cintura y unas bermudas color morado. Iba descalza y se desplazaba con la suavidad y la elegancia con la que lo hacía Felicity, su bisabuela, como si en vez de caminar, levitase.

Alice solo conocía la entrada, la cocina y el despacho de Samuel. El salón era un lugar íntimo, cálido y familiar. Las paredes estaban adornadas con cuadros de paisajes y de caballos y los muebles de madera estaban teñidos en color blanco. Tres grandes sofás, formaban una gran U y tras uno de ellos estaban el ventanal que daba al porche de la casa. Separado por un arco de madera, estaba el comedor, a juego con los muebles del salón. Una gran vitrina con el fondo entelado con un estampado de flores amarillas albergaba una bonita vajilla antigua, y dos estantes de relucientes vasos y copas. Otra de las paredes estaba ocupada por un gran aparador a juego, sobre el que había varias fotos enmarcadas, algunas figuras de porcelana y dos candelabros de plata a ambos lados. La gran mesa estaba perfectamente vestida con un mantel de hilo en blanco roto y preparada para siete comensales. Cerca de esta había una puerta doble que a Alice le recordó a la de los bares de las viejas películas del oeste.

Henry, Annie y Samuel estaban sentados, cada uno en un sofá, disfrutando de la charla, acompañada por una suave melodía de piano que se escuchaba de fondo. Rony ocupó su sitio sobre una colchoneta, junto a uno de los sofás, al lado de Samuel.

Henry fue el primero en levantarse para saludarla. Annie y Samuel le siguieron y esperaron su turno. Por unos instantes, Alice se sintió abrumada por ser el centro de atención.

Annie le regaló un tierno abrazo y después la estrechó ambas manos.

—Cuando nazca el niño, tú y yo tenemos que quedar para que me enseñes un par de llaves de

esas como la que le hiciste a aquel desalmado —le pidió en modo confidente.

—Y a mí también, por favor —dijo Jeremy— para defenderme de mi mujer, que cuando se enfada…

—¡Oye! —le regañó en broma propinándole un manotazo en el antebrazo.

—Lo ves, se vuelve peligrosa.

Annie puso los ojos en blanco y emitió un pesado suspiro.

—Ni caso, tú solo a mí, ¿vale? —le dijo buscando complicidad.

—Claro que sí, solo a ti —dijo Alice delante de todos fingiendo seriedad—, pero no lo digas muy alto para que no se entere Jeremy.

Samuel la observaba con devoción mientras todos se reían por su espontaneidad. Estaba preciosa, como siempre. En tan poco tiempo, había logrado conquistarlos a todos y a él le había hecho sentirse vivo de nuevo. Le gustaba trabajar con ella y pasar todo el tiempo posible a su lado, pero sabía que ese no era su lugar y eso le escocía por dentro. Ella estaba hecha para realizar otro tipo de trabajo. No lo podía evitar. Sabía que seguiría echando de menos su profesión como agente de la ley y que por mucho que ella dijera que era feliz en el rancho, esa carencia la haría sentirse incompleta en algún momento. Samuel la amaba tanto que estaba dispuesto a apoyarla si, llegado el momento, decidía incorporarse de nuevo a la DEA; aunque eso supusiera dejarla marchar.

Felicity salió secándose las manos en el delantal.

—Muy bonito, yo en la cocina dándolo todo y no me avisáis de que ha llegado nuestra invitada.

—He traído esto, espero que os guste —se lo enseñó con timidez.

—Mmm, seguro que sí —dijo Felicity entusiasmada—, pero no tenías por qué traer nada. Ven conmigo a la cocina y te digo dónde podemos colocarlo para que Rony no se lo coma, no le quita ojo y no para de relamerse.

El perro escuchó su nombre, alzó las orejas y se levantó para seguirlas a la cocina.

—Esto sí que huele delicioso —admitió Alice al detenerse frente al horno.

—Es un asado de carne, lo serviré con patatas y con puré de manzana, seguro que te gusta. Sé que no eres quisquillosa con la comida, nada que ver con Samuel, por ejemplo.

Alice sintió un latigazo eléctrico en el estómago y sus mejillas se sonrojaron al ver a Samuel entrando por la puerta, gesto que no pasó inadvertido para Felicity.

—Con que hablando mal de mí a mis espaldas… No la creas, que como todo lo que me pone mi abuela sin rechistar —se acercó a Felicity y le regaló un beso en la mejilla.

—Bueno, he de reconocer que ahora que ya te has hecho todo un hombre sí, en cambio, hace unos años… era insoportable y yo sufriendo porque no se alimentaba bien.

Samuel le dedicó una mirada entrañable a su abuela y después posó sus cálidos ojos café sobre Alice, que observaba la escena conteniendo la risa.

—Mira, querida, deja el pastel aquí —recordó a qué habían ido a la cocina y apartó unos platos que tenía en la encimera—, bien pegado a la pared o este glotón llegará y no nos dejará ni las migas.

Rony estaba sentado, observándolas, como si esperara que le dieran un premio por portarse tan bien.

Rose vino a buscar a Alice para que se sentara a su lado en el salón y agradecida, se dejó arrastrar por la niña.

Felicity retuvo a su nieto por el brazo antes de que saliera de la cocina.

—Si me permites un consejo, querido —Alzó los ojos y al sonreír se le marcaron las arrugas sobre sus mejillas rosadas—: dos corazones libres que se aman no deberían esconder ante los demás el amor que se profesan. He visto cómo os miráis y eso lo dice todo. Me alegro mucho por vosotros dos; después de todo, no tuve tan mal ojo, ¿verdad? —Le dio unas palmadas en el antebrazo y se marchó a reunirse con la familia en el salón.

Samuel se quedó petrificado unos instantes en la cocina, asimilando el sentido que tenían las palabras de su abuela que revoloteaban como mariposas por su estómago.

Tenía ganas de presentarla como su pareja ante todos, pero quizás era demasiado pronto y no sabía qué opinaría Alice al respecto. Aunque ella había cambiado y parecía mucho más abierta y segura que cuando iban juntos al instituto, seguía siendo muy tímida y reservada.

El timbre de la puerta le hizo dar un respingo.

—¡Yo abro! —avisó Samuel y se dirigió a abrir.

Al otro lado de la puerta se encontró a una Liz más modosa y tranquila que de costumbre.

38

A Alice le dio un vuelco el estómago cuando Rose salió disparada a saludar a la recién llegada. Liz apareció en el salón al lado de un Samuel tenso y contrariado. Éste le dedicó una mirada a Alice que no supo interpretar. Se levantó por educación, a la vez que Annie y Jeremy.
—¡Tía, Liz! ¡Has venido! —La niña se fundió con ella en un abrazo que no fue correspondido con la misma efusividad con la que la niña se había encaramado a ella. Liz le dijo unas palabras al oído y la niña se puso a dar saltos de emoción.

Dicen que hay gente que con su mera presencia son capaces de absorber la buena energía de los sitios y de otras personas. Que son como vampiros energéticos: cuanto más consumen a esa persona, más fuertes y enérgicos se muestran ante los demás. Esa es la sensación que le dio al verla allí. Con su llegada había conseguido que el buen ambiente de alegría y felicidad se desvaneciera; salvo para Rose que, gracias a su inocencia, parecía ser inmune al efecto negativo que Liz provocaba en los demás.

—Abuela, abuela, Liz ha podido venir un ratito.

Felicity, que aún estaba sentada junto a su marido, tensó la mandíbula y entrecerró los ojos.

—Cariño, déjalo estar y acabemos bien este día, ¿de acuerdo? —le susurró Henry a su esposa. Ésta resopló y agachó los hombros con resignación.

—Está bien. No te prometo nada, pero lo intentaré —le contestó en el mismo tono y fingió una sonrisa a medias.

Liz saludó a todos con un beso, incluida Alice.

—Vaya, Alice, qué sorpresa verte hoy aquí. Creí que esta cena era solo para la familia.

Alice mantuvo la línea curva que formaba su boca imitando a una sonrisa cordial, aunque se moría de ganas por decirle “pues ya ves, tú tampoco eres familia y aquí estás y si fueras un poquito menos obstinada y miraras a tu alrededor, te darías cuenta de que no eres bienvenida.”

Felicity no dio tiempo a que Alice respondiera y cambió de tema.

—Liz, querida, pensé que estarías tan liada que no podrías venir.

—Bueno sí, yo tampoco sabía si podría… Es que se lo prometí a Rose —En ese momento, le pasó el brazo por el hombro a la niña y atrajo hacia ella— pero si es mal momento, puedo volver mañana.

—Es verdad, abuelita, me lo prometió, además me ha traído las calcomanías que le pedí, las de las mariposas. ¿Puede quedarse a cenar con nosotros? Por favor, por favor, por favor —Terminó su discurso con las manos suplicantes y esa sonrisa mellada por el cambio de dientes que hacía imposible negarse a lo que pidiera.

La tensión que destilaban las miradas de los allí presentes podía palparse con los dedos. Por unos instantes, Alice quiso salir corriendo. Había vivido momentos de tensión en su vida, pero ninguno tan embarazoso como aquel.

La alarma del horno sonó de fondo.

—Claro, mi niña —le dijo Felicity a Rose, acariciándole la barbilla—. Además, llegas justo a tiempo, Liz, voy a sacar la cena del horno antes de que se queme.

Alice y Annie se fueron tras Felicity para ayudar a emplatar y servir la cena. Jeremy y Henry ocuparon sus asientos en la mesa y Rose se ocupó de poner el plato, la servilleta, los cubiertos y las copas que faltaban.

—Te veo muy bien, Samuel. Me alegro mucho de que ya estés tan recuperado —El comentario sonó cariñoso. Samuel apretó los dientes y sin mirarla, le dio las gracias.

Liz quería agarrarle por el brazo y obligarle a que escuchara lo que quería decirle, que estaba dispuesta a cambiar, que quería intentarlo una vez más. Samuel la dejó plantada y se dirigió al comedor dando zancadas y maldiciendo para sus adentros. Cómo tenía la desfachatez de presentarse así en la cena en familia.

Cuando Alice salió con dos platos ya servidos sintió que le hervía la sangre cuando vio a Liz sentarse entre Samuel y Rose. Se tragó la amargura como pudo y les sirvió los platos a ella y a Samuel y se metió de nuevo en la cocina.

Una vez todos los platos estuvieron servidos y en su sitio, Annie, Felicity y Alice tomaron sus asientos. Alice frente a Samuel y junto a Felicity, que presidía la mesa con su esposo (uno a cada extremo), y Annie tomó su asiento entre Alice y Jeremy.

La comida estaba deliciosa y entre conversaciones cruzadas fue transcurriendo la velada con relativa calma. Sirvieron el pastel que había preparado Alice y todos se enamoraron del sabor tan rico. Annie le confesó que antes de que naciera Rose, ella y Jeremy fueron a hacer el Camino de Santiago y que a parte de la generosidad y de la hospitalidad de la gente, les enamoró la comida española. Alice les explicó que su abuela era asturiana y que hacía un postre delicioso.

—La leche era de la vaca recién ordeñada —aclaró Alice con un brillo especial en su mirada al recordar ese episodio de su infancia— y en ella hervía el arroz, con azúcar, una rama de canela, piel de limón y un chorrito de licor de anís. Se pasaba cinco horas removiéndolo todo para que no se pegara la leche a la olla. Y lo hacía en una cocina de leña. El resultado era un arroz con leche cremoso y muy rico.

—¿Cinco horas? —preguntó Felicity fascinada— Caray, lo que daría por probar un poquito de

ese postre, desde luego el sabor de todo lo que se cocina a fuego lento, no se puede comparar. A mí me gusta emplear esa técnica para preparar caldo. Afortunadamente tengo una olla de cocción lenta que me lo guisa durante toda la noche sin que tenga que estar supervisándolo.

—¿Y en Los Ángeles también preparabas ese arroz con leche? —preguntó Liz, metiéndose en la conversación que mantenía Alice con la abuela de Samuel y Annie.

—Alguna vez lo intenté, pero en su versión exprés, después de una hora removiendo se dejaba comer, pero no era ni tan cremoso ni tan bueno como el que hacía mi abuela.

—Claro, me imagino que allí no tendrías mucho tiempo, ¿verdad?

—Desgraciadamente, no. Y aunque lo hubiese tenido, creo que no heredé ni la paciencia ni la buena mano para la cocina de mi abuela.

Todos se rieron y antes de que Liz continuara preguntando acerca de su vida en Los Ángeles, Felicity intervino:

—Pues yo creo que se te da muy bien cocinar.

—Sí, tienes el don de las cocineras porque te sale todo delicioso —dijo Jeremy muy convincente — ¿Verdad, hermanito?

—Es cierto, cocina muy bien —afirmó Samuel dedicándole una mirada orgullosa a Alice que la hizo sonrojarse.

Liz se percató de que esas miradas escondían algo más. De nuevo, el ardor que se originó en sus entrañas recorrió su estómago hasta quedarse retenido en su pecho, a punto de explotar. Frotó las manos sobre los muslos, bajo el mantel, tratando de volver a la calma.

—Vaya, ¿y eso? ¿Es que ahora también cocinas para la familia?

Felicity contuvo un bufido y miró para otro lado para que no vieran cómo se mordía la lengua.

—No, para nada, supongo que se refieren a un plato típico de mi país que preparé ayer, para la barbacoa.

—Oh, vaya, qué bien —contestó alzando las cejas y estirando el tronco como si creciendo unos milímetros la hicieran parecer más importante que “la mosquita muerta” —. Por cierto, Alice, hay una cosa que me tiene intrigadísima: ¿Qué ocurrió en Los Ángeles? ¿Te despidieron o algo así? No sé, debió de ser algo muy gordo para que lo dejaras todo y acabar aquí.

—Liz —Samuel le llamó la atención para proteger a Alice.

—¿Qué pasa, Samuel? Solo trato de darle un poco de conversación para que se sienta, no sé, más integrada con todos nosotros.

—Liz, déjalo ya —la reprendió Samuel con voz tajante y le negó con la cabeza para que no siguiera por ahí la conversación.

Liz dejó escapar una risa nerviosa.

—Samuel, no entiendo por qué te pones así, seguro que es algo que todos los que estamos aquí nos lo hemos preguntado en algún momento. Además, si no ha hecho nada malo como para salir huyendo, no tendría ningún problema en compartir su historia con nosotros, ¿no?

—Liz: me parece de muy mala educación plantear ese tipo de preguntas a quien no conoces —interrumpió Felicity muy seria.

—Entonces, os pido disculpas, no era mi intención parecer mal educada —reconoció a regañadientes.

—No es a nosotros a quien debes pedir perdón, jovencita —protestó Felicity a punto de perder toda la paciencia con aquella mujer.

—No pasa nada, Felicity —dijo Alice tratando de ser diplomática—. Creo que Liz solo se interesa por conocerme un poco mejor. No me despidieron, Liz, me fui yo porque era un trabajo que me estaba afectando emocionalmente y necesitaba un cambio en mi vida. Vine a Cloverdale porque el recuerdo que tenía de esta zona encajaba con la distancia y la tranquilidad que necesitaba. Fui muy afortunada al venir a parar aquí y les estaré siempre muy agradecida a esta maravillosa familia por contratarme y acogerme.

Liz se quedó sin palabras, quería preguntarle a qué se dedicaba. Sabía que ocultaba algo, y estaba segura de que, averiguándolo, encontraría alguna razón para que los demás abrieran de una vez los ojos y conocieran a la verdadera Alice. Estaba convencida de que solo así conseguiría que la echasen del rancho.

Por unos instantes, fue consciente del mal ambiente que se había creado en cuestión de minutos. Se lo pensó bien antes de insistir en el mismo tema; acababa de comprobar que todos estaban tan deslumbrados con Alice que estaban dispuestos a defender a una desconocida antes que a ella, que había formado parte de esa familia durante tantos años.

—Me alegro de que tuvieras el valor de dejar una vida que no te hacía feliz para empezar en otro sitio. No todo el mundo es capaz —Le lanzó una falsa sonrisa y se dirigió al patriarca de la familia—. ¿Y tú, Henry? Te encuentro cada vez mejor. ¿Qué tal el tratamiento?

—Estoy muy contento, la verdad. Llevo muy poco tiempo con uno nuevo y ya noto bastante mejoría. Hasta me han bajado la dosis del calmante, ahora solo me pongo dos parches.

—Qué bueno, me alegro mucho, de verdad. ¿Y cuándo tienes la próxima revisión?

Alice y Annie ayudaron a recoger la mesa mientras Samuel iba enjuagando y colocando los platos y cubiertos en el lavaplatos. Felicity organizó la comida sobrante en contenedores herméticos y después limpió las copas a mano. El ambiente en la cocina era más relajado que en el salón. Felicity y Annie hablaban de la llegada del bebé mientras Alice y Samuel se dedicaban miradas llenas de complicidad a espaldas de las otras dos mujeres.

—¡Pero no me digas que todavía no habéis decidido el nombre! —preguntó Felicity indignada, llevándose las manos a la cabeza.

—Pues todavía no nos hemos puesto de acuerdo: Jer dice que Frederick, pero a mí me gusta más David. Mira, Alice —Annie le enseñó la foto de una ecografía en 3D del bebé—. No me negarás que tiene cara de llamarse David.

—A ver cuñada. Cualquier nombre que le pongáis le sentará bien a esa cara tan bonita —le dijo Samuel a la vez que la achuchaba, adelantándose para echarle una mano a Alice que seguía pensativa.

—Tengo una idea —propuso al fin Alice—: Por qué no escribes los nombres cada uno en una papeleta, las haces una bolita y le das a elegir a Rose para ponerle el nombre que salga. Los dos nombres son preciosos.

—A mí me parece una idea genial —dijo Jeremy uniéndose a la conversación mientras le entregaba a su abuela dos copas que habían quedado en la mesa.

La reunión familiar se trasladó al salón, allí tuvo lugar el singular sorteo donde la mano inocente de Rose sacó la papeleta que portaba el nombre de su hermano. Annie no pudo contener el entusiasmo cuando la niña estiró el papel y leyó en voz alta y clara: David.

39

Alice llevaba un rato queriendo salir de allí para refugiarse en su cabaña. Estaba cansada de la superficialidad de Liz, de sus comentarios malintencionados, de sus miradas despectivas hacia ella cuando nadie más la veía. Pero lo que realmente le hacía revolverse era que Liz no se despegaba de Samuel, y que de vez en cuando posaba la mano sobre el muslo de Samuel o le acariciaba el brazo. Él le apartaba la mano con delicadeza e intentaba alejarse de ella los escasos centímetros que le permitía su hueco en el sofá y eso la enfadaba más aún: que Liz no se diera por aludida. Aunque debía reconocer que extrañaba la cercanía de Samuel, su tacto, su calor, su perfume, la seguridad que le proporcionaban sus abrazos, la sensación exquisita de sus besos… Necesitaba salir de allí con urgencia, antes de que aquella dichosa mujer consiguiera sacarla de sus cabales.

—Annie —dijo Alice haciendo un esfuerzo para sonar natural y relajada—, ¿dónde está el aseo?

—Es la puerta que está en el vestíbulo, entre la cocina y las escaleras.

—Vale. Gracias.

Alice desapareció del salón dando zancadas y se refugió en un lugar seguro, al menos por unos pocos minutos, tiempo suficiente para refrescarse y descongestionarse un poco.

—Tía, Liz —dijo Rose emocionada porque acababa de acordarse de algo importante para ella—: ¿Y los tatuajes de mariposas? Me dijiste que después de la cena.

A Liz le sentó como una patada que la niña interrumpiera lo que parecía un pequeño avance entre ella y Samuel, pero contuvo su mal genio con tal de ganar puntos ante el propio Samuel y su familia.

—Es verdad —Rebuscó en su bolso y sacó dos sobres—. Vamos, que te ayudo a poner los tatuajes.

Ya en la cocina, Liz abrió el primer sobre, quitó el papel transparente protector y le colocó la calcomanía en la parte externa del brazo. La empapó un poco con agua tibia y la dejó para que le diera tiempo a fijarse el dibujo sobre la piel.

—Espera, espera —dijo la niña entusiasmada—, esa mejor pónmela aquí —se retiró el pelo de la espalda y le señaló el omóplato.

—Vaya sitio más raro para poner un tatuaje —pensó Liz en voz alta.

—Qué va, es que Alice tiene uno ahí muy bonito de unas golondrinas y yo quiero ser cómo ella. ¿A que Alice es muy guapa?

A Liz se le revolvieron las entrañas. Se quedó blanca tratando de controlar esa rabia que iba subiendo desde la tripa hasta arder en su pecho. Dejó la mirada en un punto fijo para concentrarse y reponerse a ese comentario.

—Tía, Liz, ¿te encuentras bien?

Volvió a respirar y le dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Es que… es que me duele mucho la cabeza, cariño. Pero no te preocupes, yo te pongo ahora el tatuaje donde me has dicho. Te va a quedar muy chulo.

—¿Y por qué no te tomas una medicina para el dolor?

A Liz no le pareció tan mala idea. El analgésico no, pero le vendría bien tomarse un calmante y ella sabía dónde guardaba Felicity las medicinas.

—Tienes razón, princesa.

Se levantó, fue al armario del microondas y sacó la caja de medicamentos buscando algo que pudiera templar sus nervios. Entre las cajas, vio una que le llamó la atención. Miró de soslayo a Rose y sacó un diminuto parche de su interior. Devolvió la caja a su sitio y regresó donde Rose la aguardaba impaciente para que le pusiera el otro tatuaje.

—A veces se me rompen cuando me los pongo yo, no sé por qué —comentó Rose, junto al fregadero.

—Eso es porque los quitas antes de tiempo —Sacó el otro tatuaje y se lo puso en el omóplato. Lo humedeció y después, la invitó a que tomara asiento en una silla. Observó el parche durante unos segundos.

—Tienes que decirle a Alice que te enseñe el tatuaje. Son unas golondrinas negras que vuelan.

—Vaya, te gusta mucho Alice, ¿verdad?

—Es que es muy buena. He oído decir a la abuela que gracias a ella tío Samuel vuelve a estar contento; ¿a que eso está genial? El otro día fuimos a montar a caballo. Alice no sabía pero tío Samuel la enseñó y aprendió muy rápido y después nos dimos un chapuzón en el río.

—Vaya, ¿y tus papás te dejaron meter en ese río tan frío?

—Ellos no vinieron, solo Alice y tío Samuel, además fue ella la que me dejó bañarme y el agua no estaba tan fría. Nos salpicamos y nos hicimos cosquillas los tres. Lo pasamos muy bien.

Liz apretó los labios con rabia. En sus ojos de gata asomó una lágrima cuando le colocó con disimulo el parche en la base del cuello, bajo su bonita melena castaña ondulada.

—Espera un ratito antes de quitarte el papel para que agarre bien y después vas al salón a darnos una sorpresa con todos tus tatuajes, ¿vale? —le dio un beso en la frente y se fue al salón.

Alice se miró en el espejo. No podía demorarse más o alguien la echaría de menos e iría a interesarse por ella. Lo último que quería era convertirse en el centro de atención.

Entró en el salón en el momento en el que las puertas vaivén del comedor se abrieron de golpe. Rose se tamaleaba, balbuceando un inaudible "mamá", pálida y con los labios morados. Intentó alargar la mano como si así consiguiera llegar hasta su madre y se desplomó produciendo un golpe amortiguado sobre el suelo.

Alice sorteó a toda velocidad la mesa de comedor hasta llegar a la pequeña que ya la tenía su madre en brazos. Annie se balanceaba gritando el nombre de su hija y llorando.

Todos se arremolinaron alrededor. Alice se hizo un hueco hasta llegar a la niña para evaluar la situación.

—Rose, ¿me oyes? —La zarandeó con cuidado y tampoco obtuvo respuesta. Apenas se apreciaba movimiento en su diminuto pecho y acercó la oreja a la boca entreabierta de Rose.

—Respira —dijo con urgencia—. Rápido, Samuel: llama al 9-1-1 y ponlo en manos libres.

Le levantó los párpados con cuidado: las pupilas estaban muy retraídas, del tamaño de la cabeza de un alfiler; después, registró su pequeño cuerpo, vio el tatuaje de mariposa del brazo recién puesto y en el omóplato otro sin retirar el papel, todavía húmedo.

—¿Qué buscas? —preguntó Felicity angustiada.

—Henry, ¿te has cambiado los parches hoy?

—No, ayer, ¿por qué?

—Está usted hablando con emergencias —respondió un teleoperador con voz serena y metálica al otro lado del teléfono—. Mi nombre es Charlie, ¿cuál es la emergencia?

—Mi nombre es Alice y le llamo desde el rancho Monty, en Cloverdale. Una niña de siete años presenta signos de sobredosis, posiblemente por un parche de fentanilo: ha perdido la conciencia hace aproximadamente dos minutos. Su respiración es débil, casi imperceptible, ritmo cardíaco muy lento y débil, pupilas muy retraídas, piel pálida y labios azulados… —Alice seguía inspeccionando el cuerpo de la niña hasta que palpó el parche en su cuello, entre el pelo. Sacó un pañuelo limpio del bolsillo y se ayudó de él para despegar el parche con cuidado para no contaminar la prueba y no intoxicarse ella con el medicamento—. Confirmo, por parche de fentanilo, de 20 microgramos/hora —alzó los ojos—. Henry, ¿llevas el antídoto encima? ¿La Naloxona?

—Siempre —Se palpó el bolsillo de la camisa y Alice extendió la mano instando a que se lo diera.

—Procedo a aplicarle la Naloxona.

—Perfecto, Alice, no deje de decirme lo que hace y cómo se encuentra la niña.

Lo sacó del envoltorio, se lo colocó en la nariz a Rose y pulsó hasta liberar el antídoto.

—Ya está —En cuestión de segundos, el antídoto empezó a hacer efecto—. Vuelve a recuperar la conciencia, se está moviendo.

Annie y Jeremy se abrazaron con fuerza sin poder contener las lágrimas de emoción al ver a su hija reaccionar al antídoto con tanta rapidez.

—De acuerdo, ¿cómo es su respiración ahora? —preguntó el técnico de emergencias.

—Menos débil que antes, ahora se aprecia cómo se le mueve el pecho.

—Bien, tranquila, lo estás haciendo muy bien. ¿Puedes tomarle el pulso?

Alice colocó los dedos índice y corazón sobre el cuello, al lado de la tráquea.

—Aún es lento, pero las pulsaciones son fuertes —dijo algo aliviada.

Rose abría y cerraba los ojos, muy aturdida e intentaba hablar sin lograrlo.

—Bien, es buena señal que el antídoto le haya hecho efecto. Aun así, hay que estar alerta por si recae. ¿Tienen más dosis de Naloxona?

Henry negó con la cabeza.

—No —contestó Alice por él.

—Vale. No se preocupe. ¿Sabría practicarle una reanimación en caso necesario?

—¿Una RCP? Sí.

—¿Es usted sanitaria? ¿Me puede facilitar sus datos, por favor?

—Soy Alice Roberts, agente especial superior de la DEA de Los Ángeles. He recibido formación en reanimación y he tenido que realizarla en más de una ocasión.

Samuel se sintió orgulloso de ella por haber conseguido que Rose recobrara la conciencia y por haber dicho en voz alta lo que era. Los demás se quedaron boquiabiertos al escuchar lo que acababa de decir. Para la mayoría de ellos, ciertos detalles en su comportamiento empezaron a tener sentido, aunque en todos ellos, a excepción de Samuel, surgió una duda: ¿Qué estaba haciendo una agente de la DEA escondida en su rancho?

Liz, en cambio, se sintió amenazada, tarde o temprano la terminarían descubriendo si no pensaba en cómo salir de ese lío.

—Vaya, agente Roberts, me tranquiliza saber todo eso. Una UCI móvil se dirige para allá. Está a menos de ocho minutos del rancho Monty, también va una patrulla de la policía en camino. No obstante, yo seguiré aquí hasta que llegue la ambulancia, por si me necesitan. ¿Están los padres de la niña ahí?

—Sí —contestaron los dos al unísono.

—De acuerdo, ¿Cómo se llama su hija?

—Rose —dijo Annie con voz temblorosa.

—Bien. Mantengan la calma en todo momento, la agente Roberts ha actuado con rapidez y eso nos da mucha ventaja. Lo siguiente será llevar a Rose al hospital de Cloverdale, allí le harán algunas pruebas y pasará en observación entre 24 y 48 horas. No se alarmen, es parte del protocolo, para que no tengamos un susto, ¿de acuerdo?

Jeremy y Annie asintieron.

—Agente Roberts, ¿cómo sigue la niña?

—Ha recuperado algo de color y aunque abre los ojos está algo adormilada.

—De acuerdo, ya casi están ahí, según me marca el programa llegarán en menos de dos minutos. Ánimo familia.

El timbre resonó en el salón y todos se sobresaltaron.

Samuel dejó el teléfono en el suelo, al lado de Alice, y acudió a abrir la puerta. Enseguida volvió acompañado por dos agentes.

—¿Ha llegado ya la ambulancia? —preguntó Charlie, el técnico de emergencias.

—No, es la policía —contestó Alice.

Antes de que los agentes pudieran presentarse al resto, Rose empezó a convulsionar, su piel se volvió pálida de nuevo y los labios comenzaron a tomar el color azulado de antes. Tras un fuerte espasmo, Rose se desvaneció.

—¡Está muerta, está muerta, Dios mío, Jeremy, nuestra hija! —los dos rompieron a llorar y los demás miembros de la familia entraron en pánico. Alice permanecía concentrada en el pecho de Rose, ante la ausencia de movimiento, acercó la oreja a la boca de la niña y pidió silencio.

Annie ahogó su llanto en el pecho de Jeremy, que no podía apartar la mirada de su hija a pesar de que las lágrimas le impedían verla con claridad. Felicity y Henry continuaban al lado de su bisnieta observando con preocupación y una profunda pena. Samuel estaba de pie, junto a Alice, tenía el convencimiento de que haría hasta lo imposible para traer de vuelta a su sobrina.

—No respira, empiezo con la RCP —dijo Alice y sin perder más tiempo, le practicó cinco respiraciones boca a boca. Repitió el gesto, acercó la mejilla a la boca entreabierta de Rose; al no

percibir signos de respiración, colocó la base de una mano en el esternón de Rose y empezó a hacer las compresiones— ¿Cuánto queda para que llegue la ambulancia?

—Un minuto, quizás menos —dijo el técnico al otro lado del teléfono—, por favor, no pare hasta que lleguen los paramédicos.

—Samuel, ve a la puerta a recibirlos para no hacerles esperar —le ordenó Felicity con urgencia sin apartarse de su bisnieta.

En ese momento, llegaron a la casa Marieta y José.

—¿Qué pasó? Hay un coche policial en la puerta —preguntó alarmada Marieta.

—Es Rose —dijo muy afectado, con la mirada emborronada por las lágrimas— se nos va. Alice está intentando reanimarla. Estoy esperando a la ambulancia.

José le puso la mano sobre el hombro y después siguió a su esposa hasta el salón. Allí continuaba Alice inclinada hacia la pequeña.

Tras quince compresiones, levantó la barbilla de Rose para echarle la cabeza hacia atrás, le abrió la boca con suavidad y acercó su mejilla. Seguía sin sentir su aliento, pinzó la nariz de la niña con dos dedos y le cubrió la boca con la suya con firmeza. Le hizo dos respiraciones de boca a boca y repitió las compresiones. Los paramédicos llegaron en el preciso momento en el que Rose empezó a toser.

—Agente Roberts, ¿esa tos es de la niña? —dijo el técnico de emergencias al otro lado de la línea.

—Sí, es de ella. Vuelve a respirar —dijo aliviada, con sus ojos llenos de lágrimas, a punto de rebosar—. Los paramédicos le acaban de aplicar una segunda dosis de Naloxona y está recuperando la conciencia.

Alice se apartó a un lado para dejar que hicieran su trabajo. Samuel la ayudó a levantarse y ambos se fundieron en un largo y cariñoso abrazo que no dejó dudas a ninguno de los presentes del profundo sentimiento que sentían el uno por el otro.

40

Jeremy y Annie escoltaron a la ambulancia en la Voyager sin hablar. Él iba concentrado al volante, ansioso por llegar al hospital y poder estar con su hija. Annie sollozaba en silencio y rezaba; rezaba como no había hecho en toda su vida para que su pequeña sobreviviera.
Rose llegó estable al hospital. Tenía mucho sueño y decía cosas inconexas, arrastrando las palabras. Después de hacerle las pruebas y asignarle su tratamiento, la pasaron a una habitación en la zona de cuidados intensivos. El doctor se mostró satisfecho por los resultados y permitió que sus padres la acompañaran durante el tiempo que tuviera que permanecer allí, pero les advirtió que debían dejarla descansar.

La dosis del parche era muy alta para una niña de su edad y complexión y aunque había estado expuesta poco tiempo al fentanilo, había estado a punto de morir por sobredosis. El médico les confirmó que, de no haber sido por la rápida intervención de Alice, la niña no habría llegado viva al hospital.

Tras hablar con Jeremy, fue Felicity la encargada de trasmitir la buena noticia a los que se habían quedado en el rancho mientras los agentes les tomaban declaración.

El lugar elegido por los agentes Martins y Smith para tomar nota de lo ocurrido fue la mesa del salón, sobre la que habían retirado el mantel. Martins era el más veterano, de unos sesenta, de la misma estatura de Alice, con bigote negro y mirada felina. El otro agente era un muchacho joven que no llegaba a los treinta, rubio, tan alto como Jeremy y muy delgado. El agente Martins fue el encargado de las preguntas y Smith, de vigilar a los demás, que esperaban sentados en el salón, en silencio. La primera en prestar declaración fue Alice, a la que el agente alabó por su acción y por la labor que realizaban los agentes de la DEA. Alice se sacó del bolsillo el pañuelo donde había envuelto el parche para que lo analizaran en busca de huellas. Ella lo tenía cada vez más claro quién lo había hecho, aunque tampoco podía acusarla sin pruebas. Si la policía local hacía bien su trabajo, se haría justicia.

El agente Martins lo metió en una bolsa y se la guardó en el bolsillo de la camisa. Alice les contó que fue al aseo y que cuando salió vio a Rose entrar en el salón tambaleándose, perder la conciencia y caer al suelo. Después, Samuel confirmó con su testimonio todo lo que Alice había dicho y añadió que Liz y Rose se habían ido juntas a la cocina, y que Liz regresó sola al salón antes de que la niña saliera y cayera al suelo inconsciente.

Henry confirmó la versión de Alice y la de su nieto Samuel.

—¿Alguna idea de cómo pudo ir a parar ese parche a la nuca de la niña, señor Monty?

—No, señor —respondió Henry muy afectado—, pero lo único que tengo muy claro es que Rose

no se lo puso.

—¿Y por qué cree usted eso?

—En primer lugar, porque nosotros guardamos las medicinas en una caja, en un armario alto de la cocina para que ella no llegue. Por otro lado, yo desecho los parches doblados por la mitad y metidos en una bolsa de plástico que cierro y tiro a la basura para evitar accidentes. Así me lo recomendó mi médico y así lo hago siempre.

—Ya, entiendo —escribió algo en su libreta—, pero pudo acercar una silla, subirse coger el parche.

—Eso es imposible, esas sillas pesan como un demonio. Dudo mucho que fuera capaz de moverla ella sola y aunque hubiese podido arrastrarla, créame que la habríamos escuchado.

Después le tocó el turno a Felicity que sin contradecir las versiones de los demás, dio algo más de información añadiendo que a su bisnieta le encantaban las calcomanías y que Liz le había traído unas como solía hacer siempre y la había acompañado para ayudarla a ponérselas.

El agente Martins llamó a Liz. Ella confirmó que estaban todos en el salón, a excepción de Alice que se había ido al aseo, y le contó con naturalidad que había acompañado a la niña a la cocina para ponerle unas calcomanías que le había traído.

—Está bien, señorita Gilmour —dijo tomando notas en su libreta el agente Martins—. Dice que le puso ambas calcomanías y que la dejó sola en la cocina —Liz asintió—. ¿Y por qué la dejó sola?

Liz se removió en la silla y después cogió un mechón de pelo y jugó con él enredándolo sin parar en su dedo.

—Bueno… porque la calcomanía, para que se pegue bien, tiene que estar un rato con el papel húmedo puesto. Para eso podía esperar ella sola en la cocina, así que aproveché y regresé al salón para seguir conversando con la familia.

Al agente Martins no le terminaba de convencer. La notaba inquieta.

—¿Y no le pondría usted el parche a la niña por error? Quiero decir, pensando que era una de esas… calcomanías.

Liz se sintió acorralada.

—Ah, no, no; eso sí que no: ¿no estará insinuando que fui yo la que trató de envenenar a la niña con ese dichoso parche?

—Cálmese, señorita Gilmour, nadie la está acusando de nada, solo intento esclarecer los hechos.

—¿Y por qué no investiga usted a Alice?

—¿A la agente Roberts? ¿Y qué interés tendría ella en hacerle daño a la niña?

—¿Quiere que le dé mi opinión?

—Adelante, lo estoy deseando —la animó el agente Martins intrigado.

—Resulta que desde que ha llegado esa mujer a este rancho han ocurrido dos cosas que a mí me parecen muy sospechosas: hace unos días se escapó un caballo desbocado que casi me mata y después casi mata a Felicity, pero en el último momento apareció Alice de la nada se puso delante del caballo y le salvó la vida a Felicity. Y hoy, la niña está punto de morir por un parche de fentanilo y va y la salva en el último momento, ¿no le parece a usted sospechoso eso?

El agente Martins guardó silencio por un momento, tratando de asimilar toda la información que le estaba proporcionando Liz.

—¿Y qué sentido tendría eso? ¿En qué la beneficiaría a ella? ¿Por sentirse una heroína iba a arriesgar la vida de otros? Por favor, señorita Gilmour, eso no tiene sentido. Seguro que salva a muchas personas más con su trabajo.

—Bueno, tampoco tiene sentido que una agente de la DEA se presente en este rancho buscando trabajo como peón. Seguramente no sabe que esa mujer estaba locamente enamorada de Samuel cuando íbamos al instituto. ¿Que en qué se beneficiaría? Pues en conseguir que Samuel se fijara en ella de una vez por todas.

El agente la miró sorprendido a la vez que contrariado. Fue directo al salón con el talante muy serio.

—Agente Roberts, ¿es cierto que vino buscando trabajo como peón en este rancho?

A Alice le dio un vuelco el corazón, no quería compartir lo que la había llevado hasta Cloverdale delante de todos. Era demasiado doloroso. Tampoco quería ocultarle nada a la policía.

—Sí, señor. Llegué al rancho a mediados de junio de este año buscando trabajo.

—¿Y puede decirme por qué?

—Por motivos personales —fue su escueta respuesta.

El agente Martins se acercó a Alice.

—Siento mucho tener que decirle esto, pero está usted detenida como sospechosa de intento de homicidio.

Samuel salió en su defensa.

—¡No pueden detenerla! ¡Ella no ha hecho nada malo! ¡Le ha salvado la vida a mi sobrina! Esto es ridículo, conozco al jefe de policía. Farrell no permitirá esto. Es una vergüenza. Voy a llamarle ahora mismo.

Alice respiró hondo y puso la mano sobre el móvil para que no marcara el número.

—Samuel, solo hacen su trabajo. Soy sospechosa y me tienen que llevar a comisaría. No tengo nada que ocultar. Te prometo que daremos con quien ha intentado hacer daño a Rose. Por favor, deja que los agentes hagan su trabajo.

Samuel se quedó en silencio, apretando la mandíbula y los puños con fuerza.

—Está bien, entonces voy contigo.

—Harás más si te quedas aquí con tus abuelos, ellos necesitan tu apoyo más que yo.

Alice dio por zanjada la conversación y alzó las manos para que el agente Martins la esposara.

—No, no haré eso, agente Roberts. Solo le leeré sus derechos de camino a la comisaría, por favor, acompáñeme.

Felicity corrió a darle un efusivo abrazo.

—Alice, querida.

—Shhh, tranquila, todo se aclarará —le susurró al oído mientras la arropaba en sus brazos.

El agotamiento provocado por lo ocurrido en casa de los Monty y el bajón de adrenalina tras salvar la vida de Rose, le ponían muy difícil aguantar con los ojos abiertos. El suave balanceo del coche policial tampoco ayudaba. Acomodó la cabeza en el reposacabezas del asiento trasero y cerró los ojos, prometiéndose a sí misma que solo serían un par de minutos y por unos instantes solo vio oscuridad. A lo lejos, escuchaba los avisos de la radio policial y una especie de murmullo de fondo. Frente a ella aparecieron unas formas de distintos colores que parecían fluctuar sobre el tapiz oscuro que habían formado sus párpados. Alice los apretó con fuerza como si así consiguiera distinguir lo que decía el murmullo. Al darse por vencida, se abandonó a la agradable sensación que antecede al sueño hasta que una voz le susurró al oído: “Sálvala”. Las formas de colores formaron el rostro de Ju Di que le lanzaba una mirada amenazadora a la vez que le decía: “Tú puedes. ¡Sálvala!”

En ese momento, Alice abrió los ojos, sobresaltada y desorientada. Sintió cómo se le erizaba la piel y del mismo modo que una de esas melodías pegadizas resuena sin fin en el cerebro por unos momentos eternos, las palabras de la pequeña Ju Di se repitieron en su mente formando un bucle por el camino hacia la comisaría.

41

—Will, necesito tu ayuda —dijo Alice angustiada al otro lado del teléfono.
—Alice, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, yo estoy bien; bueno en la comisaría de Cloverdale.

Alice le contó lo que había ocurrido. Quería que hablase de jefe a jefe con Farrell para convencerle de montar un dispositivo para proteger a Rose de la persona que había intentado matarla. Tenía la corazonada de que intentaría hacerlo de nuevo. El tiempo iba en su contra: los resultados de las huellas dactilares que habían encontrado en el parche tardarían en llegar y no podían permitirse la espera.

Dos horas después de hablar con su jefe, sonó la campanilla de la puerta de la comisaría de Cloverdale. Una voz grave y ronca resonó en el silencio de la entrada.

—Soy el agente especial a Cargo, Will Adams, de la DEA de Los Ángeles —dijo con autoridad al joven agente Smith mientras le mostraba su identificación—. El jefe Farrell me está esperando.

El jefe de policía salió a su encuentro sin esperar a que el agente Smith le diera el aviso. Era un hombre de rasgos simpáticos, pasados los sesenta, de complexión fuerte y estatura media. Los ojos azul cristalino y el pelo canoso le daban un aspecto entrañable. Will, en cambio, aunque tenía más o menos la misma edad que Farrell, era alto, de aspecto atlético, ojos almendrados color café y piel canela, de pelo negro rizado.

—Acompáñeme, por favor.

Will siguió a aquel hombre con cierto recelo, no lo conocía y no sabía qué se iba a encontrar pese a que habían mantenido una larga conversación por teléfono para convencerlo de que debía de confiar en el buen criterio de su mejor agente.

Alice aguardaba pacientemente sentada junto a una larga mesa en la sala de reuniones. Levantó los ojos cuando intuyó movimiento al otro lado de la ventana que daba al pasillo y cuyas venecianas estaban bajadas con las lamas a medio cerrar. El jefe Farrell abrió la puerta y Will apareció detrás. Alice se levantó y ambos se fundieron en un afectuoso abrazo.

Alice le había explicado al jefe Farrell por qué había tomado la decisión de alejarse por un tiempo de su trabajo. Como era de esperar, él había hecho sus averiguaciones y había

corroborado esa información por su cuenta y también con lo que Will le había contado.

—Como ya le dije por teléfono, Alice es una de mis mejores agentes. Es experta en perfiles, en operaciones especiales y gestión de equipos. La conozco desde el primer día que puso el pie en la Academia y si ha hecho sus averiguaciones, habrá podido comprobar que posee un expediente impecable. Tengo tal confianza en ella que le diría que es la única persona que conozco por la que pondría mi mano en el fuego.

—Lo comprendo y puesto que la agente Roberts está convencida de que la pequeña Rose no está todavía fuera de peligro, haremos todo lo posible para protegerla. Agente Roberts: ¿qué propone?

—Bien —tomó la palabra con tono sereno y seguro—, a juzgar por dónde tenía puesto el parche, seguramente la niña no se enteró de que se lo habían puesto. Creo que la persona que lo hizo estará nerviosa ante la posibilidad de que la niña cuente su versión y la policía ate cabos. En ese caso, pueden ocurrir principalmente dos cosas: que reste credibilidad a esa posible acusación o lo que más temo: que vaya al hospital e intente silenciar a la niña.

—Vale, si esa persona no es tonta, sabrá que podemos dar con ella cuando lleguen los resultados de las huellas que había en el parche.

—Es posible. También podría salir huyendo. Son variables que debemos asumir —dijo Alice con el ceño fruncido.

—Está claro que sospechas de alguien, Alice, dinos quién crees que es —intervino Will. La conocía demasiado bien

—Will, sabes que no me gusta lanzar acusaciones tan graves sin tener pruebas más consistentes.

—Pues esta vez tendrás que hacerlo porque no te lo estoy pidiendo, es una orden.

Alice se apoyó en el respaldo de la silla, se lo pensó por unos instantes, despegó la espalda del respaldo.

Les habló del accidente de Samuel con Candela, de cómo Liz casi la sacó de la carretera cuando regresaba al rancho con el matrimonio Monty, y también de cuando la yegua desbocada casi mató a Felicity.

—No son más que sospechas y meras suposiciones, Will, pero estoy casi convencida de que ha sido ella, de que ha perdido la cabeza. Siempre ha estado obsesionada con Samuel, desde el instituto. Es una mujer superficial, fría y calculadora. Samuel me contó que en más de una ocasión lo amenazó con hacerse daño si la dejaba. Tendrías que ver cómo le ha dado la vuelta a la situación hace unas horas; cómo manipuló al agente Martins. De haber estado yo en su lugar, también la habría creído.

—¿Y es cierto que entre usted y Samuel hay una relación? —preguntó el jefe Farrell entornando los ojos.

A Alice le dio un vuelco el corazón.

—Sí, la hay, desde hace unas semanas.

El jefe Farrell le lanzó una mirada de sospecha a Will y éste se quedó callado, a la espera de una explicación.

—Os doy mi palabra de que cuando llegué al rancho Monty buscando trabajo, desconocía que fuera de los abuelos de Samuel y mucho menos que lo fuera a encontrar allí. A Samuel le había perdido el rastro cuando me mudé a San Francisco con mis padres; es más, di por hecho que había ido a estudiar a la Universidad de Nueva York porque le habían concedido la beca deportiva. Ni siquiera sabía que sus padres habían fallecido en un accidente.

El jefe Farrell asintió apenado. Él y su esposa eran muy amigos del matrimonio fallecido. Lo más doloroso fue darle la mala noticia a Samuel y a su hermano Jeremy.

—Entiendo —dijo Will sin poder ocultar que estaba dolido y molesto porque le habría gustado que Alice se lo hubiese contado a él antes. Se tragó el orgullo paternal y se centró en el asunto que se traían entre manos—. Pero volvamos a lo que realmente nos importa en este momento: ¿Cuál crees que será su siguiente movimiento?

—Ojalá me equivoque, pero creo que aprovechará un momento de vulnerabilidad en el hospital para llegar hasta Rose y acabar con ella.

42

El pitido agudo del monitor que controlaba las constantes vitales resonaba en la habitación donde Rose permanecía sedada. La cama parecía enorme para albergar aquel cuerpo tan frágil y diminuto. Por la amplia ventana del pasillo, se podía ver trabajando a un par de enfermeras tras un mostrador alto y alargado. Por el ventanal situado detrás del sofá donde estaban sentados Jeremy y Annie, solo se había oscuridad.
Jeremy le había pedido a una enfermera una silla para poder sentarse en ella mientras su esposa dormía un rato en el sofá. Cuando la enfermera les llevó la silla, Annie se negó a tumbarse, quería estar despierta por si su niña la necesitaba. Por suerte, la enfermera la convenció para que empleara la silla como reposapiés porque tenía los tobillos hinchados. Annie accedió a regañadientes y poco a poco se fue quedando dormida sobre el hombro de Jeremy.

—Disculpen —le dijo la enfermera con amabilidad entrando por la puerta; al oírla, Annie se despertó sobresaltada—. Tranquila, no pasa nada. Perdone si la he despertado. Verán me dice el doctor que necesita unos datos para completar el expediente de Rose. ¿Sr. Newman, podría acompañarme, por favor?

—Sí, claro.

Jeremy besó a su mujer en la sien y salió detrás de la enfermera.

Annie se acercó para ver cómo su hija dormía plácidamente en aquella cama protegida con barrotes laterales. Verla llena de sondas y de cables era desolador. La besó en la frente y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Por favor, Señor, que salga de esta —rogó en voz baja—. No permitas que tenga que sobrevivir a un hijo. Tiene aún tanto por vivir…

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin control. Unas caían al vacío y otras parecían aferrarse a sus labios para no desaparecer.

—Hola, Annie —le susurró Liz mientras le frotaba el brazo con ternura— ¿Qué tal está Rose?

—Ah, hola, Liz —saludó mientras se limpiaba las lágrimas con las manos—. Pues ahí va. Dice el médico que está estable dentro de la gravedad.

—Eso es bueno. Además, Rose es una niña muy fuerte, lo superará, ya lo verás.

—Eso espero. Gracias, Liz —le dijo desganada, sin fuerzas.

Annie se sentó de nuevo en el sofá y puso las piernas en alto, sobre la silla para aliviar la pesadez. Liz la siguió y tomó asiento a su lado.

—Y, ¿habéis podido hablar con ella? —preguntó camuflando su temor.

—No —Sacó un pañuelo del bolso y se sonó la nariz—. De vez en cuando se espabila un poco y dice cosas inconexas que no llegamos a entender, apenas puede vocalizar. Y el médico nos ha dicho que no la hagamos hablar porque eso supone un esfuerzo que para ella en estos momentos podría ser fatal. Habrá que esperar, no nos queda otra.

—Sí, claro, es lo mejor. Para que se recupere pronto.

—Sí —contestó con un suspiro.

—Por cierto, he comprado un par de botellas de agua para ti y para Jeremy —se las ofreció con naturalidad.

—Muchas gracias, Liz. Eres muy amable. Tengo la garganta seca.

Annie tomó las botellas, quitó el precinto de una de ellas y bebió un par de tragos.

—¿Dónde está Jeremy? ¿Se ha ido a casa?

—No, el médico necesitaba unos datos de Rose y ha ido a facilitárselos, os habéis tenido que cruzar porque acaba de salir.

—Ah, pues no… no le he visto. Habrá sido cuando estaba comprando las botellas en la máquina —se excusó—. Y, ¿tú? Se te ve agotada. Annie, iros los dos a casa, yo me quedaré cuidando de ella, como hice con Sam cuando estuvo ingresado. Lo haré encantada, sabes que adoro a Rose.

—Te lo agradezco, de verdad, pero yo no me quiero ir del hospital.

—Ya, te entiendo —dijo fingiendo comprensión.

—Todavía no…, no puedo creer cómo pudo intoxicarse con uno de esos parches. Henry y Felicity son muy maniáticos con esas cosas, toman muchas precauciones.

—No sé, tal vez ella cogió uno pensando, no sé, que era una calcomanía como las que suelo regalarle —se hizo la afligida—. Ay, espero que no, me sentiría fatal.

—¿Fatal? ¿Tú? ¿Por qué?

—Por comprarle calcomanías.

—No, mujer, no te sientas culpable por eso.

Annie le pasó el brazo por encima del hombro para reconfortarla, nunca la había visto tan afectada y sintió una profunda pena por ella. Pensó en que era una lástima que ella y Samuel no se hubiesen llegado a entender. Habían sido muchos años de relación y Rose la quería como si

fuera su tía.

Unos golpecitos sacaron de golpe de sus pensamientos a ambas mujeres. La misma enfermera que había entrado para llamar a Jeremy entró en la habitación.

—Sra. Newman, el doctor quiere hablar con usted.

Asustada se aferró a Liz.

—¿Qué ocurre? ¿Es por mi hija?

—Tranquila, no es nada de eso. Quiere hablar un momento con usted. Su turno acaba ahora y quiere presentarle al doctor que se quedará al cargo. Su marido está ahora mismo con ellos en su despacho.

—¿Y no puede venir aquí? Yo, yo no quiero dejar a mi niña sola.

—Ve tranquila, Annie, que yo me quedo con ella.

—Solo será un momento —insistió la enfermera con dulzura— y mi compañera estará ahí, en la centralita por si pasa algo, que no va a pasar, ¿de acuerdo?

Costó convencerla hasta que, a regañadientes, Annie aceptó acompañar a la enfermera.

Liz se acomodó en el sofá. De vez en cuando miraba a Rose y, de refilón, observaba a la enfermera de la centralita que vigilaba los monitores de la unidad de cuidados intensivos.

La enfermera recibió una llamada del cuarto de seguridad de esa planta.

—Dígame —contestó con premura.

—Buenas noches, enfermera Williams —dijo la voz varonil al otro lado de la línea—, le voy a pedir que haga como si estuviera hablando con una compañera. Soy el jefe de policía Farrell. ¿Puede ver bien a la mujer que está en la habitación de Rose Newman?

—Sí, claro. La tengo justo en frente.

—Bien, necesito que mantenga la calma. Hemos hecho que sus padres abandonen la habitación sin levantar sospechas. Esa mujer podría ser peligrosa y la tenemos bajo vigilancia. Ahora mismo la estamos viendo por la cámara de la habitación, aun así, necesito que disimule mientras hablamos. ¿De acuerdo?

—Sí, claro, dígame, ¿cómo puedo ayudar? —sonrió como si le estuvieran diciendo algo agradable.

—Actúe con naturalidad en todo momento. En breve irán dos agentes a esconderse donde está usted, para ello necesito que me diga si la mujer podría verlos llegar desde su perspectiva.

La enfermera sacó una carpeta y la puso sobre el mostrador, se puso las gafas de presbicia e hizo

como si consultara algo a la vez que observaba a Liz de reojo.

—Sentada como está ahora mismo, solo me verá a mí. Si vienen muy agachados, no podrá verlos.

—Bien. Si se levanta, por favor, vaya a entretenerla, ¿de acuerdo?

—Sí, lo que usted diga.

Alice permanecía de pie, con los brazos cruzados, observando los monitores. Asintió con la cabeza y Farrell dio la orden para que dos agentes armados acudieran hasta la enfermera Williams.

—Ya están aquí y la mujer sigue sentada, ¿qué quiere que haga ahora?

—De momento, nada más. Siga actuando con naturalidad hasta que la vuelva a llamar. Gracias.

Habían mandado las imágenes que recogía la cámara de la habitación al cuarto de vigilancia, desde donde Alice dirigía la operación. Afortunadamente y desde hacía unas semanas, ese hospital contaba con cámaras en las habitaciones de cuidados intensivos y eso les facilitaba la labor.

Un monitor mostraba a Liz, que seguía en el mismo sitio, mirándose las uñas y con las piernas cruzadas, moviendo la que quedaba al aire con impaciencia. En otro, se veía a la enfermera Williams observando los monitores y tomando nota en un cuaderno con naturalidad, como si no tuviera a los agentes armados escondidos a sus pies, detrás del mostrador.

El jefe Farrell se acariciaba la barba sin quitar ojo a los movimientos de Liz.

—¿Está usted segura de que esa mujer podría hacerle daño a la niña?

Alice alzó los ojos hacia el jefe.

—Haga que la enfermera abandone el mostrador. Si Liz se siente observada, no hará nada —le ordenó y volvió a concentrarse en la imagen de la habitación de Rose.

Volvió a sonar el teléfono y la enfermera contestó a la llamada.

—Cuidados intensivos, ¿dígame?

—Enfermera Williams: Le habla el jefe Farrell de nuevo. Necesito que salga de ahí con disimulo.

—Pero eso es imposible —Se puso nerviosa y al darse cuenta de que podía estropearlo todo se disculpó—. Lo siento, pero no puedo abandonar mi puesto.

—No se preocupe, estará cerca. Lo único que necesito es que salga de su campo de visión de esa mujer y que se ponga en un lugar seguro.

La enfermera fingió estar molesta, agarró la carpeta que había sacado antes y se la llevó bajo el

brazo.

El operativo estaba montado y el acceso a ese módulo del hospital estaba cortado. A los dos agentes escondidos tras el mostrador, se le unieron otros dos, que se colocaron agazapados bajo la ventana, aguardando todos en silencio la orden para actuar.

Liz sonrió al ver que la enfermera se marchaba. Se levantó y miró por la ventana interior. El pasillo estaba despejado y no había rastro de la enfermera. Pensó que, a esas horas de la madrugada, esa tranquilidad era normal en esa parte del hospital. Cuando se quedó la primera noche cuidando de Samuel en aquel mismo módulo, la enfermera se ausentó un par de veces para atender a algún paciente y tardó en volver. Ella no necesitaba tanto tiempo.

Se acercó a Rose y le acarició en la mejilla. La niña abrió los ojos y la reconoció.

—Tía, Liz —balbuceó medio amodorrada.

—Hola Rose.

—Hola —dijo sin ser consciente del todo de dónde estaba.

—He venido a despedirme.

—¿Te vas de vacaciones? —preguntó inocente.

—Ay, Rose —dijo apenada, con un hilo de voz mientras le acariciaba el cabello—. Te voy a echar mucho de menos.

—¿Qué? —La niña sonrió sin comprender lo que Liz le había dicho.

Le agarró con sumo cuidado la cabeza y movió la almohada como si fuera a acomodarla, la deslizó por un lateral y apoyó la cabeza de Rose sobre el colchón.

—Lo siento. Tengo que hacerlo o lo estropearás todo.

La mirada lastimera se llenó de odio y le puso la almohada en la cara. En milésimas de segundos, la habitación se llenó de agentes de policía que la apuntaban con una pistola al grito de que se apartase de la niña.

Al verse acorralada, Liz soltó la almohada y alzó los brazos en señal de rendición.

—Pero, ¿a qué viene todo esto? Yo… yo solo le estaba poniendo bien la almohada. ¿A que sí, Rose? Yo jamás te haría daño. No he hecho nada.

Rose se echó a llorar, no entendía por qué su tía había intentado asfixiarla y por qué había tantos policías en la habitación.

La enfermera Williams llegó corriendo a atender a Rose. El jefe Farrell entró en la habitación, le leyó los derechos a Liz y dos agentes se la llevaron esposada.

Samuel, Jeremy y Annie se encontraban aún retenidos en el despacho del director del hospital por orden del jefe Farrell. Era un lugar amplio y minimalista. Las paredes blancas y los muebles en madera color miel le daban un ambiente sereno y acogedor. El director los acomodó en el otro extremo, en la zona de sofás mientras él se quedó en un discreto segundo plano, adelantando trabajo frente a su portátil.

Samuel había acudido a la llamada de su hermano. Había dejado a sus abuelos a buen recaudo con José y Marieta en el rancho. Estaba muy preocupado por su sobrina y por Alice, y estaba furioso con Liz por lanzar esas acusaciones envenenadas contra Alice. Estaba enfadado consigo mismo porque las sospechas que en su día quiso compartir Alice con él, acerca del extraño comportamiento de Candela, empezaban a cobrar cada vez más fuerza.

Annie se levantó impaciente de la silla. Necesitaba estirar las piernas y caminar hasta calmar ese desasosiego. Si al menos les hubiesen dejado ver lo que ocurría desde una pantalla…, se dijo en silencio.

—¿Confías en ella? —preguntó Jeremy con la expresión pálida y desencajada. Annie se giró y se detuvo a escuchar lo que su cuñado iba a contestar.

—Por supuesto que sí. Estoy convencido de que hará lo que esté en su mano para detener a quien ha intentado hacer daño a Rose —Un triste pensamiento nubló su mente por unos segundos—. Estoy seguro de que no dudaría en dar su propia vida por salvarla.

—Pero… ¿y si no llegan a tiempo? —preguntó Annie con voz temblorosa— ¿Y si le hace algo malo a mi niña?

—Annie, tienen a la mejor dirigiendo el operativo. Llegarán.

—Sí, tío, pero Liz tenía razón: ¿Quién… quién en su sano juicio deja su trabajo y huye a esconderse en una granja? —dijo al fin Jeremy después de darle vueltas desde que entraron en el hospital— ¿De qué estaba huyendo? ¿De algún narcotraficante? ¿De un ex peligroso? Podría habernos puesto a todos en peligro.

—Jer, no hables así de Alice —salió Annie en su defensa—, por lo que he visto desde que la conozco, jamás haría tal cosa: poner a la gente que le importa en peligro y todos nosotros le importamos. Mira cómo defendió a Marieta sin dudarlo o cómo impidió que Candela aplastara a tu abuela. En ambos casos ella podría haber acabado mal y aun así asumió ese riesgo.

—Ya, cariño, es que no me entra en la cabeza de qué se escondía.

—De sus propios fantasmas —confesó Samuel y los demás se quedaron atónitos.

Samuel les relató lo ocurrido con su compañero y con su hija y que, para ella, el hecho de no haberlos podido salvar, le había supuesto un trauma.

—Necesitaba tomar distancia para aclarar las ideas, para ver su vida desde otra perspectiva y encontró su mejor medicina en el rancho… con los caballos.

—Y contigo —dijo Annie con ternura mientras le acariciaba el hombro.

Samuel se echó a reír.

—Sí, supongo que también conmigo.

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron la conversación.

—Adelante —dijo con voz queda el director del hospital que se levantó de inmediato de su asiento.

Alice apareció por la puerta, escoltada por el jefe Farrell y por Will.

—Alice, ¿qué ha pasado? Rose… ¿mi pequeña está bien? —preguntó Annie con miedo.

—Sí, vuestra hija está muy bien —dijo con alegría contenida.

Annie no la dejó continuar y se abalanzó sobre ella para darle un efusivo abrazo.

—¿Y Liz? —preguntó Jeremy con voz trémula— ¿Fue ella quien le puso ese parche?

—Me temo que sí —dijo Alice con gran pesar, no era una situación agradable. A Liz la habían considerado como de la familia desde hacía muchos años y era un tema delicado para ellos—. Ella misma se ha delatado hace un rato y los agentes se la han llevado detenida. Me temo que pasará mucho tiempo encerrada. Lo siento.

—Pero, ¿seguro que fue ella? Es que no me imagino a nadie de los que estábamos allí capaces de hacer algo así; no sé, quizás Rose se lo puso creída de que era uno de esos tatuajes que le regala siempre Liz —dijo Annie sin terminar de creerse lo que había ocurrido.

—No hay duda, Annie. Lo siento mucho, de verdad. Sé que la estimáis mucho —comentó Alice tratando de ser lo más delicada y sincera posible—. Pero han confirmado que las huellas que había en el parche se corresponden con las de Liz.

—Pero ¿por qué? —preguntó Jeremy.

Alice se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No lo sé, Jeremy —dijo Alice—. A veces, cuando las emociones nos desbordan, hacemos cosas irracionales. Supongo que ella no ha sido consciente de las consecuencias que tenían sus actos.

El jefe Farrell les dio permiso a Jeremy y a Annie para que fueran a reunirse con su hija. Samuel prefirió acompañar a Alice, sabiendo que su sobrina estaba bien y fuera de peligro.

El jefe Farrell saludó a Samuel con un efusivo abrazo, después Alice hizo las presentaciones entre Samuel y su jefe, que se quedaron unos instantes, estudiándose mutuamente. Will puso los brazos en jarra dando suficiente holgura a su chaqueta como para dejar a la vista su arma reglamentaria.

—Por fin te pongo cara, amigo —comentó Will alzando una ceja, con tono autoritario—. Solo te lo diré una vez: esta mujer no es solo la mejor de mis agentes, es como una hija para mí. Podría llegar a aceptar no tenerla en mi vida como compañera, pero como hija no.

—Puede estar tranquilo por mi parte —dijo Samuel con convicción—. Jamás le pediría a Alice que renunciase a su trabajo por mí y tampoco permitiría que perdiera el contacto con usted ni con sus seres queridos.

Will le observó por unos instantes y en sus labios se dibujó una bonita sonrisa de satisfacción.

—Me gusta —le dijo a Alice guiñándole un ojo—, es bueno, ¿eh?

—Y listo, sabiendo que vas armado —intervino el jefe Farrell con una carcajada —No, lo digo en serio, es buen muchacho y su familia, la mejor de todo Cloverdale, doy fe de ello. Además, y con permiso de tu "padre" Will —le dijo a Alice—, tengo entendido que hay un puesto libre como ayudante del Jefe de policía en mi comisaría.

—¿Qué pasa en este maldito pueblo? ¿Os habéis puesto todos de acuerdo para robarme a mi chica? —bromeó Will, como solía hacer cuando estaba a gusto con la compañía.

—En fin, yo mejor me voy a ver a Rose —dijo Alice divertida y salió por la puerta del despacho.

Caminaba tranquila por el largo y desértico pasillo en dirección a la unidad de cuidados intensivos cuando Samuel la alcanzó.

—Espera —la obligó a pararse, agarró su cara con ambas manos y le regaló un romántico beso en los labios— Voy contigo.

Los dos caminaron disfrutando del contacto y de la compañía en silencio. Cuando llegaron al módulo, la enfermera Williams ocupaba la garita, pendiente de los monitores. Alzó la mirada al verlos llegar. Jeremy salió a abrazar a Alice.

—Gracias, le has salvado la vida a mi hija dos veces —le dijo con los ojos emborronados por las lágrimas y volvió a abrazarla.

Alice le acogió en sus brazos con una gran sonrisa. En ese momento, vio salir de la habitación de Rose a Ju Di con un vestido blanco y descalza, caminando despacio, se detuvo, miró a Alice y le dedicó una hermosa y amplia sonrisa. Alice sintió cómo la carga que había llevado durante tanto tiempo a cuestas desaparecía. Después, la niña se giró y caminó con gracia en dirección contraria a Alice hasta desvanecerse en la nada.

43

La brisa fresca corría sobre el mullido prado en un idílico amanecer de verano. Sobre una manta de hilo yacían Alice y Samuel. Los dos podían pasarse horas hablando sin cansarse, como una pareja de periquitos que no para de comunicarse y de acariciarse cuando están cerca.
Samuel entrelazó sus dedos a los de ella y alzó su mano para que los suaves rayos de sol del atardecer incidieran sobre sus manos unidas. El resplandor dorado se colaba entre sus dedos y le otorgaba un brillo especial al anillo de compromiso que Alice portaba con orgullo en su dedo anular.

—¿Estás segura de la locura que vamos a hacer? —preguntó Samuel divertido.

Alice se mordió el labio y con una sonrisa picarona se giró y se tumbó sobre él.

—¿Te refieres a casarnos? —bromeó hechizándole con su dulce mirada color miel— Por supuesto.

Su larga melena castaña cubrió sus caras como un sedoso velo mientras ella le regalaba un largo y sabroso beso en los labios.

Samuel respiró hondo, le recogió el pelo detrás de las orejas e incorporó el tronco de modo que Alice se quedó sentada a horcajadas en su regazo.

—Me refiero a casarnos… a lomos de Candela y de Hope.

Al escuchar sus nombres, ambos caballos que yacían a su lado movieron las orejas con un suave resoplido y volvieron a relajarse.

Alice apoyó la mejilla contra el pecho de Samuel.

—Será una boda muy original y emotiva —dijo ella mientras inspiraba su irresistible perfume.

—Original… lo que se dice original; te recuerdo que se está poniendo de moda por los alrededores hacer bodas a caballo.

—Ya, pero en esta… nos estaremos casando dos parejas a la vez.

Samuel enarcó las cejas como si se hubiese perdido algo.

—Vamos a ver, Samuel —dijo Alice levantando la cabeza para atrapar su atención con la mirada —, está claro que entre estos dos hay algo muy fuerte, yo diría que en otra vida fueron cisnes o algo así, porque no se separan el uno del otro nunca.

Rony levantó la cabeza entre Candela y Hopy y emitió un sonoro bostezo. La yegua entreabrió los ojos y se les quedó mirando por unos instantes. Después los cerró y el perro volvió a acurrucarse entre los caballos.

—En fin, yo ahí no veo una pareja, veo más bien un trío, ja, ja, ja.

—Eres malo —le propinó una suave bofetada en el pecho.

—Está bien, está bien, solo veo una bonita pareja, pero… no sé; tendrás que convencerme como sólo tú sabes —ronroneó Samuel ahogando su bonita sonrisa en los labios de Alice.

Ella levantó el bajo de la camiseta blanca de algodón de Samuel y acarició su espalda. A Samuel se le erizó la piel al sentir su tacto.

—Me vuelves loco —volvió a ronronear entre besos y ella le abrazó con más fuerza.

La alarma del móvil de Alice empezó a sonar en el bolsillo trasero del pantalón.

Alice hizo el esfuerzo de sacar el móvil y apagar la alarma.

—Son las 7 —dijo jadeante y con los labios hinchados por la pasión de sus besos.

Samuel apoyó su frente sobre la de ella, tratando de recobrar el aliento.

—¿Y tienes que irte ahora? —preguntó con una mezcla de súplica y picardía, agarró su mano y la posó sobre su abultada entrepierna.

Alice se mordió los labios tan excitada como él, cerró los ojos y meneó la cabeza.

—Te recuerdo, que la ayudante del jefe Farrell tiene un horario y un deber que cumplir.

Samuel gruñó con fastidio.

—Pero si nos damos prisa, podemos permitirnos uno exprés en la ducha y esta noche, continúo convenciéndote.

Los dos se levantaron, sacudieron su ropa y saltaron la valla. Apresuraron el paso con urgencia, escoltados por Rony hasta llegar a la casa. Subieron los escalones de dos en dos y en la intimidad del baño, envueltos por el fino manto de agua y de vapor, dieron rienda suelta a su pasión.

Agradecimientos

A ti por escoger y leer esta novela. Si te ha gustado, me ayudarías mucho valorándola o comentándola para que otras personas puedan disfrutar también con su lectura.

A mis hijos, David y Juan, por compartir conmigo sus conocimientos de primeros auxilios ante una parada cardiorrespiratoria y hacer posible que Alice, la protagonista de esta historia, pudiera aplicarla con éxito para salvar una vida.

A mi madre y a mis suegros por su apoyo incondicional y por estar siempre dispuestos a echarme una mano.

A mi familia y amigos por animarme a seguir escribiendo.

Y por supuesto, a Juan, mi otra mitad, por acompañarme en esta emocionante andadura.

Libros de este autor

EL FIN DE LOS DÍAS GRISES

Es una novela de segundas oportunidades para ser felices en el amor. Es una historia contemporánea, desenfadada con pinceladas eróticas. Laura Morán acaba de cumplir los treinta, es madre soltera y empieza a trabajar como interna en casa de Patrick Evans, un arquitecto viudo diez años mayor que ella cuyo hijo tiene dificultades en el colegio. Laura es sensual, cariñosa, alegre y divertida. Patrick es muy atractivo, seco, serio y distante. Ella es luz, él es oscuridad. Los dos tienen carácter y sus razones para no dar pie a que la atracción que sienten el uno por el otro crezca más de la cuenta. ¿Serán capaces de convivir bajo el mismo techo sin que salten las chispas? ¿O terminarán dejándose llevar por ese sentimiento que no pueden controlar? Disponible en Amazon.